

The Key of the Mysteries

La Llave de los Misterios

Éliphas Lévi y Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

La Llave de los Misterios

(La Clef des Grands Mystères)

por Éliphas Lévi

La Llave de los Misterios

según Enoc, Abraham, Hermes Trismegisto y Salomón

por Éliphas Lévi

Traducida, con una introducción, por Aleister Crowley

> La religión dice: "Crean y comprenderán". La ciencia viene a decirles: "Comprendan y creerán".
>
> "En ese momento la ciencia entera cambiará de frente; el espíritu, tanto tiempo destronado y olvidado, ocupará su antiguo lugar; se demostrará que las viejas tradiciones son todas verdaderas, que el paganismo entero no es más que un sistema de verdades corrompidas y fuera de lugar, que basta limpiarlas, por así decir, y volver a ponerlas en su sitio para verlas brillar con todos sus rayos. En una palabra, todas las ideas cambiarán, y puesto que por todas partes una multitud de elegidos clama a coro: 'Ven, Señor, ven', ¿por qué habrían de censurar a los hombres que se lanzan hacia ese futuro majestuoso y se enorgullecen de haberlo previsto?"
>
> (J. de Maistre, *Soirées de Saint-Pétersbourg*.)

Índice

- Nota del traductor
- Introducción
- Prefacio
- Primera parte: Misterios religiosos
- Segunda parte: Misterios filosóficos
- Tercera parte: Misterios de la naturaleza
- Cuarta parte: Secretos prácticos

Nota del traductor

En el ensayo biográfico y crítico que el señor Waite antepone a sus *Mysteries of Magic*, dice: "Debe añadirse una palabra sobre el método de este compendio, que pretende ser algo más que una traducción y ha sido infinitamente más laborioso. Creo que es fiel en todos los aspectos, y allí donde ha sido necesario o posible que fuera literal, también es invariablemente literal".

Coincidimos en que es o más o menos que una traducción, y los siguientes ejemplos, elegidos al azar en el curso de media hora, permitirán al lector juzgar si el señor Waite conoce el francés o el inglés:[1]

"Gentilhomme": "Gentleman".

"The nameless vice which was reproached against the Templars."

"Certaines circonstances ridicules et un procès en escroquerie": "Certain ridiculous processes and a swindling lawsuit".

"Se mêle de dogmatiser": "Meddles with dogmatism".

"La vie pour lui suffisait à l'expiation des plus grands crimes, puisqu'elle était en conséquence d'un arrêt de mort": "According to him life was sufficient for the greatest crimes, since there were the result of a death sentence".

"Vos meilleurs amis ont dû concevoir des inquiétudes": "Your best friends have been reasonably anxious". (La mala traducción convierte aquí el discurso en un insulto.)

"Sacro-sainte": "Sacred and saintly".

"Auriculaire": "Index".

"N'avez vous pas obtenu tout ce que vous demandiez, et plus que vous ne demandiez, car vous ne m'aviez pas parlé d'argent?": "Have you not had all and more than you wanted, and there has been no question of remuneration?". (Esta mala traducción vuelve absurdo todo el pasaje.)

"Eliphas n'était pas à la question": "Eliphas was not under cross-examination".

"Mauvais plaisant": "Vicious jester".

"Si vous n'aviez pas . . . vous deviendriez": "If you have not . . . you may become". (Esta mala traducción convierte un cumplido en un insulto.)

"An awful and ineffaceable tableaux."

"Péripéties": "Circumstances".

"Il avait fait partie du clergé de Saint Germain l'Auxerrois": "He was of the Society of St. Germain l'Auxerrois".

"Bruit de tempête": "Stormy sound".

Nos vemos obligados a mencionar este asunto porque el señor Waite (a fuerza de autoafirmación persistente) ha conseguido la reputación de ser un editor digno de confianza. Por el contrario, no solo mutila y distorsiona a sus autores, sino que, como se ha demostrado más arriba, es totalmente incapaz de entender sus frases más simples e incluso sus palabras más comunes.

Introducción

Este volumen representa la cota más alta del pensamiento de Éliphas Lévi. Puede considerarse escrito por él como su tesis para el grado de Adeptus Exemptus, del mismo modo que su *Ritual y Dogma* fue su tesis para el grado de Adeptus Major. De hecho, ya no habla de las cosas como si su sentido fuera fijo y universal. Empieza a ver algo de la contradicción inherente a la naturaleza de las cosas o, en todo caso, ilustra constantemente el hecho de que los planos deben mantenerse separados para fines prácticos, aunque en el análisis final resulten ser uno solo.

Esto, y la ironía extraordinariamente sutil y delicada de la que Éliphas Lévi es uno de los más grandes maestros que hayan existido, han desconcertado la pedantería y la estupidez de comentaristas como Waite. El inglés apenas tiene una palabra para expresar la condición mental de semejantes desdichados. *Dummheit*, en su sentido alemán más fuerte, es lo que más se le acerca. Es como si un geógrafo criticara los *Viajes de Gulliver* desde su propio punto de vista particular.

Cuando Lévi dice que todo lo que afirma como iniciado está subordinado a su humilde sumisión como cristiano, y luego no solo observa que la Biblia y el Corán son traducciones distintas del mismo libro, sino que trata la Encarnación como una alegoría, es evidente que hará falta una buena dosis de sumisión.

Cuando coincide con San Agustín en que una cosa no es justa porque Dios la quiere, sino que Dios la quiere porque es justa, ve

perfectamente que está reduciendo a Dios a una imagen poética reflejada de su propio ideal moral de justicia, y ninguna cantidad de presunta ortodoxia puede pesar contra esa afirmación.

Su misma defensa de la Jerarquía católica es una obra maestra de esa forma peculiar de sofística consciente que se justifica reduciendo su conclusión a cero. Hay que empezar por uno, y ese uno no tiene cualidades particulares. Por lo tanto, mientras se tenga una autoridad debidamente centralizada, no importa realmente cuál sea esa autoridad. En el Papa tenemos una autoridad así ya hecha, y es el más grave error táctico intentar erigir una autoridad opuesta a él. Tener éxito en ello significa la guerra, y fracasar, la anarquía.

Esto, sin embargo, no impidió que Lévi arrojara ceremonialmente una corona papal al suelo y gritara "¡Muerte a la tiranía y a la superstición!" en el seno de cierto Areópago secreto del que era el miembro más famoso.

Cuando un hombre se hace mago, busca a su alrededor un arma mágica; y, dotado probablemente de esa flaqueza humana llamada pereza, espera encontrar un arma ya hecha. Así vemos al Mago cristiano que impuso su poder al mundo tomando los cultos existentes y formando un sistema único que combinaba todos sus méritos. No hay un solo rasgo del cristianismo que no haya sido tomado tal cual del culto de Isis, o de Mitra, o de Baco, o de Adonis, o de Osiris.

En tiempos modernos, a su vez, encontramos a Frater Iehi Aour intentando manejar el budismo. Otros han intentado servirse de la Francmasonería. Ha habido incluso magos excepcionalmente

necios que han intentado usar una espada oxidada desde hace mucho tiempo.

Wagner ilustra este punto con mucha claridad en *Sigfrido*. La gran espada Nothung ha sido rota, y es la única arma que puede destruir a los dioses. El enano Mime intenta inútilmente repararla. Cuando llega Sigfrido, no comete semejante error. Funde sus fragmentos y forja una espada nueva. A pesar del intenso trabajo que esto cuesta, es el mejor plan que se puede adoptar.

Lévi fracasó por completo en capturar el catolicismo; y su esperanza de servirse del imperialismo, su empeño en persuadir al Emperador de que era el instrumento elegido del Todopoderoso, creencia que le habría permitido hacer de Máximo ante el Juliano del pequeño Napoleón, quedó destrozada de una vez para siempre en Sedán.

Es necesario que el lector adquiera esta concepción clara de lo más íntimo de la mente de Lévi si ha de reconciliar las "contradicciones" que dejan a Waite irritado y perplejo. Es el triste privilegio de la mente de orden superior poder ver ambos lados de toda cuestión y apreciar el hecho de que ambos son igualmente sostenibles. Tales contradicciones, por supuesto, solo pueden reconciliarse en un plano superior, y este método de armonizar las contradicciones es, por lo tanto, la mejor llave de los planos superiores.

Parece innecesario añadir nada a estas pocas observaciones. Esta es la única dificultad del libro entero, aunque en uno o dos pasajes el agudísimo sentido del humor de Lévi lo lleva a

permitirse un poco de inofensiva grandilocuencia. Podemos citar como ejemplo sus observaciones sobre el grimorio de Honorio.

Hemos dicho que esta es la obra maestra de Lévi. Alcanza una exaltación de pensamiento y de lenguaje igual a la de cualquier otro escritor que conozcamos. Una vez entendido que es puramente una tesis para el grado de Adeptus Exemptus, el lector no debería tener ninguna otra dificultad. A. C.

Prefacio

Al borde del misterio, el espíritu del hombre es presa del vértigo. El misterio es el abismo que atrae sin cesar nuestra inquieta curiosidad por el terror de su profundidad.

El mayor misterio del infinito es la existencia de Aquel para quien solo todo carece de misterio.

Al comprender el infinito, que es esencialmente incomprensible, Él mismo es ese infinito y eternamente insondable misterio; es decir, que Él es, según todas las apariencias, aquel absurdo supremo en el que creía Tertuliano.

Necesariamente absurdo, puesto que la razón debe renunciar para siempre al proyecto de alcanzarlo; necesariamente creíble, puesto que la ciencia y la razón, lejos de demostrar que Él no existe, son arrastradas por el carro de la fatalidad a creer que Él existe y a adorarlo ellas mismas con los ojos cerrados.

¿Por qué? Porque este Absurdo es la fuente infinita de la razón. La luz brota eternamente de las eternas sombras. La ciencia, esa Torre de Babel del Espíritu, puede retorcer y enroscar sus espirales siempre ascendentes cuanto quiera; puede hacer temblar la tierra, pero nunca tocará el cielo.

Dios es Aquel a quien aprenderemos eternamente a conocer mejor y, en consecuencia, Aquel a quien nunca conoceremos por entero.

El reino del misterio es, pues, un campo abierto a las conquistas de la inteligencia. Marchen por él con toda la audacia que quieran: nunca disminuirán su extensión; solo cambiarán sus horizontes. Saberlo todo es un sueño imposible; pero ¡ay de aquel que no se atreve a aprenderlo todo y que no sabe que, para saber algo, hay que aprender eternamente!

Dicen que para aprender bien una cosa hay que olvidarla varias veces. El mundo ha seguido este método. Todo lo que hoy es discutible lo habían resuelto los antiguos. Antes de que comenzaran nuestros anales, sus soluciones, escritas en jeroglíficos, ya no tenían para nosotros ningún sentido. Un hombre ha redescubierto su llave; ha abierto los cementerios de la ciencia antigua y da a su siglo todo un mundo de teoremas olvidados, de síntesis tan simples y sublimes como la naturaleza, que irradian siempre de la unidad y se multiplican como los números con proporciones tan exactas que lo conocido demuestra y revela lo desconocido. Comprender esta ciencia es ver a Dios.

El autor de este libro, al terminar su obra, creerá haberlo demostrado.

Entonces, cuando hayan visto a Dios, el hierofante les dirá: "¡Dense vuelta!", y en la sombra que ustedes proyectan en presencia de este sol de las inteligencias se les aparecerá el diablo, ese fantasma negro que ven cuando su mirada no está fija en Dios y cuando creen que su sombra llena el cielo, pues los vapores de la tierra, cuanto más alto suben, más parecen agrandarla.

Armonizar en el ámbito de la religión la ciencia con la revelación y la razón con la fe, demostrar en filosofía los principios absolutos que reconcilian todas las antinomias y, por último, revelar el equilibrio universal de las fuerzas naturales: tal es el triple objeto de esta obra, que en consecuencia se dividirá en tres partes.

Mostraremos la verdadera religión con tales caracteres que nadie, creyente o incrédulo, podrá dejar de reconocerla; eso será lo absoluto en religión. Estableceremos en filosofía los caracteres inmutables de esa Verdad que es, en la ciencia, realidad; en el juicio, razón; y en la ética, justicia. Por último, les daremos a conocer las leyes de la Naturaleza, cuyo equilibrio es estabilidad, y mostraremos cuán vanas son las fantasías de nuestra imaginación ante las fecundas realidades del movimiento y de la vida. Invitaremos también a los grandes poetas del porvenir a crear una vez más la divina comedia, ya no según los sueños del hombre, sino según las matemáticas de Dios.

Misterios de otros mundos, fuerzas ocultas, revelaciones extrañas, enfermedades misteriosas, facultades excepcionales, espíritus, apariciones, paradojas mágicas, arcanos herméticos: lo diremos todo y lo explicaremos todo. ¿Quién nos ha dado este poder? No tememos revelarlo a nuestros lectores.

Existe un alfabeto oculto y sagrado que los hebreos atribuyen a Enoc, los egipcios a Thoth o a Hermes Trismegisto, y los griegos a Cadmo y a Palamedes. Este alfabeto era conocido por los seguidores de Pitágoras y se compone de ideas absolutas ligadas a signos y números; mediante sus combinaciones, realiza las matemáticas del pensamiento. Salomón representó este alfabeto

con setenta y dos nombres escritos sobre treinta y seis talismanes. Los iniciados de Oriente todavía los llaman las "pequeñas llaves" o clavículas de Salomón. Estas llaves están descritas, y su uso explicado, en un libro cuyo dogma tradicional tiene por fuente al patriarca Abraham. Este libro se llama el Sepher Yetzirah; con la ayuda del Sepher Yetzirah se puede penetrar el sentido oculto del Zohar, el gran tratado dogmático de la Cábala de los hebreos. Las Clavículas de Salomón, olvidadas en el curso del tiempo y supuestamente perdidas, han sido redescubiertas por nosotros; sin esfuerzo hemos abierto todas las puertas de esos viejos santuarios donde la verdad absoluta parecía dormir, siempre joven y siempre bella, como aquella princesa de la leyenda infantil que, durante un siglo de sueño, espera al esposo cuya misión es despertarla.

Después de nuestro libro seguirá habiendo misterios, pero más altos y más lejanos en las profundidades infinitas.

Esta publicación es una luz o una locura, una mistificación o un monumento. Lean, reflexionen y juzguen.

La Llave de los Misterios

(La Clef des Grands Mystères)

por Éliphas Lévi

Primera parte: Misterios religiosos

Problemas por resolver

I. Demostrar de manera cierta y absoluta la existencia de Dios, y dar de Él una idea que satisfaga a todas las mentes.

II. Establecer la existencia de una verdadera religión de tal modo que resulte incontestable.

III. Indicar el alcance y la *raison d'être* de todos los misterios de la única religión verdadera y universal.

IV. Convertir las objeciones de la filosofía en argumentos favorables a la verdadera religión.

V. Trazar el límite entre la religión y la superstición, y dar la razón de los milagros y prodigios.

Consideraciones preliminares

Cuando el conde Joseph de Maistre, ese grande y apasionado amante de la lógica, dijo con desesperación: "El mundo está sin religión", se parecía a esas personas que dicen temerariamente: "No hay Dios".

En verdad, el mundo está sin la religión del conde Joseph de Maistre, así como es probable que no exista un Dios tal como lo concibe la mayoría de los ateos.

La religión es una idea basada en un hecho constante y universal: el hombre es un animal religioso. La palabra "religión" tiene, pues, un sentido necesario y absoluto. La Naturaleza misma santifica la idea que esta palabra representa y la exalta a la altura de un principio.

La necesidad de creer está estrechamente ligada a la necesidad de amar; por esa razón nuestras almas necesitan la comunión en las mismas esperanzas y en el mismo amor. Las creencias aisladas no son más que dudas: es el vínculo de la confianza mutua el que, al crear la fe, compone la religión.

La fe no se inventa, no se impone, no se establece mediante ningún acuerdo político; como la vida, se manifiesta con una especie de fatalidad. El mismo poder que dirige los fenómenos de la naturaleza extiende y limita el dominio sobrenatural de la fe, a pesar de toda previsión humana.

Las revelaciones no se imaginan; se padecen, y se cree en ellas. En vano protesta el espíritu contra las oscuridades del dogma; queda subyugado por la atracción de esas mismas oscuridades, y a menudo el menos dócil de los razonadores se avergonzaría de aceptar el título de "hombre irreligioso".

La religión ocupa entre las realidades de la vida un lugar mayor del que fingen creer los que prescinden de la religión, o pretenden prescindir de ella. Todas las ideas que elevan al hombre por encima del animal (el amor moral, la abnegación, el honor) son sentimientos esencialmente religiosos. El culto de la patria y de la familia, la fidelidad al juramento y a la memoria, son cosas que la humanidad nunca abjurará sin degradarse por

completo, y que nunca podrían existir sin la creencia en algo más grande que la vida mortal, con todas sus vicisitudes, su ignorancia y su miseria.

Si la aniquilación fuera el resultado de todas nuestras aspiraciones a esas cosas sublimes que sentimos eternas, nuestros únicos deberes serían el goce del presente, el olvido del pasado y la despreocupación por el futuro, y sería rigurosamente cierto decir, como dijo una vez un célebre sofista, que el hombre que piensa es un animal degradado.

Además, de todas las pasiones humanas, la pasión religiosa es la más poderosa y la más viva. Se engendra a sí misma, ya sea por la afirmación o por la negación, con igual fanatismo: unos afirman obstinadamente al dios que han hecho a su propia imagen; otros niegan a Dios con temeridad, como si hubieran podido comprender y devastar con un solo pensamiento todo ese mundo de infinitud que pertenece a Su gran nombre.

Los filósofos no han considerado suficientemente el hecho fisiológico de la religión en la humanidad, pues en verdad la religión existe aparte de toda discusión dogmática. Es una facultad del alma humana, tanto como la inteligencia y el amor. Mientras exista el hombre, existirá la religión. Considerada bajo esta luz, no es otra cosa que la necesidad de un idealismo infinito, necesidad que justifica toda aspiración al progreso, que inspira toda abnegación, la única que impide que la virtud y el honor sean meras palabras al servicio de la explotación de la vanidad de los débiles y los necios en provecho de los fuertes y los astutos.

A esta necesidad innata de creer podría dársele con justicia el nombre de religión natural; y todo lo que tiende a recortar las alas de estas creencias está, en el plano religioso, en oposición a la naturaleza.

La esencia del objeto de la religión es el misterio, puesto que la fe comienza con lo desconocido y abandona el resto a las investigaciones de la ciencia. La duda es, además, el enemigo mortal de la fe; la fe siente que la intervención del ser divino es necesaria para llenar el abismo que separa lo finito de lo infinito, y afirma esta intervención con todo el calor de su corazón, con toda la docilidad de su inteligencia. Separada de este acto de fe, la necesidad de religión no encuentra satisfacción y se vuelve escepticismo y desesperación.

Pero para que el acto de fe no sea un acto de locura, la razón quiere que sea dirigido y regulado. ¿Por qué? ¿Por la ciencia? Hemos visto que la ciencia no puede nada aquí. ¿Por la autoridad civil? Es absurdo. ¿Han de estar nuestras oraciones vigiladas por policías?

Queda, pues, la autoridad moral, la única capaz de constituir el dogma y establecer la disciplina del culto, esta vez de acuerdo con la autoridad civil, pero no en obediencia a sus órdenes.

Es necesario, en una palabra, que la fe dé a la necesidad religiosa una satisfacción real: una satisfacción entera, permanente e indudable. Para obtenerla, es necesario tener la afirmación absoluta e invariable de un dogma preservado por una jerarquía autorizada. Es necesario tener un culto eficaz que dé, con una fe

absoluta, una realización sustancial de los símbolos de la creencia.

Siendo la religión así entendida la única que puede satisfacer la necesidad natural de religión, debe ser la única religión realmente natural. Llegamos, sin ayuda ajena, a esta doble definición: que la verdadera religión natural es la religión revelada. La verdadera religión revelada es la religión jerárquica y tradicional, que se afirma absolutamente, por encima de la discusión humana, por la comunión en la fe, la esperanza y la caridad.

Representando la autoridad moral y realizándola por la eficacia de su ministerio, el sacerdocio es tan santo e infalible como la humanidad está sujeta al vicio y al error.

El sacerdote, *en cuanto* sacerdote, es siempre el representante de Dios. Poco importan las faltas o incluso los crímenes del hombre. Cuando Alejandro VI consagraba a sus obispos, no era el envenenador quien les imponía las manos, era el papa. El papa Alejandro VI nunca corrompió ni falsificó los dogmas que lo condenaban, ni los sacramentos que en sus manos salvaban a otros y no lo justificaban a él.

En todos los tiempos y en todos los lugares ha habido mentirosos y criminales, pero en la Iglesia jerárquica y divinamente autorizada no ha habido nunca, ni habrá jamás, ni malos papas ni malos sacerdotes. "Malo" y "sacerdote" forman un oxímoron.

Hemos mencionado a Alejandro VI, y creemos que este nombre bastará sin que se nos opongan otros recuerdos tan justamente execrados como el suyo. Grandes criminales han podido

deshonrarse doblemente a causa del carácter sagrado del que estaban investidos, pero no tuvieron el poder de deshonrar ese carácter, que permanece siempre radiante y espléndido por encima de la humanidad caída.[2]

Hemos dicho que no hay religión sin misterios; añadamos que no hay misterios sin símbolos. El símbolo, siendo la fórmula o la expresión del misterio, solo expresa su profundidad desconocida mediante imágenes paradójicas tomadas de lo conocido. La forma simbólica, al tener por objeto caracterizar lo que está por encima de la razón científica, debe necesariamente encontrarse fuera de esa razón: de ahí la célebre y perfectamente justa observación de un Padre de la Iglesia: "Creo porque es absurdo. *Credo quia absurdum*".

Si la ciencia afirmara lo que no sabe, se destruiría a sí misma. La ciencia nunca podrá, pues, realizar la obra de la fe, del mismo modo que la fe no puede decidir en materia de ciencia. Una afirmación de fe en la que la ciencia es lo bastante temeraria como para entrometerse no puede ser para ella más que un absurdo, así como un enunciado científico, si se nos diera como artículo de fe, sería un absurdo en el plano religioso.

Saber y creer son dos términos que nunca pueden confundirse. Sería igualmente imposible oponer el uno al otro. Es imposible, en efecto, creer lo contrario de lo que se sabe sin dejar, por eso mismo, de saberlo; y es igualmente imposible alcanzar un conocimiento contrario a lo que se cree sin dejar inmediatamente de creer.

Negar o incluso impugnar las decisiones de la fe en nombre de la ciencia es demostrar que no se entiende ni la ciencia ni la fe: en fin, el misterio de un Dios en tres personas no es un problema de matemáticas; la encarnación del Verbo no es un fenómeno de obstetricia; el plan de la redención está al margen de la crítica del historiador. La ciencia es absolutamente impotente para decidir si tenemos razón o no al creer o al no creer en el dogma; solo puede observar los resultados de la creencia, y si la fe mejora evidentemente a los hombres, si además la fe es en sí misma, considerada como hecho fisiológico, evidentemente una necesidad y una fuerza, la ciencia se verá sin duda obligada a admitirla y a tomar el prudente partido de contar siempre con ella.

Atrevámonos ahora a afirmar que existe un hecho inmenso, igualmente apreciable por la fe y por la ciencia; un hecho que hace visible a Dios (en cierto sentido) sobre la tierra; un hecho incontestable y de alcance universal: este hecho es la manifestación en el mundo, a partir de la época en que se produjo la revelación cristiana, de un espíritu desconocido para los antiguos, de un espíritu evidentemente divino, más positivo que la ciencia en sus obras, más magníficamente ideal en sus aspiraciones que la más alta poesía, un espíritu para el cual fue necesario crear un nombre nuevo, un nombre absolutamente inaudito[3] en los santuarios de la antigüedad.

Este nombre fue creado, y demostraremos que este nombre, esta palabra, es en religión, tanto para la ciencia como para la fe, la expresión de lo absoluto.

La palabra es CARIDAD, y el espíritu del que hablamos es el espíritu de *caridad*.

Ante la caridad, la fe se postra y la ciencia vencida se inclina. Hay aquí evidentemente algo más grande que la humanidad; la caridad prueba con sus obras que no es un sueño. Es más fuerte que todas las pasiones; triunfa sobre el sufrimiento y sobre la muerte; hace comprender a Dios a todo corazón y parece llenar ya la eternidad con la realización comenzada de sus legítimas esperanzas.

Ante la caridad viva y en acción, ¿quién es el Proudhon que se atreve a blasfemar? ¿Quién es el Voltaire que se atreve a reír?

Amontonen uno sobre otro los sofismas de Diderot, los argumentos críticos de Strauss, las "Ruinas" de Volney, tan bien nombradas, pues este hombre no pudo hacer otra cosa que "ruinas", las blasfemias de la revolución, cuya voz se extinguió una vez en sangre y otra vez en el silencio del desprecio; añádanle todo lo que el futuro pueda reservarnos de monstruosidades y de sueños vanos; vendrá entonces la más humilde y la más sencilla de todas las hermanas de la caridad, y el mundo dejará allí todas sus locuras, y todos sus crímenes, y todos sus sueños, para inclinarse ante esta sublime realidad.

¡Caridad! Palabra divina, única palabra que hace comprender a Dios, palabra que contiene una revelación universal. ¡Espíritu de *caridad*, alianza de dos palabras que son una solución completa y una promesa completa! ¿A qué pregunta, en fin, no encuentran respuesta estas dos palabras?

¿Qué es Dios para nosotros sino el espíritu de caridad? ¿Qué es la ortodoxia? ¿No es acaso el espíritu de caridad que se niega a discutir la fe para no turbar la confianza de las almas sencillas ni perturbar la paz de la comunión universal?[4] Y la iglesia universal, ¿es otra cosa que una comunión en el espíritu de caridad? Es por el espíritu de caridad que la iglesia es infalible. Es el espíritu de caridad la virtud divina del sacerdocio.

Deber del hombre, garantía de sus derechos, prueba de su inmortalidad, eternidad de felicidad que comienza para él sobre la tierra, fin glorioso dado a su existencia, meta y camino de todas sus luchas, perfección de su moral individual, civil y religiosa: el espíritu de caridad lo comprende todo y es capaz de esperarlo todo, emprenderlo todo y cumplirlo todo.

Es por el espíritu de caridad que Jesús, expirando en la cruz, dio un hijo a Su madre en la persona de San Juan y, triunfando sobre la angustia de la más espantosa tortura, lanzó un grito de liberación y de salvación, diciendo: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!".

Es por la caridad que doce artesanos galileos conquistaron el mundo; amaron la verdad más que la vida, y fueron sin seguidores a anunciarla a pueblos y a reyes; probados por la tortura, fueron hallados fieles. Mostraron a la multitud una inmortalidad viva en su muerte, y regaron la tierra con una sangre cuyo calor no podía extinguirse, porque ardían con los ardores de la caridad.

Es por la caridad que los Apóstoles edificaron su Credo. Dijeron que creer juntos valía más que dudar por separado;

constituyeron la jerarquía sobre la base de la obediencia, que el espíritu de caridad volvió tan noble y tan grande que servir de este modo es reinar; formularon la fe de todos y la esperanza de todos, y pusieron este Credo bajo la custodia de la caridad de todos.

¡Ay del egoísta que se apropia de una sola palabra de esta herencia del Verbo! Es un deicida que quiere desmembrar el cuerpo del Señor. Este Credo es el arca santa de la caridad; quien la toca es herido de muerte eterna, porque la caridad se retira de él. ¡Es la herencia sagrada de nuestros hijos, es el precio de la sangre de nuestros padres!

Es por la caridad que los mártires encontraron consuelo en las prisiones de los Césares y ganaron para su creencia incluso a sus carceleros y a sus verdugos.

Es en nombre de la caridad que San Martín de Tours protestó contra la tortura de los priscilianistas[5] y se separó de la comunión del tirano que quería imponer la fe por la espada.

Es por la caridad que una multitud tan grande de santos ha obligado al mundo a aceptarlos como expiación por los crímenes cometidos en nombre de la religión misma y por los escándalos del santuario profanado.

Es por la caridad que San Vicente de Paúl y Fénelon se ganaron la admiración incluso de los siglos más impíos y acallaron de antemano la risa de los hijos de Voltaire ante la imponente dignidad de sus virtudes.

Es por la caridad, en fin, que la locura de la cruz se ha convertido en la sabiduría de las naciones, porque todo corazón noble ha

comprendido que es más grande creer con los que aman y se consagran que dudar con los egoístas y con los esclavos del placer.

Artículo I. Solución del primer problema

El verdadero Dios

Dios solo puede ser definido por la fe; la ciencia no puede ni negar ni afirmar que Él existe.

Dios es el objeto absoluto de la fe humana. En el infinito, Él es la inteligencia suprema y creadora del orden. En el mundo, Él es el espíritu de caridad.

¿Es el Ser Universal una máquina fatal que tritura eternamente las inteligencias por azar, o una inteligencia providencial que dirige las fuerzas para mejorar los espíritus?

La primera hipótesis repugna a la razón; es pesimista e inmoral.

La ciencia y la razón deben, pues, aceptar la segunda.

Sí, Proudhon, Dios es una hipótesis, pero una hipótesis tan necesaria que sin ella todos los teoremas se vuelven absurdos o dudosos.

Para los iniciados de la Cábala, Dios es la unidad absoluta que crea y anima los números.

La unidad de la inteligencia humana demuestra la unidad de Dios.

La llave de los números es la de los credos, porque los signos son figuras analógicas de la armonía que procede de los números.

Las matemáticas nunca podrían demostrar la fatalidad ciega, porque son la expresión de la exactitud, que es el carácter de la más alta razón.

La unidad demuestra la analogía de los contrarios; es el fundamento, el equilibrio y el fin de los números. El acto de fe parte de la unidad y vuelve a la unidad.

> *[Figura: el Signo del Gran Arcano, con inscripciones hebreas, griegas y latinas, entre ellas el lema "IN HOC SIGNO VINCES".]*
>
> EL SIGNO DEL GRAN ARCANO
>
> G∴ A∴

Esbozaremos ahora una explicación de la Biblia con la ayuda de los números, pues la Biblia es el libro de las imágenes de Dios.

Pediremos a los números que nos den la razón de los dogmas de la religión eterna; los números responderán siempre reuniéndose en la síntesis de la unidad.

Las páginas siguientes son simples esbozos de hipótesis cabalísticas; están al margen de la fe, y las indicamos solo como curiosidades de la investigación.

No forma parte de nuestra tarea introducir innovaciones en el dogma, y lo que afirmamos en nuestro carácter de iniciado está enteramente subordinado a nuestra sumisión en nuestro carácter de cristiano.[6]

Esbozo de la teología profética de los números

I. La unidad

La unidad es el principio y la síntesis de los números; es la idea de Dios y del hombre; es la alianza de la razón y de la fe.

La fe no puede oponerse a la razón; la hace necesaria el amor, es idéntica a la esperanza. Amar es creer y esperar; y este triple impulso del alma se llama virtud porque, para realizarlo, es necesario el valor. Pero ¿habría algún valor en ello si la duda no fuera posible? Ahora bien, poder dudar es dudar. La duda es la fuerza que equilibra la fe, y constituye todo el mérito de la fe.

La naturaleza misma nos induce a creer; pero las fórmulas de la fe son expresiones sociales de las tendencias de la fe en una época determinada. Es eso lo que prueba que la Iglesia es infalible, en la evidencia y en los hechos.

Dios es necesariamente el más desconocido de todos los seres, porque solo se lo define por la experiencia negativa; Él es todo lo que nosotros no somos, Él es el infinito opuesto por hipótesis a lo finito.

La fe y, en consecuencia, la esperanza y el amor son tan libres que el hombre, lejos de poder imponerlos a los demás, ni siquiera se los impone a sí mismo. "Estas", dice la religión, "son gracias". Ahora bien, ¿es concebible que la gracia esté sujeta a demanda o exigencia; es decir, podría alguien querer forzar a los hombres a una cosa que viene libremente y sin precio del cielo? No hay que hacer más que desearla para ellos.

Razonar acerca de la fe es pensar irracionalmente, puesto que el objeto de la fe está fuera del universo de la razón. Si alguien me

pregunta: "¿Hay un Dios?", respondo: "Lo creo". "Pero ¿está usted seguro de ello?" "Si estuviera seguro, no lo creería: lo sabría".

Formular la fe es ponerse de acuerdo sobre los términos de la hipótesis común.

La fe comienza donde termina la ciencia. Ampliar el alcance de la ciencia es en apariencia disminuir el de la fe; pero en realidad es ampliarlo en igual proporción, pues es ampliar su base.

Solo se puede definir lo desconocido por sus relaciones supuestas y suponibles con lo conocido.

La analogía fue el único dogma de los antiguos magos. Este dogma puede llamarse con razón "mediador", pues es mitad científico, mitad hipotético; mitad razón y mitad poesía. Este dogma ha sido, y será siempre, el padre de todos los demás.

¿Qué es el Hombre-Dios? Aquel que realiza, en la vida más humana, el ideal más divino.

La fe es una adivinación de la inteligencia y del amor cuando estos están dirigidos por las indicaciones de la naturaleza y de la razón.

Es, pues, propio de la esencia de las cosas de la fe ser inaccesibles a la ciencia, dudosas para la filosofía e indefinidas para la certeza.

La fe es una realización hipotética y una determinación convencional de los fines últimos de la esperanza. Es la adhesión al signo visible de las cosas que no se ven.

"Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven."

Para afirmar sin locura que Dios es o que no es, hay que empezar por una definición razonable o irrazonable de Dios. Ahora bien, esta definición, para ser razonable, debe ser hipotética, analógica y la negación de lo finito conocido.

Es posible negar un Dios particular, pero el Dios absoluto no puede negarse más de lo que puede probarse; es una suposición razonable en la que se cree.

"Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios", dijo el Maestro; ver con el corazón es creer; y si esta fe está ligada al verdadero bien, nunca puede ser engañada, siempre que no pretenda definir demasiado de acuerdo con las peligrosas inducciones que brotan de la ignorancia personal. Nuestros juicios en cuestiones de fe se aplican a nosotros mismos; se nos hará según hayamos creído; es decir, nos creamos a nosotros mismos a imagen de nuestro ideal.

"Semejantes a ellos son los que los hacen", dice el salmista, "y cualquiera que confía en ellos".

El ideal divino del mundo antiguo hizo la civilización que llegó a su fin, y no hay que desesperar de ver al dios de nuestros padres bárbaros convertirse en el diablo de nuestros hijos más ilustrados.

Con los dioses desechados se hacen diablos,[7] y Satán solo es tan incoherente y tan informe porque está hecho de todos los harapos de las antiguas teogonías. Es la Esfinge sin secreto, el

enigma sin respuesta, el misterio sin verdad, el absoluto sin realidad y sin luz.

El hombre es hijo de Dios porque Dios, manifestado, realizado y encarnado sobre la tierra, se llamó a Sí mismo el Hijo del hombre.

Es después de haber hecho a Dios a imagen de Su inteligencia y de Su amor que la humanidad ha comprendido el sublime Verbo que dijo: "¡Hágase la luz!".

El hombre es la forma del pensamiento divino, y Dios es la síntesis idealizada del pensamiento humano.

Así el Verbo de Dios revela al hombre, y el Verbo del hombre revela a Dios.

El hombre es el Dios del mundo, y Dios es el hombre del cielo.

Antes de decir "Dios quiere", el hombre ha querido.

Para comprender y honrar a Dios Todopoderoso, el hombre debe ser primero libre.

Si hubiera obedecido y se hubiera abstenido del fruto del árbol del conocimiento por temor, el hombre habría sido inocente y estúpido como el cordero, escéptico y rebelde como el ángel de la luz. Él mismo cortó el cordón umbilical de su simplicidad y, cayendo libre sobre la tierra, arrastró a Dios consigo en su caída.

Y por eso, de esta caída sublime, se levanta glorioso con el gran condenado del Calvario y entra con Él en el reino de los cielos.

Pues el reino de los cielos pertenece a la inteligencia y al amor, ambos hijos de la libertad.

Dios mostró la libertad al hombre en la imagen de una mujer hermosa y, para probar su valor, hizo pasar entre ella y él el fantasma de la muerte.

El hombre amó y se sintió Dios; dio por ella lo que Dios acababa de otorgarle: la esperanza eterna.

Saltó hacia su esposa a través de la sombra de la muerte.

El hombre poseyó la libertad; había abrazado la vida.

¡Expía ahora tu gloria, oh Prometeo! Tu corazón, devorado sin cesar, no puede morir; ¡es tu buitre, es Júpiter, quien morirá!

Un día despertaremos por fin de los sueños dolorosos de una vida atormentada; nuestra prueba habrá terminado, y seremos lo bastante fuertes contra el dolor como para ser inmortales.

Entonces viviremos en Dios con una vida más abundante, y descenderemos a Sus obras con la luz de Su pensamiento, seremos llevados al infinito por el susurro de Su amor.

Seremos sin duda los hermanos mayores de una raza nueva, los ángeles de la posteridad.

Mensajeros celestes, vagaremos por la inmensidad, y las estrellas serán nuestras naves resplandecientes.

Nos transformaremos en dulces visiones para calmar los ojos que lloran; recogeremos lirios radiantes en praderas desconocidas, y esparciremos su rocío sobre la tierra.

¡Tocaremos el párpado del niño dormido y alegraremos el corazón de su madre con el espectáculo de la belleza de su hijo bienamado!

II. El binario

El binario es más particularmente el número de la mujer, compañera del hombre y madre de la sociedad.

El hombre es amor en la inteligencia; la mujer es inteligencia en el amor.

La mujer es la sonrisa del Creador satisfecho de Sí mismo, y es después de haberla hecho que Él descansó, dice la parábola divina.

La mujer está antes que el hombre porque es madre, y todo se le perdona de antemano, porque da a luz con dolor.

La mujer se inició primero en la inmortalidad a través de la muerte; entonces el hombre la vio tan hermosa, y la comprendió tan generosa, que se negó a sobrevivirla, y la amó más que a su vida, más que a su felicidad eterna.

¡Feliz proscrito, puesto que ella le ha sido dada como compañera en su destierro!

Pero los hijos de Caín se han rebelado contra la madre de Abel; han esclavizado a su madre.

La belleza de la mujer se ha convertido en presa de la brutalidad de hombres incapaces de amar.

Así la mujer cerró su corazón como si fuera un santuario secreto, y dijo a los hombres indignos de ella: "Soy virgen, pero quiero llegar a ser madre, y mi hijo les enseñará a amarme".

¡Oh Eva! ¡Salutación y adoración en tu caída!

¡Oh María! ¡Bendiciones y adoración en tus sufrimientos y en tu gloria!

Crucificada y santa, tú que sobreviviste a tu Dios para poder sepultar a tu hijo, ¡sé tú para nosotros la palabra final de la revelación divina!

Moisés llamó a Dios "Señor"; Jesús lo llamó "Padre mío", y nosotros, pensando en ti, podemos decir a la Providencia: "Sois nuestra madre".

¡Hijos de la mujer, perdonemos a la mujer caída!

¡Hijos de la mujer, adoremos a la mujer regenerada!

¡Hijos de la mujer, que hemos dormido sobre su pecho, que hemos sido mecidos en sus brazos y consolados por sus caricias, amémosla y amémonos los unos a los otros!

III. El ternario

El ternario es el número de la creación.

Dios se crea a Sí mismo eternamente, y el infinito que Él llena con Sus obras es una creación incesante e infinita.

El amor supremo se contempla a sí mismo en la belleza como en un espejo, y Él ensaya todas las formas como adornos, pues Él es el amante de la vida.

El hombre también se afirma y se crea a sí mismo; se adorna con sus trofeos de victoria, se ilumina con sus propias concepciones, se viste con sus obras como con un traje de bodas.

La gran semana de la creación ha sido imitada por el genio humano, que adivinaba las formas de la naturaleza. Cada día ha aportado una revelación nueva, cada nuevo rey del mundo ha sido por un día la imagen y la encarnación de Dios. ¡Sueño sublime que explica los misterios de la India y justifica todos los simbolismos! La elevada concepción del hombre-Dios corresponde a la creación de Adán, y el cristianismo, como los primeros días del hombre en el paraíso terrenal, no ha sido más que una aspiración y una viudez.

Esperamos el culto de la esposa y de la madre; aspiraremos a las bodas de la Nueva Alianza. Entonces los pobres, los ciegos, los proscritos del viejo mundo serán invitados al festín y recibirán un traje de bodas. Se mirarán unos a otros con una ternura inexpresable y con una sonrisa que es inefable porque han llorado tanto tiempo.

IV. El cuaternario

El cuaternario es el número de la fuerza. Es el ternario completado por su producto, la unidad rebelde reconciliada con la trinidad soberana.

En la primera furia de la vida, el hombre, habiendo olvidado a su madre, ya no comprendió a Dios sino como un padre inflexible y celoso.

El sombrío Saturno, armado con su guadaña parricida, se puso a devorar a sus hijos. Júpiter tenía cejas que hacían temblar el Olimpo; Jehová blandía truenos que ensordecían las soledades del Sinaí.

Sin embargo, el padre de los hombres, ebrio en alguna ocasión como Noé, dejó que el mundo entreviera los misterios de la vida.

Psique, divinizada por sus tormentos, llegó a ser la esposa de Eros; Adonis, resucitado de la muerte, volvió a encontrar a su Venus en el Olimpo; Job, victorioso sobre el mal, recuperó más de lo que había perdido.

La ley es una prueba de valor. Amar la vida más de lo que se temen las amenazas de la muerte es merecer la vida.

Los elegidos son los que se atreven; ¡ay de los tímidos!

Así, los esclavos de la ley, que se hacen tiranos de la conciencia y servidores del miedo, y los que escatiman al hombre la esperanza, y los fariseos de todas las sinagogas y de todas las iglesias, son los que reciben los reproches y las maldiciones del Padre.

¿No fue Cristo excomulgado y crucificado por la sinagoga? ¿No fue Savonarola quemado por orden del soberano pontífice de la religión cristiana? ¿No son hoy los fariseos exactamente lo que eran en tiempos de Caifás? Si alguien les habla en nombre de la inteligencia y del amor, ¿lo escucharán?

Al rescatar a los hijos de la libertad de la tiranía de los faraones, Moisés inauguró el reino del Padre. Al romper el yugo insoportable del fariseísmo mosaico, Jesús acogió a todos los hombres en la fraternidad del Hijo único de Dios. Cuando caigan los últimos ídolos, cuando se rompan las últimas cadenas materiales de la conciencia, cuando sean confundidos los últimos de los que mataron a los profetas y los últimos de los que ahogaron el Verbo, entonces será el reino del Espíritu Santo.

¡Gloria, pues, al Padre, que ahogó el ejército del Faraón en el mar Rojo! ¡Gloria al Hijo, que rasgó el velo del templo y cuya cruz, más pesada que la corona de los Césares, quebró contra la tierra la frente de los Césares! ¡Gloria al Espíritu Santo, que con Su terrible aliento barrerá de la tierra a todos los ladrones y a todos los verdugos, para hacer lugar al banquete de los hijos de Dios! ¡Gloria al Espíritu Santo, que ha prometido la victoria sobre la tierra y sobre el cielo al ángel de la libertad!

El ángel de la libertad nació antes del alba del primer día, antes incluso del despertar de la inteligencia, y Dios lo llamó la estrella de la mañana.

¡Oh Lucifer! Voluntaria y desdeñosamente te desprendiste del cielo donde el sol te ahogaba en su esplendor, ¡para arar con tus propios rayos los campos sin cultivar de la noche! Brillas cuando el sol se pone, y tu mirada centelleante precede al amanecer. Caes para levantarte de nuevo; ¡pruebas la muerte para comprender mejor la vida! Para las antiguas glorias del mundo, eres la estrella de la tarde; para la verdad renaciente, la hermosa estrella del alba.

La libertad no es el libertinaje, porque el libertinaje es tiranía. La libertad es la guardiana del deber, porque reivindica el derecho.[8] Lucifer, a quien los siglos oscuros han hecho el genio del mal, será verdaderamente el ángel de la luz cuando, habiendo conquistado la libertad al precio de la infamia, se sirva de ella para someterse al orden eterno, inaugurando así las glorias de la obediencia voluntaria.

El derecho no es más que la raíz del deber; hay que poseer para dar.

Así es como una poesía elevada y profunda explica la caída de los ángeles.

Dios había dado a Sus espíritus la luz y la vida; luego les dijo: "¡Amad!".

"¿Qué es amar?", respondieron los espíritus.

"Amar es darse a los demás", respondió Dios. "Los que amen sufrirán, pero serán amados."

"Tenemos el derecho de no dar nada y no queremos sufrir nada", dijeron los espíritus, odiando el amor.

"Quedaos en vuestro derecho", contestó Dios, "¡y separémonos! Yo y los Míos queremos sufrir, y aun morir, para amar. ¡Es nuestro deber!"

El ángel caído es, pues, el que desde el principio se negó a amar; no ama, y esa es toda su tortura; no da, y esa es su pobreza; no sufre, y esa es su nada; no muere, y ese es su destierro.

El ángel caído no es Lucifer, el portador de luz; es Satán, que calumnió el amor.

Ser rico es dar; no dar nada es ser pobre; vivir es amar; no amar nada es estar muerto; ser feliz es consagrarse; existir solo para uno mismo es desecharse y desterrarse en el infierno.

El cielo es la armonía de los pensamientos generosos; el infierno es el conflicto de los instintos cobardes.

El hombre del derecho es Caín, que mata a Abel por envidia; el hombre del deber es Abel, que muere por Caín por amor.

Y tal ha sido la misión de Cristo, el gran Abel de la humanidad.

No es por el derecho que debemos atrevernos a todo, es por el deber.

El deber es la expansión y el goce de la libertad; el derecho aislado es el padre de la esclavitud.

El deber es entrega; el derecho es egoísmo. El deber es sacrificio; el derecho es robo y rapiña. El deber es amor, y el derecho es odio. El deber es la vida infinita; el derecho es la muerte eterna.

Si hay que luchar para conquistar el derecho, es solo para adquirir el poder del deber: ¿para qué nos sirve la libertad, sino para amar y consagrarnos a Dios?

Si hay que quebrantar la ley, es cuando la ley aprisiona el amor en el miedo.

"El que salve su vida la perderá", dice el Libro Santo, "y el que consienta en perderla la salvará."

El deber es amor; ¡perezca todo obstáculo al amor! ¡Silencio, oráculos del odio! ¡Destrucción a los falsos dioses del egoísmo y del miedo! ¡Vergüenza a los esclavos, a los avaros del amor! ¡Dios ama a los hijos pródigos!

V. El quinario

El quinario es el número de la religión, porque es el número de Dios unido al de la mujer.[9]

La fe no es la estúpida credulidad de una ignorancia sobrecogida. La fe es la conciencia y la confianza del amor. La fe es el grito de la razón, que persiste en negar lo absurdo, aun en presencia de lo desconocido.

La fe es un sentimiento necesario al alma, así como la respiración lo es a la vida; es la dignidad del valor y la realidad del entusiasmo.

La fe no consiste en la afirmación de tal o cual símbolo, sino en una aspiración genuina y constante hacia las verdades que todos los simbolismos velan.

Si un hombre rechaza una idea indigna de la divinidad, rompe sus falsas imágenes, se rebela contra idólatras aborrecibles, ¡ustedes lo llamarán ateo!

Los autores de las persecuciones en la Roma decadente llamaban ateos a los primeros cristianos, porque no adoraban los ídolos de Calígula o de Nerón.

Negar una religión, aun negar todas las religiones antes que adherir a fórmulas que la conciencia rechaza, es un acto de fe valiente y sublime.

Todo hombre que sufre por sus convicciones es un mártir de la fe.

Quizá se explique mal, pero prefiere la justicia y la verdad a todo; no lo condenen sin comprenderlo.

Creer en la verdad suprema no es definirla, y declarar que uno cree en ella es reconocer que no la conoce.

El apóstol San Pablo declara toda la fe contenida en estas dos cosas: creer que Dios es, y que recompensa a los que Lo buscan.

La fe es algo más grande que todas las religiones, porque enuncia los artículos de creencia con menos precisión.

Cualquier dogma no constituye más que una creencia y pertenece a nuestra comunión particular; la fe es un sentimiento común a toda la humanidad.

Cuanto más se discute con el objeto de obtener mayor exactitud, menos se cree; todo dogma nuevo es una creencia que una secta se apropia, y de ese modo, en cierta forma, roba a la fe universal.

Dejemos a los sectarios hacer y rehacer sus dogmas; dejemos a los supersticiosos detallar y formular sus supersticiones. Como dijo el Maestro: "¡Dejad que los muertos entierren a sus muertos!". ¡Creamos en la verdad indecible; creamos en ese Absoluto que la razón admite sin comprenderlo; creamos en lo que sentimos sin conocerlo! ¡Creamos en la razón suprema! ¡Creamos en el Amor Infinito, y compadezcamos las estupideces de la escolástica y las barbaries de la falsa religión!

¡Oh hombre! Dime lo que esperas y te diré lo que vales. Rezas, ayunas, velas; ¿crees entonces que así escaparás solo, o casi solo, de la enorme ruina de la humanidad devorada por un Dios celoso? Eres impío e hipócrita. ¿Conviertes la vida en una orgía y esperas el sueño de la nada? Estás enfermo e insensato. ¿Estás dispuesto a sufrir como los demás y por los demás, y esperas la salvación de todos? Eres un hombre sabio y justo.

Esperar es no temer. ¡Tener miedo de Dios, qué blasfemia!

El acto de la esperanza es la oración. La oración es el florecimiento del alma en la sabiduría eterna y en el amor eterno. Es la mirada del espíritu hacia la verdad y el suspiro del corazón hacia la belleza suprema. Es la sonrisa del niño a su madre. Es el murmullo del amante que se tiende hacia los besos de su amada. Es la dulce alegría de un alma amante cuando se expande en un océano de amor. Es la tristeza de la esposa en ausencia del esposo. Es el suspiro del viajero que piensa en su patria. Es el pensamiento del pobre que trabaja para mantener a su mujer y a sus hijos.

Oremos en silencio; elevemos hacia nuestro Padre desconocido una mirada de confianza y de amor; aceptemos con fe y resignación la parte que Él nos asigna en los trabajos de la vida, ¡y cada latido de nuestros corazones será una palabra de oración!

¿Necesitamos informar a Dios de lo que Le pedimos? ¿Acaso no sabe Él lo que nos es necesario?

Si lloramos, ofrezcámosle nuestras lágrimas; si nos alegramos, volvamos hacia Él nuestra sonrisa; si nos golpea, inclinemos la cabeza; si nos acaricia, ¡durmamos en Sus brazos!

Nuestra oración será perfecta cuando oremos sin saber a quién oramos.

La oración no es un ruido que hiere el oído; es un silencio que penetra el corazón.

Dulces lágrimas vienen a humedecer los ojos, y los suspiros escapan como humo de incienso. Uno se siente enamorado, inefablemente enamorado, de todo lo que es belleza, verdad y justicia; uno palpita con una vida nueva, y ya no teme morir.

Porque la oración es la vida eterna de la inteligencia y del amor; es la vida de Dios sobre la tierra.

Ámense unos a otros: ¡esa es la Ley y los Profetas! Mediten y comprendan esta palabra.

Y cuando la hayan comprendido, no lean más, no busquen más, no duden más: ¡amen!

No sean más sabios, no sean más eruditos: ¡amen!

Esa es toda la doctrina de la verdadera religión; religión significa caridad, y Dios mismo no es sino amor.

Ya les he dicho que amar es dar. El impío es el que absorbe a los demás. El piadoso es el que se pierde en la humanidad.

Si el corazón del hombre concentra en sí mismo el fuego con que Dios lo anima, es un infierno que lo devora todo y solo se llena de cenizas; si lo irradia hacia afuera, se convierte en un tierno sol de amor.

El hombre se debe a su familia; su familia se debe a la patria, y la patria a la humanidad. El egoísmo del hombre merece el aislamiento y la desesperación; el de la familia, la ruina y el destierro; el de la patria, la guerra y la invasión.

El hombre que se aísla de todo amor humano diciendo "Serviré a Dios" se engaña. Porque, dijo el apóstol San Juan, si no ama a su prójimo, a quien ha visto, ¿cómo amará a Dios, a quien no ha visto?

Hay que dar a Dios lo que es de Dios, pero no hay que negar siquiera al César lo que es del César.

Dios es el que da la vida; el César solo puede dar la muerte.

Hay que amar a Dios y no temer al César; como está escrito en el Libro Santo: "El que toma la espada, a espada perecerá".

¿Quieren ser buenos? Entonces sean justos. ¿Quieren ser justos? Entonces sean libres.

Los vicios que hacen al hombre semejante al bruto son los primeros enemigos de su libertad.

Consideren al borracho, ¡y díganme si ese bruto inmundo puede llamarse libre!

El avaro maldice la vida de su padre y, como el cuervo, tiene hambre de cadáveres.

La meta del ambicioso son las ruinas; ¡es el delirio de la envidia!

El libertino escupe sobre el pecho de su madre y llena de abortos las entrañas de la muerte.

Todos estos corazones sin amor son castigados por la más cruel de todas las torturas: el odio.

Porque (¡grábenlo en el corazón!) la expiación está implícita en el pecado.

El hombre que hace el mal es como una vasija de barro mal hecha: se romperá; la fatalidad lo quiere.

Con los escombros de los mundos, Dios hace estrellas; con los escombros de las almas, hace ángeles.

VI. El senario

El senario es el número de la iniciación por la prueba; es el número del equilibrio, es el jeroglífico del conocimiento del Bien y del Mal.

El que busca el origen del mal busca la fuente de lo que no es.

El mal es el apetito desordenado del bien, el intento infructuoso de una voluntad torpe.

Cada uno posee el fruto de su trabajo, y la pobreza no es más que el acicate del esfuerzo.

Para el rebaño de los hombres, el sufrimiento es como el perro pastor, que muerde la lana de las ovejas para devolverlas al buen camino.

Es por la sombra que podemos ver la luz; por el frío que sentimos el calor; por el dolor que somos sensibles al placer.

El mal es, pues, para nosotros la ocasión y el comienzo del bien. Pero, en los sueños de nuestra inteligencia imperfecta, acusamos la obra de la Providencia por no comprenderla.

Nos parecemos al ignorante que juzga el cuadro por el comienzo del boceto y dice, cuando la cabeza está hecha: "¡Cómo! ¿Esta figura no tiene cuerpo?".

La naturaleza permanece serena y cumple su obra. La reja del arado no es cruel cuando desgarra el seno de la tierra, y las grandes revoluciones del mundo son la labranza de Dios.

Hay un lugar para cada cosa: para los pueblos salvajes, amos bárbaros; para el ganado, carniceros; para los hombres, jueces y padres.

Si el tiempo pudiera convertir a las ovejas en leones, se comerían a los carniceros y a los pastores.

Las ovejas nunca cambian porque no se instruyen; pero los pueblos se instruyen.

Pastores y carniceros del pueblo, ¡tienen razón, pues, en considerar enemigos suyos a los que hablan a su rebaño!

Rebaños que todavía no conocen más que a sus pastores y que quieren seguir ignorando sus tratos con los carniceros, es excusable que apedreen a quienes los humillan y los inquietan al hablarles de sus derechos.

¡Oh Cristo! Las autoridades Te condenan, Tus discípulos Te niegan, el pueblo Te maldice y exige Tu muerte; solo Tu madre llora por Ti; ¡hasta Dios Te abandona!

"¡Eli! ¡Eli! ¿lama sabachthani?"

VII. El septenario

El septenario es el gran número bíblico. Es la clave de la Creación en los libros de Moisés y el símbolo de toda religión.

Moisés dejó cinco libros, y la Ley está completa en dos testamentos.

La Biblia no es una historia, es una colección de poemas, un libro de alegorías y de imágenes.

Adán y Eva no son más que los tipos primitivos de la humanidad; la serpiente tentadora es el tiempo que pone a prueba; el Árbol

del Conocimiento es el "derecho"; la expiación por el trabajo es el deber.

Caín y Abel representan la carne y el espíritu, la fuerza y la inteligencia, la violencia y la armonía.

Los gigantes son los que usurparon la tierra en los tiempos antiguos; el diluvio fue una gran revolución.

El arca es la tradición conservada en una familia: la religión, en este período, se vuelve un misterio y propiedad de la raza. Cam fue maldito por haberlo revelado.

Nimrod y Babel son las dos alegorías primitivas del déspota y del imperio universal que siempre ha llenado los sueños de los hombres, un sueño cuya realización buscaron sucesivamente los asirios, los medos, los persas, Alejandro, Roma, Napoleón, los sucesores de Pedro el Grande, y siempre inacabado a causa de la dispersión de los intereses, simbolizada por la confusión de las lenguas.

El imperio universal no podía realizarse por la fuerza, sino por la inteligencia y el amor. Por eso, a Nimrod, el hombre del "derecho" salvaje, la Biblia opuso a Abraham, el hombre del deber, que se va voluntariamente al destierro para buscar la libertad y la lucha en un país extranjero, del que se adueña por la virtud de su Idea.

Tiene una esposa estéril, su pensamiento, y una esclava fecunda, su fuerza; pero cuando la fuerza ha producido su fruto, el pensamiento se vuelve fecundo, y el hijo de la inteligencia destierra al hijo de la fuerza.

El hombre de inteligencia es sometido a duras pruebas; debe confirmar sus conquistas con sacrificios. Dios le ordena inmolar a su hijo, es decir, la duda debe poner a prueba el dogma, y el hombre intelectual debe estar dispuesto a sacrificarlo todo en el altar de la razón suprema. Entonces Dios interviene: la razón universal cede a los esfuerzos del trabajo y se muestra a la ciencia; solo se inmola el lado material del dogma. Ese es el sentido del carnero trabado por los cuernos en un matorral.

La historia de Abraham es, pues, un símbolo a la manera antigua, y contiene una elevada revelación de los destinos del alma humana. Tomada al pie de la letra, es una historia absurda y repugnante. ¿Acaso San Agustín no tomó al pie de la letra El asno de oro de Apuleyo? ¡Pobres grandes hombres!

La historia de Isaac es otra leyenda. Rebeca es el tipo de la mujer oriental, laboriosa, hospitalaria, parcial en sus afectos, sagaz y astuta en sus maniobras.

Jacob y Esaú son de nuevo los dos tipos de Caín y de Abel; pero aquí Abel se venga: la inteligencia emancipada triunfa por la astucia.

Todo el genio de los judíos está en el carácter de Jacob, el suplantador paciente y laborioso que cede ante la ira de Esaú, se enriquece y compra el perdón de su hermano.

Nunca hay que olvidar que, cuando los antiguos quieren filosofar, cuentan una historia.

La historia o leyenda de José contiene en germen todo el genio del Evangelio; y Cristo, incomprendido por Su pueblo, debió de llorar a menudo al releer aquella escena en que el gobernador de

Egipto se arroja al cuello de Benjamín con el gran grito de "¡Yo soy José!".

Israel se convierte en el pueblo de Dios, es decir, en el conservador de la idea y el depositario de la palabra. Esa idea es la de la independencia humana y de la realeza por medio del trabajo; pero se la oculta con cuidado, como una semilla preciosa. Se imprime a los iniciados un signo doloroso e indeleble; toda imagen de la verdad está prohibida, y los hijos de Jacob velan, espada en mano, en torno a la unidad del tabernáculo. Hamor y Siquem quieren introducirse por la fuerza en la familia santa, y perecen con su pueblo después de sufrir una iniciación fingida. Para dominar al vulgo, ya es necesario que el santuario se rodee de sacrificios y de terror.

La servidumbre de los hijos de Jacob prepara su liberación: porque tienen una idea, y no se encadena una idea; tienen una religión, y no se viola una religión; son, en fin, un pueblo, y no se encadena a un pueblo real. La persecución suscita vengadores; la idea se encarna en un hombre; surge Moisés; cae el Faraón; y la columna de humo y de llama que va delante de un pueblo liberado avanza majestuosamente por el desierto.

Cristo es sacerdote y rey por la inteligencia y por el amor.

Ha recibido la santa unción, la unción del genio, de la fe y de la virtud, que es fuerza.

Llega cuando el sacerdocio está agotado, cuando los viejos símbolos ya no tienen virtud, cuando el faro de la inteligencia se ha apagado.

Viene a llamar a Israel a la vida, y si no puede galvanizar en vida a Israel, muerto a manos de los fariseos, resucitará al mundo entregado al culto muerto de los ídolos.

Cristo es el derecho de cumplir el propio deber.

El hombre tiene el derecho de cumplir su deber, y no tiene ningún otro derecho.

¡Oh hombre! Tienes el derecho de resistir hasta la muerte a cualquiera que te impida cumplir tu deber.

¡Madre! Tu hijo se ahoga; un hombre te impide socorrerlo; golpeas a ese hombre, ¡corres a salvar a tu hijo!... ¿Quién, entonces, se atreverá a condenarte?

Cristo vino a oponer el derecho del deber al deber del derecho.

El "derecho", entre los judíos, era la doctrina de los fariseos. Y, en efecto, parecían haber adquirido el privilegio de dogmatizar; ¿no eran los herederos legítimos de la sinagoga?

Tenían el derecho de condenar al Salvador, y el Salvador sabía que Su deber era resistirles.

Cristo es el alma de la protesta.

Pero ¿la protesta de qué? ¿De la carne contra la inteligencia? ¡No! ¿Del derecho contra el deber? ¡No! ¿De lo físico contra lo moral? ¡No! ¡No! ¿De la imaginación contra la razón universal? ¿De la locura contra la sabiduría? ¡No, mil veces no, y una vez más no!

Cristo es la realidad, el deber, que protesta eternamente contra la idealidad, el derecho.

Es la emancipación del espíritu que rompe la esclavitud de la carne.

Es la entrega en rebelión contra el egoísmo.

Es la modestia sublime que responde al orgullo: "¡No te obedeceré!".

Cristo no tiene compañera; Cristo es solitario; Cristo está triste. ¿Por qué?

Porque la mujer se ha prostituido.

Porque la sociedad es culpable de robo.

Porque la alegría egoísta es impía.

Cristo es juzgado, condenado y ejecutado; ¡y los hombres Lo adoran!

Esto sucedió en un mundo quizá tan serio como el nuestro.

Jueces del mundo en que vivimos, presten atención, ¡y piensen en Aquel que juzgará sus juicios!

Pero, antes de morir, el Salvador legó a Sus hijos el signo inmortal de la salvación: la Comunión.

¡La Comunión! ¡La común unión! ¡La palabra final del Salvador del mundo!

"El Pan y el Vino compartidos entre todos", dijo Él, "esta es mi carne y mi sangre."

Dio Su carne a los verdugos, Su sangre a la tierra que la bebió.

¿Por qué?

Para que todos participen del pan de la inteligencia y del vino del amor.

¡Oh signo de la unión de los hombres! ¡Oh Mesa Redonda de la caballería universal! ¡Oh banquete de la fraternidad y de la igualdad! ¿Cuándo serán mejor comprendidos?

Mártires de la humanidad, todos ustedes que han dado su vida para que todos tengan el pan que nutre y el vino que fortifica, ¿no dicen también ustedes, poniendo las manos sobre los signos de la comunión universal: "Esta es nuestra carne y nuestra sangre"?

Y ustedes, hombres del mundo entero, ustedes a quienes el Maestro llama Sus hermanos, ¿no sienten que el pan universal, el pan fraterno, el pan de la comunión, es Dios?

¡Mercaderes del Crucificado! Todos ustedes que no están dispuestos a dar su sangre, su carne y su vida a la humanidad, ¡no son dignos de la Comunión del Hijo de Dios!

¡No dejen que Su sangre corra sobre ustedes, porque les marcaría la frente a fuego!

¡No acerquen sus labios al corazón de Dios: Él sentiría su aguijón!

No beban la sangre de Cristo, que les quemará las entrañas: ¡ya basta con que haya corrido inútilmente por ustedes!

VIII. El número ocho

La ogdóada es el número de la reacción y de la justicia equilibrante.

Toda acción produce una reacción.

Esta es la ley universal del mundo.

El cristianismo debía producir necesariamente el anticristianismo.

El Anticristo es la sombra, el contraste, la prueba de Cristo.

El Anticristo ya se produjo en la Iglesia en tiempos de los Apóstoles: San Pablo dijo: "Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo...".[10]

Los protestantes dijeron: "El Anticristo es el Papa".

El Papa respondió: "Todo hereje es un Anticristo".

El Anticristo no es el Papa más de lo que es Lutero; el Anticristo es el espíritu opuesto al de Cristo. Es la usurpación del derecho por el derecho mismo; es el orgullo de la dominación y el despotismo del pensamiento.

Es el egoísmo, que se dice religioso, de los protestantes, tanto como la ignorancia crédula e imperiosa de los malos católicos.

El Anticristo es lo que divide a los hombres en lugar de unirlos; es un espíritu de disputa, la obstinación de los teólogos y de los sectarios, el deseo impío de apropiarse la verdad y excluir de ella a los demás, o de forzar al mundo entero a someterse al yugo estrecho de nuestros juicios.

El Anticristo es el sacerdote que maldice en lugar de bendecir, que aleja en lugar de atraer, que escandaliza en lugar de edificar,

que condena en lugar de salvar.

Es el fanatismo aborrecible que desalienta la buena voluntad.

Es el culto de la muerte, de la tristeza y de la fealdad.

"¿Qué carrera elegiremos para nuestro hijo?", han dicho muchos padres estúpidos; "es débil de mente y de cuerpo, y no tiene una chispa de valor: haremos de él un sacerdote, para que viva del altar."

No han comprendido que el altar no es un pesebre para animales perezosos.

¡Miren a los sacerdotes indignos, contemplen a esos pretendidos servidores del altar! ¿Qué les dicen al corazón esos hombres obesos o cadavéricos, de ojos apagados y bocas fruncidas o abiertas?[11] Óiganlos hablar: ¿qué les enseña su ruido desagradable y monótono? Rezan como duermen y sacrifican como comen. Son máquinas llenas de pan, de carne y de vino, y de palabras sin sentido.

Y cuando se jactan, como la ostra al sol, de estar sin pensamiento y sin amor, ¡se dice que tienen la paz del alma!

Tienen la paz del bruto. Para el hombre, mejor es la de la tumba: esos son los sacerdotes de la locura y de la ignorancia, esos son los ministros del Anticristo.

El verdadero sacerdote de Cristo es un hombre que vive, sufre, ama y lucha por la justicia. No disputa, no reprende; irradia perdón, inteligencia y amor.

El verdadero cristiano es ajeno al espíritu sectario; se hace todo para todos y mira a todos los hombres como hijos de un padre común que quiere salvarlos a todos. Todo el culto no tiene para él más que un sentido de dulzura y de amor: deja a Dios los secretos de la justicia y no entiende más que de caridad.

Mira a los malvados como enfermos a quienes hay que compadecer y curar; el mundo, con sus errores y sus vicios, es para él el hospital de Dios, y quiere servir en él.

No piensa que es mejor que nadie; dice solamente: "Mientras esté sano, déjenme servir a los demás; y cuando deba caer y morir, quizá otros ocupen mi lugar y sirvan".

IX. El número nueve

Este es el ermitaño del Tarot; el número que se refiere a los iniciados y a los profetas.

Los profetas son solitarios, porque su destino es que nadie los escuche nunca.

Ven de otro modo que los demás; presienten las desgracias. Por eso la gente los encarcela y los mata, o se burla de ellos, los rechaza como si fueran leprosos y los deja morir de hambre. Luego, cuando las predicciones se cumplen, dicen: "Son estas personas las que nos han traído la desgracia".

Ahora, como sucede siempre en vísperas de grandes desastres,[12] nuestras calles están llenas de profetas. He encontrado a algunos en las cárceles; he visto a otros que morían olvidados en buhardillas. La gran ciudad entera ha visto a uno cuya profecía

silenciosa consistía en girar sin cesar mientras caminaba, cubierto de harapos, por el palacio del lujo y de las riquezas. He visto a uno cuyo rostro brillaba como el de Cristo: tenía callos en las manos y vestía la blusa del obrero; con arcilla amasaba epopeyas. Entrelazaba la espada del derecho y el cetro del deber; y sobre esa columna de oro y de acero colocaba el signo creador del amor.

Un día, en una gran asamblea popular, bajó a la calle con un pedazo de pan en la mano, que partió y repartió diciendo: "¡Pan de Dios, haz pan para todos!".

Conozco a otro que gritaba: "¡No adoraré más al dios del diablo! ¡No quiero un verdugo por Dios!". Y pensaron que blasfemaba. No; pero la energía de su fe desbordaba en palabras inexactas e imprudentes.

Decía además, en la locura de su caridad herida:

"Las deudas de todos los hombres son comunes, y expían unos las faltas de otros, como hacen méritos unos para otros con sus virtudes.

"La pena del pecado es la muerte. El pecado mismo, además, es una pena, y la mayor de las penas. Un gran crimen no es más que una gran desgracia.

"El peor de los hombres es el que se cree mejor que sus semejantes.

"Los hombres apasionados son excusables, porque son pasivos; pasión significa sufrimiento, y también redención por el dolor.

"Lo que llamamos libertad no es más que la omnipotencia de la compulsión divina. Los mártires decían: 'Es mejor obedecer a Dios que a los hombres'.

"El acto de amor menos perfecto vale más que el mejor acto de piedad.

"No juzguen; hablen apenas; amen y obren."

Vino otro profeta y dijo:

"Protesten contra las malas doctrinas con buenas obras, pero no se separen.

"Reconstruyan todos los altares, purifiquen todos los templos y manténganse preparados para la visita del Espíritu.

"Que cada uno ore a su manera y comulgue con los suyos; pero no condenen a los demás.

"Una práctica religiosa nunca es despreciable, porque es el signo de un pensamiento grande y santo.

"Orar juntos es comulgar en la misma esperanza, la misma fe y la misma caridad.

"El signo por sí solo no es nada; es la fe la que lo santifica.

"La religión es el vínculo más sagrado y más fuerte de la asociación humana, y realizar un acto de religión es realizar un acto de humanidad."

Cuando los hombres comprendan por fin que no hay que disputar sobre las cosas que se ignoran,

cuando sientan que un poco de caridad vale más que mucha influencia y dominación,

cuando el mundo entero respete lo que aun Dios respeta en la más pequeña de Sus criaturas, la espontaneidad de la obediencia y la libertad del deber,

entonces no habrá más que una religión en el mundo, la religión cristiana y universal, la verdadera religión católica, que ya no se negará a sí misma con restricciones de lugar y de personas.

"Mujer", dijo el Salvador a la samaritana, "en verdad te digo que llega la hora en que los hombres ya no adorarán a Dios ni en Jerusalén ni en este monte; porque Dios es espíritu,[13] y los que Lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad."

X. El número absoluto de la Cábala

La clave de los Sefirot. (Vide *Dogme et Rituel de la haute magie*.)

XI. El número once

El once es el número de la fuerza; es el de la lucha y del martirio.

Todo hombre que muere por una idea es un mártir, porque en él las aspiraciones del espíritu han triunfado sobre los temores del animal.

Todo hombre que cae en la guerra es un mártir, porque muere por los demás.

Todo hombre que muere de hambre es un mártir, porque es como un soldado abatido en la batalla de la vida.

Los que mueren en defensa del derecho son tan santos en su sacrificio como las víctimas del deber, y en las grandes luchas y revoluciones contra el poder cayeron mártires por igual en ambos bandos.

Siendo el derecho la raíz del deber, nuestro deber es defender nuestros derechos.

¿Qué es un crimen? La exageración de un derecho. El asesinato y el robo son negaciones de la sociedad; son el despotismo aislado de un individuo que usurpa la realeza y hace la guerra por su propia cuenta y riesgo.

Sin duda el crimen debe ser reprimido y la sociedad debe defenderse; pero ¿quién es tan justo, tan grande, tan puro, como para pretender que tiene el derecho de castigar?

¡Paz, pues, a todos los que caen en la guerra, aun en guerra ilegítima! Porque se han jugado la cabeza y la han perdido; han pagado, ¿y qué más podemos pedirles?

¡Honor a todos los que luchan con valentía y lealtad! ¡Vergüenza solo para los traidores y los cobardes!

Cristo murió entre dos ladrones, y se llevó a uno de ellos consigo al cielo.

El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.

Dios concede Su poder todopoderoso al amor. Le gusta triunfar sobre el odio, pero a los tibios los vomita de Su boca.

¡El deber es vivir, aunque fuera por un instante!

¡Es hermoso haber reinado un día, aun una hora!, aunque fuera bajo la espada de Damocles o sobre la hoguera de Sardanápalo. Pero es más hermoso haber visto a los propios pies todas las coronas del mundo y haber dicho: "Seré el rey de los pobres, y mi trono estará en el Calvario".

Hay un hombre más fuerte que el hombre que mata: es el que muere para salvar a los demás.

No hay crímenes aislados ni expiaciones solitarias.

No hay virtudes personales, ni hay entregas desperdiciadas.

Quien no está libre de reproche es cómplice de todo mal; y quien no es absolutamente perverso puede participar de todo bien.

Por eso una agonía es siempre una expiación humanitaria, y toda cabeza que cae en el cadalso puede ser honrada y alabada como la cabeza de un mártir.

Por eso también el más noble y el más santo de los mártires pudo interrogar a su propia conciencia, hallarse merecedor de la pena que iba a sufrir y decir, saludando a la espada que estaba lista para herirlo: "¡Hágase justicia!".

¡Víctimas puras de las catacumbas romanas, judíos y protestantes masacrados por cristianos indignos! ¡Sacerdotes de l'Abbaye y de les Carmes,[14] víctimas del Reinado del Terror, realistas degollados, revolucionarios sacrificados a su vez, soldados de nuestros grandes ejércitos que han sembrado el mundo con sus huesos, todos ustedes que han sufrido la pena de muerte, trabajadores, luchadores, audaces de toda clase, valientes hijos de Prometeo que no han temido ni el rayo ni el

buitre, todo honor a sus cenizas dispersas! ¡Paz y veneración a su memoria! ¡Ustedes son los héroes del progreso, mártires de la humanidad!

XII. El número doce

El doce es el número cíclico; es el del Credo universal.

He aquí una traducción en alejandrinos del credo mágico y católico sin restricciones:

Creo en Dios, del hombre padre todopoderoso,
Un Dios, que creó el universo, su designio.
Creo en Él, el Hijo, el primero de los hombres,
Verbo y magnificencia del supremo Amén.
Él es el pensamiento vivo del eterno poder del Amor,
Dios manifestado en la carne, la Acción de la Luz,
Deseado en todo lugar y en toda época,
Pero no un Dios que pueda separarse de Dios.
Descendido entre los hombres para librar la tierra del destino,
Él consagró en Su madre a la mujer.
Fue el hombre a quien adornó la dulce sabiduría del cielo;
Nació para sufrir y morir como mueren los hombres.
Proscrito por la ignorancia, acusado por la envidia y la discordia,
Murió en la cruz para darnos la vida.
Todos los que aceptan Su ayuda para guiarse y sostenerse
Pueden, por Su ejemplo, llegar como Él a Dios.
Resucitó de la muerte para reinar en la danza de los siglos;
Él es el sol que disipa las nubes de la ignorancia.
Sus preceptos, mejor conocidos y pronto más poderosos,
Juzgarán a los vivos y a los muertos por toda la eternidad.

Creo en el Espíritu Santísimo de Dios, cuyo fuego
Inspiró el corazón y la mente de santos y profetas.
Él es un Aliento de vida y de fecundidad,
Que procede a la vez de Dios y de la humanidad.
Creo en una santísima fraternidad
De hombres justos que veneran la ordenanza del bien que dicta el cielo.
Creo que un lugar, un pontífice y un derecho,
Un símbolo de un solo Dios, se unen en un solo propósito.
Creo que la muerte, al cambiarnos, nos renueva,
Y que en el hombre, como en Dios, la vida derrama rocíos inmortales.

XIII. El número trece

El trece es el número de la muerte y del nacimiento; es el de la propiedad y la herencia, de la sociedad y la familia, de la guerra y los tratados.

La base de la sociedad es el intercambio del derecho, del deber y de la buena fe.

El derecho es la propiedad, el intercambio es la necesidad, la buena fe es el deber.

El que quiere recibir más de lo que da, o el que quiere recibir sin dar, es un ladrón.

La propiedad es el derecho de disponer de una porción de la riqueza común; no es el derecho de destruir, ni el derecho de secuestrar.

Destruir o secuestrar la riqueza común no es poseer; es robar.

Digo riqueza común porque el verdadero propietario de todas las cosas es Dios, que quiere que todas las cosas pertenezcan a todos.

Hagan lo que hagan, a su muerte no se llevarán nada de los bienes de este mundo. Ahora bien, lo que un día les ha de ser quitado no es realmente suyo. Solo se les ha prestado.

En cuanto al usufructo, es el resultado del trabajo; pero aun el trabajo no es una garantía segura de posesión, y puede venir la guerra con la devastación y el fuego a desplazar la propiedad.

¡Hagan, pues, buen uso de las cosas que perecen, ustedes que perecerán antes que ellas!

Consideren que el egoísmo provoca el egoísmo, y que la inmoralidad del rico responderá por los crímenes del pobre.

¿Qué desea el pobre, si es honrado? Desea trabajo.

Usen sus derechos, pero cumplan su deber: el deber del rico es difundir la riqueza; la riqueza que no circula está muerta; ¡no atesoren la muerte!

Un sofista[15] ha dicho: "La propiedad es un robo", y sin duda quiso hablar de la propiedad absorbida en sí misma, sustraída al libre intercambio, apartada del uso común. Si tal era su pensamiento, podría haber ido más lejos y decir que semejante supresión de la vida pública es verdaderamente un asesinato. Es el crimen del monopolio, que el instinto público siempre ha considerado como traición al género humano.

La familia es una sociedad natural que resulta del matrimonio.

El matrimonio es la unión de dos seres unidos por el amor, que se prometen mutua entrega en interés de los hijos que puedan nacer.

Los esposos que tienen un hijo y se separan son impíos. ¿Quieren acaso ejecutar el juicio de Salomón y partir al niño en dos?

Jurar amor eterno es pueril; el amor sexual es una emoción, divina sin duda, pero accidental, involuntaria y pasajera; pero la promesa de entrega recíproca es la esencia del matrimonio y el principio fundamental de la familia.

La sanción y la garantía de esta promesa deben ser, pues, una confianza absoluta.

Todo celo es una sospecha, y toda sospecha es un ultraje.

El verdadero adulterio es la ruptura de esta confianza: la mujer que se queja de su marido ante otro hombre; el hombre que confía a otra mujer las decepciones o las esperanzas de su corazón: estos sí traicionan la fe conyugal.

Las sorpresas que los sentidos le tienden a uno solo son infidelidades por los impulsos del corazón, que se abandona más o menos a los susurros del placer.

Además, son faltas humanas de las que hay que avergonzarse y que se deben ocultar: son indecencias que hay que evitar de antemano suprimiendo la ocasión, pero que nunca hay que intentar sorprender: la moral proscribe el escándalo.

Todo escándalo es una torpeza.

No se es indecente por poseer órganos que el pudor no nombra, pero se es obsceno cuando se los exhibe.

Maridos, oculten sus heridas domésticas; ¡no desnuden a sus mujeres ante la risa de la turba! Mujeres, no pregonen las incomodidades del lecho conyugal: hacerlo es inscribirse como prostitutas ante la opinión pública.

Hace falta un alto grado de valor para guardar la fe conyugal; es un pacto de heroísmo cuyo alcance entero solo las grandes almas pueden comprender.

Los matrimonios que se rompen no son matrimonios: son acoplamientos.

Una mujer que abandona a su marido, ¿en qué puede convertirse? Ya no es esposa, y no es viuda; ¿qué es entonces? Es una apóstata del honor, forzada a ser licenciosa porque no es ni virgen ni libre.

Un marido que abandona a su mujer la prostituye y merece el nombre infame que se aplica a los amantes de las mujeres perdidas.

El matrimonio es, pues, sagrado e indisoluble cuando existe realmente.

Pero no puede existir realmente sino para seres de una inteligencia elevada y de un corazón noble.

Los animales no se casan, y los hombres que viven como animales sufren las fatalidades de la naturaleza bruta.

Hacen sin cesar intentos desafortunados de obrar razonablemente. Sus promesas son intentos e imitaciones de promesas; sus matrimonios, intentos e imitaciones de matrimonio; sus amores, intentos e imitaciones de amor. Siempre desean y nunca quieren; siempre emprenden y nunca terminan.

Para esas personas solo se aplica el lado represivo de la ley.

Tales seres pueden tener una camada, pero nunca tienen una familia: el matrimonio y la familia son derechos del hombre perfecto, del hombre emancipado, del hombre inteligente y libre.

Interroguen también los anales de los tribunales y lean la historia de los parricidas. Levanten el velo negro de todas esas cabezas cortadas y pregúntenles qué pensaban del matrimonio y de la familia, qué leche mamaron, qué caricias los ennoblecieron...

¡Tiemblen entonces, todos ustedes que no dan a sus hijos el pan de la inteligencia y del amor, todos ustedes que no sancionan la autoridad paterna con la virtud de un buen ejemplo!

Aquellos desdichados eran huérfanos de espíritu y de corazón, y han vengado su nacimiento.

Vivimos en un siglo en que más que nunca se desconoce la familia en todo lo que posee de augusto y de sagrado: el interés material está matando la inteligencia y el amor; se desprecian las lecciones de la experiencia, las cosas de Dios se pregonan por la calle. La carne insulta al espíritu, el fraude se ríe en la cara de la lealtad. No más idealismo, no más justicia: la vida humana ha asesinado a su padre y a su madre.

¡Valor y paciencia! Este siglo irá adonde deben ir los grandes criminales. ¡Mírenlo, qué triste está! El hastío es el velo negro de su rostro... la carreta rueda, y la multitud estremecida la sigue... Pronto un siglo más será juzgado por la historia, y se escribirá sobre una inmensa tumba de ruinas: "¡Aquí termina el siglo parricida! ¡El siglo que asesinó a su Dios y a su Cristo!".

En la guerra, uno tiene el derecho de matar para no morir; pero en la batalla de la vida el más sublime de los derechos es el de morir para no matar.

La inteligencia y el amor deben resistir a la opresión hasta la muerte, pero nunca hasta el asesinato.

Hombre valiente, la vida del que te ha ofendido está en tus manos; porque es dueño de la vida de los demás quien no se preocupa por la suya... ¡Aplástalo con tu grandeza: perdónalo!

"Pero ¿está prohibido matar al tigre que nos amenaza?"

"Si es un tigre con rostro humano, es más hermoso dejarse devorar; y aun así, la moral no tiene aquí nada que decir."

"Pero ¿y si el tigre amenaza a mis hijos?"

"¡Que te responda la Naturaleza misma!"

Harmodio y Aristogitón tuvieron fiestas y estatuas en la antigua Grecia. La Biblia ha consagrado los nombres de Judit y de Aod, y una de las figuras más sublimes del Libro Santo es la de Sansón, ciego y encadenado, derribando las columnas del templo mientras gritaba: "¡Muera yo con los filisteos!".

Y sin embargo, ¿creen ustedes que si Jesús, antes de morir, hubiera ido a Roma a clavar Su puñal en el corazón de Tiberio, habría salvado al mundo como lo salvó perdonando a Sus verdugos y muriendo aun por Tiberio?

¿Salvó Bruto la libertad romana al matar a César? Al matar a Calígula, Querea solo hizo lugar a Claudio y a Nerón. Protestar contra la violencia con la violencia es justificarla y obligarla a reproducirse. Pero triunfar sobre el mal con el bien, sobre el egoísmo con la abnegación, sobre la ferocidad con el perdón: ese es el secreto del cristianismo, y es el de la victoria eterna.

He visto el lugar donde la tierra todavía bebe el asesinato de Abel, y en ese lugar corría un arroyo de lágrimas. Bajo la guía de los siglos, miríadas de hombres pasaban dejando caer sus lágrimas en el arroyo. Y la Eternidad, acurrucada y doliente, contemplaba las lágrimas que caían; las contaba una por una, y nunca eran bastantes para lavar una sola mancha de sangre.

Pero entre dos multitudes y dos edades vino el Cristo, figura pálida y radiante. Y en la tierra de sangre y de lágrimas plantó la viña de la fraternidad; y las lágrimas y la sangre, sorbidas por las raíces del árbol divino, se convirtieron en el delicioso jugo de la uva, que está destinado a embriagar de amor a los hijos del porvenir.

XIV. El número catorce

El CATORCE es el número de la fusión, de la asociación y de la unidad universal, y es en nombre de lo que representa que

haremos aquí un llamado a las naciones, empezando por la más antigua y la más santa.

Hijos de Israel, ¿por qué, en medio del movimiento de las naciones, permanecen ustedes inmóviles, guardianes de las tumbas de sus padres? Sus padres no están aquí, han resucitado: ¡porque el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no es el Dios de los muertos! ¿Por qué imprimen siempre en su descendencia el sello sangriento del cuchillo? Dios ya no quiere separarlos de los demás hombres; sean nuestros hermanos y coman con nosotros el Pan consagrado de la paz sobre altares que la sangre no mancha jamás. La ley de Moisés está cumplida: lean sus libros y comprendan que han sido una raza ciega y de corazón duro, tal como se lo dijeron todos sus profetas. También han sido una raza valerosa, una raza que perseveró en la lucha. Hijos de Israel, háganse hijos de Dios: ¡comprendan y amen! Dios ha borrado de su frente la marca de Caín, y los pueblos, al verlos pasar, ya no dirán: "¡Ahí van los judíos!". Gritarán: "¡Paso a nuestros hermanos! ¡Paso a nuestros mayores en la Fe!". E iremos cada año a comer la pascua con ustedes en la ciudad de la Nueva Jerusalén. Y descansaremos bajo su viña y bajo su higuera; porque ustedes volverán a ser el amigo del viajero, en memoria de Abraham, de Tobías y de los ángeles que los visitaron. Y en memoria de Aquel que dijo: "El que recibe a uno de estos Mis pequeñitos, a Mí me recibe". Porque entonces ya no negarán asilo en su casa y en su corazón a su hermano José, a quien vendieron a los gentiles. Pues él se ha hecho poderoso en la tierra de Egipto, donde ustedes buscaron pan en los días del hambre. Y se ha acordado de su padre Jacob y de Benjamín, su hermano menor, y les perdona sus celos, y los abraza con lágrimas.

Hijos de los verdaderos creyentes, cantaremos con ustedes: "¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma es Su profeta!". Digan con los hijos de Israel: "¡No hay más Dios que Dios, y Moisés es Su profeta!". Digan con los cristianos: "¡No hay más Dios que Dios, y Jesucristo es Su profeta!".

Mahoma es la sombra de Moisés. Moisés es el precursor de Jesús.

¿Qué es un profeta? Un representante de la humanidad que busca a Dios. Dios es Dios, y el hombre es el profeta de Dios cuando nos hace creer en Dios.

El Antiguo Testamento, el Corán y el Evangelio son tres traducciones distintas del mismo libro. Así como Dios es uno, así también lo es la ley.

¡Oh mujer ideal! ¡Oh recompensa de los elegidos! ¿Eres tú más hermosa que María? ¡Oh María, hija del Oriente!, casta como el amor puro, grande como el deseo de la maternidad, ¡ven y enseña a los hijos del Islam los misterios del Paraíso y los secretos de la belleza! ¡Invítalos al festín de la nueva alianza!

Allí, sobre tres tronos resplandecientes de piedras preciosas, estarán sentados tres profetas. El árbol tuba hará, con sus ramas curvadas hacia atrás, un dosel para la mesa celestial. La esposa será blanca como la luna y escarlata como la sonrisa de la mañana. Todas las naciones se apresurarán a verla, y ya no temerán pasar Al Sirah; porque sobre ese puente de filo de navaja el Salvador tenderá Su cruz y vendrá a tender Su mano a los que tropiecen, y a los que hayan caído la esposa les tenderá su velo perfumado y los atraerá hacia sí.

¡Oh pueblos todos, batid las manos y alabad el último triunfo del amor! ¡Solo la muerte quedará muerta, y solo el infierno será consumido!

¡Oh naciones de Europa, a quienes el Oriente tiende las manos, únanse y rechacen al oso del norte![16] ¡Que la última guerra traiga el triunfo de la inteligencia y del amor, que el comercio entrelace los brazos del mundo, y que una nueva civilización, nacida del Evangelio armado, reúna todos los rebaños de la tierra bajo el cayado del mismo pastor!

Tales serán las conquistas del progreso; tal es el fin hacia el cual nos empuja todo el movimiento del mundo.

El progreso es movimiento, y el movimiento es vida. Negar el progreso es afirmar la nada y deificar la muerte.

El progreso es la única respuesta que la razón puede dar a las objeciones que plantea la existencia del mal.

No todo está bien, pero todo estará bien algún día. Dios comienza Su obra, y la terminará.

Sin el progreso, el mal sería inmutable como Dios.

El progreso explica las ruinas y consuela el llanto de Jeremías.

Las naciones se suceden unas a otras como los hombres; y nada es estable, porque todo marcha hacia la perfección.

El gran hombre que muere lega a su patria el fruto de sus obras; la gran nación que se extingue sobre la tierra se transforma en una estrella para iluminar las oscuridades de la Historia.

Lo que escribió con sus acciones queda grabado en el libro eterno; ha añadido una página a la Biblia del género humano.

No digan que la civilización es mala; porque se parece al calor húmedo que madura la cosecha: desarrolla rápidamente los principios de la vida y los principios de la muerte, mata y vivifica.

Es como el ángel del juicio que separa a los malos de los buenos.

La civilización transforma a los hombres de buena voluntad en ángeles de luz, y rebaja al hombre egoísta por debajo del bruto; es la corrupción de los cuerpos y la emancipación de las almas.

El mundo impío de los gigantes elevó al Cielo el alma de Enoc; por encima de las bacanales de la Grecia primitiva se alza el espíritu armonioso de Orfeo.

Sócrates y Pitágoras, Platón y Aristóteles resumen, al explicarlas, todas las aspiraciones y todas las glorias del mundo antiguo; las fábulas de Homero siguen siendo más verdaderas que la historia, y de la grandeza de Roma no nos quedan sino los escritos inmortales que produjo el siglo de Augusto.

Así, quizás, Roma solo sacudió el mundo con las convulsiones de la guerra para dar a luz a Virgilio.

El cristianismo es el fruto de las meditaciones de todos los sabios del Oriente, que reviven en Jesucristo.

Así, la luz de los espíritus se levantó donde se levanta el sol del mundo; Cristo conquistó el Occidente, y los suaves rayos del sol de Asia tocaron los hielos del Norte.

Agitados por este calor desconocido, hormigueros de hombres nuevos se derramaron sobre un mundo gastado; las almas de los pueblos muertos brillaron sobre razas rejuvenecidas y ensancharon en ellas el espíritu de la vida.

Hay en el mundo una nación que se llama a sí misma franqueza y libertad, porque esas dos palabras son sinónimos del nombre de Francia.

Esta nación ha sido siempre, en ciertos aspectos, más católica que el Papa y más protestante que Lutero.

La Francia de las Cruzadas, la Francia de los trovadores, la Francia de las canciones, la Francia de Rabelais y de Voltaire, la Francia de Bossuet y de Pascal: es ella la síntesis de todos los pueblos; es ella la que consagra la alianza de la razón y de la fe, de la revolución y del poder, de la creencia más tierna y de la más orgullosa dignidad humana.

¡Y vean cómo marcha, cómo se balancea, cómo lucha, cómo se engrandece! A menudo engañada y herida, nunca abatida, entusiasta en sus triunfos, audaz en sus adversidades, ríe, canta, muere, y enseña al mundo la fe en la inmortalidad.

¡La vieja guardia no se rinde, pero tampoco muere! La prueba es el entusiasmo de nuestros hijos, ¡que pretenden ser un día también soldados de la vieja guardia!

Napoleón ya no es un hombre: es el genio mismo de Francia, es el segundo salvador del mundo, y también él dio por signo la cruz a sus apóstoles.

Santa Elena y el Gólgota son los faros de la nueva civilización; son los dos pilares de un inmenso puente hecho por el arco iris del diluvio final, y que tiende un puente entre los dos mundos.

¿Y pueden ustedes creer que un pasado sin aureola y sin gloria podría capturar y devorar un porvenir tan grande? ¿Podrían pensar que la espuela de un tártaro podría un día desgarrar el pacto de nuestras glorias, el testamento de nuestras libertades? ¡Digan más bien que podemos volver a ser niños y entrar otra vez en el vientre de nuestra madre!

"¡Anda! ¡Anda!", decía la voz de Dios al judío errante. "¡Avanza! ¡Avanza!", le grita a Francia el destino del mundo. ¿Y adónde vamos? A lo desconocido, al abismo quizás; ¡no importa! Pero al pasado, a los cementerios del olvido, a los pañales que nuestra misma infancia hizo jirones, hacia la imbecilidad y la ignorancia de las primeras edades... ¡nunca! ¡nunca!

XV. El número quince

El QUINCE es el número del antagonismo y de la catolicidad.

El cristianismo está hoy dividido en dos iglesias: la iglesia civilizadora y la iglesia salvaje; la iglesia progresista y la iglesia estacionaria.

Una es activa, la otra es pasiva: una ha dominado a las naciones y las gobierna siempre, puesto que los reyes la temen; la otra se ha sometido a todos los despotismos y no puede ser sino un instrumento de esclavitud.

La iglesia activa realiza a Dios para los hombres, y es la única que cree en la divinidad del Verbo humano como intérprete del de Dios.

¿Qué es, después de todo, la infalibilidad del Papa, sino la autocracia de la inteligencia, confirmada por el voto universal de la fe?

En tal caso, podría decirse, el Papa debería ser el primer genio de su siglo. ¿Por qué? En realidad es más conveniente que sea un hombre común. Su supremacía es tanto más divina por eso, porque es en cierto modo más humana.

¿No hablan los acontecimientos más alto que los rencores y las ignorancias irreligiosas? ¿No ven ustedes a la Francia católica sosteniendo con una mano al papado vacilante, y sosteniendo con la otra la espada para combatir a la cabeza del ejército del progreso?

Católicos, judíos, turcos, protestantes, combaten ya bajo la misma bandera; la media luna se ha unido a la cruz latina, y todos juntos luchamos contra la invasión de los bárbaros y su ortodoxia embrutecedora.

Es para siempre un hecho consumado. Al admitir nuevos dogmas, la cátedra de San Pedro se ha proclamado solemnemente progresista.

La patria del cristianismo católico es la de las ciencias y las bellas artes; y el Verbo eterno del Evangelio, vivo y encarnado en una autoridad visible, sigue siendo la luz del mundo.

¡Silencio, pues, a los fariseos de la nueva sinagoga! ¡Silencio a las tradiciones odiosas de las Escuelas, a la arrogancia del presbiterianismo, al absurdo del jansenismo, y a todas esas interpretaciones vergonzosas y supersticiosas del dogma eterno, tan justamente estigmatizadas por el genio despiadado de Voltaire!

Voltaire y Napoleón murieron católicos.[17]

¿Y saben ustedes lo que debe ser el catolicismo del porvenir?

Será el dogma del Evangelio, probado como el oro por el ácido crítico de Voltaire, y realizado en el reino del mundo por el genio del Napoleón cristiano.

Los que no quieran marchar serán arrastrados o pisoteados por los acontecimientos.

Inmensas calamidades pueden cernirse de nuevo sobre el mundo. Los ejércitos del Apocalipsis quizás desencadenen un día los cuatro azotes. El santuario será purificado. La pobreza rígida y santa enviará a sus apóstoles a sostener lo que vacila, levantar lo que está roto y ungir todas las heridas con óleos sagrados.

Esos dos monstruos hambrientos de sangre, el despotismo y la anarquía, se despedazarán y se aniquilarán mutuamente, después de haberse sostenido el uno al otro por un tiempo breve mediante el abrazo mismo de su lucha.

Y el gobierno del porvenir será aquel cuyo modelo nos muestra la naturaleza en la familia, y el mundo religioso en la jerarquía pastoral.

Los elegidos reinarán con Jesucristo durante mil años, dicen las tradiciones apostólicas: es decir, que durante una serie de siglos la inteligencia y el amor de hombres escogidos, consagrados a la carga del poder, administrarán los intereses y las riquezas de la familia universal.

Ese día, según la promesa del Evangelio, no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.

XVI. El número dieciséis

El DIECISÉIS es el número del templo.

¡Digamos lo que será el templo del porvenir!

Cuando el espíritu de inteligencia y de amor se haya revelado, la trinidad entera se manifestará en su verdad y en su gloria.

La humanidad, convertida en reina y como resucitada de entre los muertos, tendrá la gracia de la infancia en su poesía, el vigor de la juventud en su razón y la sabiduría de la edad madura en sus obras.

Todas las formas que el pensamiento divino ha revestido sucesivamente renacerán, inmortales y perfectas.

Todos los rasgos que el arte de las naciones sucesivas ha esbozado se unirán y formarán la imagen completa de Dios.

Jerusalén reconstruirá el Templo de Jehová según el modelo profetizado por Ezequiel; y el Cristo, nuevo y eterno Salomón, cantará, bajo techos de cedro y de ciprés, el Epitalamio de su boda con la santa libertad, la santa esposa del Cantar de los Cantares.

Pero Jehová habrá dejado a un lado sus rayos para bendecir con ambas manos al esposo y a la esposa; aparecerá sonriente entre ellos y se complacerá en ser llamado padre.

Sin embargo, la poesía del Oriente, en sus recuerdos mágicos, lo llamará todavía Brahma y Júpiter. La India enseñará a nuestros climas encantados las maravillosas fábulas de Vishnu, y pondremos sobre la frente todavía sangrante de nuestro bienamado Cristo la triple corona de perlas de la mística Trimurti.

Desde entonces Venus, purificada bajo el velo de María, ya no llorará por su Adonis.

El esposo ha resucitado para no morir más, y el jabalí infernal ha encontrado la muerte en su victoria momentánea.

¡Levántense de nuevo, oh Templos de Delfos y de Éfeso! ¡El Dios de la Luz y del Arte se ha vuelto el Dios del mundo, y el Verbo de Dios consiente de buen grado en ser llamado Apolo!

Diana ya no reinará viuda en los campos solitarios de la noche; su media luna de plata está ahora bajo los pies de la esposa.

¡Pero Diana no es vencida por Venus; su Endimión ha despertado, y la virginidad está por enorgullecerse de la maternidad!

¡Sal de la tumba, oh Fidias, y alégrate de la destrucción de tu primer Júpiter: es ahora cuando concebirás un Dios!

¡Oh Roma, que tus templos se levanten de nuevo junto a tus basílicas: sé otra vez la Reina del Mundo y el Panteón de las naciones; que Virgilio sea coronado en el Capitolio por la mano

de San Pedro; y que el Olimpo y el Carmelo unan sus divinidades bajo el pincel de Rafael!

¡Transfigúrense, antiguas catedrales de nuestros padres; lancen hacia las nubes sus flechas cinceladas y vivas, y que la piedra registre en figuras animadas las oscuras leyendas del Norte, iluminadas por los maravillosos apólogos dorados del Corán!

¡Que el Oriente adore a Jesucristo en sus mezquitas, y que sobre los minaretes de una nueva Santa Sofía se alce la cruz en medio de la media luna![18]

¡Que Mahoma libere a la mujer para dar al verdadero creyente las huríes con que tanto tiempo ha soñado, y que los mártires del Salvador enseñen castas caricias a los hermosos ángeles de Mahoma!

La tierra entera, revestida de los ricos adornos que todas las artes han bordado para ella, ya no será sino un templo magnífico del cual el hombre será el sacerdote eterno.

Todo lo que fue verdadero, todo lo que fue bello, todo lo que fue dulce en los siglos pasados, vivirá una vez más glorificado en esta transfiguración del mundo.

Y la forma bella quedará inseparable de la idea verdadera, como el cuerpo será un día inseparable del alma, cuando el alma, llegada a su propio poder, se haya hecho un cuerpo a su propia imagen.

Ese será el reino de los Cielos sobre la Tierra, y el cuerpo será el templo del alma, como el universo regenerado será el cuerpo de Dios.

Y los cuerpos y las almas, y la forma y el pensamiento, y el universo entero, serán la luz, el verbo y la revelación permanente y visible de Dios.

Amén. Así sea.

XVII. El número diecisiete

El DIECISIETE es el número de la estrella; es el de la inteligencia y el amor.

Inteligencia guerrera y audaz, cómplice del divino Prometeo, hija primogénita de Lucifer, ¡salve a ti en tu audacia! ¡Quisiste saber, y para poseer desafiaste todos los truenos y afrontaste todos los abismos!

¡Inteligencia, oh Tú, a quien nosotros, pobres pecadores, hemos amado hasta la locura, hasta el escándalo, hasta la reprobación! Derecho divino del hombre, esencia y alma de la libertad, ¡salve a ti!

¡Porque te han perseguido pisoteando por ti los sueños más queridos de su imaginación, los fantasmas más amados de su corazón! ¡Por ti han sido rechazados y proscritos, por ti han sufrido la prisión, la desnudez, el hambre, la sed, el abandono de aquellos a quienes amaban y las oscuras tentaciones de la desesperación! ¡Tú eras su derecho, y te han conquistado!

¡Ahora pueden llorar y creer, ahora pueden someterse y orar!

Caín arrepentido habría sido más grande que Abel: ¡es el orgullo legítimo satisfecho el que tiene derecho a humillarse!

Creo porque sé por qué y cómo hay que creer; creo porque amo, y ya no temo.

¡Amor! ¡Amor! Sublime redentor y sublime restaurador; tú que haces tanta dicha con tantas torturas, tú que sacrificaste sangre y lágrimas, tú que eres la virtud misma y la recompensa de la virtud; fuerza de la resignación, creencia de la obediencia, gozo del dolor, vida de la muerte, ¡salve! ¡Salutación y gloria a ti!

Si la inteligencia es una lámpara, tú eres su llama; si es un derecho, tú eres el deber; si es nobleza, tú eres la dicha.

Amor, lleno de orgullo y de pudor en tus misterios, amor divino, amor oculto, amor insensato y sublime, Titán que tomas el Cielo con ambas manos y lo fuerzas a bajar a la tierra, secreto final e inefable de la viudez cristiana, amor eterno, amor infinito, ideal que bastaría para crear mundos; ¡amor! ¡amor! ¡bendición y gloria a ti!

¡Gloria a las inteligencias que se velan para no ofender a los ojos débiles!

¡Gloria al derecho que se transforma por entero en deber y que se vuelve abnegación!

¡A las almas viudas que aman y se consumen sin ser amadas!

¡A los que sufren y no hacen sufrir a nadie, a los que perdonan a los ingratos, a los que aman a sus enemigos!

¡Oh, felices por siempre, felices por encima de todos, los que abrazan la pobreza, los que se han vaciado hasta las heces para dar!

¡Felices las almas que por siempre hacen tu paz!

¡Felices los corazones puros y sencillos que nunca se creen mejores que los demás!

¡Humanidad, madre mía, humanidad hija y madre de Dios, humanidad concebida sin pecado, Iglesia universal, María!

¡Feliz el que lo ha osado todo para conocerte y comprenderte, y que está dispuesto a sufrirlo todo una vez más para servirte y amarte!

XVIII. El número dieciocho

ESTE número es el del dogma religioso, ¡que es todo poesía y todo misterio!

El Evangelio dice que a la muerte del Salvador el velo del Templo se rasgó, porque esa muerte manifestaba el triunfo de la abnegación, el milagro de la caridad, el poder de Dios en el hombre, la humanidad divina y la divinidad humana, el más alto y el más sublime de los Arcanos, la última palabra de todas las iniciaciones.

Pero el Salvador sabía que al principio los hombres no lo comprenderían, y dijo: "Ahora no podréis soportar la luz plena de mi doctrina; pero cuando el Espíritu de Verdad se manifieste, él os enseñará toda verdad y os hará comprender el sentido de lo que os he dicho".

Ahora bien, el Espíritu de Verdad es el espíritu de ciencia y de inteligencia, el espíritu de fortaleza y de consejo.

Es ese espíritu el que se manifestó solemnemente en la Iglesia romana cuando declaró, en los cuatro artículos de su decreto del 12 de diciembre de 1845:

1.º Que si la fe es superior a la razón, la razón debe refrendar las inspiraciones de la fe;

2.º Que la fe y la ciencia tienen cada una su dominio separado, y que una no debe usurpar las funciones de la otra;

3.º Que es propio de la fe y de la gracia no debilitar, sino al contrario fortalecer y desarrollar la razón;

4.º Que el concurso de la razón, que examina no las decisiones de la fe, sino las bases naturales y racionales de la autoridad que las decide, lejos de perjudicar a la fe, solo puede serle útil; en otras palabras, que una fe perfectamente razonable en sus principios no debe temer, sino que al contrario debe desear el examen sincero de la razón.

Semejante decreto es el cumplimiento de una revolución religiosa completa; es la inauguración del reino del Espíritu Santo sobre la tierra.

XIX. El número diecinueve

Es el número de la luz.

Es la existencia de Dios probada por la idea misma de Dios.

O bien hay que decir que el Ser es la tumba universal donde, por un movimiento automático, se agita una forma para siempre muerta y cadavérica, o bien hay que admitir el principio absoluto de la inteligencia y de la vida.

¿La luz universal está muerta o viva? ¿Está consagrada fatalmente a la obra de la destrucción, o dirigida providencialmente hacia un nacimiento inmortal?

Si no hay Dios, la inteligencia no es más que un engaño, porque deja de ser lo absoluto, y su ideal es una mentira.

Sin Dios, el ser es una nada que se afirma a sí misma, la vida una muerte disfrazada, y la luz una noche engañada para siempre por el espejismo de los sueños.

El primero y más esencial acto de fe es, pues, este: El Ser existe; y el Ser de los seres, la Verdad del ser, es Dios.

El Ser está vivo de inteligencia, y la inteligencia viva del ser absoluto es Dios.

La luz es real y vivificante; ahora bien, la realidad y la vida de toda luz es Dios.

El verbo de la razón universal es una afirmación y no una negación.

¡Qué ciegos son los que no ven que la luz física no es sino el instrumento del pensamiento!

Solo el pensamiento, pues, revela la luz, y la crea al usarla para sus propios fines.

La afirmación del ateísmo es el dogma de la noche eterna: ¡la afirmación de Dios es el dogma de la luz!

Nos detenemos aquí en el número Diecinueve, aunque el alfabeto sagrado tiene veintidós letras; pero las primeras diecinueve son las claves de la teología oculta.

Las otras son las claves de la Naturaleza; volveremos a ellas en la tercera parte de esta obra.

Resumamos lo que hemos dicho acerca de Dios citando una hermosa invocación tomada de la liturgia judía. Es una página del poema cabalístico *Kether-Malkuth*, del rabí Salomón, hijo de Gabirol:

"Tú eres uno, el principio de todos los números y el fundamento de todos los edificios; tú eres uno, y en el secreto de tu unidad los más sabios de los hombres se pierden, porque no la conocen. Tú eres uno, y tu unidad ni mengua ni crece, ni sufre cambio alguno. Tú eres uno, y sin embargo no el uno del matemático, porque tu unidad no admite multiplicación, ni cambio, ni forma. Tú eres uno, y ninguna de mis imaginaciones puede fijarte un límite ni darte una definición; por tanto guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua. Tú eres uno en verdad, cuya excelencia es tan alta que de ningún modo puede caer, en nada semejante a ese uno que puede dejar de ser.

"Tú eres el que existe; sin embargo, el entendimiento y la vista de los mortales no pueden alcanzar tu existencia, ni poner en ti el dónde, el cómo, el porqué. Tú eres el que existe, pero en ti mismo, puesto que ningún otro puede existir fuera de ti. Tú eres el que existe, antes del tiempo y más allá del espacio. Tú eres en verdad el que existe, y tu existencia es tan oculta y tan profunda que nadie puede descubrirla ni penetrar su secreto.

"Tú eres el viviente, pero no en un tiempo fijo y conocido; tú eres el viviente, pero no por espíritu ni por alma, porque tú eres el Alma de todas las almas. Tú eres el viviente, pero no vives con la

vida de los mortales, que es como un soplo, y cuyo fin es dar alimento a los gusanos. Tú eres el viviente, y el que pueda alcanzar tus misterios gozará de deleite eterno y vivirá para siempre.

"Tú eres grande; ante tu grandeza toda otra grandeza se inclina, y todo lo más excelente se vuelve imperfecto. Tú eres grande por encima de toda imaginación, y eres exaltado por encima de todas las jerarquías del Cielo. Tú eres grande por encima de toda grandeza, y eres exaltado por encima de toda alabanza. Tú eres fuerte, y ni una sola de tus criaturas puede hacer las obras que tú haces, ni puede su fuerza compararse con la tuya. Tú eres fuerte, y a ti pertenece esa fuerza invencible que no cambia y nunca decae. Tú eres fuerte; por tu misericordia perdonas en el momento de tu ira más ardiente, y te muestras paciente con los pecadores. Tú eres fuerte, y tus misericordias, existentes desde siempre, están sobre todas tus criaturas. Tú eres la luz eterna que verán las almas puras, y que la nube de los pecados ocultará a los ojos de los pecadores. Tú eres la luz que está oculta en este mundo y visible en el otro, donde se manifiesta la gloria del Señor. Tú eres Soberano, y los ojos del entendimiento que desean verte quedan todos asombrados, porque solo pueden alcanzar una parte, nunca el todo. Tú eres el Dios de los dioses, y todas tus criaturas lo atestiguan; y en honor de este gran nombre te deben toda su adoración. Tú eres Dios, y todos los seres creados son tus siervos y tus adoradores; tu gloria no se empaña aunque los hombres adoren a otros dioses, porque su intención es dirigirse a ti; son como ciegos que quieren seguir el camino recto, pero se extravían; uno cae en un pozo, el otro en una zanja; todos creen haber llegado a su deseo, y sin embargo se han fatigado en vano.

Pero tus siervos son como hombres de vista clara que viajan por el camino real; nunca se apartan de él, ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que han entrado en el patio del palacio del rey. Tú eres Dios, que por tu divinidad sostienes a todos los seres, y por tu unidad haces volver a casa a todas las criaturas. Tú eres Dios, y no hay diferencia entre tu deidad, tu unidad, tu eternidad y tu existencia; porque todo es uno y el mismo misterio; aunque los nombres varían, todo vuelve a la misma verdad. Tú eres el que sabe, y esa inteligencia que es la fuente de la vida emana de ti mismo; y junto a tu saber todos los hombres más sabios son necios. Tú eres el que sabe, y el anciano de los ancianos, y el conocimiento siempre se ha alimentado de ti. Tú eres el que sabe, y no has aprendido tu saber de nadie, ni lo has adquirido sino de ti mismo. Tú eres el que sabe, y como un obrero y un arquitecto tomaste de tu saber una voluntad divina, en un tiempo señalado, para sacar el ser de la nada; de modo que la luz que cae de los ojos es sacada de su propio centro sin instrumento ni herramienta alguna. Esta voluntad divina ha ahuecado, diseñado, purificado y moldeado; ha ordenado a la Nada que se abra, al Ser que se cierre y al mundo que se extienda. Ha tendido los cielos y ha armado con su poder el tabernáculo de las esferas; con las cuerdas de su poderío ha atado las cortinas de las criaturas del universo, y tocando con su fuerza el borde de la cortina de la creación, ha unido lo que está arriba con lo que estaba abajo". (*Oraciones de Kipur*.)

Hemos dado a estas audaces especulaciones cabalísticas la única forma que les conviene, es decir, la poesía, o la inspiración del corazón.

Las almas creyentes no tendrán necesidad de las hipótesis racionales contenidas en esta nueva explicación de las figuras de la Biblia; pero esos corazones sinceros afligidos por la duda, que están torturados por la crítica del siglo XVIII, comprenderán al leerla que aun la razón sin fe puede encontrar en el Libro Santo algo más que piedras de tropiezo; si los velos con que está cubierto el texto divino arrojan una gran sombra, esa sombra está tan maravillosamente dibujada por el juego de la luz que se convierte en la única imagen inteligible del ideal divino.

¡Ideal incomprensible como el infinito, e indispensable como la esencia misma del misterio!

Artículo II. Solución del segundo problema

La verdadera religión

LA RELIGIÓN existe en la humanidad, como el amor.

Como él, es única.

Como él, existe o no existe en tal o cual alma; pero, ya sea que se la acepte o se la niegue, está en la humanidad; está, pues, en la vida, está en la naturaleza misma; es un hecho incontestable de la ciencia, y aun de la razón.

La verdadera religión es la que siempre ha existido, que existe hoy y que existirá para siempre.

Alguien podrá decir que la religión es esto o aquello; la religión es lo que es.

Esta es la verdadera religión, ¡y las religiones falsas son supersticiones imitadas de ella, tomadas de ella, sombras

mentirosas de ella misma!

Puede decirse de la religión lo que se dice del arte verdadero.

Los intentos salvajes de pintura o de escultura son los intentos de la ignorancia por llegar a la verdad.

El arte se prueba por sí mismo, irradia su propio esplendor, es único y eterno como la belleza.

La verdadera religión es bella, y es por ese carácter divino que se impone al respeto de la ciencia y obtiene el asentimiento de la razón.

La ciencia no se atreve a afirmar ni a negar esas hipótesis dogmáticas que son verdades para la fe; pero debe reconocer por caracteres inequívocos la única religión verdadera, es decir, la que es la única que merece el nombre de religión, por cuanto reúne todos los caracteres que concuerdan con esa grande y universal aspiración del alma humana.

Una sola cosa, que es para todos con toda evidencia divina, se manifiesta en el mundo.

Es la caridad.

La obra de la verdadera religión debe ser producir, conservar y difundir el espíritu de caridad.

Para llegar a ese fin, debe ella misma poseer todas las características de la caridad, de tal manera que se la pudiera definir satisfactoriamente llamándola "Caridad Orgánica".

Ahora bien, ¿cuáles son las características de la caridad?

Es San Pablo quien nos lo dirá.

La caridad es paciente.

Paciente como Dios, porque es eterna como Él. Sufre persecuciones y nunca persigue a otros.

Es bondadosa y amante, llama a sí a los pequeños y no rechaza a los grandes.

No tiene celos. ¿De quién y de qué habría de tener celos? ¿No tiene acaso esa mejor parte que no le será quitada?

No es pendenciera ni intrigante.

No tiene orgullo, ni ambición, ni egoísmo, ni ira.

Nunca piensa el mal y nunca triunfa por la injusticia; porque todo su gozo está comprendido en la verdad.

Lo soporta todo, sin tolerar nunca el mal.

Lo cree todo; su fe es simple, sumisa, jerárquica y universal.

Lo sostiene todo, y nunca impone cargas que no sea ella misma la primera en llevar.

[Grabado: Microprosopus. Gran pentáculo de la visión de San Juan.]

La religión es paciente: la religión de los grandes pensadores y de los mártires.

Es benévola como Cristo y los apóstoles, como Vicente de Paúl y como Fénelon.

No envidia ni las dignidades ni los bienes de la tierra.

Es la religión de los padres del desierto, de San Francisco y de San Bruno, de las Hermanas de la Caridad y de los Hermanos de San Juan de Dios.

No es pendenciera ni intrigante.

Ora, hace el bien y espera.

Es humilde, es de temple dulce, no inspira sino abnegación y sacrificio.

Tiene, en suma, todas las características de la Caridad, porque es la Caridad misma.

Los hombres, por el contrario, son impacientes, perseguidores, celosos, crueles, ambiciosos, injustos, y se muestran como tales aun en nombre de esa religión a la que han logrado calumniar, pero a la que nunca harán mentir.

Los hombres pasan, pero la verdad es eterna.

Hija de la Caridad, y a su vez creadora de la Caridad, la verdadera religión es esencialmente la que realiza; cree en los milagros de la fe porque ella misma los cumple cada día cuando practica la caridad.

Ahora bien, una religión que practica la caridad puede preciarse de realizar todos los sueños del amor divino.

Además, la fe de la iglesia jerárquica transforma el misticismo en realismo por la eficacia de sus sacramentos.

¡No más signos, no más figuras cuya fuerza no esté en la gracia y que no den realmente lo que prometen!

La fe lo anima todo, lo hace todo en cierto modo visible y palpable; hasta las parábolas de Jesucristo toman un cuerpo y un alma. ¡Muestran en Jerusalén la casa del rico malo!

Los delgados simbolismos de las religiones primitivas, derribados por la ciencia y privados de la vida de la fe, se parecen a esos huesos blanqueados que cubrían el campo que Ezequiel vio en su visión.

El Espíritu del Salvador, el espíritu de fe, el espíritu de caridad, ha soplado sobre ese polvo; y todo lo que estaba muerto ha recobrado la vida tan realmente que ya no se reconocen los cadáveres de ayer en estas criaturas vivas de hoy.

¿Y por qué habría de reconocérselos, puesto que el mundo está renovado, puesto que San Pablo quemó en Éfeso los libros de los hierofantes?

¿Era entonces San Pablo un bárbaro, y cometía un crimen contra la ciencia?

No, sino que quemaba los sudarios de los resucitados para que olvidaran la muerte.

¿Por qué, entonces, recordamos hoy los orígenes cabalísticos del dogma? ¿Por qué volvemos a unir las figuras de la Biblia con las alegorías de Hermes? ¿Es para condenar a San Pablo, es para llevar la duda a los creyentes?

No, por cierto, porque los creyentes no tienen necesidad de nuestro libro; no lo leerán y no querrán comprenderlo.

Pero queremos mostrar a la innumerable multitud de los que dudan que la fe está ligada a la razón de todos los siglos, a la

ciencia de todos los sabios.

Queremos obligar a la libertad humana a respetar la autoridad divina, a la razón a reconocer las bases de la fe, para que la fe y la autoridad, a su vez, no proscriban nunca más la libertad y la razón.

Artículo III. Solución del tercer problema

La razón de ser de los misterios

SIENDO LA FE la aspiración a lo desconocido, el objeto de la fe es absoluta y necesariamente esta única cosa: el Misterio.

Para formular sus aspiraciones, la fe se ve obligada a tomar aspiraciones e imágenes de lo conocido.

Pero especializa el empleo de esas formas reuniéndolas de una manera que, en el orden conocido de las cosas, es imposible.

Tal es la razón profunda del aparente absurdo del simbolismo.

Demos un ejemplo:

Si la fe dijera que Dios es impersonal, podría concluirse que Dios es solo una palabra o, a lo sumo, una cosa.

Si dijera que Dios es una persona, uno se representaría lo infinito inteligente bajo la forma necesariamente limitada de un individuo.

Dice: "Dios es uno en tres personas", para expresar que en Dios se conciben a la vez la unidad y la multiplicidad.

La fórmula de un misterio excluye necesariamente la inteligencia misma de esa fórmula, en cuanto está tomada del mundo de las cosas conocidas; porque, si se la comprendiera, expresaría lo conocido y no lo desconocido.

Pertenecería entonces a la ciencia, y ya no a la religión, es decir, a la fe.

El objeto de la fe es un problema matemático cuya x escapa a los procedimientos de nuestra álgebra.

Las matemáticas absolutas prueban solamente la necesidad y, en consecuencia, la existencia de esa incógnita que representamos con la intraducible x.

Ahora bien, la ciencia progresa en vano; su progreso es indefinido, pero siempre relativamente finito; nunca encontrará en el lenguaje de lo finito la expresión completa de lo infinito.

El misterio es, por tanto, eterno.

Llevar a la lógica de lo conocido los términos de una profesión de fe es sustraerlos a la fe, que tiene por bases positivas la antilógica, es decir, la imposibilidad de explicar lógicamente lo desconocido.

Para el judío, Dios está separado de la humanidad; no vive en Sus criaturas, es un egoísmo infinito.

Para el musulmán, Dios es una palabra ante la cual uno se postra, sobre la autoridad de Mahoma.

Para el cristiano, Dios se ha revelado en la humanidad, se prueba por la caridad y reina en virtud del orden que constituye la

jerarquía.

La jerarquía es la guardiana del dogma, cuya letra y cuyo espíritu exige por igual que se respeten.

Los sectarios que, en nombre de su razón o, mejor dicho, de su sinrazón individual, han puesto la mano sobre el dogma, han perdido en ese mismo acto el espíritu de caridad; se han excomulgado a sí mismos.

El dogma católico, es decir, universal, merece ese magnífico nombre al armonizar en uno todas las aspiraciones religiosas del mundo; con Moisés y Mahoma afirma la unidad de Dios; con Zoroastro, Hermes y Platón reconoce en Él la trinidad infinita de su propia regeneración; concilia los números vivos de Pitágoras con el Verbo monádico de San Juan;[19] hasta ahí, la ciencia y la razón estarán de acuerdo.

Es, pues, a los ojos de la razón y de la ciencia mismas, el dogma más perfecto, es decir, el más completo, que jamás se haya producido en el mundo.

Que la ciencia y la razón nos concedan esto; no les pediremos nada más.

"Dios existe; no hay más que un solo Dios, y Él castiga a los que hacen el mal", dijo Moisés.

"Dios está en todas partes; está en nosotros, y el bien que hacemos a los hombres se lo hacemos a Dios", dijo Jesús.

"Teme" es la conclusión del dogma de Moisés.

"Ama" es la conclusión del dogma de Jesús.

El ideal típico de la vida de Dios en la humanidad es la encarnación.

La encarnación necesita la redención y la opera en nombre de la reversibilidad de la solidaridad,[20] o, en otras palabras, de la comunión universal, principio dogmático del espíritu de caridad.

Sustituir el despotismo legítimo de la ley por el arbitrio humano, poner, en otras palabras, la tiranía en lugar de la autoridad, es la obra de todo protestantismo y de todas las democracias. Lo que los hombres llaman libertad es la sanción de la autoridad ilegítima o, mejor dicho, la ficción de un poder no sancionado por la autoridad.

Juan Calvino protestó contra las hogueras de Roma para darse a sí mismo el derecho de quemar a Miguel Servet. Todo pueblo que se libera de un Carlos I o de un Luis XVI tiene que padecer a un Robespierre o a un Cromwell, y hay un antipapa más o menos absurdo detrás de todas las protestas contra el papado legítimo.

La divinidad de Jesucristo solo existe en la Iglesia católica, a la cual Él transmite jerárquicamente Su vida y Sus poderes divinos. Esta divinidad es sacerdotal y real en virtud de la comunión; pero fuera de esa comunión toda afirmación de la divinidad de Jesucristo es idolátrica, porque Jesucristo no podría ser un Dios aislado.

El número de los protestantes no tiene importancia alguna para la verdad católica. Si todos los hombres fueran ciegos, ¿sería esa una razón para negar la existencia del sol?

La razón, al protestar contra el dogma, prueba suficientemente que no lo ha inventado; pero se ve obligada a admirar la moral

que resulta de ese dogma. Ahora bien, si la moral es una luz, se sigue que el dogma debe ser un sol; la luz no viene de las tinieblas.

Entre los dos abismos del politeísmo y de un teísmo absurdo e ignorante, no hay más que un término medio posible: el misterio de la santísima Trinidad.

Entre el teísmo especulativo y el antropomorfismo, no hay más que un término medio posible: el misterio de la encarnación.

Entre la fatalidad inmoral y la responsabilidad draconiana, que concluiría en la condenación de todos los seres, no hay más que un término medio posible: el misterio de la redención.

La trinidad es la fe.

La encarnación es la esperanza.

La redención es la caridad.

La trinidad es la jerarquía.

La encarnación es la autoridad divina de la Iglesia.

La redención es el sacerdocio único, infalible, indefectible y católico.

Solo la Iglesia católica posee un dogma invariable y, por su misma constitución, es incapaz de corromper la moral; no innova, explica. Así, por ejemplo, el dogma de la inmaculada concepción no es nuevo; estaba contenido en el *theotokon* del Concilio de Éfeso, y el *theotokon* es una consecuencia rigurosa del dogma católico de la encarnación.

Del mismo modo, la Iglesia católica no hace excomuniones, las declara; y solo ella puede declararlas, porque solo ella es guardiana de la unidad. Fuera de la barca de Pedro no hay más que el abismo. Los protestantes son como gente que se ha arrojado al agua para escapar del mareo.

Es de la catolicidad, tal como está constituida en la Iglesia romana, de la que hay que decir lo que Voltaire dijo tan audazmente de Dios: "Si no existiera, habría que inventarla". Pero si un hombre hubiera sido capaz de inventar el espíritu de caridad, también habría inventado a Dios. La caridad no se inventa, se revela por sus obras, y es entonces cuando se puede exclamar con el Salvador del mundo: "¡Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios!".

Comprender el espíritu de caridad es comprender todos los misterios.

Artículo IV. Solución del cuarto problema

La religión probada por las objeciones que se le oponen

LAS objeciones que se pueden hacer contra la religión pueden hacerse en nombre de la ciencia, en nombre de la razón o en nombre de la fe.

La ciencia no puede negar los hechos de la existencia de la religión, de su establecimiento y de su influencia sobre los acontecimientos de la historia. Le está prohibido tocar el dogma; el dogma pertenece por entero a la fe.

La ciencia se arma ordinariamente contra la religión con una serie de hechos que es deber de esta apreciar, que de hecho aprecia a fondo, pero que condena con más energía aún que la ciencia. Al hacer eso, la ciencia admite que la religión tiene razón y que ella misma está equivocada; le falta lógica, manifiesta el desorden que toda pasión airada introduce en el espíritu del hombre, y admite la necesidad que tiene de ser incesantemente corregida y dirigida por el espíritu de caridad.

La razón, por su parte, examina el dogma y lo encuentra absurdo. Pero, si no lo fuera, la razón lo comprendería; si la razón lo comprendiera, ya no sería la fórmula de lo desconocido. Sería una demostración matemática de lo infinito. Sería lo infinito finito, lo desconocido conocido, lo inconmensurable medido, lo indecible nombrado. Es decir, que el dogma solo podría dejar de ser absurdo a los ojos de la razón para convertirse, a los ojos de la fe, de la ciencia, de la razón y del buen sentido a la vez, en el más monstruoso y el más imposible de todos los absurdos.

Quedan las objeciones de la disidencia. Los judíos, nuestros padres en la religión, nos reprochan haber atentado contra la unidad de Dios, haber cambiado la ley inmutable y eterna, adorar a la criatura en lugar del Creador. Estos graves reproches se fundan en su noción perfectamente falsa del cristianismo. Nuestro Dios es el Dios de Moisés, Dios único, inmaterial, infinito, único objeto de culto, y siempre el mismo. Como los judíos, creemos que Él está presente en todas partes, pero, como ellos deberían hacerlo, Lo creemos vivo, pensante y amante en la humanidad, y Lo adoramos en Sus obras. No hemos cambiado Su ley, pues el Decálogo judío es también la ley de los cristianos. La

ley es inmutable porque está fundada en los principios eternos de la Naturaleza; pero el culto que exigen las necesidades del hombre puede cambiar y modificarse, en paralelo con los cambios de los hombres mismos. Esto significa que el culto en sí es inmutable, pero se modifica como lo hace el lenguaje. El culto es una forma de instrucción; es un lenguaje; hay que traducirlo cuando las naciones ya no lo entienden.

Hemos traducido, y no destruido, el culto de Moisés y de los profetas. Al adorar a Dios en la creación, no adoramos la creación misma. Al adorar a Dios en Jesucristo, es solo a Dios a quien adoramos, pero a Dios unido a la humanidad. Al hacer divina a la humanidad, el cristianismo ha revelado la divinidad humana. El Dios de los judíos era inhumano, porque ellos no Lo comprendían en Sus obras. Somos, pues, más israelitas que los israelitas mismos. Lo que ellos creen, lo creemos con ellos, y mejor que ellos. Nos acusan de habernos separado de ellos y, por el contrario, son ellos quienes quieren separarse de nosotros. Los esperamos con el corazón y los brazos abiertos de par en par. Somos, como ellos, los discípulos de Moisés. Como ellos, venimos de Egipto y detestamos su esclavitud. Pero nosotros hemos entrado en la Tierra Prometida, y ellos se obstinan en permanecer y morir en el desierto.

Los mahometanos son los bastardos de Israel, o más bien son sus hermanos desheredados, como Esaú. Su creencia es ilógica, pues admiten que Jesús es un gran profeta y tratan a los cristianos como infieles. Reconocen la inspiración divina de Moisés, y sin embargo no miran a los judíos como a sus hermanos. Creen ciegamente en su profeta ciego, el fatalista Mahoma, enemigo del

progreso y de la libertad. No obstante, no le quitemos a Mahoma la gloria de haber proclamado la unidad de Dios entre los árabes idólatras. Hay páginas puras y sublimes en el Corán. Al leer esas páginas, uno puede decir con los hijos de Ismael: "No hay otro Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta". Hay tres tronos en el cielo para los tres profetas de las naciones; pero, al fin de los tiempos, Mahoma será reemplazado por Elías.

Los musulmanes no les hacen reproches a los cristianos; los insultan. Los llaman infieles y "giaours", es decir, perros. No tenemos nada que responderles. No hay que refutar a los turcos y a los árabes; hay que instruirlos y civilizarlos.

Quedan los cristianos disidentes, es decir, aquellos que, habiendo roto el vínculo de la unidad, se declaran ajenos a la caridad de la Iglesia.

La ortodoxia griega, esa gemela de la Iglesia romana que no ha crecido desde su separación, que ya no cuenta en religión, que desde Focio no ha inspirado una sola elocuencia, es una iglesia vuelta enteramente temporal, cuyo sacerdocio no es más que una función regulada por la política imperial del Zar de todas las Rusias; curiosa momia de la Iglesia primitiva, todavía coloreada y dorada con todas sus leyendas y todos sus ritos, que sus popes ya no entienden; sombra de una iglesia viva, pero que se empeñó en detenerse cuando esa iglesia siguió adelante, y que ahora no es más que su silueta hinchada y sin cabeza.

Luego, los protestantes, esos eternos reguladores de la anarquía, que han derribado el dogma y tratan siempre de llenar el vacío con razonamientos, como el tonel de las Danaides; esos tejedores

de fantasía religiosa, cuyas innovaciones son todas negativas, que han formulado para su propio uso un desconocido que se dice mejor conocido, misterios mejor explicados, un infinito más definido, una inmensidad más restringida, una fe más dubitativa; los que han quintaesenciado el absurdo, dividido la caridad y tomado actos de anarquía por los principios de una jerarquía enteramente imposible; esos hombres que quieren realizar la salvación por la fe sola, porque la caridad se les escapa, y que ya no pueden realizarla, ni siquiera sobre la tierra, pues sus pretendidos sacramentos ya no son más que mascaradas alegóricas; ya no dan la gracia; ya no hacen ver ni tocar a Dios; ya no son, en una palabra, los signos del poder todopoderoso de la fe, sino los testigos forzados de la eterna impotencia de la duda.

¡Es, pues, contra la fe misma que protestó la Reforma! Los protestantes solo tuvieron razón en su protesta contra el celo desconsiderado y perseguidor que quería forzar las conciencias. Reclamaron el derecho a dudar, el derecho a tener menos religión que los demás, o incluso a no tener ninguna; han derramado su sangre por ese triste privilegio; lo conquistaron, lo poseen; pero no nos quitarán el de compadecerlos y amarlos. Cuando vuelva a apoderarse de ellos la necesidad de creer, cuando su corazón se rebele contra la tiranía de una razón falseada, cuando se cansen de las vacías abstracciones de su dogma arbitrario, de las vagas observancias de su culto ineficaz; cuando su comunión sin la presencia real, sus iglesias sin divinidad y su moral sin gracia terminen por asustarlos; cuando estén enfermos de nostalgia de Dios, ¿no se levantarán como el hijo pródigo y vendrán a arrojarse a los pies del sucesor de Pedro, diciendo: "Padre, hemos pecado contra el cielo y ante ti, y ya no

somos dignos de ser llamados hijos tuyos; cuéntanos entre los más humildes de tus siervos"?

No hablaremos de la crítica de Voltaire. Ese gran espíritu estaba dominado por un ardiente amor a la verdad y a la justicia, pero le faltaba esa rectitud de corazón que da la inteligencia de la fe. Voltaire no podía admitir la fe porque no sabía amar. El espíritu de caridad no se reveló a esa alma que no tenía ternura, y criticó con amargura el hogar cuyo calor no sentía y la lámpara cuya luz no veía. Si la religión fuera tal como él la veía, habría tenido mil veces razón en atacarla, y uno estaría obligado a caer de rodillas ante el heroísmo de su valor. Voltaire sería el Mesías del buen sentido, el Hércules destructor del fanatismo... Pero se rió demasiado para comprender a Aquel que dijo: "Bienaventurados los que lloran", y la filosofía de la risa nunca tendrá nada en común con la religión de las lágrimas.

Voltaire parodió la Biblia, el dogma y el culto; y después se burló de esa parodia y la insultó. Solo quienes reconocen la religión en la parodia de Voltaire pueden ofenderse por ella. Los volterianos son como las ranas de la fábula que saltan sobre el leño y después se burlan de la majestad real. Son libres de tomar el leño por un rey, son libres de volver a hacer aquella caricatura romana de la que en otro tiempo se rió Tertuliano, la que representaba al Dios de los cristianos bajo la figura de un hombre con cabeza de asno. Los cristianos se encogerán de hombros al ver esa bribonada y rogarán a Dios por los pobres ignorantes que se imaginan que los insultan.

El señor conde Joseph de Maistre, después de haber representado, en una de sus paradojas más elocuentes, al

verdugo como un ser sagrado y una encarnación permanente de la justicia divina sobre la tierra, sugirió que se levantara al viejo de Ferney una estatua ejecutada por el verdugo. Hay profundidad en este pensamiento. Voltaire, en efecto, también fue en el mundo un ser a la vez providencial y fatal, dotado de insensibilidad para el cumplimiento de sus terribles funciones. Fue, en el dominio de la inteligencia, un verdugo, un exterminador armado por la justicia de Dios mismo.

Dios envió a Voltaire entre el siglo de Bossuet y el de Napoleón para destruir todo lo que separa a esos dos genios y unirlos en uno solo. Fue el Sansón del espíritu, siempre dispuesto a sacudir las columnas del templo; pero para hacerle mover, a pesar de sí mismo, el molino del progreso religioso, la Providencia lo volvió ciego de corazón.

Artículo V. Solución del último problema

Separar la religión de la superstición y del fanatismo

La superstición, de la palabra latina *superstes*, sobreviviente, es el signo que sobrevive a la idea que representa; es la forma preferida a la cosa, el rito sin razón, la fe vuelta insensata por aislarse. Es, en consecuencia, el cadáver de la religión, la muerte de la vida, el embrutecimiento puesto en lugar de la inspiración.

El fanatismo es la superstición vuelta apasionada; su nombre viene de la palabra *fanum*, que significa "templo"; es el templo puesto en el lugar de Dios, es el interés humano y temporal del sacerdote puesto en lugar del honor del sacerdocio, la miserable pasión del hombre que explota la fe del creyente.

En la fábula del asno cargado de reliquias, La Fontaine nos cuenta que el animal creía que lo adoraban; no nos dijo que ciertas personas creían efectivamente que adoraban al animal. Esas personas eran los supersticiosos. Si alguien se hubiera reído de su estupidez, muy probablemente lo habrían asesinado, pues de la superstición al fanatismo no hay más que un paso.

La superstición es la religión interpretada por la estupidez; el fanatismo es la religión que sirve de pretexto a la furia.

Quienes intencional y maliciosamente confunden la religión misma con la superstición y el fanatismo toman prestados de la estupidez sus ciegos prejuicios, y tal vez tomarían prestados del mismo modo del fanatismo sus injusticias y sus cóleras. Inquisidores o septembristas[21], ¿qué importan los nombres? La religión de Jesucristo condena, y siempre ha condenado, a los asesinos.

Resumen de la primera parte en forma de diálogo

Fe, Ciencia, Razón

CIENCIA. Nunca me harás creer en la existencia de Dios.

FE. No tienes el privilegio de creer, pero nunca me probarás que Dios no existe.

CIENCIA. Para probártelo, primero debo saber qué es Dios.

FE. Nunca lo sabrás. Si lo supieras, podrías enseñármelo; y cuando yo lo supiera, ya no lo creería.

CIENCIA. ¿Crees, entonces, sin saber lo que crees?

FE. ¡Oh, no juguemos con las palabras! Eres tú quien no sabe lo que yo creo, y yo lo creo precisamente porque tú no lo sabes. ¿Pretendes ser infinita? ¿No te detiene el misterio a cada paso? El misterio es para ti una ignorancia infinita que reduciría a nada tu conocimiento finito si yo no lo iluminara con mis ardientes aspiraciones; y si, cuando tú dices: "Ya no sé", yo no exclamara: "Pues yo empiezo a creer".

CIENCIA. Pero tus aspiraciones y su objeto no son (ni pueden ser para mí) otra cosa que hipótesis.

FE. Sin duda, pero son certezas para mí, ya que sin esas hipótesis yo dudaría incluso de tus certezas.

CIENCIA. Pero si empiezas donde yo me detengo, empiezas siempre demasiado temerariamente y demasiado pronto. Mi progreso da testimonio de que siempre avanzo.

FE. ¿Qué importa tu progreso, si yo camino siempre delante de ti?

CIENCIA. ¡Tú, caminar! Soñadora de la eternidad, has desdeñado demasiado la tierra; tus pies están entumecidos.

FE. Hago que mis hijos me lleven.

CIENCIA. Son ciegos que guían a ciegos; ¡cuidado con los precipicios!

FE. No, mis hijos no son ciegos en absoluto; al contrario, gozan de doble vista: ven, por tus ojos, lo que tú puedes mostrarles

sobre la tierra, y contemplan, por los míos, lo que yo les muestro en el Cielo.

CIENCIA. ¿Qué piensa de esto la Razón?

RAZÓN. Pienso, mis queridas maestras, que ustedes ilustran una fábula conmovedora: la del ciego y el paralítico. La Ciencia le reprocha a la Fe no saber caminar sobre la tierra, y la Fe dice que la Ciencia no ve nada de sus aspiraciones ni de la eternidad en el cielo. En lugar de reñir, la Ciencia y la Fe deberían unirse; ¡que la Ciencia lleve a la Fe, y que la Fe consuele a la Ciencia enseñándole a esperar y a amar!

CIENCIA. Es un hermoso ideal, pero utópico. La Fe me dirá absurdos. Prefiero caminar sin ella.

FE. ¿A qué llamas absurdos?

CIENCIA. Llamo absurdos a las proposiciones contrarias a mis demostraciones; como, por ejemplo, que tres hacen uno, que un Dios se ha hecho hombre, es decir, que el Infinito se ha hecho finito, que el Eterno murió, que Dios castigó a su Hijo inocente por el pecado de los hombres culpables...

FE. No digas más. Enunciadas por ti, esas proposiciones son, en efecto, absurdos. ¿Sabes cuál es el número de Dios, tú que no conoces a Dios? ¿Puedes razonar sobre las operaciones de lo desconocido? ¿Puedes comprender los misterios de la caridad? Debo ser siempre absurda para ti; pues, si los comprendieras, mis afirmaciones serían absorbidas por tus teoremas; yo sería tú, y tú serías yo; o, para decirlo mejor, yo ya no existiría, y la Razón, en presencia de lo infinito, se detendría, cegada para siempre por tus dudas, que son tan infinitas como el espacio.

CIENCIA. Al menos, nunca deberías usurpar mi autoridad, ni desmentirme en mis propios dominios.

FE. Nunca lo he hecho, y nunca podría hacerlo.

CIENCIA. ¡Vaya! ¿Nunca has creído, por ejemplo, que una virgen pudo volverse madre sin dejar de ser virgen, en el orden físico, natural y positivo de las cosas, a pesar de todas las leyes de la Naturaleza? ¿No afirmas que un trozo de pan no solo es un Dios, sino un cuerpo humano real con sus huesos y sus venas, sus órganos, su sangre; de tal modo, en suma, que haces de tus hijos, que comen ese pan, una pequeña raza de caníbales?

FE. No hay un solo cristiano que no se sienta indignado por lo que acabas de decir. Eso prueba suficientemente que no entienden mis enseñanzas en ese sentido positivo y grosero. Lo sobrenatural que yo afirmo está por encima de la Naturaleza, y en consecuencia nunca podría oponerse a ella; las palabras de la Fe solo son comprendidas por la Fe; a la Ciencia le basta repetirlas para pervertir su sentido propio. Empleo estas palabras porque no tengo otras; pero, ya que mis expresiones te parecen absurdas, deberías concluir de ello que doy a las mismas palabras un significado que se te escapa. Cuando el Salvador reveló el dogma de la presencia real, ¿no dijo: "La carne nada aprovecha, pero mis palabras son espíritu y vida"? No te presento el misterio de la encarnación como un fenómeno anatómico, ni el de la transustanciación como una manipulación química. ¿Con qué derecho exclamas: "¡Absurdo!"? No razono sobre ninguna de las cosas que tú conoces; ¿con qué derecho dices que hablo sin razón?

CIENCIA. Empiezo a entenderte, o más bien veo que nunca te entenderé. Siendo así, permanezcamos separadas; nunca tendré necesidad de ti.

FE. Yo soy menos orgullosa, y reconozco que quizás puedas serme útil. Quizás, también, te sentirás muy triste y muy desesperada sin mí, y no te dejaré a menos que la Razón consienta.

RAZÓN. ¡Guárdense bien de hacerlo! Soy necesaria a ambas. ¿Y yo, qué haría sin ustedes? Para ser justa, necesito saber y creer. Pero nunca debo confundir lo que sé con lo que creo. Saber es ya no creer; creer es no saber todavía. El objeto de la Ciencia es lo conocido; la Fe no se ocupa de eso y se lo deja todo a la Ciencia. El objeto de la Fe es lo desconocido; la Ciencia puede buscarlo, pero no definirlo; está, pues, obligada, al menos provisionalmente, a aceptar las definiciones de la Fe, que le es imposible incluso criticar. Solo que, si la Ciencia renuncia a la Fe, renuncia a la esperanza y al amor, cuya existencia y necesidad son tan evidentes para la Ciencia como para la Fe. La Fe, como hecho psicológico, pertenece al reino de la Ciencia; y la Ciencia, como manifestación de la luz de Dios dentro de la inteligencia humana, pertenece al reino de la Fe. La Ciencia y la Fe deben, pues, admitirse, respetarse mutuamente, sostenerse y prestarse ayuda en caso de necesidad, pero sin invadir nunca la una el terreno de la otra. El medio de unirlas es: no confundirlas nunca. Nunca puede haber contradicción entre ellas, pues aunque usan las mismas palabras, no hablan el mismo lenguaje.

FE. Y bien, hermana Ciencia, ¿qué dices de esto?

CIENCIA. Digo que nos separa un deplorable malentendido, y que en adelante podremos caminar juntas. Pero ¿a cuál de tus diferentes credos quieres unirme? ¿Seré judía, católica, mahometana o protestante?

FE. Seguirás siendo la Ciencia, y serás universal.

CIENCIA. Es decir, católica, si te entiendo bien. Pero ¿qué debo pensar de las diferentes religiones?

FE. Júzgalas por sus obras. Busca la verdadera Caridad, y cuando la hayas encontrado, pregúntale a qué religión pertenece.

CIENCIA. Ciertamente no es a la de la Inquisición y los autores de la matanza de San Bartolomé.

FE. Es a la de san Juan el Limosnero, de san Francisco de Sales[22], de san Vicente de Paúl, de Fénelon y de tantos otros.

CIENCIA. Admite que, si la religión ha producido mucho bien, también ha hecho mucho mal.

FE. Cuando se mata en nombre del Dios que dijo: "No matarás"[23], cuando se persigue en nombre de Aquel que nos manda perdonar a nuestros enemigos, cuando se propagan las tinieblas en nombre de Aquel que nos dice que no escondamos la luz debajo del almud, ¿es justo atribuir el crimen a la ley misma que lo condena? Di, si quieres ser justa, que a pesar de la religión se ha hecho mucho mal sobre la tierra. Pero también, ¿a cuántas virtudes no ha dado nacimiento? ¡Cuántas son las abnegaciones, cuántos los sacrificios que no conocemos! ¿Has contado esos nobles corazones, hombres y mujeres, que renunciaron a todas las alegrías para entrar al servicio de todos los dolores? ¿Esas

almas consagradas al trabajo y a la oración, que han sembrado de buenas obras sus caminos? ¿Quién fundó los asilos para huérfanos y ancianos, los hospitales para enfermos, los refugios para arrepentidos? Estas instituciones, tan gloriosas como modestas, son las obras verdaderas con que están llenos los anales de la Iglesia; las guerras religiosas y la persecución de los herejes pertenecen a la política de siglos salvajes. Los herejes, además, fueron ellos mismos asesinos. ¿Has olvidado la hoguera de Miguel Servet y la matanza de nuestros sacerdotes, renovada, siempre en nombre de la humanidad y de la razón, por los revolucionarios que odiaban la Inquisición y la matanza de San Bartolomé? Los hombres son siempre crueles, es cierto, pero solo cuando olvidan la religión cuyas consignas son bendición y perdón.

CIENCIA. ¡Oh, Fe! Perdóname, entonces, si no puedo creer; pero ahora sé por qué crees tú. Respeto tus esperanzas y comparto tus deseos. Pero debo encontrar buscando; y para buscar, debo dudar.

RAZÓN. ¡Trabaja, pues, y busca, oh Ciencia, pero respeta los oráculos de la Fe! ¡Cuando tu duda deje un hueco en la iluminación universal, permite que la Fe lo llene! Caminen distinguidas la una de la otra, pero apoyadas la una en la otra, y nunca se extraviarán.

Segunda parte: Misterios filosóficos

Consideraciones preliminares

Se ha dicho que la belleza es el esplendor de la verdad. Ahora bien, la belleza moral es la bondad. Es hermoso ser bueno. Para ser inteligentemente bueno, hay que ser justo. Para ser justo, hay que obrar razonablemente. Para obrar razonablemente, hay que tener el conocimiento de la realidad. Para tener el conocimiento de la realidad, hay que tener conciencia de la verdad. Para tener conciencia de la verdad, hay que tener una noción exacta del ser.

El ser, la verdad, la razón y la justicia son los objetos comunes de las investigaciones de la ciencia y de las aspiraciones de la fe. Las concepciones, reales o hipotéticas, de un poder supremo transforman la justicia en Providencia; y la noción de divinidad, desde este punto de vista, se vuelve accesible a la ciencia misma.

La ciencia estudia el Ser en su manifestación parcial; la fe lo supone, o más bien lo admite *a priori* como un todo. La ciencia busca la verdad en todo; la fe lo refiere todo a una verdad universal y absoluta. La ciencia registra las realidades en detalle; la fe las explica por una realidad totalizada de la que la ciencia no puede dar testimonio, pero que la existencia misma de los detalles parece obligarla a reconocer y admitir. La ciencia somete las razones de las personas y de las cosas a la razón matemática universal; la fe busca, o más bien supone, una razón inteligente y

absoluta para (y por encima de) las matemáticas mismas. La ciencia demuestra la justicia por la exactitud; la fe da una exactitud absoluta a la justicia, al subordinarla a la Providencia.

Se ve aquí todo lo que la fe toma de la ciencia, y todo lo que la ciencia, a su vez, le debe a la fe. Sin la fe, la ciencia queda circunscrita por una duda absoluta y se encuentra eternamente encerrada en el riesgoso empirismo de un escepticismo razonador; sin la ciencia, la fe construye sus hipótesis al azar y solo puede prejuzgar a ciegas las causas de los efectos que ignora.

La gran cadena que une la ciencia y la fe es la analogía. La ciencia está obligada a respetar una creencia cuyas hipótesis son análogas a verdades demostradas. La fe, que lo atribuye todo a Dios, está obligada a admitir la ciencia como una revelación natural que, por la manifestación parcial de las leyes de la razón eterna, da una escala de proporción a todas las aspiraciones y a todas las incursiones del alma en el dominio de lo desconocido.

Es, pues, solo la fe la que puede dar una solución a los misterios de la ciencia; y, en cambio, es solo la ciencia la que demuestra la necesidad de los misterios de la fe.

Fuera de la unión y el concurso de estas dos fuerzas vivas de la inteligencia, no hay para la ciencia más que escepticismo y desesperación, ni para la fe más que temeridad y fanatismo.

Si la fe insulta a la ciencia, blasfema; si la ciencia desconoce a la fe, abdica.

¡Escuchémoslas ahora hablar en armonía!

"El ser está en todas partes", dice la ciencia; "es múltiple y variable en sus formas, único en su esencia e inmutable en sus leyes. Lo relativo demuestra la existencia de lo absoluto. La inteligencia existe en el ser. La inteligencia anima y modifica la materia".

"La inteligencia está en todas partes", dice la fe; "la vida no es fatal en ninguna parte, porque está regida. Esta regla es la expresión de la Sabiduría suprema. Lo absoluto en la inteligencia, el regulador supremo de las formas, el ideal vivo de los espíritus, es Dios".

"En su identidad con lo ideal, el ser es la verdad", dice la ciencia.

"En su identidad con lo ideal, la verdad es Dios", responde la fe.

"En su identidad con mis demostraciones, el ser es la realidad", dice la ciencia.

"En su identidad con mis aspiraciones legítimas, la realidad es mi dogma", dice la fe.

"En su identidad con el Verbo, el ser es la razón", dice la ciencia.

"En su identidad con el espíritu de caridad, la razón más alta es mi obediencia", dice la fe.

"En su identidad con el motivo de los actos razonables, el ser es la justicia", dice la ciencia.

"En su identidad con el principio de caridad, la justicia es la Providencia", responde la fe.

¡Sublime armonía de todas las certezas con todas las esperanzas, de lo absoluto en la inteligencia con lo absoluto en el amor! El

Espíritu Santo, el espíritu de caridad, debería entonces conciliarlo todo y transformarlo todo en Su propia luz. ¿No es acaso el espíritu de inteligencia, el espíritu de ciencia, el espíritu de consejo, el espíritu de fortaleza? "Él ha de venir", dice la liturgia católica, "y será como una nueva creación; y Él renovará la faz de la tierra".

"Burlarse de la filosofía ya es filosofar", dijo Pascal, refiriéndose a esa filosofía escéptica e incrédula que no reconoce la fe. Y si existiera una fe que pisoteara la ciencia, no diríamos que burlarse de semejante fe sería un verdadero acto de religión, pues la religión, que es toda caridad, no tolera la burla; pero se tendría razón en reprochar ese amor por la ignorancia y en decirle a esa fe temeraria: "¡Ya que desprecias a tu hermana, no eres la hija de Dios!".

La verdad, la realidad, la razón, la justicia, la Providencia: estos son los cinco rayos de la estrella flamígera en cuyo centro la ciencia escribirá la palabra "ser", a la que la fe añadirá el nombre inefable de Dios.

Solución de los problemas filosóficos

Primera serie

PREGUNTA. ¿Qué es la verdad?

RESPUESTA. La idea idéntica al ser.

P. ¿Qué es la realidad?

R. El conocimiento idéntico al ser.

P. ¿Qué es la razón?

R. El Verbo idéntico al ser.

P. ¿Qué es la justicia?

R. El motivo de los actos idéntico al ser.

P. ¿Qué es lo absoluto?

R. El ser.

P. ¿Se puede concebir algo superior al ser?

R. No; pero se concibe en el ser mismo algo supereminente y trascendental.

P. ¿Qué es eso?

R. La razón suprema del ser.

P. ¿La conocen ustedes y pueden definirla?

R. Solo la fe la afirma, y la llama Dios.

P. ¿Hay algo por encima de la verdad?

R. Por encima de la verdad conocida está la verdad desconocida.

P. ¿Cómo se pueden construir hipótesis razonables respecto de esa verdad?

R. Por analogía y proporción.

P. ¿Cómo se la puede definir?

R. Por los símbolos de la fe.

P. ¿Puede decirse de la realidad lo mismo que de la verdad?

R. Exactamente lo mismo.

P. ¿Hay algo por encima de la razón?

R. Por encima de la razón finita está la razón infinita.

P. ¿Qué es la razón infinita?

R. Es esa razón suprema del ser que la fe llama Dios.

P. ¿Hay algo por encima de la justicia?

R. Sí; según la fe, está la Providencia de Dios y el sacrificio del hombre.

P. ¿Qué es ese sacrificio?

R. Es la renuncia voluntaria y espontánea al derecho.

P. ¿Es razonable ese sacrificio?

R. No; es una especie de locura más grande que la razón, pues la razón se ve obligada a admirarla.

P. ¿Cómo se llama a un hombre que obra según la verdad, la realidad, la razón y la justicia?

R. Un hombre moral.

P. ¿Y si sacrifica sus intereses a la justicia?

R. Un hombre de honor.

P. ¿Y si, para imitar la grandeza y la bondad de la Providencia, hace más que su deber y sacrifica su derecho al bien de los demás?

R. Un héroe.

P. ¿Cuál es el principio del verdadero heroísmo?

R. La fe.

P. ¿Cuál es su sostén?

R. La esperanza.

P. ¿Y su regla?

R. La caridad.

P. ¿Qué es el Bien?

R. El orden.

P. ¿Qué es el Mal?

R. El desorden.

P. ¿Qué es el placer permitido?

R. El goce del orden.

P. ¿Qué es el placer prohibido?

R. El goce del desorden.

P. ¿Cuáles son las consecuencias de uno y otro?

R. La vida moral y la muerte moral.

P. ¿Tiene entonces el infierno, con todos sus horrores, su justificación en el dogma religioso?

R. Sí; es una consecuencia rigurosa de un principio.

P. ¿Cuál es ese principio?

R. La libertad.

P. ¿Qué es la libertad?

R. El derecho de cumplir el propio deber, con la posibilidad de no cumplirlo.

P. ¿Qué es faltar al propio deber?

R. Implica la pérdida del propio derecho. Ahora bien, siendo eterno el derecho, perderlo es sufrir una pérdida eterna.

P. ¿Se puede reparar una falta?

R. Sí; por la expiación.

P. ¿Qué es la expiación?

R. Trabajar horas extra. Así, como ayer fui perezoso, hoy tuve que hacer una tarea doble.

P. ¿Qué hemos de pensar de quienes se imponen sufrimientos voluntarios?

R. Si lo hacen para vencer la fascinación brutal del placer, son sabios; si para sufrir en lugar de otros, son generosos; pero si lo hacen sin discreción y sin medida, son imprudentes.

P. ¿Así que, a los ojos de la verdadera filosofía, la religión es sabia en todo lo que ordena?

R. Ya ven que es así.

P. Pero ¿y si, después de todo, nos engañáramos en nuestras esperanzas eternas?

R. La fe no admite esa duda. Pero la filosofía misma debería responder que todos los placeres de la tierra no valen un día de

sabiduría, y que todos los triunfos de la ambición no valen un solo minuto de heroísmo y de caridad.

Segunda serie

PREGUNTA. ¿Qué es el hombre?

RESPUESTA. El hombre es un ser inteligente y corpóreo hecho a imagen de Dios y del mundo, uno en esencia, triple en sustancia, mortal e inmortal.

P. Dicen ustedes "triple en sustancia". ¿Tiene el hombre, entonces, dos almas o dos cuerpos?

R. No; hay en él un alma espiritual, un cuerpo material y un mediador plástico.

P. ¿Cuál es la sustancia de ese mediador?

R. La luz, en parte volátil y en parte fija.

P. ¿Cuál es la parte volátil de esa luz?

R. El fluido magnético.

P. ¿Y la parte fija?

R. El cuerpo fluídico o fragante.

P. ¿Está demostrada la existencia de ese cuerpo?

R. Sí; por las experiencias más curiosas y más concluyentes. Hablaremos de ellas en la tercera parte de esta obra.

P. ¿Son esas experiencias artículos de fe?

R. No, pertenecen a la ciencia.

P. Pero ¿se ocupará de ello la ciencia?

R. Ya se ocupa. Nosotros hemos escrito este libro, y ustedes lo están leyendo.

P. Dennos algunas nociones de ese mediador plástico.

R. Está formado de luz astral o terrestre, y transmite su doble imantación al cuerpo humano. El alma, al actuar sobre esa luz mediante sus voliciones, puede disolverla o coagularla, proyectarla o retraerla. Es el espejo de la imaginación y de los sueños. Reacciona sobre el sistema nervioso y produce así los movimientos del cuerpo. Esta luz puede dilatarse indefinidamente y comunicar sus reflejos a distancias considerables; imanta los cuerpos sometidos a la acción del hombre y puede, concentrándose, volver a atraerlos hacia él. Puede tomar todas las formas evocadas por el pensamiento y, en las coagulaciones transitorias de sus partículas radiantes, aparecer a los ojos; puede incluso ofrecer una especie de resistencia al tacto. Pero, como estas manifestaciones y usos del mediador plástico son anormales, el instrumento luminoso de precisión no puede producirlos sin forzarse, y hay peligro de alucinación habitual o de locura.

P. ¿Qué es el magnetismo animal?

R. La acción de un mediador plástico sobre otro, para disolverlo o coagularlo. Aumentando la elasticidad de la luz vital y su fuerza de proyección, se la envía tan lejos como se quiere, y se la retrae completamente cargada de imágenes; pero esta operación debe ser favorecida por el sueño del sujeto, que se produce coagulando todavía más la parte fija de su mediador.

P. ¿Es el magnetismo contrario a la moral y a la religión?

R. Sí, cuando se abusa de él.

P. ¿En qué consiste su abuso?

R. En emplearlo de manera desordenada o con un objeto desordenado.

P. ¿Qué es un magnetismo desordenado?

R. Una emisión fluídica malsana, hecha con mala intención; por ejemplo, para conocer los secretos ajenos o para llegar a fines indignos.

P. ¿Cuál es su resultado?

R. Desajusta el instrumento fluídico de precisión, tanto en el magnetizador como en el magnetizado. A esta causa hay que atribuir las inmoralidades y las locuras que se reprochan a gran número de quienes se ocupan del magnetismo.

P. ¿Qué condiciones se requieren para magnetizar debidamente?

R. Salud de espíritu y de cuerpo, recta intención y práctica discreta.

P. ¿Qué resultados ventajosos se pueden obtener con un magnetismo discreto?

R. La curación de las enfermedades nerviosas, el análisis de los presentimientos, el restablecimiento de las armonías fluídicas y el redescubrimiento de ciertos secretos de la Naturaleza.

P. Explíquenos eso de una manera más completa.

R. Lo haremos en la tercera parte de esta obra, que tratará especialmente de los misterios de la Naturaleza.

Tercera parte: Los misterios de la naturaleza

El gran agente mágico

Hemos hablado de una sustancia extendida en lo infinito.

La décima clave del Tarot

Esa sustancia es una, la cual es cielo y tierra; es decir, según sus grados de polarización, sutil o fija.

Esta sustancia es lo que Hermes Trismegisto llama el gran Telesma. Cuando produce esplendor, se llama Luz.

Es esta sustancia la que Dios crea antes que todo lo demás, cuando dice: "Hágase la luz".

Es a la vez sustancia y movimiento.

Es fluido y una vibración perpetua.

Su fuerza inherente, que la pone en movimiento, se llama magnetismo.

En lo infinito, esta sustancia única es el éter, o la luz etérea.

En los astros que imanta, se vuelve luz astral.

En los seres organizados, luz o fluido magnético.

En el hombre forma el *cuerpo astral* o el *mediador plástico*.

La voluntad de los seres inteligentes actúa directamente sobre esta luz y, por medio de ella, sobre toda aquella parte de la Naturaleza que está sometida a las modificaciones de la inteligencia.

Esta luz es el espejo común de todos los pensamientos y de todas las formas; conserva las imágenes de todo lo que ha sido, los reflejos de los mundos pasados y, por analogía, los esbozos de los mundos por venir. Es el instrumento de la taumaturgia y de la adivinación, como nos queda por explicar en la tercera y última parte de esta obra.

Libro primero: Misterios magnéticos

I. La clave del mesmerismo

Mesmer redescubrió la ciencia secreta de la Naturaleza; no la inventó.

La primera sustancia única y elemental cuya existencia proclama en sus aforismos ya la conocían Hermes y Pitágoras.

Sinesio, que la canta en sus himnos, la había encontrado revelada en los documentos platónicos de la Escuela de Alejandría:

Μία παγά, μία ῥίζα
Τριφαη ̀ς ἔλαμψε μορφά
Περι ̀ γα ̀ρ σπαρεῖσα πνοια ̀
Χθονο ̀ς ἐζώωσε μοίρας
Πολυδαιδάλοισι μορφαῖς.

"Una sola fuente, una sola raíz de luz
brota y se expande en tres ramas de esplendor.
Un soplo sopla en torno de la tierra
y vivifica en formas innumerables
todas las partes de la sustancia animada".

(Himno II, Sinesio.)

Mesmer vio en la materia elemental una sustancia indiferente tanto al movimiento como al reposo. Sometida al movimiento, es volátil; caída de nuevo en el reposo, es fija; y no comprendió que el movimiento es inherente a la primera sustancia; que resulta, no de su indiferencia, sino de su aptitud, combinada con un movimiento y un reposo que se equilibran el uno por el otro; que el reposo absoluto no está en ninguna parte en la materia viva universal, sino que lo fijo atrae lo volátil para fijarlo, mientras que lo volátil ataca lo fijo para volatilizarlo. Que el supuesto reposo de las partículas aparentemente fijas no es más que una lucha más desesperada y una tensión mayor de sus fuerzas fluídicas, que, al neutralizarse unas a otras, se inmovilizan. Es así que, como dice Hermes, lo que está arriba es como lo que está abajo; la misma fuerza que expande el vapor contrae y endurece el carámbano; todo obedece a las leyes de la vida, que son inherentes a la sustancia original; esta sustancia atrae y repele, se coagula y se disuelve, con una armonía constante; es doble; es andrógina; se abraza a sí misma y se fecunda a sí misma, lucha, triunfa, destruye, renueva; pero nunca se abandona a la inercia, porque la inercia, para ella, sería la muerte.

Es a esta sustancia original a la que se refiere el relato hierático del Génesis cuando la palabra de los Elohim crea la luz

ordenándole existir.

Los Elohim dijeron: "¡Sea la luz!", y fue la luz.

Esta luz, cuyo nombre hebreo es אור, *aour*, es el oro fluídico y vivo de la filosofía hermética. Su principio positivo es su azufre; su principio negativo, su mercurio; y sus principios equilibrados forman lo que llaman su sal.

Hay que establecer, pues, en lugar del sexto aforismo de Mesmer, que dice así: "La materia es indiferente a estar en movimiento o en reposo", esta proposición: "La materia universal está obligada al movimiento por su doble imantación, y su destino es buscar el equilibrio".

De donde se pueden deducir estos corolarios:

La regularidad y la variedad en el movimiento resultan de las diferentes combinaciones del equilibrio.

Un punto equilibrado por todos lados permanece en reposo, por la misma razón de que está dotado de movimiento.

El fluido consiste en materia en movimiento rápido, siempre agitada por la variación de las fuerzas que la equilibran.

Un sólido es la misma materia en movimiento lento, o en reposo aparente porque está más o menos sólidamente equilibrada.

No hay cuerpo sólido que no se pulverizara inmediatamente, se desvaneciera en humo y se volviera invisible si el equilibrio de sus moléculas cesara de repente.

No hay fluido que no se volviera instantáneamente más duro que el diamante si se pudieran equilibrar sus moléculas

constituyentes.

Dirigir las fuerzas magnéticas es, pues, destruir o crear formas; producir en toda apariencia, o destruir, cuerpos; es ejercer el poder todopoderoso de la Naturaleza.

Nuestro mediador plástico es un imán que atrae o repele la luz astral bajo la presión de la voluntad. Es un cuerpo luminoso que reproduce con la mayor facilidad formas correspondientes a las ideas. Es el espejo de la imaginación. Este cuerpo se nutre de luz astral exactamente como el cuerpo orgánico se nutre de los productos de la tierra. Durante el sueño absorbe la luz astral por inmersión, y durante la vigilia, por una especie de respiración algo lenta. Cuando se producen los fenómenos del sonambulismo natural, el mediador plástico está sobrecargado de un alimento mal digerido. La voluntad, aunque atada por el sopor del sueño, rechaza instintivamente el mediador hacia los órganos para liberarlo, y se produce una reacción, de naturaleza mecánica, que con el movimiento del cuerpo equilibra la luz del mediador. Por esa razón es tan peligroso despertar de repente a los sonámbulos, pues el mediador ahíto puede entonces retirarse súbitamente hacia el depósito común y abandonar del todo los órganos; estos quedan entonces separados del alma, y el resultado es la muerte.

El estado de sonambulismo, natural o artificial, es pues extremadamente peligroso, porque, al unir los fenómenos del estado de vigilia y del estado de sueño, constituye una especie de horcajada entre dos mundos. El alma mueve los resortes de la vida particular mientras se baña en la vida universal, y experimenta una sensación inexpresable de bienestar; soltará entonces de buena gana las ramas nerviosas que la mantienen

suspendida sobre la corriente. En los éxtasis de toda clase la situación es la misma. Si la voluntad se sumerge en ella con un esfuerzo apasionado, o incluso se abandona enteramente a ella, el sujeto puede volverse loco o quedar paralizado, o incluso morir.

Las alucinaciones y las visiones resultan de heridas infligidas al mediador plástico y de su parálisis local. A veces deja de emitir rayos y sustituye las realidades que muestra la luz por imágenes condensadas de un modo u otro; a veces irradia con demasiada fuerza y se condensa fuera y alrededor de algún núcleo fortuito e irregular, como lo hace la sangre en ciertas excrecencias del cuerpo. Entonces las quimeras de nuestro cerebro toman cuerpo y parecen tomar alma; nos aparecemos a nosotros mismos radiantes o deformes según la imagen del ideal de nuestros deseos o de nuestros temores.

Las alucinaciones, siendo los sueños de personas despiertas, implican siempre un estado análogo al sonambulismo. Pero en sentido contrario: el sonambulismo es el sueño que toma prestados sus fenómenos de la vigilia; la alucinación es la vigilia todavía parcialmente sometida a la embriaguez astral del sueño.

Nuestros cuerpos fluídicos se atraen y se repelen unos a otros siguiendo leyes semejantes a las de la electricidad. Es esto lo que produce las simpatías y las antipatías instintivas. Así se equilibran unos a otros, y por esta razón las alucinaciones son a menudo contagiosas; las proyecciones anormales cambian las corrientes luminosas; la perturbación causada por un enfermo arrastra consigo a las naturalezas más sensibles; se establece un círculo de ilusiones, y toda una multitud es fácilmente arrastrada

por él. Tal es la historia de las apariciones extrañas y de los prodigios populares. Así se explican los milagros de los médiums americanos y las histerias de los que hacen girar mesas, que reproducen en nuestros propios tiempos los éxtasis de los derviches giróvagos. Los hechiceros de Laponia con sus tambores mágicos y los curanderos conjuradores de los salvajes llegan a resultados semejantes por procedimientos semejantes; sus dioses o sus demonios no tienen nada que ver con ello.

Los locos y los idiotas son más sensibles al magnetismo que las personas de mente sana; debería ser fácil comprender la razón: se necesita muy poco para hacerle perder por completo la cabeza a un hombre ebrio, y uno contrae una enfermedad más fácilmente cuando todos los órganos están predispuestos a someterse a sus impresiones y a manifestar sus desórdenes.

Las enfermedades fluídicas tienen sus crisis fatales. Toda tensión anormal del aparato nervioso termina en la tensión contraria, según las leyes necesarias del equilibrio. Un amor exagerado se cambia en aversión, y todo odio exaltado está muy cerca del amor; la reacción sobreviene de repente con la llama y la violencia del rayo. La ignorancia entonces se lamenta o clama contra ella; la ciencia se resigna y guarda silencio.

Hay dos amores, el del corazón y el de la cabeza: el amor del corazón nunca se exalta, se recoge en sí mismo y crece lentamente por el camino de la prueba y del sacrificio; el amor cerebral, puramente nervioso y apasionado, solo vive de entusiasmo, se estrella contra todos los deberes, trata al objeto amado como un botín de conquista, es egoísta, exigente,

inquieto, tiránico, y está destinado a arrastrar tras de sí o bien el suicidio como catástrofe final, o bien el adulterio como remedio.

Estos fenómenos son constantes como la naturaleza, inexorables como la fatalidad.

Una joven artista llena de valor, con todo su porvenir por delante, tenía un marido, un hombre honesto, un buscador del conocimiento, un poeta, cuya única falta era un exceso de amor por ella; ella lo ultrajó y lo abandonó, y desde entonces no ha dejado de odiarlo. Y sin embargo ella también es una mujer decente; el mundo despiadado, sin embargo, la juzga y la condena. Y con todo, ese no fue su crimen. Su falta, si se nos permite reprocharle una, fue que, al principio, amó a su marido con locura y con pasión.

"Pero", dirán ustedes, "¿no es libre, entonces, el alma humana?". No, ya no es libre cuando se ha abandonado al vértigo que causa la pasión. Solo la sabiduría es libre; las pasiones desordenadas son el reino de la locura, y la locura es fatalidad.

Lo que hemos dicho del amor puede decirse igualmente de la religión, que es el más poderoso, pero también el más embriagador, de todos los amores. La pasión religiosa tiene también sus excesos y sus reacciones fatales. Se pueden tener éxtasis y estigmas como san Francisco de Asís, y caer después en abismos de desenfreno e impiedad.

Las naturalezas apasionadas son imanes muy cargados; atraen o repelen con violencia.

Es posible magnetizar de dos maneras: primero, actuando por la voluntad sobre el mediador plástico de otra persona, cuya

voluntad y cuyos actos quedan, en consecuencia, subordinados a esa acción.

En segundo lugar, actuando a través de la voluntad de otro, ya sea por intimidación, ya sea por persuasión, de modo que la voluntad influida modifique a nuestro gusto el mediador plástico y los actos de esa persona.

Se magnetiza por irradiación, por contacto, por la mirada o por la palabra.

Las vibraciones de la voz modifican el movimiento de la luz astral y son un poderoso vehículo de magnetismo.

El aliento cálido magnetiza positivamente, y el aliento frío, negativamente.

Una insuflación cálida y prolongada sobre la columna vertebral, en la base del cerebelo, puede ocasionar fenómenos eróticos.

Si se pone la mano derecha sobre la cabeza y la mano izquierda bajo los pies de una persona completamente envuelta en lana o en seda, se hace pasar la chispa magnética completamente a través del cuerpo, y se puede ocasionar así una revolución nerviosa en su organismo con la rapidez del relámpago.

Los pases magnéticos solo sirven para dirigir la voluntad del magnetizador confirmándola con actos. Son signos y nada más. El acto de la voluntad es expresado, y no operado, por estos signos.

El carbón en polvo absorbe y retiene la luz astral. Esto explica el espejo mágico de Dupotet. Las figuras trazadas con carbón le parecen luminosas a una persona magnetizada, y toman para

ella, siguiendo la dirección que indica la voluntad del magnetizador, las formas más graciosas o las más aterradoras. La luz astral, o más bien la luz vital del mediador plástico, absorbida por el carbón, se vuelve enteramente negativa; por esta razón los animales a los que atormenta la electricidad, como por ejemplo los gatos, gustan de revolcarse sobre el carbón. Algún día la medicina hará uso de esta propiedad, y las personas nerviosas encontrarán en ella un gran alivio.

II. La vida y la muerte, el sueño y la vigilia

El sueño es una muerte incompleta; la muerte es un sueño completo. La naturaleza nos somete al sueño para acostumbrarnos a la idea de la muerte, y nos advierte por medio de los sueños de la persistencia de otra vida.

La luz astral en la que nos sumerge el sueño es como un océano en el que flotan innumerables imágenes, restos de existencias naufragadas, espejismos y reflejos de las que pasan, presentimientos de las que están por venir.

Nuestra disposición nerviosa atrae hacia nosotros las imágenes que corresponden a nuestra agitación, a la naturaleza de nuestra fatiga, así como un imán movido entre partículas de diversos metales atraería hacia sí y escogería en particular las limaduras de hierro.

Los sueños nos revelan la enfermedad o la salud, la calma o la perturbación de nuestro mediador plástico y, en consecuencia, también las de nuestro aparato nervioso.

Formulan nuestros presentimientos por la analogía que las imágenes guardan con ellos.

Pues todas las ideas tienen para nosotros un doble significado, que se relaciona con nuestra doble vida.

Existe un lenguaje del sueño; en estado de vigilia es imposible comprenderlo, y aun ordenar sus palabras.

El lenguaje del sueño es el de la naturaleza, jeroglífico en su carácter y rítmico en sus sonidos.

El sueño puede ser vertiginoso o lúcido.

La locura es un estado permanente de sonambulismo vertiginoso.

Una sacudida violenta puede devolver la razón a los locos, o matarlos.

Las alucinaciones, cuando obtienen la adhesión de la inteligencia, son ataques pasajeros de locura.

Toda fatiga mental provoca el sueño; pero si la fatiga va acompañada de irritación nerviosa, el sueño puede ser incompleto y tomar el carácter del sonambulismo.

A veces uno se duerme sin saberlo en medio de la vida real; y entonces, en lugar de pensar, sueña.

¿Cómo es que recordamos cosas que nunca nos han sucedido? Porque las soñamos estando bien despiertos.

Este fenómeno del sueño involuntario e inadvertido, cuando atraviesa de pronto la vida real, les sucede a menudo a quienes

sobreexcitan su organismo nervioso con excesos, ya sea de trabajo, de vigilia, de bebida o de eretismo.

Los monomaníacos están dormidos cuando cometen actos irrazonables. Al despertar ya no recuerdan nada.

Cuando Papavoine fue arrestado por la policía, les dijo con calma estas notables palabras: *Me están tomando por el otro*. Era el sonámbulo quien todavía hablaba.

Edgar Poe, ese desdichado hombre de genio que solía embriagarse, ha descrito de manera terrible el sonambulismo de los monomaníacos. Unas veces es un asesino que oye, y que cree que todo el mundo oye, a través de las paredes de la tumba, el latido del corazón de su víctima; otras es un envenenador que, a fuerza de decirse "Estoy a salvo, con tal de que no vaya yo mismo a denunciarme", acaba por soñar en voz alta que se denuncia, y en efecto lo hace. Edgar Poe no inventó ni los personajes ni los hechos de esos extraños relatos; los soñó despierto, y por eso los vistió tan bien con todos los colores de una realidad espantosa.

El doctor Brière de Boismont, en su notable obra sobre las *Alucinaciones*, cuenta la historia de un inglés, por lo demás perfectamente cuerdo, que creyó haber encontrado a un desconocido y haber trabado amistad con él; este lo llevó a almorzar a su taberna y luego, tras pedirle que visitara en su compañía San Pablo, intentó arrojarlo desde lo alto de la torre a la que habían subido juntos. Desde ese momento el inglés quedó obsesionado por aquel desconocido, a quien solo él podía ver, y con quien se encontraba siempre que estaba solo y había cenado bien.

Los precipicios atraen; la ebriedad llama a la ebriedad; la locura tiene encantos invencibles para la locura. Cuando un hombre sucumbe al sueño, aborrece todo lo que podría despertarlo. Lo mismo sucede con los alucinados, con los sonámbulos estáticos, los maníacos, los epilépticos y todos los que se abandonan al delirio de una pasión. Han oído la música fatal, han entrado en la danza de la muerte, y se sienten arrastrados en el torbellino del vértigo. Ustedes les hablan, ya no los oyen; les advierten, ya no los entienden, pero la voz de ustedes los irrita; duermen con el sueño de la muerte.

La muerte es una corriente que nos arrastra, un remolino que nos traga, pero desde cuyo fondo el menor movimiento puede hacernos subir de nuevo. Como la fuerza de repulsión es igual a la de atracción, en el momento mismo de expirar uno se aferra a menudo otra vez violentamente a la vida. A menudo también, por la misma ley de equilibrio, se pasa del sueño a la muerte por complacencia con el sueño.

Una barca se mece junto a la orilla del lago. El niño entra en el agua que, brillando con mil reflejos, danza a su alrededor y lo llama; la cadena que retiene la barca se tensa y parece querer romperse; entonces un pájaro maravilloso se lanza desde la orilla y roza, cantando, las olas gozosas; el niño quiere seguirlo, pone la mano sobre la cadena, suelta la argolla.

La Antigüedad adivinó el misterio de la atracción de la muerte, y lo representó en la fábula de Hilas. Cansado de un largo viaje, Hilas ha llegado a una isla florida y esmaltada; se acerca a una fuente para sacar agua; un grácil espejismo le sonríe; ve a una ninfa tenderle los brazos, siente que los suyos pierden fuerza y no

puede retirar el pesado cántaro; la fresca fragancia del manantial lo adormece; los perfumes de la orilla lo embriagan. Allí está, inclinado sobre el agua como un narciso cuyo tallo ha quebrado un niño que jugaba; el cántaro lleno cae al fondo, e Hilas lo sigue; muere soñando que las ninfas lo acarician, y ya no oye la voz de Hércules que lo llama a los trabajos de la vida; Hércules, que corre enloquecido por todas partes gritando: "¡Hilas! ¡Hilas!".

Otra fábula, no menos conmovedora, que sale de las sombras de la iniciación órfica, es la de Eurídice devuelta a la vida por los milagros de la armonía y del amor; de Eurídice, esa sensitiva quebrada el mismo día de su boda, que se refugia en la tumba, temblando de pudor. Pronto oye la lira de Orfeo y sube lentamente hacia la luz; las terribles divinidades del Érebo no se atreven a cerrarle el paso. Ella sigue al poeta, o más bien a la poesía que adora... Pero ¡ay del amante si cambia la corriente magnética y persigue a su vez, con una sola mirada, a aquella a quien solo debía atraer! El amor sagrado, el amor virginal, el amor que es más fuerte que la tumba, solo busca la entrega, y huye aterrado ante el egoísmo del deseo. Orfeo lo sabe; pero por un instante lo olvida. Eurídice, con su blanco vestido de novia, yace sobre el lecho nupcial; él lleva las vestiduras de Gran Hierofante, está de pie, con la lira en la mano, la cabeza coronada con el laurel sagrado, los ojos vueltos hacia el Oriente, y canta.

Canta las flechas luminosas del amor que atraviesan las sombras del viejo Caos, las olas de luz suave y clara que manan de los negros pechos de la madre de los dioses, de los que penden los dos niños, Eros y Anteros. Dice el canto de Adonis que vuelve a la vida en respuesta al lamento de Venus, que revive como una flor

bajo el rocío brillante de sus lágrimas; el canto de Cástor y Pólux, a quienes la muerte no pudo separar, y que aman alternativamente en el infierno y sobre la tierra... Luego llama suavemente a Eurídice, su querida Eurídice, su tan amada Eurídice:

> Ah! miseram Eurydicen anima fugiente vocabat,
> Eurydicen! toto referebant flumine ripæ.

Mientras él canta, esa pálida estatua del escultor muerte toma el color del primer tinte de la vida; sus labios blancos empiezan a enrojecer como la aurora... Orfeo la ve, tiembla, balbucea, el himno casi muere en sus labios, pero ella palidece de nuevo; entonces el Gran Hierofante arranca a su lira cantos sublimes y desgarradores, ya no mira sino al Cielo, llora, ora, y Eurídice abre los ojos...

¡Desdichado, no la mires! ¡Canta! ¡Canta! ¡No espantes a la mariposa de Psique, que está por posarse sobre esta flor! Pero el insensato ha visto la mirada de la mujer a quien ha resucitado; el Gran Hierofante cede el lugar al amante, la lira cae de sus manos, mira a Eurídice, se lanza hacia ella... la estrecha en sus brazos, la encuentra helada todavía; sus ojos se han vuelto a cerrar, sus labios están más pálidos y fríos que nunca; el alma sensitiva ha temblado, la frágil cuerda se ha roto de nuevo, y para siempre... Eurídice ha muerto, ¡y los himnos de Orfeo ya no pueden devolverla a la vida!

En nuestro *Dogme et rituel de la haute magie* tuvimos la temeridad de decir que la resurrección de los muertos no es un fenómeno imposible, aun en el plano físico; y al decirlo no hemos

negado ni contradicho en modo alguno la ley fatal de la muerte. Una muerte que puede interrumpirse no es más que letargo y sueño; pero es por el letargo y el sueño que la muerte comienza siempre.

El estado de paz profunda que sucede a las agitaciones de la vida arrastra al alma relajada y dormida; no se la puede hacer volver y obligarla a sumergirse de nuevo en la vida sino excitando violentamente todos sus afectos y todos sus deseos. Cuando Jesús, el Salvador del mundo, estaba sobre la tierra, la tierra era más hermosa y más deseable que el Cielo; y sin embargo Jesús tuvo que gritar en voz alta y dar una sacudida para despertar a la hija de Jairo. Fue a fuerza de estremecimientos y de lágrimas como hizo volver de la tumba a su amigo Lázaro: ¡tan difícil es interrumpir a un alma cansada que duerme su sueño reparador!

Al mismo tiempo, el semblante de la muerte no tiene la misma serenidad para toda alma que lo contempla. Cuando se ha errado la meta de la vida, cuando uno se lleva consigo codicias frenéticas u odios no saciados, la eternidad se le aparece al alma ignorante o culpable con una proporción tan formidable de dolores que a veces intenta arrojarse de nuevo a la vida mortal. ¡Cuántas almas, empujadas por la pesadilla del infierno, se han refugiado en sus cuerpos helados, en sus cuerpos ya cubiertos por el mármol funerario! Se han encontrado esqueletos volteados, convulsos, retorcidos, y se ha dicho: "He aquí hombres que fueron enterrados vivos". A menudo no era el caso. Esos pueden ser siempre desechos de la muerte, hombres resucitados de la tumba que, antes de poder abandonarse del todo a la angustia del

umbral de la eternidad, se vieron obligados a hacer un segundo intento.

Un célebre magnetizador, el barón Dupotet, enseña en su libro secreto sobre la Magia que se puede matar por la magia como por la electricidad. Esta revelación no tiene nada de extraño para quien conozca bien las analogías de la naturaleza. Es cierto que diluyendo sin medida, o coagulando de golpe, el mediador plástico de un sujeto, es posible desatar el cuerpo del alma. A veces basta con provocar en alguien una cólera violenta, o un miedo arrollador, para matarlo de repente.

El uso habitual del magnetismo suele poner al sujeto que se abandona a él a merced del magnetizador. Cuando la comunicación está bien establecida y el magnetizador puede producir a voluntad el sueño, la insensibilidad, la catalepsia y demás, solo hará falta un pequeño esfuerzo más para provocar la muerte.

Se nos ha contado como un hecho real una historia cuya autenticidad no garantizaremos del todo. Vamos a repetirla porque puede ser verdadera.

Ciertas personas que dudaban a la vez de la religión y del magnetismo, de esa clase incrédula que está dispuesta a todas las supersticiones y a todos los fanatismos, habían convencido a una pobre muchacha de someterse a sus experimentos a cambio de un pago. Esta muchacha era de naturaleza impresionable y nerviosa, fatigada además por los excesos de una vida que había sido más que desordenada, y ya estaba hastiada de la existencia.

La duermen; le ordenan ver; ella llora y forcejea. Le hablan de Dios; tiembla de pies a cabeza.

"No", dijo ella, "no; Él me da miedo; no quiero mirarlo."

"Míralo, lo quiero."

Abre los ojos, sus pupilas se dilatan; es aterradora.

"¿Qué ves?"

"No sabría decirlo... ¡Oh, por piedad, despiértenme!"

"No, mira, y di lo que ves."

"Veo una noche negra en la que giran chispas de todos los colores alrededor de dos grandes ojos que no cesan de rodar. De esos ojos brotan rayos cuyas espirales llenan el espacio... ¡Oh, me hace daño! ¡Despiértenme!"

"No, mira."

"¿Adónde quieren que mire ahora?"

"Mira al Paraíso."

"No, no puedo subir hasta allí; la gran noche me rechaza, siempre vuelvo a caer."

"Muy bien, entonces mira al infierno."

Aquí la sonámbula se agitó convulsivamente.

"¡No, no!", gritó sollozando; "¡no quiero! ¡Me dará vértigo; me caería! ¡Oh, sujétenme! ¡Sujétenme!"

"No, desciende."

"¿Adónde quieren que descienda?"

"Al infierno."

"¡Pero es horrible! ¡No! ¡No! ¡No iré allí!"

"Ve allí."

"¡Piedad!"

"Ve allí. Es mi voluntad."

Las facciones de la sonámbula se vuelven terribles de ver; se le eriza el cabello; sus ojos, abiertos de par en par, solo muestran lo blanco; su pecho se agita, y una especie de estertor se escapa de su garganta.

"Ve allí. Es mi voluntad", repite el magnetizador.

"¡Estoy allí!", dice entre dientes la desdichada muchacha, cayendo hacia atrás agotada. Luego ya no responde; su cabeza cuelga pesada sobre el hombro; sus brazos caen inertes a los costados. Se le acercan. La tocan. Intentan despertarla, pero es demasiado tarde; el crimen estaba consumado; la mujer estaba muerta.

Fue a la incredulidad pública en materia de magnetismo a lo que los autores de este experimento sacrílego debieron su propia impunidad. Las autoridades hicieron una investigación y la muerte se atribuyó a la rotura de un aneurisma. El cuerpo, por lo demás, no mostraba ninguna huella de violencia; lo hicieron enterrar, y asunto concluido.

He aquí otra anécdota que oímos de un compañero de viaje.

Dos amigos se alojaban en la misma posada y compartían la misma habitación. Uno de ellos tenía la costumbre de hablar

dormido y, en ese estado, respondía a las preguntas que le hacía su camarada. Una noche, de pronto, profirió gritos ahogados; su compañero se despertó y le preguntó qué le pasaba.

"Pero ¿no ves", dijo el durmiente, "no ves esa piedra enorme...? Se está desprendiendo de la montaña... me cae encima, me va a aplastar."

"¡Pues bien, apártate!"

"¡Imposible! Tengo los pies presos en unas zarzas que se ciñen cada vez más. ¡Ah! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ahí viene la gran piedra derecho sobre mí!"

"¡Pues bien, ahí la tienes!", dijo el otro riendo, arrojándole la almohada a la cabeza para despertarlo.

Un grito terrible, ahogado de pronto en su garganta, una convulsión, un suspiro, y luego nada más.

El bromista se levanta, tira del brazo de su camarada, lo llama; a su vez se asusta, grita, acude gente con luces... el desdichado sonámbulo estaba muerto.

III. Misterios de las alucinaciones y de la evocación de los espíritus

Una alucinación es una ilusión producida por un movimiento irregular de la luz astral.

Es, como dijimos antes, la mezcla de los fenómenos del sueño con los de la vigilia.

Nuestro mediador plástico aspira y espira la luz astral o alma vital de la tierra, como nuestro cuerpo aspira y espira la atmósfera terrestre.

Ahora bien, así como en ciertos lugares el aire es impuro e inadecuado para respirar, del mismo modo ciertas circunstancias inusuales pueden volver la luz astral malsana e inasimilable.

El aire de algunos lugares puede ser demasiado vigorizante para algunas personas y sentarles perfectamente a otras; exactamente lo mismo ocurre con la luz magnética.

El mediador plástico es como una estatua metálica siempre en estado de fusión. Si el molde es defectuoso, se deforma; si el molde se rompe, se derrama.

El molde del mediador plástico es la fuerza vital equilibrada y polarizada. Nuestro cuerpo, por medio del sistema nervioso, atrae y retiene esta forma fugitiva de la luz; pero la fatiga local, o la sobreexcitación parcial del aparato, pueden ocasionar deformidades fluídicas.

Estas deformidades falsean parcialmente el espejo de la imaginación, y ocasionan así alucinaciones habituales al visionario de tipo estático.

El mediador plástico, hecho a imagen y semejanza de nuestro cuerpo, del cual figura en luz cada órgano, tiene una vista, un tacto, un oído, un olfato y un gusto que le son propios; puede, cuando está sobreexcitado, comunicarlos por vibraciones al aparato nervioso, de tal manera que la alucinación sea completa. La imaginación parece entonces triunfar sobre la naturaleza misma, y produce fenómenos verdaderamente extraños. El

cuerpo material, inundado de fluido, parece participar de las cualidades fluídicas; escapa a la acción de las leyes de la gravedad, se vuelve momentáneamente invulnerable, y aun invisible, en un círculo de personas que padecen una alucinación colectiva.

Los convulsionarios de San Medardo, como es sabido, se hacían arrancar la carne con tenazas al rojo vivo, se hacían derribar como bueyes, moler como trigo y crucificar sin sufrir dolor alguno; levitaban, caminaban cabeza abajo, y comían alfileres torcidos y los digerían.

Creemos que debemos recapitular aquí las observaciones que publicamos en *l'Estafette* sobre los prodigios producidos por el médium estadounidense Home, y sobre varios fenómenos del mismo tipo.

Nunca hemos presenciado en persona los milagros del señor Home, pero nuestra información proviene de las mejores fuentes; la recogimos en una casa donde el médium estadounidense había sido recibido con bondad cuando estaba en desgracia, y con indulgencia cuando llegó al punto de pensar que su enfermedad era un golpe de buena suerte; en la casa de una dama nacida en Polonia, pero tres veces francesa por la nobleza de su corazón, el encanto indescriptible de su espíritu y la celebridad europea de su nombre.

La publicación de esta información en *l'Estafette* nos atrajo en aquel momento, sin que supiéramos muy bien por qué, los insultos de un tal señor de Pène, que después se hizo célebre por su desdichado duelo. Pensamos entonces en la fábula de La

Fontaine sobre el loco que arrojaba piedras al sabio. El señor de Pène habló de nosotros como de un sacerdote exclaustrado y un mal católico. Por lo menos nos mostramos buen cristiano al compadecerlo y perdonarlo; y como es imposible ser un sacerdote exclaustrado sin haber sido nunca sacerdote, dejamos caer al suelo un insulto que no nos alcanzaba.

ESPÍRITUS EN PARÍS.

Hace una semana, el señor Home estaba una vez más a punto de dejar París, ese París donde aun los ángeles y los demonios, si aparecieran bajo alguna forma, no pasarían mucho tiempo por seres maravillosos, y no hallarían nada mejor que hacer que volver a toda prisa al cielo o al infierno, para escapar del olvido y del desdén del género humano.

El señor Home, con aire triste y desengañado, se despedía entonces de una noble dama cuya amable acogida había sido una de las primeras dichas que había gustado en Francia. La señora de B... lo trató con mucha bondad aquel día, como siempre, y le pidió que se quedara a cenar; el hombre del misterio estaba por aceptar cuando, al decir alguien que esperaban a un cabalista bien conocido en el mundo de la ciencia oculta por la publicación de un libro titulado *Dogme et rituel de la haute magie*, el señor Home cambió de semblante de repente y dijo, tartamudeando y con visible turbación, que no podía quedarse, y que la proximidad de aquel profesor de Magia le causaba un terror incomparable. Todo lo que se le pudo decir para tranquilizarlo resultó inútil. "No pretendo juzgar a ese hombre", dijo; "no afirmo que sea bueno o malo, no sé nada de eso; pero su atmósfera me hace daño; cerca de él me sentiría, por así decir,

sin fuerza, aun sin vida." Tras esta explicación, el señor Home se apresuró a saludar y a retirarse.

Este terror de los fabricantes de milagros en presencia de los verdaderos iniciados de la ciencia no es un hecho nuevo en los anales del ocultismo. Pueden leer en Filóstrato la historia de la Lamia que tiembla al oír que se acerca Apolonio de Tiana. Nuestro admirable narrador Alejandro Dumas dramatizó esta anécdota mágica en el magnífico compendio de todas las leyendas que forma el prólogo de su gran novela épica, *El judío errante*.[24] La escena transcurre en Corinto; es una boda de la Antigüedad, con sus hermosos niños coronados de flores que llevan las antorchas nupciales y cantan graciosos epitalamios floridos de imágenes voluptuosas como los poemas de Catulo. La novia es tan hermosa en sus castos ropajes como la antigua Polimnia; es amorosa y deliciosamente provocativa en su pudor, como una Venus de Correggio o una Gracia de Canova. El novio es Clinias, discípulo del famoso Apolonio de Tiana. El maestro había prometido venir a la boda de su discípulo, pero no llega, y la bella novia respira más tranquila, porque teme a Apolonio. Sin embargo, el día no ha terminado. Ha llegado la hora en que los recién casados han de ser conducidos al lecho nupcial. Meroe tiembla, palidece, mira obstinadamente hacia la puerta, extiende la mano con alarma y dice con voz estrangulada: "¡Ahí está! ¡Es él!". Era en efecto Apolonio. He aquí al mago; he aquí al maestro; la hora de los encantamientos ha pasado; la prestidigitación cae ante la verdadera ciencia. Se busca a la hermosa novia, a la blanca Meroe, y no se ve más que a una vieja, la hechicera Canidia, la devoradora de niños pequeños. Clinias queda desengañado; agradece a su maestro; está salvado.

El vulgo siempre se engaña acerca de la magia, y confunde a los adeptos con los encantadores. La verdadera magia, es decir, la ciencia tradicional de los magos, es la enemiga mortal del encantamiento; impide, o hace cesar, los falsos milagros, hostiles a la luz, que fascinan a un pequeño número de testigos prevenidos o crédulos. El desorden aparente en las leyes de la naturaleza es una mentira: no es, pues, un milagro. El verdadero milagro, el verdadero prodigio siempre resplandeciente a los ojos de todos, es la armonía siempre constante del efecto y la causa: ¡esos son los esplendores del orden eterno!

No podríamos decir si Cagliostro habría hecho milagros en presencia de Swedenborg; pero sin duda habría temido la presencia de Paracelso y de Henry Khunrath, si esos grandes hombres hubieran sido sus contemporáneos.

Lejos de nosotros, sin embargo, denunciar al señor Home como un hechicero de baja estofa, es decir, como un charlatán. El célebre médium estadounidense es dulce y natural como un niño. Es un ser pobre y demasiado sensible, sin astucia y sin defensa; es el juguete de una fuerza terrible cuya naturaleza ignora, y el primero de sus engañados es sin duda él mismo.

El estudio de los extraños fenómenos que se producen en las cercanías de este joven es de la mayor importancia. Hay que reconsiderar seriamente las negaciones demasiado fáciles del siglo XVIII, y abrir ante la ciencia y la razón horizontes más amplios que los de una crítica burguesa que niega todo lo que todavía no sabe explicarse a sí misma. Los hechos son inexorables, y la verdadera buena fe nunca debería temer examinarlos. La explicación de estos hechos, que todas las

tradiciones afirman obstinadamente y que se reproducen ante nuestros ojos con una publicidad fastidiosa, esa explicación, antigua como los hechos mismos, rigurosa como las matemáticas, pero sacada por primera vez de las sombras en que la han escondido los hierofantes de todas las épocas, sería un gran acontecimiento científico si pudiera obtener suficiente luz y publicidad. Tal vez estemos por preparar ese acontecimiento, pues no se nos permitiría la audaz esperanza de realizarlo.

He aquí, en primer lugar, los hechos, en toda su singularidad. Los hemos verificado y los hemos establecido con rigurosa exactitud, absteniéndonos en primer lugar de toda explicación y de todo comentario.

El señor Home está sujeto a trances que lo ponen, según su propio relato, en comunicación directa con el alma de su madre y, a través de ella, con el mundo entero de los espíritus. Describe, como los sonámbulos de Cahagnet, a personas que nunca ha visto y que son reconocidas por quienes las evocan; les dirá incluso sus nombres, y responderá en nombre de ellas a preguntas que solo pueden entender el alma evocada y ustedes mismos.

Cuando está en una habitación se hacen oír ruidos inexplicables. Resuenan golpes violentos en los muebles y en las paredes; a veces puertas y ventanas se abren solas, como si una tormenta las abriera de un soplo; hasta se oyen el viento y la lluvia, aunque cuando uno sale el cielo está despejado y no se siente el más leve soplo de viento. Los muebles se vuelcan y se desplazan sin que nadie los toque.

Los lápices escriben por sí solos. Su escritura es la del señor Home, y cometen las mismas faltas que él.

Los presentes se sienten tocados y asidos por manos invisibles. Estos contactos, que parecen escoger a las damas, carecen de seriedad, y a veces incluso de decoro. Creemos que se nos entenderá lo suficiente.

Salen, o parecen salir, de las mesas manos visibles y tangibles; pero en este caso las mesas tienen que estar cubiertas. El agente invisible necesita cierto aparato, igual que los más hábiles sucesores de Robert Houdin.

Estas manos se muestran sobre todo en la oscuridad; son cálidas y fosforescentes, o frías y negras. Escriben tonterías, o tocan el piano; y cuando han tocado el piano hay que mandar a buscar al afinador, pues su contacto es siempre fatal para la exactitud del instrumento.

Uno de los personajes más considerables de Inglaterra, sir Bulwer Lytton, ha visto y tocado esas manos; hemos leído su testimonio escrito y firmado. Declara incluso que las ha asido y las ha atraído hacia sí con todas sus fuerzas, para sacar de su incógnito el brazo al que naturalmente deberían estar unidas. Pero el objeto invisible ha resultado más fuerte que el novelista inglés, y las manos se le han escapado.

Un noble ruso que era protector del señor Home, y cuyo carácter y buena fe no podrían ponerse en duda de ningún modo, el conde A. B..., también ha visto y asido con vigor las misteriosas manos. "Son", dice, "formas perfectas de manos humanas, cálidas y vivas; solo que no se sienten huesos." Apretadas por una

constricción inevitable, esas manos no forcejearon para escapar, sino que se fueron achicando y en cierto modo se derritieron, de modo que el conde terminó por no sostener ya nada.

Otras personas que las han visto y tocado dicen que los dedos están hinchados y rígidos, y los comparan con guantes de caucho inflados con un aire cálido y fosforescente. A veces, en lugar de manos, son pies los que se producen, pero nunca desnudos. El espíritu, que probablemente carece de calzado, respeta (al menos en este punto) la delicadeza de las damas, y nunca muestra sus pies sino bajo un paño o un mantel.

La producción de estos pies cansa y asusta mucho al señor Home. Procura entonces acercarse a alguna persona sana y se aferra a ella como un hombre que se ahoga; la persona así asida por el médium se siente de pronto en un singular estado de agotamiento y debilidad.

Un caballero polaco que asistía a una de las sesiones del señor Home había puesto en el suelo, entre sus pies, un lápiz sobre un papel, y había pedido una señal de la presencia del espíritu. Durante unos instantes nada se movió, pero de repente el lápiz salió despedido hacia el otro extremo de la habitación. El caballero se agachó, tomó el papel y vio en él tres signos cabalísticos que nadie entendió. Solo el señor Home pareció, al verlos, muy perturbado y aun asustado; pero se negó a dar explicaciones sobre la naturaleza y el significado de esos caracteres. En consecuencia, los investigadores los guardaron y se los llevaron a aquel profesor de Alta Magia cuya proximidad tanto había temido el médium. Los hemos visto, y he aquí una descripción minuciosa de ellos.

Habían sido trazados con fuerza, y el lápiz casi había cortado el papel. Los habían lanzado sobre el papel sin orden ni alineación.

El primero era el símbolo que los iniciados egipcios solían poner en la mano de Tifón. Una tau con dobles líneas verticales abiertas en forma de compás; un ankh (o crux ansata) que tenía en lo alto un anillo circular; debajo del anillo, una doble línea horizontal; debajo de la doble línea horizontal, dos líneas oblicuas, como una V invertida.

El segundo carácter representaba una cruz de Gran Hierofante, con los tres travesaños jerárquicos. Este símbolo, que data de la más remota Antigüedad, es todavía el atributo de nuestros soberanos pontífices, y forma el extremo superior de su báculo pastoral.

Pero el signo trazado por el lápiz tenía esta particularidad: el brazo superior, la cabeza de la cruz, era doble, y formaba otra vez la terrible V tifoniana, el signo del antagonismo y de la separación, el símbolo del odio y del combate eterno.

El tercer carácter era el que los francmasones llaman la Cruz Filosófica, una cruz de cuatro brazos iguales con un punto en cada uno de sus ángulos.

Pero en lugar de cuatro puntos había solo dos, puestos en los dos ángulos de la derecha: una vez más un signo de lucha, de separación y de negación.

El profesor, a quien se nos permitirá distinguir del narrador y nombrar en tercera persona para no cansar a nuestros lectores con el aire de hablar de nosotros mismos; el profesor, pues, el maestro Éliphas Lévi, dio a las personas reunidas en el salón de

la señora de B... la explicación científica de las tres firmas, y he aquí lo que dijo:

"Estos tres signos pertenecen a la serie de los jeroglíficos sagrados y primitivos, conocidos solo por los iniciados de primer orden.

"El primero es la firma de Tifón. Expresa la blasfemia del espíritu del mal al establecer el dualismo en el principio creador.

"Pues la crux ansata de Osiris es un lingam invertido, y representa la fuerza paterna y activa de Dios (la línea vertical que se extiende desde el círculo) fecundando la naturaleza pasiva (la línea horizontal).

"Duplicar la línea vertical es afirmar que la naturaleza tiene dos padres; es poner el adulterio en el lugar de la maternidad divina; es afirmar, en lugar del principio de inteligencia, la fatalidad ciega, que tiene por resultado el conflicto eterno de las apariencias en la nada; es, pues, el más antiguo, el más auténtico y el más terrible de todos los estigmas del infierno. Significa el *dios ateo*; es la firma de Satán.

"Esta primera firma es hierática, y se refiere a los caracteres ocultos del mundo divino.

"La segunda pertenece a los jeroglíficos filosóficos; representa la extensión graduada de la idea y la extensión progresiva de la forma.

"Es una triple tau invertida; es el pensamiento humano que afirma lo absoluto en los tres mundos; y ese absoluto termina aquí en una horquilla, es decir, en el signo de la duda y del

antagonismo. De modo que, si el primer carácter quiere decir: 'No hay Dios', el significado riguroso de este es: 'La verdad jerárquica no existe'.

"La tercera, o cruz filosófica, ha sido en todas las iniciaciones el símbolo de la naturaleza y de sus cuatro formas elementales. Los cuatro puntos representan las cuatro letras indecibles e incomunicables del tetragrama oculto, esa fórmula eterna del Gran Arcano, G∴ A∴

"Los dos puntos de la derecha representan la fuerza, así como los de la izquierda simbolizan el amor, y las cuatro letras deben leerse de derecha a izquierda, empezando por el ángulo superior derecho y yendo de allí al ángulo inferior izquierdo, y así con los demás, formando la cruz de San Andrés.

"La supresión de los dos puntos de la izquierda expresa la negación de la cruz, la negación de la misericordia y del amor.

"La afirmación del reinado absoluto de la fuerza, y de su antagonismo eterno, de arriba abajo y de abajo arriba.

"La glorificación de la tiranía y de la rebelión.

"El signo jeroglífico del rito impuro que, con razón o sin ella, se les reprochó a los templarios; es el signo del desorden y de la desesperación eterna."

Tales son, pues, las primeras revelaciones de la ciencia oculta de los magos acerca de estos fenómenos de manifestaciones sobrenaturales. Permítasenos ahora comparar con estas extrañas firmas otras apariciones contemporáneas de escrituras fenoménicas, pues se trata en verdad de un expediente que la

ciencia debería estudiar antes de llevarlo al tribunal de la opinión pública. No hay que despreciar, pues, ninguna investigación ni pasar por alto ningún indicio.

En las cercanías de Caen, en Tilly-sur-Seulles, se produjo hace algunos años una serie de hechos inexplicables bajo la influencia de un médium, o extático, llamado Eugène Vintras.

Ciertas circunstancias ridículas y un proceso por estafa hicieron caer pronto a este taumaturgo en el olvido, y aun en el desprecio; además, había sido atacado con violencia en folletos cuyos autores habían sido en otro tiempo admiradores de su doctrina, pues el médium Vintras se había empeñado en dogmatizar.

Una cosa, sin embargo, es notable en las invectivas de que es objeto: sus adversarios, aun esforzándose por todos los medios en flagelarlo, reconocen la verdad de sus milagros, y se contentan con atribuirlos al diablo.

¿Cuáles son, pues, esos milagros tan auténticos de Vintras? Sobre este tema estamos mejor informados que nadie, como pronto se verá.

Se nos han comunicado declaraciones juradas firmadas por testigos honorables, personas que son artistas, médicos, sacerdotes, todos hombres intachables; hemos interrogado a testigos oculares y, mejor aún, hemos visto con nuestros propios ojos. Los hechos merecen describirse en detalle.

Hay en París un escritor llamado señor Madrolle que es, por decir lo menos, un poco excéntrico. Es un anciano de buena familia. Escribió al principio en favor del catolicismo de la manera más exaltada, recibió de la autoridad eclesiástica los

estímulos más halagadores, y aun cartas de la Santa Sede. Luego vio a Vintras y, arrastrado por el prestigio de sus milagros, se volvió un sectario resuelto y un enemigo irreconciliable de la jerarquía y del clero.

En la época en que Éliphas Lévi publicaba su *Dogme et rituel de la haute magie*, recibió un folleto del señor Madrolle que lo dejó asombrado. En él, el autor sostenía con vigor las paradojas más inauditas con el estilo desordenado de los extáticos. Para él, la vida bastaba para la expiación de los mayores crímenes, puesto que era la consecuencia de una sentencia de muerte. Los hombres más malvados, al ser los más desdichados de todos, le parecían ofrecer a Dios la más sublime de las expiaciones. Se desbordaba en su ataque contra toda represión y toda condenación. "Una religión que condena", exclamaba, "¡es una religión condenada!" Además predicaba la licencia más absoluta con el pretexto de la caridad, y llegaba a olvidarse de sí hasta decir que *el acto de amor más imperfecto y más aparentemente culpable valía más que la mejor de las oraciones*.[25] ¡Era el marqués de Sade convertido en predicador![26] Además negaba la existencia del diablo con un entusiasmo a menudo lleno de elocuencia. "¿Pueden concebir", decía, "un diablo tolerado y autorizado por Dios? ¿Pueden concebir, además, un Dios que hizo al diablo, y que le permitió asolar a criaturas ya tan débiles y tan prontas a engañarse? ¡Un dios del diablo, en suma, secundado, protegido y apenas superado en sus venganzas por un diablo de dios!"

El resto del folleto tenía el mismo vigor. El profesor de Magia quedó casi asustado, y averiguó la dirección del señor Madrolle.

No sin cierta dificultad obtuvo una entrevista con este singular panfletista, y he aquí, más o menos, su conversación:

ÉLIPHAS LÉVI. "Señor, he recibido un folleto suyo. He venido a agradecerle su obsequio y, al mismo tiempo, a manifestarle mi asombro y mi decepción."

SEÑOR MADROLLE. "¡Su decepción, señor! Le ruego que se explique, no lo entiendo."

"Es para mí un vivo pesar, señor, verlo cometer errores que yo mismo cometí en otro tiempo. Pero yo tenía entonces, al menos, la excusa de la inexperiencia y la juventud. Su folleto carece de convicción porque carece de discernimiento. Su intención era sin duda protestar contra los errores en la creencia y los abusos en la moral: ¡y he aquí que ataca usted la creencia y la moral mismas! La exaltación que desborda en su folleto bien puede causarle el mayor daño, y algunos de sus mejores amigos deben de haber sentido inquietud por el estado de su salud..."

"¡Oh, sin duda; han dicho, y dicen todavía, que estoy loco! Pero no es nada nuevo que los creyentes tengan que soportar la locura de la cruz. Estoy exaltado, señor, porque usted mismo lo estaría en mi lugar, porque es imposible permanecer tranquilo en presencia de prodigios..."

"¡Oh, oh, habla usted de prodigios, eso me interesa! Vamos, entre nosotros y con toda buena fe, ¿de qué prodigios habla?"

"¡Eh! ¿Qué prodigios habían de ser sino los del gran profeta Elías, vuelto a la tierra con el nombre de Pierre Michel?"

"Entiendo; se refiere a Eugène Vintras. He oído hablar de sus profecías. Pero ¿hace realmente milagros?"

[*Aquí el señor Madrolle salta en su silla, alza los ojos y las manos al cielo, luego sonríe con una condescendencia que parece sondear las profundidades de la compasión.*]

"¿Que si hace milagros, señor? ¡Pero los más grandes! ¡Los más asombrosos! ¡Los más incontestables! ¡Los milagros más verdaderos que se hayan hecho en la tierra desde los tiempos de Jesucristo!... ¡Cómo! Aparecen miles de hostias en altares donde no había ninguna; aparece vino en cálices vacíos, y no es una ilusión, es vino, un vino delicioso..., se oye música celestial, perfumes del otro mundo llenan la habitación, y luego sangre..., sangre humana verdadera (¡los médicos la han examinado!), sangre verdadera, le digo, que suda y a veces mana de las hostias, ¡imprimiendo caracteres misteriosos en los altares! Le hablo de lo que he visto, de lo que he oído, de lo que he tocado, de lo que he gustado! ¡Y quiere usted que permanezca frío por orden de una autoridad eclesiástica a la que le resulta más cómodo negarlo todo que examinar la menor cosa!..."

"Con su permiso, señor; es en materia religiosa, sobre todo, donde la autoridad nunca puede equivocarse... En religión, el bien es la jerarquía, y el mal es la anarquía; ¿a qué quedaría reducida, en efecto, la influencia del sacerdocio si usted sentara el principio de que hay que creer antes el testimonio de los propios sentidos que la decisión de la Iglesia? ¿No es la Iglesia más visible que todos sus milagros? Los que ven milagros y no ven a la Iglesia son mucho más dignos de lástima que los ciegos, pues ni siquiera les queda el recurso de dejarse guiar..."

"Señor, sé todo eso tan bien como usted. Pero Dios no puede estar dividido contra Sí mismo. No puede permitir que la buena fe sea engañada, y la Iglesia misma difícilmente podría decidir que soy ciego cuando tengo ojos... Mire, vea lo que dice Juan Hus en su carta, la cuadragésima tercera carta, hacia el final:

"'Un doctor en teología me dijo: "En todo debería someterme al Concilio; todo sería entonces bueno y lícito para mí". Y añadió: "Si el Concilio dijera que usted no tiene más que un ojo, aunque tenga dos, aun así sería necesario admitir que el Concilio no se equivoca". "Aunque el mundo entero", respondí, "afirmara tal cosa, mientras yo tuviera el uso de mi razón no podría estar de acuerdo sin herir mi conciencia."'

"Le diré, como Juan Hus: 'Antes de que hubiera una Iglesia y sus concilios, había verdad y razón'."

"Perdóneme si lo interrumpo, mi querido señor; usted fue católico en otro tiempo, ya no lo es; las conciencias son libres. Solo le haré notar que la institución de la infalibilidad jerárquica en materia de dogma es razonable en un sentido muy distinto, y mucho más incontestablemente verdadera que todos los milagros del mundo. Además, ¡qué sacrificios no debería uno hacer para preservar la paz! Créame, Juan Hus habría sido un hombre más grande si hubiera sacrificado uno de sus ojos a la concordia universal, en lugar de inundar Europa de sangre. ¡Oh, señor! Que la Iglesia decida cuando quiera que no tengo más que un ojo; solo le pido un favor, que me diga de qué ojo soy ciego, para que pueda cerrarlo y mirar con el otro con una ortodoxia irreprochable."

"Admito que no soy ortodoxo a la manera de usted."

"Lo advierto claramente. ¡Pero vayamos a los milagros! Usted los ha visto, pues, tocado, sentido, gustado; pero vamos, dejando de lado la exaltación, le ruego que me dé un relato bien detallado y circunstanciado del asunto y, sobre todo, una prueba evidente del milagro. ¿Soy indiscreto al pedirle eso?"

"En absoluto; pero ¿cuál elegiré? ¡Hay tantos!"

"Déjeme pensar", añadió el señor Madrolle tras un momento de reflexión y con un leve temblor en la voz; "el profeta está en Londres, y nosotros estamos aquí. ¡Pues bien! Si usted solo hiciera un pedido mental al profeta para que le enviara de inmediato la comunión, y si en un lugar designado por usted, en su propia casa, en un paño o en un libro, encontrara una hostia a su regreso, ¿qué diría?"

"Declararía el hecho inexplicable según las reglas críticas ordinarias."

"¡Pues bien, señor!", exclamó triunfalmente el señor Madrolle, "eso es algo que me sucede a menudo; siempre que lo deseo, es decir, siempre que estoy preparado y espero humildemente ser digno de ello. Sí, señor, encuentro la hostia cuando la pido; la encuentro real y palpable, pero a menudo adornada con corazoncitos, corazoncitos milagrosos, que uno pensaría que han sido pintados por Rafael."

Éliphas Lévi, que se sentía incómodo al discutir hechos en los que se mezclaba una especie de profanación de las cosas más santas, se despidió entonces del antiguo escritor católico, y salió meditando sobre la extraña influencia de ese Vintras, que había

trastornado así aquella vieja creencia y le había hecho perder la cabeza al viejo erudito.

Algunos días después, el cabalista Éliphas fue despertado muy temprano por la mañana por un visitante desconocido. Era un hombre de cabello blanco, vestido enteramente de negro; su fisonomía la de un sacerdote sumamente devoto; todo su aire, en suma, era enteramente digno de respeto. Este eclesiástico venía provisto de una carta de recomendación concebida en estos términos:

«QUERIDO MAESTRO:

»Le presento a un viejo sabio que quiere parlotear con usted de hechicería hebrea. Recíbalo como yo mismo, quiero decir, como yo mismo lo recibí: librándose de él de la mejor manera que pueda.

»Enteramente suyo, en la sacrosanta Qabalah,

»AD. DESBARROLLES».

«Reverendo señor», dijo Eliphas sonriendo, después de haber leído la carta, «estoy enteramente a su servicio y nada puedo negarle al amigo que me escribe. ¿Ha visto usted, pues, a mi excelente discípulo Desbarrolles?».

«Sí, señor, y he encontrado en él a un hombre muy amable y muy sabio. Creo a usted y a él dignos de la verdad que ha sido revelada últimamente por milagros asombrosos y por las revelaciones positivas del Arcángel San Miguel».

«Señor, nos honra usted. ¿Lo ha asombrado, pues, el buen Desbarrolles con su ciencia?».

«¡Oh, ciertamente! Posee en un grado muy notable los secretos de la quiromancia; con solo examinar mi mano, me contó casi toda la historia de mi vida».

«Es muy capaz de ello. Pero ¿entró en los más pequeños detalles?».

«Lo suficiente, señor, para convencerme de su extraordinario poder».

«¿Le dijo que usted fue en otro tiempo vicario de Mont-Louis, en la diócesis de Tours? ¿Que es usted el discípulo más celoso del extático Eugène Vintras? ¿Y que su nombre es Charvoz?».

Fue un verdadero rayo; a cada una de estas tres frases el viejo sacerdote saltaba en su silla. Cuando oyó su nombre, palideció y se levantó como si se hubiera soltado un resorte.

«¿Es usted, pues, realmente un mago?», exclamó. «Charvoz es ciertamente mi nombre, pero no es el que uso; me hago llamar La Paraz».

«Lo sé; La Paraz es el nombre de su madre. Usted ha dejado una posición bastante envidiable, la de vicario rural, y su encantadora casa parroquial, para compartir la existencia agitada de un sectario».

«¡Diga de un gran profeta!».

«Señor, creo perfectamente en su buena fe. Pero me permitirá examinar un poco la misión y el carácter de su profeta».

«Sí, señor; examen, plena luz, el microscopio de la ciencia, eso es todo lo que pedimos. ¡Venga a Londres, señor, y verá! Allí los

milagros están establecidos de modo permanente».

«¿Tendría usted la bondad, señor, de darme ante todo algunos detalles exactos y concienzudos sobre los milagros?».

«¡Oh, todos los que quiera!».

Y de inmediato el viejo sacerdote se puso a contar cosas que todo el mundo habría encontrado imposibles, pero que no hicieron pestañear siquiera al Profesor de Magia Trascendental. He aquí uno de sus relatos:

Un día Vintras, en un acceso de entusiasmo, predicaba ante su altar heterodoxo; había veinticinco personas presentes. Sobre el altar había un cáliz vacío, un cáliz muy conocido del abate Charvoz: él mismo lo había traído de su iglesia de Mont-Louis, y estaba perfectamente seguro de que el vaso sagrado no tenía ni conductos secretos ni doble fondo.

«"Para probarles", dijo Vintras, "que es Dios mismo quien me inspira, Él me hace saber que este cáliz se llenará por sí solo con gotas de Su sangre, bajo la apariencia de vino, y todos ustedes podrán gustar el fruto de las viñas del porvenir, el vino que beberemos con el Salvador en el Reino de Su Padre...".

»Sobrecogido de asombro y de temor», continuó el abate Charvoz, «subo al altar, tomo el cáliz, miro el fondo: estaba enteramente vacío. Lo di vuelta a la vista de todos, luego volví a arrodillarme al pie del altar, sosteniendo el cáliz entre mis dos manos... De pronto se oyó un ligero ruido; se oyó claramente el ruido de una gota de agua que caía del techo dentro del cáliz, y una gota de vino apareció en el fondo del vaso.

»Todos los ojos estaban fijos en mí. Luego miraron el techo, pues nuestra sencilla capilla funcionaba en una habitación pobre; en el techo no había ni agujero ni grieta; no se veía caer nada, y sin embargo el ruido de la caída de las gotas se multiplicaba, se volvía más rápido y más frecuente... y el vino subía desde el fondo del cáliz hacia el borde.

»Cuando el cáliz estuvo lleno, lo llevé lentamente alrededor para que todos pudieran verlo; luego el profeta mojó en él sus labios, y todos, uno tras otro, gustaron el vino milagroso. Es en vano buscar en la memoria algún sabor delicioso que pudiera dar una idea de él... ¿Y qué le diré», añadió el abate Charvoz, «de esos milagros de sangre que nos asombran cada día? Miles de hostias heridas y sangrantes aparecen sobre nuestros altares. Los sagrados Estigmas se muestran a todos los que quieren verlos. Las hostias, al principio blancas, se van marcando lentamente con caracteres y corazones de sangre... ¿Habrá que creer que Dios abandona los objetos más santos a los falsos milagros del demonio? ¿No habrá que adorar más bien, y creer que ha llegado la hora de la revelación suprema y final?».

El abate Charvoz, mientras hablaba así, tenía en la voz esa especie de temblor nervioso que Eliphas Lévi ya había notado en el caso del señor Madrolle. El mago sacudió la cabeza, pensativo; luego, de pronto:

«Señor», dijo al abate, «usted lleva consigo una o dos de esas hostias milagrosas. Tenga la bondad de mostrármelas».

«Señor...».

«Usted las lleva, lo sé; ¿por qué habría de negarlo?».

«No lo niego», dijo el abate Charvoz, «pero me permitirá no exponer a las indagaciones de la incredulidad objetos de la creencia más sincera y más devota».

«Reverendo señor», dijo Eliphas gravemente, «la incredulidad es la desconfianza de una ignorancia casi segura de engañarse. La ciencia no es incrédula. Creo, para empezar, en su propia convicción, puesto que ha aceptado una vida de privaciones y aun de oprobio para aferrarse a esta desdichada creencia. Muéstreme, pues, sus hostias milagrosas, y crea por entero en mi respeto por los objetos de un culto sincero».

«¡Pues bien!», dijo el abate Charvoz tras otra ligera vacilación, «se las mostraré».

Entonces desabrochó la parte superior de su chaleco negro y sacó un pequeño relicario de plata, ante el cual cayó de rodillas, con lágrimas en los ojos y plegarias en los labios; Eliphas se arrodilló a su lado, y el abate abrió el relicario.

Había en el relicario tres hostias: una entera, las otras dos casi como una pasta, y como amasadas con sangre. La hostia entera llevaba en su centro un corazón en relieve por ambas caras; un coágulo de sangre moldeado en forma de corazón, que parecía haberse formado en la hostia misma de un modo inexplicable. La sangre no podía haber sido aplicada desde fuera, pues la materia colorante embebida había dejado completamente blancas las partículas adheridas a la superficie exterior. El aspecto del fenómeno era el mismo por ambas caras. El Maestro de Magia fue presa de un temblor involuntario.

Esta emoción no escapó al viejo vicario, quien, habiendo hecho una vez más su adoración y cerrado su relicario, sacó del bolsillo un álbum y se lo dio sin decir palabra a Eliphas... Había allí copias de todos los caracteres sangrantes que se habían observado sobre las hostias desde el comienzo de los éxtasis y milagros de Vintras. Había corazones de todas clases y muchas suertes distintas de emblemas. Pero tres, sobre todo, excitaron en el más alto grado la curiosidad de Eliphas.

«Reverendo señor», dijo a Charvoz, «¿conoce usted estos tres signos?».

«No», respondió ingenuamente el abate, «pero el profeta nos asegura que son de la mayor importancia y que su significado oculto será dado a conocer pronto, es decir, al fin de la Era».

«Pues bien, señor», respondió solemnemente el Profesor de Magia, «aun antes del fin de la Era se los explicaré: ¡estos tres signos cabalísticos son la firma del diablo!».

«¡Es imposible!», exclamó el viejo sacerdote.

«Así es», replicó Eliphas con determinación.

Ahora bien, los signos eran estos:

1.º La estrella del microcosmos, o el pentagrama mágico. Es la estrella de cinco puntas de la masonería oculta, la estrella con la que Agrippa dibujó la figura humana, la cabeza en la punta superior y los cuatro miembros en las otras cuatro. La estrella flamígera que, cuando se la invierte[27], es el signo jeroglífico del macho cabrío de la Magia Negra, cuya cabeza puede entonces dibujarse en la estrella, los dos cuernos arriba, las orejas a

derecha e izquierda, la barba abajo. Es el signo del antagonismo y de la fatalidad. Es el macho cabrío de la lujuria que embiste los cielos con sus cuernos. ¡Es un signo execrado por los iniciados de rango superior, aun en el Sabbath!

2.º Las dos serpientes herméticas. Pero las cabezas y las colas, en lugar de unirse en dos semicírculos semejantes, estaban vueltas hacia afuera, y no había ninguna línea intermedia que representara el caduceo. Por encima de la cabeza de las serpientes se veía la V fatal, la horquilla tifoniana, el carácter del infierno. A derecha e izquierda, los números sagrados III y VII estaban relegados a la línea horizontal que representa las cosas pasivas y secundarias. El significado del carácter era entonces este: El antagonismo es eterno. Dios es la lucha de las fuerzas fatales, que siempre crean por medio de la destrucción. Las cosas de la religión son pasivas y transitorias. La audacia se sirve de ellas, la guerra se aprovecha de ellas, y es por ellas que se perpetúa la discordia.

3.º Por último, el monograma cabalístico de Jehovah, el IOD y el HE, pero invertido. Esto es, según los doctores de la ciencia oculta, la más espantosa de todas las blasfemias, y significa, de cualquier modo que se lo lea: «Solo existe la fatalidad: Dios y el Espíritu no son. La materia lo es todo, y el espíritu no es más que una ficción de esa materia enloquecida. La forma es más que la idea, la mujer más que el hombre, el placer más que el pensamiento, el vicio más que la virtud, la turba más que sus jefes, los hijos más que sus padres, ¡la locura más que la razón!».

¡He aquí lo que estaba escrito con caracteres de sangre sobre las pretendidas hostias milagrosas de Vintras! Afirmamos por

nuestro honor que los hechos citados más arriba son tal como los hemos expuesto, y que nosotros mismos vimos y explicamos los caracteres según la ciencia mágica y las verdaderas claves de la Qabalah.

El discípulo de Vintras nos comunicó también la descripción y el dibujo de las vestiduras pontificales dadas, según dijo, por Jesucristo mismo al pretendido profeta durante uno de sus trances extáticos. Vintras se hizo hacer esas vestiduras y se reviste con ellas para realizar sus milagros. Son de color rojo. Lleva sobre la frente una cruz en forma de lingam, y su báculo pastoral está rematado por una mano que tiene todos los dedos cerrados, salvo el pulgar y el meñique. Ahora bien, todo eso es diabólico en el más alto grado. ¿Y no es una cosa realmente maravillosa esta intuición de los signos de una ciencia perdida? Pues es la magia trascendental la que, fundando el universo sobre las dos columnas de Hermes y de Salomón, ha dividido el mundo metafísico en dos zonas intelectuales, una blanca y luminosa, que encierra las ideas positivas, la otra negra y oscura, que contiene las ideas negativas, y la que ha dado a la síntesis de la primera el nombre de Dios, y a la de la otra el nombre del diablo o de Satán.

El signo del lingam llevado sobre la frente es en la India la marca distintiva de los adoradores de Shiva el destructor; pues siendo ese el signo del gran arcano mágico, que se refiere al misterio de la generación universal, llevarlo en la frente es hacer profesión de impudicia dogmática. «Ahora bien», dicen los orientales, «el día en que ya no haya pudor en el mundo, el mundo, entregado al

desenfreno, que es estéril, terminará de inmediato por falta de madres. El pudor es la aceptación de la maternidad».

La mano con los tres dedos grandes cerrados expresa la negación del ternario y la afirmación de las solas fuerzas naturales. Los antiguos hierofantes, como va a explicarlo nuestro sabio e ingenioso amigo Desbarrolles en un libro admirable que está actualmente en prensa, habían dado en la mano humana un resumen completo de la ciencia mágica. El índice representaba para ellos a Júpiter; el dedo medio, a Saturno; el anular, a Apolo o el Sol. Entre los egipcios, el dedo medio era Ops, el índice Osiris y el meñique Horus; el pulgar representaba la fuerza generadora, y el meñique, la astucia. Una mano que muestra solo el pulgar y el meñique equivale, en la lengua jeroglífica sagrada, a la afirmación exclusiva de la pasión y de la diplomacia. Es la traducción pervertida y material de aquella gran palabra de San Agustín: «¡Ama, y haz lo que quieras!».

Comparen ahora este signo con la doctrina del señor Madrolle: *El acto de amor más imperfecto y en apariencia más culpable vale más que la mejor de las plegarias*. Y se preguntarán qué es esa fuerza que, independientemente de la voluntad y del mayor o menor saber del hombre (pues Vintras es un hombre sin instrucción), formula sus dogmas con signos enterrados entre los escombros del mundo antiguo, redescubre los misterios de Tebas y de Eleusis, y nos escribe los ensueños más sabios de la India con los alfabetos ocultos de Hermes.

¿Qué es esa fuerza? Se lo diré. Pero todavía me quedan muchos otros milagros por contar, y este artículo es como una instrucción judicial. Debemos, antes que nada, completarla.

Sin embargo, se nos permitirá, antes de pasar a otros relatos, transcribir aquí una página de un iluminado alemán, obra de Ludwig Tieck:

«Si, por ejemplo, como nos enseña una antigua tradición, algunos de los ángeles que Dios había creado cayeron demasiado pronto, y si estos, como también se dice, eran precisamente los más brillantes de los ángeles, bien puede entenderse por esa "caída" que buscaron un camino nuevo, una nueva forma de actividad, otras ocupaciones y otra vida que las de aquellos espíritus ortodoxos o más pasivos que permanecieron en el ámbito que se les había asignado y no hicieron uso de la libertad, patrimonio de todos ellos. Su "caída" fue ese peso de la forma que hoy llamamos realidad, y que es una protesta de la existencia individual contra su reabsorción en los abismos del espíritu universal. Es así como la muerte conserva y reproduce la vida, es así como la vida está desposada con la muerte... ¿Comprenden ahora qué es Lucifer? ¿No es *el genio mismo del antiguo Prometeo*, esa fuerza que pone en marcha el mundo, la vida, el movimiento mismo, y que regula el curso de las formas sucesivas? Esta fuerza, con su resistencia, equilibró el principio creador. Es así como los Elohim dieron nacimiento a la tierra. Cuando, más tarde, los hombres fueron puestos sobre la tierra por el Señor como espíritus intermedios, en su entusiasmo, que los llevaba a escrutar la Naturaleza en sus profundidades, se entregaron a la influencia de aquel genio orgulloso y poderoso, y cuando fueron arrebatados suavemente por encima del precipicio de la muerte para encontrar la vida, fue entonces cuando empezaron a existir de un modo real y natural, como conviene a todas las criaturas».

Esta página no necesita comentario y explica suficientemente las tendencias de lo que se llama espiritualismo, o *espiritismo*. Hace ya mucho tiempo que esta doctrina, o más bien esta antidoctrina, empezó a obrar sobre el mundo para hundirlo en la anarquía universal. Pero la ley del equilibrio nos salvará, y ya ha comenzado el gran movimiento de reacción.

Continuamos el relato de los fenómenos.

Un día un obrero visitó a Eliphas Lévi. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, de aspecto franco y que hablaba de manera muy razonable. Interrogado sobre el motivo de su visita, respondió:

«Usted debería saberlo bien; vengo a suplicarle y a rogarle que me devuelva lo que he perdido».

Debemos decir, para ser francos, que Eliphas no sabía nada de este visitante ni de lo que pudiera haber perdido. Respondió, pues:

«Usted me cree mucho más brujo de lo que soy; no sé quién es usted ni qué busca; por consiguiente, si cree que puedo serle útil de algún modo, tiene que explicarse y formular su pedido con más precisión».

«Pues bien, ya que está decidido a no entenderme, por lo menos reconocerá esto», dijo el desconocido, sacando del bolsillo un librito negro muy usado.

Era el *grimorio* del papa Honorio.

Una palabra sobre este librito tan desacreditado. El *grimorio* de Honorio se compone de una constitución apócrifa de Honorio II

para la evocación y el dominio de los espíritus; luego, de algunas recetas supersticiosas... Era el manual de los malos sacerdotes que practicaban la Magia Negra durante los períodos más oscuros de la Edad Media. Encontrarán allí ritos sangrientos mezclados con profanaciones de la misa y de las especies consagradas, fórmulas de hechizo y de maleficio, y prácticas que solo la estupidez podía creer o la bellaquería aconsejar. En suma, es un libro completo en su género; por eso se ha vuelto muy raro, y los bibliófilos lo hacen subir a precios muy altos en las subastas públicas.

«Mi querido señor», dijo el obrero suspirando, «desde que tenía diez años no he dejado una sola vez de rezar la oración. Este libro no me abandona nunca, y cumplo rigurosamente todas las ceremonias prescritas. ¿Por qué, entonces, me han abandonado los que solían visitarme? Eli, Eli, lama...».

«Basta», dijo Eliphas, «¡no parodie las palabras más formidables que la agonía haya pronunciado jamás en este mundo! ¿Quiénes son los seres que lo visitaban en virtud de este horrible libro? ¿Los conoce? ¿Les ha prometido algo? ¿Ha firmado un pacto?».

«No», interrumpió el dueño del *grimorio*, «no los conozco y no he hecho ningún trato con ellos. Solo sé que entre ellos los jefes son buenos, el rango intermedio en parte bueno y en parte malo, y los inferiores malos, pero ciegamente y sin que les sea posible obrar mejor. Aquel a quien yo evocaba, y que se me ha aparecido a menudo, pertenece a la jerarquía más elevada, pues era de buen parecer, estaba bien vestido y siempre me daba respuestas favorables. Pero he perdido una página de mi *grimorio*, la

primera, la más importante, la que llevaba el autógrafo del espíritu; y desde entonces ya no se aparece cuando lo llamo.

»Soy un hombre perdido. Estoy desnudo como Job, ya no tengo ni fuerza ni valor. Oh Maestro, se lo suplico, usted que no necesita más que decir una palabra, hacer un signo, para que los espíritus obedezcan, ¡tenga piedad de mí y devuélvame lo que he perdido!».

«Deme su *grimorio*», dijo Eliphas. «¿Qué nombre le daba usted al espíritu que se le aparecía?».

«Lo llamaba Adonai».

«¿Y en qué lengua estaba su firma?».

«No sé, pero supongo que era en hebreo».

«Aquí tiene», dijo el Profesor de Magia Trascendental después de haber trazado dos palabras en lengua hebrea al principio y al final del libro. «He aquí dos palabras que los espíritus de las tinieblas no falsificarán jamás. Váyase en paz, duerma bien y no evoque más espíritus».

El obrero se retiró.

Una semana después volvió a buscar al Hombre de Ciencia.

«Usted me ha devuelto la esperanza y la vida», dijo; «mis fuerzas han vuelto en parte, puedo aliviar a los que sufren y expulsar demonios con las firmas que usted me dio, pero a él no puedo volver a verlo, y hasta que no lo haya visto estaré triste hasta el día de mi muerte. Antes estaba siempre cerca de mí, a veces me

tocaba, y solía despertarme de noche para decirme todo lo que yo necesitaba saber. Maestro, se lo ruego, ¡déjeme volver a verlo!».

«¿Ver a quién?».

«A Adonai».

«¿Sabe usted quién es Adonai?».

«No, pero quiero volver a verlo».

«Adonai es invisible».

«Yo lo he visto».

«No tiene forma».

«Yo lo he tocado».

«Es infinito».

«Es casi de mi misma estatura».

«Los profetas dicen de él que la orla de su vestidura, de Oriente a Occidente, barre las estrellas de la mañana».

«Tenía una levita muy limpia y una ropa blanca muy blanca».

«La Sagrada Escritura dice que no se lo puede ver y seguir viviendo».

«Tenía una cara bondadosa y jovial».

«Pero ¿cómo procedía usted para obtener esas apariciones?».

«Pues hacía todo lo que manda el *grimorio*».

«¡Cómo! ¿Incluso el sacrificio sangriento?».

«Sin duda».

«¡Desdichado! Pero ¿quién era, entonces, la víctima?».

Ante esta pregunta, el obrero tuvo un ligero temblor; palideció y su mirada se turbó.

«Maestro, usted sabe mejor que yo lo que es», dijo humildemente en voz baja. «¡Oh, me costó mucho hacerlo, sobre todo la primera vez, degollar de un solo golpe del cuchillo mágico a aquella criatura inocente! Una noche acababa de cumplir los ritos fúnebres, estaba sentado en el círculo sobre el umbral interior de mi puerta, y la víctima acababa de consumirse en una gran hoguera de madera de aliso y de ciprés. De repente, muy cerca de mí... soñé, o más bien sentí que pasaba... oí en mi oído un gemido desgarrador... se habría dicho que lloraba; y desde ese momento creo que lo estoy oyendo siempre».

Eliphas se había puesto de pie; miraba fijamente a su interlocutor. ¿Tenía delante de sí a un loco peligroso, capaz de renovar las atrocidades del señor de Retz? Y sin embargo el rostro del hombre era dulce y honrado. No, no era posible.

«Pero entonces esa víctima... dígame claramente qué era. Usted supone que ya lo sé. Quizás lo sepa, pero tengo razones para desear que usted me lo diga».

«Era, según el ritual mágico, un cabrito de un año, virgen y sin defecto».

«¿Un cabrito de verdad?».

«Sin duda. Entienda que no era ni un juguete de niño ni un animal embalsamado».

Eliphas respiró.

«Bien», pensó; «este hombre no es un brujo digno de la hoguera. No sabe que los abominables autores del *grimorio*, cuando hablaban del "cabrito virgen", se referían a un niño pequeño».

«Bueno», le dijo a su consultante, «deme algunos detalles sobre sus visiones. Lo que me cuenta me interesa en el más alto grado».

El brujo (pues hay que llamarlo así), el brujo le contó entonces una serie de hechos extraños, de los que habían sido testigos dos familias, y esos hechos eran precisamente idénticos a los fenómenos del señor Home: manos que salían de las paredes, movimientos de muebles, apariciones fosforescentes. Un día el temerario aprendiz de mago se había atrevido a llamar a Astaroth, y había visto aparecer un monstruo gigantesco que tenía el cuerpo de un cerdo y la cabeza tomada del esqueleto de un buey colosal. Pero contaba todo eso con un acento de verdad, una certeza de haberlo visto, que excluía toda clase de duda sobre la buena fe y la entera convicción del narrador.

Eliphas, que es un gourmet en materia de magia, estaba encantado con este hallazgo. ¡En el siglo XIX, un verdadero brujo de la Edad Media, un brujo notablemente inocente y convencido, un brujo que había visto a Satán bajo el nombre de Adonai, a Satán vestido como un ciudadano respetable, y a Astaroth en su verdadera forma diabólica! ¡Qué hallazgo supremo para un museo! ¡Qué tesoro para un arqueólogo!

«Amigo mío», le dijo a su nuevo discípulo, «voy a ayudarlo a encontrar lo que dice haber perdido. Tome mi libro, observe las

prescripciones del ritual y vuelva a verme dentro de una semana».

Una semana después volvió, pero esta vez el obrero declaró que había inventado una máquina salvavidas de la mayor importancia para la marina. La máquina está perfectamente armada; solo le falta una cosa: no funciona; hay un defecto oculto en el mecanismo. ¿Cuál era ese defecto? Solo el espíritu maligno podía decírselo. ¡Es, pues, absolutamente necesario evocarlo!...

«¡Cuídese bien de hacerlo!», dijo Eliphas. «Haría usted mucho mejor en decir durante nueve días esta evocación cabalística».

Le dio una hoja cubierta de escritura a mano.

«Empiece esta noche y vuelva mañana a contarme lo que haya visto, porque esta noche tendrá una manifestación».

Al día siguiente nuestro buen hombre no faltó a la cita.

«Me desperté de golpe», dijo, «hacia la una de la mañana. Frente a mi cama vi una luz brillante, y en esa luz una mano oscura que pasaba y volvía a pasar delante de mí, como para magnetizarme. Entonces me volví a dormir, y unos instantes después, al despertarme de nuevo, vi otra vez la misma luz, pero había cambiado de lugar. Había pasado de izquierda a derecha, y sobre un fondo luminoso distinguí la silueta de un hombre que me miraba con los brazos cruzados».

«¿Cómo era ese hombre?».

«Más o menos de su estatura y de su corpulencia».

«Está bien. Váyase y siga haciendo lo que le dije».

Pasaron los nueve días; al cabo de ese tiempo, nueva visita; pero esta vez estaba absolutamente radiante y excitado. En cuanto vio a Eliphas:

«¡Gracias, Maestro!», exclamó. «¡La máquina funciona! Personas a quienes yo no conocía han venido a poner a mi disposición los fondos necesarios para llevar adelante mi empresa; he vuelto a encontrar la paz en el sueño; ¡y todo eso gracias a su poder!».

«Diga más bien gracias a su fe y a su docilidad. Y ahora, adiós: tengo que trabajar... Bueno, ¿por qué pone esa cara de suplicante y qué más quiere de mí?».

«¡Oh, si usted quisiera...!».

«Bueno, ¿qué pasa ahora? ¿No ha obtenido todo lo que pedía, y aun más de lo que pedía, ya que no me había mencionado el dinero?».

«Sí, sin duda», dijo el otro suspirando, «¡pero yo quiero volver a verlo!».

«¡Incorregible!», dijo Eliphas.

Algunos días después, el Profesor de Magia Trascendental fue despertado, hacia las dos de la mañana, por un dolor agudo en la cabeza. Durante algunos momentos temió una congestión cerebral. Se levantó, pues, volvió a encender la lámpara, abrió la ventana, caminó de un lado a otro de su estudio y luego, calmado por el aire fresco de la mañana, se acostó de nuevo y durmió profundamente. Tuvo una pesadilla: vio, terriblemente real, al gigante con cabeza de buey descarnada del que le había hablado el obrero. El monstruo lo perseguía y luchaba con él. Cuando

despertó ya era de día, y alguien llamaba a su puerta. Eliphas se levantó, se echó encima una bata y abrió: era el obrero.

«Maestro», dijo, entrando apresuradamente y con aire alarmado, «¿cómo está usted?».

«Muy bien», respondió Eliphas.

«Pero anoche, a las dos de la mañana, ¿no corrió usted un gran peligro?».

Eliphas no captó la alusión; ya no recordaba siquiera la indisposición de la noche.

«¿Un peligro?», dijo. «No; ninguno que yo sepa».

«¿No lo asaltó un fantasma monstruoso que trató de estrangularlo? ¿No le hizo daño?».

Eliphas recordó.

«Sí», dijo, «es cierto, tuve el comienzo de una especie de ataque apoplético y un sueño horrible. Pero ¿cómo sabe usted eso?».

«A esa misma hora, una mano invisible me golpeó rudamente el hombro y me despertó de golpe. Soñé entonces que lo veía a usted luchando con Astaroth. Salté de la cama, y una voz me dijo al oído: "Levántate y ve en ayuda de tu Maestro; está en peligro". Me levanté a toda prisa. Pero ¿adónde debía correr? ¿Qué peligro lo amenazaba? ¿Era en su propia casa o en otra parte? La voz no dijo nada de eso. Decidí esperar a que saliera el sol; y apenas amaneció, corrí, y aquí estoy».

«Gracias, amigo», dijo el mago, tendiéndole la mano; «Astaroth es un bromista estúpido; todo lo que pasó anoche fue un poco de

sangre a la cabeza. Ahora estoy perfectamente bien. Quédese tranquilo, pues, y vuelva a su trabajo».

Por extraños que sean los hechos que acabamos de relatar, nos queda por develar un drama trágico mucho más extraordinario todavía. Se refiere al hecho de sangre que a comienzos de este año sumió a París y a toda la cristiandad en el duelo y el estupor; un hecho en el que nadie sospechó que la Magia Negra tuviera parte alguna.

He aquí lo que sucedió:

Durante el invierno, a comienzos del año pasado, un librero informó al autor del *Dogme et rituel de la haute magie* que un eclesiástico buscaba su dirección y manifestaba el mayor deseo de verlo. Eliphas Lévi no se sintió de inmediato tan predispuesto a la confianza hacia el desconocido como para exponerse sin precaución a sus visitas; indicó la casa de un amigo, donde había de encontrarse en compañía de su fiel discípulo Desbarrolles. A la hora y en la fecha convenidas fueron, en efecto, a la casa de Mme. A***, y encontraron que el eclesiástico los esperaba desde hacía algunos momentos.

Era un hombre joven y delgado; tenía la nariz arqueada y puntiaguda, con ojos de un azul apagado. Su frente huesuda y saliente era más ancha que alta, su cabeza era dolicocéfala, su cabello lacio y corto, partido a un costado, de un rubio grisáceo con un dejo de castaño, de un matiz bastante curioso y desagradable. Su boca era sensual y pendenciera; sus modales eran afables, su voz suave y su habla a veces un poco embarazada.

Interrogado por Eliphas Lévi acerca del objeto de su visita, respondió que andaba en busca del *grimorio* de Honorio, y que había venido a aprender del Profesor de Ciencia Oculta cómo conseguir aquel librito negro, hoy casi imposible de encontrar.

«Daría con gusto cien francos por un ejemplar de ese *grimorio*», dijo.

«La obra en sí misma no tiene valor», dijo Eliphas. «Es una pretendida constitución de Honorio II, que quizás encuentre citada por algún erudito coleccionista de constituciones apócrifas; puede encontrarla en la biblioteca».

«Lo haré, pues paso casi todo mi tiempo en París en las bibliotecas públicas».

«¿No ejerce usted el ministerio en París?».

«No, ahora no; estuve empleado durante un tiempo en la parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois».

«Y ahora pasa su tiempo, según entiendo, en curiosas investigaciones de ciencia oculta».

«No precisamente, pero busco la realización de un pensamiento... Tengo algo que hacer».

«No supongo que ese algo pueda ser una operación de Magia Negra. Usted sabe tan bien como yo, reverendo señor, que la Iglesia siempre ha condenado, y todavía condena severamente, todo lo que se relaciona con esas prácticas prohibidas».

Una sonrisa pálida, impregnada de una especie de ironía sarcástica, fue toda la respuesta que dio el abate, y la

conversación decayó.

Mientras tanto, el quiromántico Desbarrolles miraba atentamente la mano del sacerdote; este lo advirtió, siguió una explicación completamente natural, y el abate ofreció graciosamente y por propia iniciativa su mano al experimentador. Desbarrolles frunció el ceño y pareció incómodo. La mano estaba húmeda y fría, los dedos lisos y espatulados; el monte de Venus, o la parte de la palma de la mano que corresponde al pulgar, tenía un desarrollo notable, la línea de la vida era corta y quebrada, había cruces en el centro de la mano y estrellas sobre el monte de la luna.

«Reverendo señor», dijo Desbarrolles, «si usted no tuviera una educación religiosa muy sólida, se convertiría fácilmente en un sectario peligroso, pues se ve llevado por un lado hacia el misticismo más exaltado, y por el otro a la obstinación más concentrada, combinada con el mayor secreto que pueda haber. Usted quiere mucho, pero imagina más, y como no confía sus imaginaciones a nadie, podrían alcanzar proporciones que las convertirían en verdaderas enemigas de usted mismo. Sus hábitos son contemplativos y más bien tranquilos, pero es una somnolencia cuyos despertares quizás sean de temer. Lo arrastra una pasión que su estado de vida... Pero perdone, reverendo señor, temo estar traspasando los límites de la discreción».

«Dígalo todo, señor; estoy dispuesto a oírlo todo, quiero saberlo todo».

«¡Pues bien! Si, como no dudo que sea el caso, usted vuelve en provecho de la caridad toda la actividad inquieta que le

proporcionan las pasiones de su corazón, ha de ser a menudo bendecido por sus buenas obras».

El abate sonrió una vez más con aquella sonrisa dudosa y fatal que daba una expresión tan singular a su rostro pálido. Se levantó y se despidió sin haber dado su nombre, y sin que a nadie se le hubiera ocurrido preguntárselo. Eliphas y Desbarrolles lo acompañaron hasta la escalera, en señal de respeto por su dignidad de sacerdote.

Cerca de la escalera se dio vuelta y dijo lentamente:

«Dentro de poco ustedes oirán algo... Oirán hablar de mí», añadió, recalcando cada palabra.

Luego saludó con la cabeza y con la mano, se dio vuelta sin añadir una sola palabra y bajó la escalera.

Los dos amigos volvieron a la sala de Mme. A***.

«He ahí un personaje singular», dijo Eliphas; «me pareció ver al Pierrot de los Funambules representando el papel de traidor. Lo que nos dijo al irse me pareció mucho una amenaza».

«Ustedes lo asustaron», dijo Mme. A***. «Antes de que llegaran estaba empezando a abrir todo su pensamiento, pero usted le habló de la conciencia y de las leyes de la Iglesia, y ya no se atrevió a decirle lo que quería».

«¡Bah! ¿Y qué quería, pues?».

«Ver al diablo».

«¿Creería acaso que lo tengo en el bolsillo?».

«No, pero sabe que usted da lecciones de Qabalah y de magia, y por eso esperaba que lo ayudara en su empresa. Nos contó a mi hija y a mí que en su casa parroquial, en el campo, ya había hecho una noche una evocación del diablo con ayuda de un *grimorio* popular. "Entonces", dijo, "un torbellino pareció sacudir la casa parroquial; las vigas gemían, los revestimientos de madera crujían, las puertas temblaban, las ventanas se abrieron con estrépito y se oyeron silbidos en todos los rincones de la casa". Esperaba entonces que siguiera aquella visión formidable, pero no vio nada; ningún monstruo se presentó; en una palabra, el diablo no quiso aparecer. Por eso busca el *grimorio* de Honorio, pues espera encontrar en él conjuros más fuertes y ritos más eficaces».

«¡De veras! ¡Pero entonces ese hombre es un monstruo o un loco!».

«Creo que está simplemente enamorado», dijo Desbarrolles. «Lo carcome alguna pasión absurda y no espera absolutamente nada si no logra que intervenga el diablo».

«Pero entonces, ¿qué quiere decir cuando dice que oiremos hablar de él?».

«¿Quién sabe? Quizás piense raptar a la Reina de Inglaterra o a la Sultana Validé».

La conversación decayó, y pasó un año entero sin que Mme. A***, ni Desbarrolles, ni Eliphas oyeran hablar del joven sacerdote desconocido.

En el curso de la noche del 1.º al 2 de enero de 1857, Eliphas Lévi fue despertado de golpe por las emociones de un sueño extraño y

lúgubre. Le parecía estar en una sala ruinosa de arquitectura gótica, bastante parecida a la capilla abandonada de un viejo castillo. Una puerta oculta por una colgadura negra daba a esa sala; detrás de la colgadura se adivinaba la luz escondida de unos cirios, y a Eliphas le parecía que, impulsado por una curiosidad llena de terror, se acercaba a la colgadura negra... Entonces la colgadura se entreabrió, y una mano se tendió y le tomó el brazo a Eliphas. No vio a nadie, pero oyó una voz baja que le decía al oído:

«Ven a ver a tu padre, que está por morir».

El mago despertó con el corazón palpitante y la frente bañada en sudor.

«¿Qué puede significar este sueño?», pensó. «Hace mucho que mi padre murió; ¿por qué se me dice que va a morir, y por qué me ha trastornado este aviso?».

A la noche siguiente se repitió el mismo sueño con las mismas circunstancias; una vez más Eliphas despertó oyendo una voz que le repetía al oído:

«¡Ven a ver a tu padre, que está por morir!».

Esta pesadilla repetida le causó a Eliphas una impresión penosa: había aceptado, para el 3 de enero, una invitación a cenar en grata compañía, pero escribió para excusarse, pues se sentía poco inclinado a la alegría de un banquete de artistas. Se quedó, pues, en su estudio; el tiempo estaba nublado; al mediodía recibió la visita de uno de sus alumnos de magia, el vizconde M***. Cuando este se fue, la lluvia caía con tal abundancia que Eliphas le ofreció su paraguas al vizconde, quien lo rechazó. Siguió una porfía de

cortesía, cuyo resultado fue que Eliphas salió a acompañar al vizconde hasta su casa. Mientras estaban en la calle paró la lluvia, el vizconde encontró un coche, y Eliphas, en lugar de volver a su casa, cruzó maquinalmente el Luxemburgo, salió por la verja que da a la Rue d'Enfer y se encontró frente al Panteón.

Una doble hilera de puestos, improvisados para la Fiesta de Santa Genoveva, indicaba a los peregrinos el camino de Saint-Étienne-du-Mont. Eliphas, cuyo corazón estaba triste y, por consiguiente, dispuesto a la oración, siguió por ese camino y entró en la iglesia. Serían entonces alrededor de las cuatro de la tarde.

La iglesia estaba llena de fieles, y el oficio se celebraba con gran recogimiento y extraordinaria solemnidad. Los estandartes de las parroquias de la ciudad y de los suburbios daban testimonio de la veneración pública por la virgen que salvó a París del hambre y de la invasión. Al fondo de la iglesia, la tumba de Santa Genoveva resplandecía gloriosamente de luz. Se cantaban las letanías, y la procesión salía del coro.

Detrás de la cruz, acompañada de sus acólitos y seguida por los niños del coro, venía el estandarte de Santa Genoveva; luego, caminando en doble fila, venían las damas devotas de Santa Genoveva, vestidas de negro, con un velo blanco en la cabeza, una cinta azul al cuello con la medalla de la leyenda, y en la mano un cirio rematado por el pequeño farol gótico que la tradición da a las imágenes de la santa. Pues en los libros antiguos Santa Genoveva aparece siempre representada con una medalla al cuello, la que le dio San Germán de Auxerre, y sosteniendo un

cirio que el diablo intenta apagar, pero que está protegido del soplo del espíritu impuro por un pequeño tabernáculo milagroso.

Tras las damas devotas venía el clero; luego aparecía por fin el venerable Arzobispo de París, con mitra blanca, llevando una capa pluvial sostenida a cada lado por sus dos vicarios; el prelado, apoyado en su cruz, caminaba lentamente y bendecía a derecha e izquierda a la multitud que se arrodillaba a su paso. Eliphas veía al Arzobispo por primera vez y observó los rasgos de su rostro. Expresaban bondad y dulzura; pero podía notarse la expresión de un gran cansancio, y aun de un sufrimiento nervioso penosamente disimulado.

La procesión bajó hasta el pie de la iglesia atravesando la nave, volvió a subir por la nave lateral a la izquierda de la puerta y llegó a la estación de la tumba de Santa Genoveva; luego regresó por la nave lateral derecha, cantando las letanías a su paso. Un grupo de fieles seguía la procesión y caminaba inmediatamente detrás del Arzobispo. Eliphas se mezcló en ese grupo para atravesar más fácilmente la multitud, que estaba por volver a formarse, y poder llegar así a la puerta de la iglesia. Estaba absorto en su ensueño, enternecido por esa piadosa solemnidad.

La cabeza de la procesión ya había vuelto al coro, el Arzobispo llegaba a la verja de la nave: allí el paso era demasiado estrecho para que tres personas caminaran de frente; el Arzobispo iba adelante, y los dos vicarios generales detrás de él, sosteniendo siempre los bordes de su capa, que de este modo quedaba abierta y echada hacia atrás, de tal manera que el prelado presentaba el pecho descubierto, protegido solo por los bordados cruzados de su estola. Entonces los que estaban detrás del Arzobispo lo vieron

estremecerse, y oímos una interrupción en voz alta y clara, pero sin gritos ni clamor. ¿Qué se había dicho? Parecía que era: «¡Abajo las diosas!». Pero pensé que no había oído bien, tan fuera de lugar y tan vacío de sentido parecía. Sin embargo, la exclamación se repitió dos o tres veces; luego alguien gritó: «¡Salven al Arzobispo!». Otras voces respondieron: «¡A las armas!». La multitud, volcando las sillas y las barreras, se dispersó y se precipitó chillando hacia las puertas. En medio de los llantos de los niños y de los alaridos de las mujeres, Eliphas, arrastrado por la multitud, se encontró, no supo cómo, fuera de la iglesia; ¡pero la última mirada que pudo echarle quedó herida por un cuadro terrible e imborrable!

En medio de un círculo agrandado por el espanto de todos los que lo rodeaban, el prelado estaba de pie, solo, apoyado siempre en su cruz y sostenido por la rigidez de su capa, que los vicarios generales habían soltado y que por eso colgaba hasta el suelo. La cabeza del Arzobispo estaba un poco echada hacia atrás, los ojos y la mano libre alzados al cielo. Su actitud era la que Eugène Delacroix ha dado al Obispo de Lieja en el cuadro de su asesinato por los bandidos del Jabalí de las Ardenas[28]; había en su gesto toda la epopeya del martirio; era una aceptación y una ofrenda; una plegaria por su pueblo y un perdón para su asesino.

Caía el día y la iglesia empezaba a oscurecerse. El Arzobispo, con los brazos alzados al cielo, iluminado por un último rayo que penetraba por los ventanales de la nave, se recortaba sobre un fondo oscuro donde apenas podía distinguirse un pedestal sin estatua en el que estaban escritas estas dos palabras de la Pasión de Cristo: ECCE HOMO!; y más al fondo, una pintura

apocalíptica que representaba las cuatro plagas prontas a desatarse sobre el mundo, y los torbellinos del infierno siguiendo las huellas polvorientas del caballo pálido de la muerte. Ante el Arzobispo, un brazo alzado, dibujado en sombra como una silueta infernal, sostenía y blandía un cuchillo. Los agentes de policía, espada en mano, acudían corriendo.

Y mientras todo este tumulto ocurría al fondo de la iglesia, el canto de las letanías continuaba en el coro, como la armonía de los orbes del cielo prosigue para siempre, indiferente a nuestras revoluciones y a nuestra angustia.

Eliphas Lévi había sido arrastrado fuera de la iglesia por la multitud. Había salido por la puerta de la derecha. Casi en el mismo momento, la puerta de la izquierda se abrió de golpe con violencia, y un grupo furioso de hombres se precipitó fuera de la iglesia. Este grupo se arremolinaba en torno de un hombre al que cincuenta brazos parecían sujetar, al que cien puños sacudidos procuraban golpear. Este hombre se quejó más tarde de haber sido maltratado por la policía, pero, por lo que podía verse en semejante tumulto, la policía más bien lo protegía contra la exasperación de la turba.

Unas mujeres corrían tras él, chillando: "¡Mátenlo!".

"Pero ¿qué ha hecho?", gritaban otras voces.

"¡El miserable! ¡Ha golpeado al Arzobispo con el puño!", decían las mujeres.

Luego salieron otros de la iglesia, y versiones contradictorias volaban de un lado a otro.

"El Arzobispo se asustó y se ha desmayado", decían unos.

"¡Está muerto!", replicaban otros.

"¿Vieron el cuchillo?", agregaba un tercero que llegaba. "Es largo como un sable, y la sangre corría por la hoja."

"El pobre Arzobispo ha perdido una de sus pantuflas", observaba una anciana, juntando las manos.

"¡No es nada! ¡No es nada!", gritaba una mujer que alquilaba sillas. "Pueden volver a la iglesia: Monseñor no está herido; acaban de decirlo desde el púlpito."

La multitud hizo entonces un movimiento para regresar a la iglesia.

"¡Váyanse! ¡Váyanse!", dijo en ese mismo momento la voz grave y angustiada de un sacerdote. "El oficio no puede continuar; vamos a cerrar la iglesia: está profanada."

"¿Cómo está el Arzobispo?", preguntó un hombre.

"Señor", respondió el sacerdote, "el Arzobispo se está muriendo; ¡quizá en este mismo momento ya está muerto!"

La multitud se dispersó consternada para difundir la luctuosa noticia por París.

A Eliphas le sucedió un incidente extraño, que fue una especie de distracción en la honda pena que le causaba lo que acababa de ocurrir.

En el momento del tumulto, una anciana de aspecto sumamente respetable lo había tomado del brazo y le había pedido su

protección. Él se impuso el deber de responder a este llamado, y, cuando hubo salido de la multitud con esta señora:

"¡Qué feliz soy", dijo ella, "de haber encontrado a un hombre que llora por este gran crimen, del cual, en este momento, tantos miserables se alegran!"

"¿Qué dice usted, señora? ¿Cómo es posible que existan seres tan depravados como para alegrarse de una desgracia tan grande?"

"¡Silencio!", dijo la anciana; "quizá nos oyen... Sí", agregó, bajando la voz; "hay gente que está sumamente complacida por lo que ha sucedido. Y mire, hace un momento había allí un hombre de aspecto siniestro, que le dijo a la multitud ansiosa, cuando le preguntaban qué había pasado: 'Oh, ¡no es nada! Es una araña que se ha caído'".[29]

"No, señora, usted debe de haber oído mal. La multitud no habría tolerado una observación tan abominable, y el hombre habría sido arrestado de inmediato."[30]

"¡Ojalá todo el mundo pensara como usted!", dijo la señora. Luego agregó: "Me encomiendo a sus oraciones, porque veo claramente que usted es un hombre de Dios".

"Quizá no todos piensen así", respondió Eliphas.

"¿Y qué nos importa el mundo?", replicó la señora con vivacidad; "¡el mundo miente y calumnia, y es impío! Quizá hable mal de usted. No me sorprende, y si usted supiera lo que dice de mí, comprendería fácilmente por qué desprecio su opinión."

"¿El mundo habla mal de usted, señora?"

"Sí, en verdad, y lo peor que puede decirse."

"¿Cómo así?"

"Me acusa de sacrilegio."

"Me asusta usted. ¿De qué sacrilegio, si me permite?"

"De una comedia indigna que supuestamente habría representado para engañar a dos niños, en la montaña de La Salette."

"¡Cómo! Usted debe de ser..."

"Soy la señorita de la Merlière."

"He oído hablar de su proceso, señorita, y del escándalo que causó, pero me parece que su edad y su posición deberían haberla puesto a resguardo de semejante acusación."

"Venga a verme, señor, y le presentaré a mi abogado, el señor Favre, que es un hombre de talento a quien deseo ganar para Dios."

Así conversando, los dos acompañantes habían llegado a la calle del Vieux Colombier. La señora agradeció a su caballero improvisado y renovó su invitación a que fuera a verla.

"Trataré de hacerlo", dijo Eliphas; "pero si voy, ¿debo preguntarle al portero por la señorita de la Merlière?"

"No lo haga", dijo ella; "no me conocen con ese nombre; pregunte por la señora Dutruck."

"Dutruck, por supuesto, señora; le presento mis humildes respetos."

Y se separaron.

Comenzó el proceso del asesino, y Eliphas, al leer en los periódicos que el hombre era sacerdote, que había pertenecido al clero de Saint-Germain-l'Auxerrois, que había sido vicario rural y que parecía exaltado hasta la locura, recordó al sacerdote pálido que, un año antes, buscaba el grimorio de Honorio. Pero la descripción que los diarios daban del criminal no coincidía con el recuerdo del Profesor de Magia. En efecto, la mayoría de los periódicos decía que tenía el pelo negro...

"No es él, entonces", pensó Eliphas. "Sin embargo, todavía conservo en el oído y en la memoria la frase que este gran crimen vendría ahora a explicarme: 'Pronto sabrá usted algo. ¡Dentro de poco oirá hablar de mí!'"

El proceso se desarrolló con todas las espantosas peripecias que todo el mundo conoce, y el acusado fue condenado a muerte. Al día siguiente, Eliphas leyó en un periódico judicial la relación de esta escena inaudita en los anales de la justicia, pero una nube le pasó por los ojos cuando llegó a la descripción del acusado: "Es rubio".

"Tiene que ser él", dijo el Profesor de Magia.

Algunos días después, una persona que había podido dibujar al condenado durante el proceso le mostró el dibujo a Eliphas.

"Permítame copiar este dibujo", dijo él, todo tembloroso de temor.

Hizo la copia, y se la llevó a su amigo Desbarrolles, a quien le preguntó, sin otra explicación:

"¿Conoces esta cabeza?"

"Sí", dijo Desbarrolles con energía. "Espera un momento: sí, es el sacerdote misterioso que vimos en casa de la señora A..., y que quería hacer evocaciones mágicas."

"Pues bien, amigo mío, me confirmas en mi triste convicción. Al hombre que vimos no lo volveremos a ver jamás; la mano que examinaste se ha vuelto una mano sangrienta. Hemos oído hablar de él, como nos dijo que oiríamos; aquel sacerdote pálido, ¿sabes cómo se llamaba?"

"¡Oh, Dios mío!", dijo Desbarrolles, cambiando de color, "¡tengo miedo de saberlo!"

"Pues lo sabes: ¡era el miserable Louis Verger!"

Algunas semanas después de lo que acabamos de relatar, Eliphas Lévi conversaba con un librero cuya especialidad era reunir libros antiguos referentes a las ciencias ocultas. Hablaban del grimorio de Honorio.

"Hoy en día es imposible encontrarlo", dijo el comerciante. "El último que tuve en mis manos se lo vendí a un sacerdote por cien francos."

"¿Un sacerdote joven? ¿Y recuerda usted cómo era?"

"Oh, perfectamente, pero usted mismo debería conocerlo bien, porque me dijo que lo había visto a usted, y fui yo quien se lo envió."

Ya no cabía duda, entonces: el desdichado sacerdote había encontrado el grimorio fatal, había hecho la evocación y se había

preparado para el asesinato con una serie de sacrilegios.

Porque en esto consisten las evocaciones infernales, según el grimorio de Honorio:

"Elige un gallo negro, y dale el nombre del espíritu de las tinieblas que se desea evocar.

"Mata el gallo, y guarda su corazón, su lengua y la primera pluma de su ala izquierda.

"Seca la lengua y el corazón, y redúcelos a polvo.

"No comas carne ni bebas vino ese día.

"El martes, al alba, di una misa de los ángeles.

"Traza sobre el altar mismo, con la pluma del gallo mojada en el vino consagrado, ciertas firmas diabólicas (las del lápiz del señor Home, y las hostias sangrientas de Vintras).

"El miércoles, prepara un cirio de cera amarilla; levántate a medianoche y, solo, en la iglesia, comienza el oficio de difuntos.

"Mezcla con este oficio evocaciones infernales.

"Termina el oficio a la luz de un solo cirio, apágalo inmediatamente, y permanece sin luz en la iglesia así profanada hasta la salida del sol.

"El jueves, mezcla con el agua consagrada el polvo de la lengua y del corazón del gallo negro, y haz que todo lo trague un cordero macho de nueve días..."

La mano se niega a escribir el resto. Es una mezcla de prácticas embrutecedoras y de crímenes repugnantes, dispuesta de tal

modo que mate para siempre el juicio y la conciencia.[31]

Pero, para comunicarse con el fantasma del mal absoluto, para realizar ese fantasma hasta el punto de verlo y tocarlo, ¿no es necesario estar sin conciencia y sin juicio?

Ahí está, sin duda, el secreto de esta perversidad increíble, de esta furia asesina, de este odio malsano contra todo orden, todo ministerio, toda jerarquía; de esta furia, sobre todo, contra el dogma que santifica la paz, la obediencia, la dulzura, la pureza, bajo un emblema tan conmovedor como el de una madre.

Este miserable se creía seguro de no morir. El Emperador, pensaba él, se vería obligado a indultarlo; lo esperaba un exilio honroso; su crimen le daría una celebridad enorme; los libreros le comprarían sus ensoñaciones a precio de oro. Se volvería inmensamente rico, atraería la atención de una gran dama y se casaría allende los mares. Con promesas semejantes el fantasma del diablo atrajo antaño a Gilles de Laval, señor de Retz, y lo hizo avanzar de crimen en crimen.

Un hombre capaz de evocar al diablo según los ritos del grimorio de Honorio ha ido tan lejos en el camino del mal que está dispuesto a toda clase de alucinaciones y a todas las mentiras. Así, Verger se durmió en la sangre para soñar con no sé qué abominable panteón; y despertó sobre el cadalso.

Pero las aberraciones de la perversidad no constituyen una locura; la ejecución de este miserable lo probó. Se sabe qué resistencia desesperada opuso a sus verdugos.

"¡Es una traición!", decía; "¡no puedo morir así! ¡Solo una hora, una hora para escribirle al Emperador! El Emperador está

obligado a salvarme."

¿Quién, entonces, lo traicionaba? ¿Quién, entonces, le había prometido la vida? ¿Quién, entonces, le había asegurado de antemano una clemencia que era imposible, porque habría sublevado la conciencia pública? ¡Pregúntenle todo eso al grimorio de Honorio!

Dos incidentes de esta trágica historia se relacionan con los fenómenos producidos por el señor Home: el ruido de la tormenta que oía el sacerdote perverso en sus primeras evocaciones, y la dificultad que encontraba para expresar su verdadero pensamiento en presencia de Eliphas Lévi.

También puede comentarse la aparición del hombre siniestro que se complacía en el dolor público y profería una palabra verdaderamente infernal en medio de la consternación de la multitud, aparición que solo advirtió la extática de La Salette, la demasiado célebre señorita de La Merlière, que tiene, después de todo, el aire de una persona digna, pero muy excitable, y quizá capaz de obrar y de hablar sin saberlo ella misma, bajo la influencia de una especie de sonambulismo ascético.

Esta palabra, "sonambulismo", nos devuelve al señor Home, y nuestras anécdotas no nos han hecho olvidar lo que el título de esta obra prometía a nuestros lectores. Debemos, pues, decirles qué es el señor Home.

Cumplimos nuestra promesa.

El señor Home es un enfermo aquejado de un sonambulismo contagioso.

Esto es una afirmación. Nos queda dar una explicación y una demostración.

Esa explicación y esa demostración, para ser completas, exigen una obra capaz de llenar un libro.

Ese libro ha sido escrito, y lo publicaremos en breve.

He aquí su título:

La razón de los milagros, o el diablo ante el tribunal de la ciencia.[32]

"¿Por qué el diablo?"

Porque hemos demostrado con hechos lo que el señor de Mirville había expuesto, antes que nosotros, de manera incompleta.

Decimos "de manera incompleta", porque el diablo es, para el señor de Mirville, un personaje fantástico, mientras que para nosotros es el mal uso de una fuerza natural.

Un médium dijo una vez: "El infierno no es un lugar, es un estado".

Nosotros podremos agregar: "El diablo no es una persona ni una fuerza; es un vicio, y en consecuencia, una debilidad".

¡Volvamos un momento al estudio de los fenómenos!

Los médiums son, en general, de salud precaria y de alcances estrechos.

No pueden realizar nada extraordinario en presencia de personas serenas e instruidas.

Hay que acostumbrarse a ellos antes de ver o sentir algo.

Los fenómenos no son idénticos para todos los presentes. Por ejemplo, donde uno verá una mano, otro no percibirá más que un humo blanquecino.

Las personas impresionadas por el magnetismo del señor Home sienten una especie de malestar; les parece que la habitación da vueltas, y la temperatura les parece descender rápidamente.

Los milagros tienen más éxito en presencia de unas pocas personas elegidas por el propio médium.

En una reunión de varias personas puede ocurrir que todas vean los milagros, con excepción de una, que no verá absolutamente nada.

Entre las personas que ven, no todas ven lo mismo.

Así, por ejemplo: una noche, en casa de la señora de B..., el médium hizo aparecer a un niño que esa señora había perdido. Solo la señora de B... vio al niño; el conde de M... vio un pequeño vapor blanquecino con forma de pirámide; los demás no vieron nada.

Todo el mundo sabe que ciertas sustancias, el hachís, por ejemplo, embriagan sin quitar el uso de la razón, y hacen ver con una vivacidad asombrosa cosas que no existen.

Gran parte de los fenómenos del señor Home pertenecen a una influencia natural semejante a la del hachís. Esta es la razón por la cual el médium se niega a operar salvo ante un pequeño número de personas elegidas por él mismo.

El resto de estos fenómenos debe atribuirse al poder magnético.

Ver algo en las sesiones del señor Home no es un indicio tranquilizador de la salud de quien ve. Y aunque su salud fuera excelente en otros aspectos, la visión indica una perturbación transitoria del aparato nervioso en su relación con la imaginación y la luz.

Si esta perturbación se repitiera con frecuencia, enfermaría gravemente.

¿Quién sabe cuántos colapsos, ataques de tétanos, locuras, muertes violentas ha producido ya la manía de hacer girar las mesas?

Estos fenómenos se vuelven particularmente terribles cuando la perversidad se apodera de ellos.

Es entonces cuando puede afirmarse realmente la intervención y la presencia del espíritu del mal.

Perversidad o fatalidad: estos pretendidos milagros obedecen a uno de estos dos poderes.

En cuanto a los escritos cabalísticos y las firmas misteriosas, diremos que se reproducen por la intuición magnética de los espejismos del pensamiento en el fluido vital universal.

Estos reflejos instintivos pueden producirse si el Verbo mágico no tiene en sí nada arbitrario, y si los signos del santuario oculto son las expresiones naturales de ideas absolutas.

Esto es lo que demostraremos en nuestro libro.

Pero, para no remitir a nuestros lectores de lo desconocido al futuro, desprenderemos de antemano dos capítulos de esa obra

inédita, uno sobre el Verbo cabalístico y el otro sobre los secretos de la Cábala, y sacaremos conclusiones que completarán de manera satisfactoria para todos la explicación que hemos prometido en lo tocante al señor Home.

Existe una potencia que genera las formas; esta potencia es la luz.

La luz crea las formas de acuerdo con las leyes de la matemática eterna, por el equilibrio universal de la luz y la sombra.

Los signos primitivos del pensamiento se trazan por sí mismos en la luz, que es el instrumento material del pensamiento.

Dios es el alma de la luz. La luz universal e infinita es para nosotros, por así decirlo, el cuerpo de Dios.

La Cábala, o magia trascendental, es la ciencia de la luz.

La luz corresponde a la vida.

El reino de las sombras es la muerte.

Todos los dogmas de la verdadera religión están escritos en la Cábala en caracteres de luz sobre una página de sombra.

La página de sombras está formada por las creencias ciegas.

La luz es el gran agente plástico.

La alianza del alma y el cuerpo es un matrimonio de la luz y la sombra.

La luz es el instrumento del Verbo; es la escritura blanca de Dios sobre el gran libro de la noche.

La luz es la fuente del pensamiento, y es en ella donde hay que buscar el origen de todo dogma religioso.

Pero no hay más que un solo dogma verdadero, como no hay más que una sola luz pura; solo la sombra es infinitamente variada.

La luz, la sombra y su armonía, que es la visión de los seres, forman el principio análogo a los grandes dogmas de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

Tal es también el misterio de la cruz.

Nos será fácil probarlo apelando a los monumentos religiosos, a los signos del Verbo primitivo, a los libros que contienen los secretos de la Cábala, y finalmente a la explicación razonada de todos los misterios por medio de las claves de la magia cabalística.

En todos los simbolismos, en efecto, encontramos ideas de antagonismo y de armonía que producen una noción trinitaria en la concepción de la divinidad, tras la cual la personificación mitológica de los cuatro puntos cardinales del cielo completa el septenario sagrado, base de todos los dogmas y de todos los ritos.

Para convencerse de ello basta releer y meditar la docta obra de Dupuis, que sería un gran cabalista si hubiera visto una armonía de verdades donde sus preocupaciones negativas solo le permitieron ver un concierto de errores.

No nos corresponde aquí repetir su obra, que todo el mundo conoce; pero importa probar que la reforma religiosa llevada a cabo por Moisés fue enteramente cabalística, que el cristianismo, al instituir un dogma nuevo, no ha hecho más que acercarse a las

fuentes primitivas de las enseñanzas de Moisés, y que el Evangelio no es más que un velo transparente arrojado sobre los misterios universales y naturales de la iniciación oriental.

Un sabio distinguido pero poco conocido, el señor P. Lacour, en su libro sobre los Elohim o el Dios mosaico, ha arrojado una gran luz sobre esta cuestión, y ha vuelto a encontrar en los símbolos de Egipto todas las figuras alegóricas del Génesis. Más recientemente, otro valiente estudioso de vasta erudición, el señor Vincent (de l'Yonne), ha publicado un tratado sobre la idolatría entre los antiguos y entre los modernos, en el que levanta el velo de la mitología universal. Invitamos a los estudiosos concienzudos a leer estas diversas obras, y nos limitamos al estudio especial de la Cábala entre los hebreos.

Siendo el Logos, o el Verbo, según los iniciados de esa ciencia, la revelación completa, los principios de la santa Cábala deberían encontrarse reunidos en los signos mismos que componen el alfabeto primitivo.

Ahora bien, esto es lo que encontramos en todas las gramáticas hebreas.[33]

Hay una letra fundamental y universal que genera todas las demás. Es la IOD.

Hay otras dos letras madres, opuestas y análogas entre sí: la ALEPH א y la MEM מ; según otros, la SCHIN ש.

Hay siete letras dobles: la BETH ב, la GIMEL ג, la DALETH ד, la KAPH כ, la PE פ, la RESH ר y la TAU ת.

Finalmente, hay doce letras simples; en total, veintidós.

La unidad está representada, de manera relativa, por la ALEPH; el ternario está figurado ya por IOD, MEM, SCHIN, ya por ALEPH, MEM, SCHIN.

El septenario, por BETH, GIMEL, DALETH, KAPH, PE, RESH, TAU.

El duodenario, por las demás letras.

El duodenario es el ternario multiplicado por cuatro, y vuelve a entrar así en el simbolismo del septenario.

Cada letra representa un número; cada conjunto de letras, una serie de números.

Los números representan ideas filosóficas absolutas.

Las letras son jeroglíficos abreviados.

Veamos ahora las significaciones jeroglíficas y filosóficas de cada una de las veintidós letras (véanse Belarmino, Reuchlin, san Jerónimo, la *Kabbala denudata*, el *Sepher Yetzirah*, la *Technica curiosa* del padre Schott, Pico della Mirandola y otros autores, en especial los de la colección de Pistorius).

LAS MADRES

La IOD: el principio absoluto, el ser productor.

La MEM: el Espíritu, o la Jakin de Salomón.

La SCHIN: la Materia, o la columna llamada Boaz.

LAS LETRAS DOBLES

BETH. La reflexión, el pensamiento, la luna, el Ángel Gabriel, Príncipe de los misterios.

GIMEL. El amor, la voluntad, Venus, el Ángel Anael, Príncipe de la vida y de la muerte.

DALETH. La fuerza, el poder, Júpiter, Sachiel, Melech, Rey de reyes.

KAPH. La violencia, la lucha, el trabajo, Marte, Samael Zebaoth, Príncipe de las Falanges.

PE. La elocuencia, la inteligencia, Mercurio, Rafael, Príncipe de las ciencias.

RESH. La destrucción y la regeneración, el Tiempo, Saturno, Cassiel, Rey de las tumbas y de la soledad.

TAU. La verdad, la luz, el Sol, Miguel, Rey de los Elohim.

LAS LETRAS SIMPLES

Las letras simples se dividen en cuatro triplicidades, que tienen por títulos las cuatro letras del tetragrama divino יהוה.

En el tetragrama divino, la IOD, como acabamos de decir, simboliza el principio productor y activo.

La HE ה representa el principio productor pasivo, el cteis.

La VAU simboliza la unión de ambos, o el lingam, y la HE final es la imagen del segundo principio reproductor; es decir, de la reproducción pasiva en el mundo de los efectos y de las formas.

Las doce letras simples, א ס י y ה ו ז ח ט ל נ ס ע צ ק, divididas de tres en tres, reproducen la noción del triángulo primitivo, con la interpretación y bajo la influencia de cada una de las letras del tetragrama.

Se ve que la filosofía y el dogma religioso de la Cábala están allí indicados de manera completa pero velada.

Investiguemos ahora las alegorías del Génesis.

"En el principio (IOD, la unidad del ser) Elohim, las fuerzas equilibradas (Jakin y Boaz), creó el cielo (el espíritu) y la tierra (la materia)", o, en otras palabras, el bien y el mal, la afirmación y la negación.

Así comienza el relato mosaico de la creación.

Luego, cuando se trata de dar un lugar al hombre y un santuario a su alianza con la divinidad, Moisés habla de un jardín en medio del cual una sola fuente se ramificaba en cuatro ríos (la IOD y el TETRAGRAMA), y luego de dos árboles, uno de vida y otro de muerte, plantados junto al río. Allí son puestos el hombre y la mujer, lo activo y lo pasivo; la mujer simpatiza con la muerte, y arrastra a Adán consigo en su caída.

Son entonces expulsados del santuario de la verdad, y un querubín (una Esfinge con cabeza de toro; véanse los jeroglíficos de Asiria, de la India y de Egipto) es puesto a la puerta del jardín de la verdad para impedir que los profanos destruyan el árbol de la vida.

He aquí el dogma misterioso, con todas sus alegorías y sus terrores, que reemplaza a la sencillez de la verdad.

El ídolo ha reemplazado a Dios, y la humanidad caída no tardará en entregarse al culto del becerro de oro.

El misterio de las reacciones necesarias y sucesivas de los dos principios entre sí está indicado después por la alegoría de Caín y

Abel.

La fuerza se venga por la opresión de la seducción de la debilidad; la debilidad martirizada expía e intercede por la fuerza cuando esta es condenada por su crimen al remordimiento que la marca a fuego.

Así se revela el equilibrio del mundo moral; he aquí la base de todas las profecías y el punto de apoyo de todo pensamiento político inteligente.

Abandonar una fuerza a sus propios excesos es condenarla al suicidio.

Dupuis no comprendió el dogma religioso universal de la Cábala porque no tenía la ciencia de la hermosa hipótesis, en parte demostrada y cada día más realizada por los descubrimientos de la ciencia: me refiero a la *analogía universal*.

Privado de esta clave del dogma trascendental, no pudo ver en los dioses más que el sol, los siete planetas y los doce signos del zodíaco; pero no vio en el sol la imagen del Logos de Platón, en los siete planetas las siete notas de la gama celeste, y en el zodíaco la cuadratura del círculo ternario de todas las iniciaciones.

El emperador Juliano, ese adepto del *espíritu* que nunca fue comprendido, ese iniciado cuyo paganismo era menos idólatra que la fe de ciertos cristianos, el emperador Juliano, decimos, comprendió mejor que Dupuis y que Volney el culto simbólico del sol. En su himno al rey Helios, reconoce que el astro del día no es más que el reflejo y la sombra material de aquel sol de

verdad que ilumina el mundo de la inteligencia, y que no es a su vez más que una luz tomada en préstamo del Absoluto.

Es cosa notable que Juliano tenga del Dios Supremo, que los cristianos creían ser los únicos en adorar, ideas mucho más grandes y más correctas que las de algunos de los padres de la Iglesia que fueron sus contemporáneos y sus adversarios.

Así se expresa en su defensa del helenismo:

"No basta con escribir en un libro que Dios habló y las cosas fueron hechas. Es necesario examinar si las cosas que se atribuyen a Dios no son contrarias a las leyes mismas del Ser. Porque, si lo son, Dios no pudo haberlas hecho, pues no podría contradecir a la Naturaleza sin negarse a Sí mismo... Siendo Dios eterno, es propio de la naturaleza de la necesidad que Sus órdenes sean inmutables como Él."

¡Así hablaba aquel apóstata, aquel hombre de impiedad! Sin embargo, más tarde, un doctor cristiano, convertido en el oráculo de las escuelas teológicas, inspirándose quizá en estas espléndidas palabras del descreído, se vio obligado a poner freno a la superstición escribiendo aquella hermosa y valiente máxima que resume fácilmente el pensamiento del gran Emperador:

"Una cosa no es justa porque Dios la quiere; sino que Dios la quiere porque es justa."

La idea de un orden perfecto e inmutable en la naturaleza, la noción de una jerarquía ascendente y de una influencia descendente en todos los seres, había proporcionado a los antiguos hierofantes la primera clasificación de toda la historia natural. Los minerales, los vegetales y los animales se estudiaban

analógicamente, y se atribuía su origen y sus propiedades al principio pasivo o al activo, a las tinieblas o a la luz. El signo de su elección o de su reprobación, trazado en su forma natural, se convirtió en el carácter jeroglífico de un vicio o de una virtud; luego, a fuerza de tomar el signo por la cosa y de expresar la cosa por el signo, terminaron por confundirlos. Tal es el origen de esa historia natural fabulosa en la que los leones se dejan vencer por los gallos, en la que los delfines mueren de pena por la ingratitud de los hombres, en la que las mandrágoras hablan y las estrellas cantan.

Este mundo encantado es, en efecto, el dominio poético de la magia; pero no tiene otra realidad que el significado de los jeroglíficos que le dieron nacimiento. Para el sabio que comprende las analogías de la Cábala trascendental y la relación exacta de las ideas con los signos, este país fabuloso de las hadas es un país todavía fértil en descubrimientos; porque esas verdades demasiado hermosas, o demasiado sencillas para agradar a los hombres sin ningún velo, han sido todas escondidas en estas ingeniosas sombras.

Sí, el gallo puede intimidar al león y hacerse dueño de él, porque la vigilancia suple a menudo a la fuerza y logra domar la ira. Las demás fábulas de la falsa historia natural de los antiguos se explican de la misma manera, y en este uso alegórico de las analogías ya pueden comprenderse los posibles abusos y predecirse los errores a los que la Cábala no podía dejar de dar nacimiento.

La ley de las analogías, en efecto, ha sido para los cabalistas de segundo orden el objeto de una fe ciega y fanática. A esta

creencia hay que atribuir todas las supersticiones que se han reprochado a los adeptos de la ciencia oculta. Así razonaban:

El signo expresa la cosa.

La cosa es la virtud del signo.

Hay una correspondencia analógica entre el signo y la cosa significada.

Cuanto más perfecto es el signo, más entera es la correspondencia.

Decir una palabra es evocar un pensamiento y hacerlo presente.

Nombrar a Dios es manifestar a Dios.

La palabra actúa sobre las almas, y las almas reaccionan sobre los cuerpos; en consecuencia, se puede asustar, consolar, hacer enfermar, curar, incluso matar y resucitar a los muertos por medio de palabras.

Pronunciar un nombre es crear o evocar un ser.

En el nombre está contenida la doctrina *verbal* o espiritual del ser mismo.

Cuando el alma evoca un pensamiento, el signo de ese pensamiento se escribe automáticamente en la luz.

Invocar es adjurar, es decir, jurar por un nombre; es realizar un acto de fe en ese nombre y comulgar en la virtud que representa.

Las palabras en sí mismas son, pues, buenas o malas, venenosas o saludables.

Las palabras más peligrosas son las palabras vanas y pronunciadas a la ligera, porque son los abortos voluntarios del pensamiento.

Una palabra inútil es un crimen contra el espíritu de inteligencia; es un infanticidio intelectual.

Las cosas son para cada uno lo que él hace de ellas al nombrarlas.

La *palabra* de cada uno es una imprecación o una plegaria habitual.

Hablar bien es vivir bien.

Un estilo hermoso es una aureola de santidad.

De estos principios, unos verdaderos y otros hipotéticos, y de las consecuencias más o menos exageradas que de ellos sacaban, resultó para los cabalistas supersticiosos una confianza absoluta en los encantamientos, las evocaciones, los conjuros y las plegarias misteriosas. Ahora bien, como la fe siempre ha realizado milagros, nunca le han faltado apariciones, oráculos, curaciones misteriosas, enfermedades súbitas y extrañas.

Así fue como una filosofía sencilla y sublime se convirtió en la ciencia secreta de la Magia Negra. Es sobre todo desde este punto de vista como la Cábala todavía puede excitar la curiosidad de la mayoría en nuestro siglo, tan desconfiado y tan crédulo. Sin embargo, como acabamos de explicar, esa no es la verdadera ciencia.

Los hombres rara vez buscan la verdad por sí misma; siempre tienen en sus esfuerzos un motivo secreto, alguna pasión que satisfacer o alguna codicia que saciar. Entre los secretos de la

Cábala hay uno sobre todo que siempre ha atormentado a los buscadores: es el secreto de la transmutación de los metales y de la conversión de todas las sustancias terrestres en oro.

La alquimia tomó todos sus signos de la Cábala, y fundó sus operaciones en la ley de las analogías que resulta de la armonía de los contrarios.

Un inmenso secreto físico estaba, además, escondido bajo las parábolas cabalísticas de los antiguos.

Hemos llegado a descifrar este secreto, y someteremos su letra a las investigaciones de los fabricantes de oro. Helo aquí:

1°. Los cuatro fluidos imponderables no son más que las diversas manifestaciones de un mismo agente universal, que es la luz.

2°. La luz es el fuego que sirve para la Gran Obra bajo la forma de electricidad.

3°. La voluntad humana dirige la luz vital por medio del sistema nervioso. En nuestros días esto se llama magnetismo.

4°. El agente secreto de la Gran Obra, el Azoth de los sabios, el oro vivo y vivificante de los filósofos, el agente productor metálico universal, es la ELECTRICIDAD MAGNETIZADA.[34]

La alianza de estas dos palabras todavía no nos dice mucho, y sin embargo quizá contengan una fuerza suficiente para trastornar el mundo. Decimos "quizá" por razones filosóficas, porque, personalmente, no tenemos la menor duda sobre la alta importancia de este gran arcano hermético.

Acabamos de decir que la alquimia es hija de la Cábala; para convencerse de la verdad de esto basta mirar los símbolos de Flamel, de Basilio Valentín, las páginas del judío Abraham y los oráculos más o menos apócrifos de la Tabla de Esmeralda de Hermes.

En todas partes se encuentran las huellas de aquella década de Pitágoras que tan magníficamente se aplica en el *Sepher Yetzirah* a la noción completa y absoluta de las cosas divinas, aquella década compuesta de la unidad y de un triple ternario que los rabinos han llamado el Berashith y la Mercavah, el árbol luminoso de las Sephiroth y la clave del Shemhamphorash.

Hemos hablado con cierta extensión, en nuestro libro titulado *Dogme et rituel de la haute magie*, de un monumento jeroglífico (conservado hasta nuestros días bajo un pretexto fútil) que por sí solo explica todos los escritos misteriosos de la alta iniciación.

Este monumento es aquel Tarot de los gitanos que dio origen a nuestros juegos de naipes. Está compuesto de veintidós letras alegóricas y de cuatro series de diez jeroglíficos cada una, que se refieren a las cuatro letras del nombre de Jehová.

Las diversas combinaciones de estos signos, y los números que les corresponden, forman otros tantos oráculos cabalísticos, de modo que toda la ciencia está contenida en este libro misterioso. Esta máquina filosófica perfectamente sencilla asombra por la profundidad de sus resultados.

El abate Tritemio, uno de nuestros más grandes maestros en magia, compuso sobre el alfabeto cabalístico una obra muy ingeniosa que él llama *Poligrafía*. Es una serie combinada de

alfabetos progresivos donde cada letra representa una palabra; las palabras se corresponden entre sí y se completan de un alfabeto a otro; y no cabe duda de que Tritemio conocía el Tarot y se servía de él para poner en orden lógico sus doctas combinaciones.

Jerónimo Cardano conocía el alfabeto simbólico de los iniciados, como puede reconocerse por el número y la disposición de los capítulos de su obra sobre la *Sutileza*. Esta obra, en efecto, está compuesta de veintidós capítulos, y el tema de cada capítulo es análogo al número y a la alegoría de la carta correspondiente del Tarot.

Hemos hecho la misma observación sobre un libro de Saint-Martin titulado *Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo*.

La tradición de este secreto no se ha interrumpido nunca, pues, desde las primeras edades de la Cábala hasta nuestros días.

Los que hacen girar las mesas, y los que hacen hablar a los espíritus con cuadros alfabéticos, están, pues, muchos siglos atrasados; no saben que existe un instrumento oracular cuyas palabras son siempre claras y siempre exactas, por medio del cual se puede comunicar con los siete genios de los planetas y hacer hablar a voluntad a las setenta y dos ruedas de Assiah, de Yetzirah y de Briah.

Para ello basta comprender el sistema de las analogías universales, tal como Swedenborg lo expuso en la clave jeroglífica de los arcanos; luego mezclar las cartas y sacarlas al azar, agrupándolas siempre por los números correspondientes a las

ideas sobre las que se desea esclarecimiento; luego leer los oráculos como deben leerse los escritos cabalísticos, es decir, comenzando por el medio y yendo de derecha a izquierda para los números impares, comenzando por la derecha para los números pares, e interpretando sucesivamente el número por la letra que le corresponde, la agrupación de las letras por la suma de sus números, y todos los oráculos sucesivos por su orden numérico y sus relaciones jeroglíficas.

Esta operación de los sabios cabalistas, destinada originalmente a descubrir el desarrollo riguroso de las ideas absolutas, degeneró en superstición cuando cayó en manos de los sacerdotes ignorantes y de los antepasados nómadas de los gitanos que poseyeron el Tarot en la Edad Media; no supieron emplearlo como corresponde, y lo usaron únicamente para decir la buenaventura.

El juego de ajedrez, atribuido a Palamedes, no tiene otro origen que el Tarot, y en él se encuentran las mismas combinaciones y los mismos símbolos: el rey, la reina, el caballero, el soldado, el loco, la torre, y casillas que representan números. Antiguamente, los jugadores de ajedrez buscaban sobre su tablero la solución de problemas filosóficos y religiosos, y discutían en silencio entre sí maniobrando los caracteres jeroglíficos a través de los números.

Nuestro vulgar juego de la oca, renovado del antiguo juego griego y atribuido también a Palamedes, no es otra cosa que un tablero de ajedrez con figuras inmóviles y números movibles por medio de los dados. Es un Tarot dispuesto en forma de rueda, para uso de los aspirantes a la iniciación. Ahora bien, la palabra Tarot, en la que se encuentran "rota" y "tota", expresa ella misma, como lo

demostró Guillaume Postel, esta disposición primitiva en forma de rueda.

Los jeroglíficos del juego de la oca son más sencillos que los del Tarot, pero en él se encuentran los mismos símbolos: el juglar, el rey, la reina, la torre, el diablo o Tifón, la muerte, y así sucesivamente. Los azares que indican los dados representan los de la vida, y ocultan un sentido altamente filosófico, lo bastante profundo para hacer meditar a los sabios y lo bastante sencillo para ser comprendido por los niños.

El personaje alegórico Palamedes es, por lo demás, idéntico a Enoc, a Hermes y a Cadmo, a quienes diversas mitologías han atribuido la invención de las letras. Pero, en la concepción de Homero, Palamedes, el hombre que desenmascaró el fraude de Ulises y cayó víctima de su venganza, representa al iniciador o al hombre de genio cuyo destino eterno es ser muerto por aquellos a quienes inicia. El discípulo no se convierte en la realización viva de los pensamientos del Maestro hasta que ha bebido su sangre y comido su carne, para usar la expresión enérgica y alegórica del iniciador, tan mal comprendida por los cristianos.

La concepción del alfabeto primitivo fue, como puede verse fácilmente, la idea de una lengua universal que encerrara en sus combinaciones, y aun en sus signos mismos, la recapitulación y la ley evolutiva de todas las ciencias, divinas y humanas. En nuestra opinión, el genio del hombre nunca ha soñado nada más hermoso ni más grande; y estamos convencidos de que el descubrimiento de este secreto del mundo antiguo nos ha recompensado con creces tantos años de búsquedas estériles y de

trabajos ingratos en las criptas de las ciencias perdidas y en los cementerios del pasado.

Uno de los primeros resultados de este descubrimiento debería ser dar una nueva dirección al estudio de las escrituras jeroglíficas, todavía tan imperfectamente descifradas por los rivales y sucesores del señor Champollion.

Siendo el sistema de escritura de los discípulos de Hermes analógico y sintético, como todos los signos de la Cábala, ¿no sería útil, para leer las páginas grabadas en las piedras de los templos antiguos, volver a poner esas piedras en su lugar y contar los números de sus letras, comparándolos con los números de otras piedras?

El obelisco de Luxor, por ejemplo, ¿no era una de las dos columnas de la entrada de un templo? ¿Era el pilar de la derecha o el de la izquierda? Si era el de la derecha, estos signos se refieren al principio activo; si era el de la izquierda, es por el principio pasivo como hay que interpretar sus caracteres. Pero debería haber una correspondencia exacta de un obelisco con el otro, y cada signo debería recibir su sentido completo de la analogía de los contrarios.

El señor Champollion encontró copto en los jeroglíficos; otro sabio encontraría quizá, con más facilidad y más fortuna, hebreo; pero ¿qué se diría si no fuera ni hebreo ni copto? ¿Si fuera, por ejemplo, la lengua primitiva universal?

Ahora bien, esta lengua, que fue la de la Cábala trascendental, existió ciertamente; más aún, todavía existe en la base del hebreo mismo y de todas las lenguas orientales que derivan de él; esta

lengua es la del santuario, y las columnas de la entrada de los templos contenían ordinariamente todos sus símbolos.

La intuición de los extáticos se acerca más a la verdad con respecto a estos signos primitivos que la ciencia misma de los eruditos, porque, como hemos dicho, el fluido vital universal, la luz astral, siendo el principio mediador entre las ideas y las formas, obedece a los saltos extraordinarios del alma que busca lo desconocido, y le proporciona naturalmente los signos ya encontrados, pero olvidados, de las grandes revelaciones del ocultismo.

Así se forman las pretendidas firmas de los espíritus; así se produjeron los escritos misteriosos de Gablidone, que se apareció al doctor Lavater, los fantasmas de Schroepfer, de San Miguel Vintras y los espíritus del señor Home.

Si la electricidad puede mover un cuerpo liviano, o incluso pesado, sin que se lo toque, ¿es imposible dar por el magnetismo una dirección a la electricidad y producir así, naturalmente, signos y escrituras?

Se puede hacer, sin duda, puesto que se hace.

Así, pues, a quienes nos pregunten: "¿Cuál es el agente más importante de los milagros?", les responderemos:

"Es la primera materia de la Gran Obra.

"Es la ELECTRICIDAD MAGNETIZADA."

Todo ha sido creado por la luz.

Es en la luz donde la forma se conserva.

Es por la luz como la forma se reproduce.

Las vibraciones de la luz son el principio del movimiento universal.

Por la luz los soles están unidos unos a otros, y entrelazan sus rayos como cadenas de electricidad.

Los hombres y las cosas están magnetizados por la luz como los soles, y, por medio de cadenas electromagnéticas cuya tensión causan las simpatías y las afinidades, pueden comunicarse entre sí de un extremo a otro del mundo, acariciar o golpear, herir o curar, de una manera sin duda natural, pero invisible y de la naturaleza del prodigio.

Ahí está el secreto de la magia.

¡La magia, esa ciencia que nos viene de los magos!

¡La magia, la primera de las ciencias!

¡La magia, la ciencia más santa, porque establece de la manera más sublime las grandes verdades religiosas!

¡La magia, la más calumniada de todas, porque el vulgo confunde obstinadamente la magia con la hechicería supersticiosa cuyas prácticas abominables hemos denunciado!

Solo por la magia puede responderse a las preguntas enigmáticas de la Esfinge de Tebas y encontrarse la solución de esos problemas de la historia religiosa que están sellados en las oscuridades, a veces escandalosas, que se encuentran en los relatos de la Biblia.

Los propios historiadores sagrados reconocen la existencia y el poder de la magia que rivalizó audazmente con la de Moisés.

La Biblia nos dice que Jannes y Jambres, los magos del Faraón, realizaron al principio *los mismos milagros* que Moisés, y que declararon imposibles para la ciencia humana aquellos que no pudieron imitar.

En efecto, es más halagador para el amor propio de un charlatán juzgar que se ha producido un milagro que declararse vencido por la ciencia o la habilidad de un colega mago, sobre todo cuando este es un enemigo político o un adversario religioso.

¿Dónde comienza y dónde termina lo posible en los milagros mágicos? He aquí una cuestión seria e importante.

Lo cierto es la existencia de los hechos que habitualmente se describen como milagros. Los magnetizadores y los sonámbulos los hacen todos los días; la hermana Rose Tamisier los hizo; el "iluminado" Vintras todavía los hace; más de quince mil testigos atestiguaron hace poco los de los médiums norteamericanos; diez mil campesinos del Berry y de Sologne atestiguarían, si fuera necesario, los del dios Cheneau (un comerciante de botones retirado que se cree inspirado por Dios).

¿Son todas estas personas alucinados o bribones?

Alucinados, sí, quizá; pero el hecho mismo de que su alucinación sea idéntica, ya sea por separado o colectivamente, ¿no es un milagro suficientemente grande de parte de quien la produce, siempre, a voluntad, y en un momento y un lugar fijados?

Hacer milagros y persuadir a la multitud de que uno los hace son casi lo mismo, sobre todo en un siglo tan frívolo y burlón como el nuestro.

Ahora bien, el mundo está lleno de hacedores de prodigios, y la ciencia a menudo se ve reducida a negar sus obras o a negarse a verlas, para no verse reducida a examinarlas o a asignarles una causa.

En el siglo pasado toda Europa resonó con los milagros de Cagliostro. ¿Quién ignora qué poderes se atribuían a su "vino de Egipto" y a su "elixir"? ¿Qué podemos agregar a las historias que se cuentan de sus cenas de ultratumba, donde hacía aparecer en carne y hueso a los personajes ilustres del pasado? Cagliostro, sin embargo, estaba lejos de ser un iniciado del primer orden, puesto que la Gran Fraternidad Blanca lo abandonó[35] a la Inquisición romana, ante la cual dio, si se ha de creer en los documentos de su proceso, una explicación tan ridícula y tan odiosa del trigrama masónico L∴ P∴ D∴.

Pero los milagros no son privilegio exclusivo del primer orden de iniciados; a menudo los realizan seres sin educación ni virtud. Las leyes naturales encuentran una oportunidad en un organismo cuyas cualidades excepcionales no nos resultan claras, y cumplen su obra con su invariable precisión y calma. Los gastrónomos más refinados aprecian las trufas y las emplean para sus fines, pero son los cerdos quienes las desentierran: analógicamente ocurre lo mismo con muchas cosas menos materiales y menos gastronómicas; los instintos tienen presentimientos a tientas, pero en realidad solo la ciencia descubre.

El progreso actual de los conocimientos humanos ha disminuido en gran medida las posibilidades de los prodigios, pero aún queda un gran número de ellas, puesto que todavía no se conocen ni el poder de la imaginación ni la naturaleza y el poder del magnetismo. La observación de las analogías universales, además, ha sido descuidada, y por esa razón ya no se cree en la adivinación.

Un sabio cabalista puede, pues, asombrar todavía a la multitud e incluso desconcertar a los instruidos: 1.° adivinando las cosas ocultas; 2.° prediciendo muchas cosas por venir; 3.° dominando la voluntad de los demás, de modo de impedirles hacer lo que quieren y obligarlos a hacer lo que no quieren; 4.° suscitando apariciones y sueños; 5.° curando un gran número de enfermedades; 6.° devolviendo la vida a sujetos que presentan todos los síntomas de la muerte; 7.° por último, demostrando (si es necesario, con ejemplos) la realidad de la piedra filosofal y la transmutación de los metales, según los secretos de Abraham el Judío, de Flamel y de Raimundo Lulio.

Todos estos prodigios se cumplen por medio de un agente único al que los hebreos llaman OD, como lo llamaba el caballero de Reichenbach, al que nosotros, con la escuela de Pasqualis Martínez, llamamos luz astral, al que el señor de Mirville llama el diablo, y al que los antiguos alquimistas llamaban Azoth. Es el elemento vital que se manifiesta por los fenómenos del calor, la luz, la electricidad y el magnetismo, que magnetiza todos los globos terrestres y todos los seres vivos. En este agente se manifiestan incluso las pruebas de la doctrina cabalística respecto del equilibrio y del movimiento, por la doble polaridad:

cuando un polo atrae, el otro rechaza; uno produce calor, el otro frío; uno da una luz azul o verdosa, el otro una luz amarilla o rojiza.

Este agente, por sus diferentes métodos de magnetización, nos atrae unos a otros o nos aleja unos de otros, subordina uno a los deseos del otro haciéndolo entrar en su centro de atracción, restablece o perturba el equilibrio en la economía animal por sus transmutaciones y sus corrientes alternas, recibe y transmite las impresiones de la fuerza de la imaginación, que es en el hombre la imagen y la semejanza del verbo creador, y produce así los presentimientos y determina los sueños. La ciencia de los milagros es, pues, el conocimiento de esta fuerza maravillosa, y el arte de hacer milagros es simplemente el arte de magnetizar o de iluminar a los seres según las leyes invariables del magnetismo o luz astral.

Preferimos la palabra "luz" a la palabra "magnetismo" porque es más tradicional en el ocultismo y expresa de una manera más completa y perfecta la naturaleza del agente secreto. Aquí está, en verdad, el oro líquido y potable de los maestros en alquimia; la palabra "OR" (la palabra francesa para "oro") viene del hebreo "AOUR", que significa "luz". "¿Qué deseas?", le preguntaban al candidato en todas las iniciaciones. "Ver la luz", debía ser su respuesta. El nombre de iluminados, que se da ordinariamente a los adeptos, ha sido, pues, en general muy mal interpretado al dársele un sentido místico, como si significara hombres cuya inteligencia se cree alumbrada por un día milagroso. "Iluminados" significa simplemente conocedores y poseedores de

la luz, ya sea por el conocimiento del gran agente mágico, ya por la noción racional y ontológica de lo absoluto.

El agente universal es una fuerza dócil y subordinada a la inteligencia. Abandonado a sí mismo, devora rápidamente, como Moloch, todo aquello a lo que da nacimiento, y cambia la sobreabundancia de vida en inmensa destrucción. Es, pues, la serpiente infernal de los mitos antiguos, el Tifón de los egipcios y el Moloch de Fenicia; pero si la Sabiduría, madre de los Elohim, pone su pie sobre su cabeza, ella agota todas las llamas que él vomita y derrama a manos llenas sobre la tierra una luz vivificante. Así también se dice en el Zohar que al comienzo de nuestro período terrestre, cuando los elementos se disputaban entre sí la superficie de la tierra, el fuego, como una serpiente inmensa, había envuelto todo en sus anillos y estaba a punto de consumir a todos los seres, cuando la clemencia divina, levantando a su alrededor las olas del mar como una vestidura de nubes, puso su pie sobre la cabeza de la serpiente y la hizo volver a entrar en el abismo. ¿Quién no ve en esta alegoría la primera idea, y la explicación más razonable, de una de las imágenes más queridas del simbolismo católico, el triunfo de la Madre de Dios?

Los cabalistas dicen que el nombre oculto del diablo, su verdadero nombre, es el de Jehová escrito al revés. Esto es, para el iniciado, una revelación completa de los misterios del tetragrama. En efecto, el orden de las letras de ese gran nombre indica el predominio de la idea sobre la forma, de lo activo sobre lo pasivo, de la causa sobre el efecto. Invirtiendo ese orden se obtiene lo contrario. Jehová es el que doma a la Naturaleza como a un soberbio caballo y la hace ir adonde Él quiere; Chavajoh (el

demonio) es el caballo sin brida que, como los de los egipcios del cántico de Moisés, cae sobre su jinete y lo precipita debajo de sí, en el abismo.

El diablo, pues, existe bastante realmente para los cabalistas; pero no es ni una persona ni un poder distinto de las fuerzas mismas de la Naturaleza. El diablo es la dispersión, o el sueño de la inteligencia. Es la locura y la mentira.

Así se explican las pesadillas de la Edad Media; así se explican también los extraños símbolos de algunos iniciados, los de los Templarios, por ejemplo, que son mucho menos censurables por haber adorado a Baphomet que por haber dejado que los profanos percibieran su imagen. Baphomet, figura panteísta del agente universal, no es otra cosa que el diablo barbudo de los alquimistas. Se sabe que los miembros de los grados más altos de la antigua masonería hermética atribuían a un demonio barbudo el cumplimiento de la Gran Obra. Ante esta palabra el vulgo se apresuraba a santiguarse y a taparse los ojos, pero los iniciados del culto de Hermes-Pantheos comprendían la alegoría y se cuidaban mucho de explicarla a los profanos.

El señor de Mirville, en un libro hoy casi olvidado, aunque hizo algún ruido hace unos meses, se toma mucho trabajo para compilar un relato de diversas hechicerías, del tipo de las que llenan las compilaciones de gente como Delancre, Delrío y Bodin. Podría haber encontrado algo mejor en la historia. Y sin hablar de los milagros, fácilmente atestiguados, de los jansenistas de Port Royal y del diácono Paris, ¿qué hay más maravilloso que la gran monomanía del martirio, que durante trescientos años hizo ir a niños, y aun a mujeres, al suplicio como a una fiesta? ¿Qué

hay más magnífico que esa fe entusiasta concedida durante tantos siglos a los misterios más incomprensibles y, humanamente hablando, más repugnantes? En esta ocasión, dirán ustedes, los milagros venían de Dios, y hasta se los emplea como prueba de la verdad de la religión. Pero ¿cómo? Los herejes también se dejaban matar por dogmas, esta vez con toda franqueza y realmente absurdos. ¿Sacrificaban entonces su razón y su vida a su creencia? ¡Oh, en el caso de los herejes es evidente que el diablo era el responsable! ¡Pobre gente, que tomaba al diablo por Dios y a Dios por el diablo! ¿Por qué no se los desengañó haciéndoles reconocer al verdadero Dios por la caridad, la ciencia, la justicia y, sobre todo, por la misericordia de sus ministros?

Los nigromantes que hacen aparecer al diablo después de una serie fatigosa y casi imposible de las evocaciones más repugnantes no son más que niños al lado de aquel San Antonio de la leyenda que los sacaba del infierno por millares y los arrastraba a todas partes tras de sí, como Orfeo, que atraía hacia sí a los robles, las rocas y los animales más salvajes. Solo Callot, iniciado durante su infancia por los bohemios errantes en los misterios de la hechicería negra, fue capaz de comprender y reproducir las evocaciones del primer ermitaño. ¿Y creen ustedes que al retratar esos sueños espantosos de la maceración y el ayuno los autores de leyendas inventaron? No; se quedaron muy por debajo de la verdad. Los claustros, en efecto, siempre estuvieron poblados de espectros sin nombre, y sus muros han palpitado con sombras y larvas infernales. Santa Catalina de Siena pasó en una ocasión una semana en medio de una orgía obscena que habría desalentado la lujuria de Pietro Aretino;

Santa Teresa se sintió arrebatada viva al infierno, y allí sufrió, entre muros que se cerraban sin cesar sobre ella, torturas que solo las mujeres histéricas podrán comprender... Todo eso, se dirá, ocurrió en la imaginación de quienes lo padecieron. Pero ¿dónde, entonces, esperarían ustedes que tuvieran lugar los hechos de orden sobrenatural? Lo cierto es que todos estos visionarios vieron y tocaron, que tuvieron el sentimiento más vivo de una realidad formidable. Hablamos de ello por nuestra propia experiencia, y hay visiones de nuestra primera juventud, pasada en el retiro y el ascetismo, cuyo recuerdo nos hace estremecer todavía hoy.

Dios y el diablo son los ideales del bien y del mal absolutos. Pero el hombre nunca concibe el mal absoluto sino como una idea falsa del bien. Solo el bien puede ser absoluto; y el mal solo es relativo a nuestra ignorancia y a nuestros errores. Todo hombre, para ser un Dios, se hace primero un diablo; pero como la ley de la solidaridad es universal, la jerarquía existe en el infierno como en el cielo. Un hombre malvado siempre encontrará a otro más malvado que él que le haga daño; y cuando el mal llega a su colmo, debe cesar, porque solo podría continuar por el aniquilamiento del ser, lo cual es imposible. Entonces los hombres-diablos, al cabo de sus recursos, caen de nuevo bajo el imperio de los hombres-dioses, y son salvados por aquellos a quienes al principio se tenía por sus víctimas; pero el hombre que se esfuerza por vivir una vida de malas acciones rinde homenaje al bien con toda la inteligencia y la energía que desarrolla en sí mismo. Por esta razón el gran iniciador decía en su lenguaje figurado: "Ojalá fueses frío o caliente; mas porque eres tibio, te vomitaré de mi boca".

El Gran Maestro, en una de sus parábolas, solo condena al hombre ocioso que enterró su tesoro por miedo de perderlo en las operaciones arriesgadas de esa banca que llamamos vida. No pensar nada, no amar nada, no desear nada, no hacer nada: ese es el verdadero pecado. La Naturaleza solo reconoce y recompensa a los trabajadores.

La voluntad humana se desarrolla y se acrecienta por su propia actividad. Para querer verdaderamente es preciso actuar. La acción domina siempre a la inercia y la arrastra atada a las ruedas de su carro. Este es el secreto de la influencia de los supuestos malvados sobre los supuestos buenos. ¡Cuántos pusilánimes y cobardes se creen virtuosos porque tienen miedo de ser otra cosa! ¡Cuántas mujeres respetables echan una mirada envidiosa a las prostitutas! No hace mucho tiempo que los presidiarios estaban de moda. ¿Por qué? ¿Creen ustedes que la opinión pública puede alguna vez rendir homenaje al vicio? No, pero puede hacer justicia a la actividad y a la valentía, y es justo que los bribones cobardes estimen a los bandidos audaces.

La audacia unida a la inteligencia es la madre de todos los éxitos en este mundo. Para emprender hay que saber; para cumplir hay que querer; para querer realmente hay que osar; y para recoger en paz los frutos de la propia audacia hay que callar.

SABER, OSAR, QUERER, CALLAR son, como hemos dicho en otra parte, las cuatro palabras cabalísticas que corresponden a las cuatro letras del tetragrama y a las cuatro formas jeroglíficas de la Esfinge. Saber es la cabeza humana; osar, las garras del león; querer, los poderosos flancos del toro; callar, las alas místicas del águila.

Solo se mantiene por encima de los demás hombres aquel que no prostituye los secretos de su inteligencia a sus comentarios y a sus risas.

Todos los hombres realmente fuertes son magnetizadores, y el agente universal obedece a su voluntad. Así es como obran maravillas. Se hacen creer, se hacen seguir, y cuando dicen: "Esto es así", la Naturaleza cambia (en cierto sentido) a los ojos del vulgo y se vuelve lo que el gran hombre quiso. "Esta es mi carne y esta es mi sangre", dijo un Hombre que se había hecho Dios por sus virtudes; ¡y dieciocho siglos, en presencia de un trozo de pan y de un poco de vino, han visto, tocado, gustado y adorado una carne y una sangre divinizadas por el martirio! ¡Digan ahora que la voluntad humana no obra milagros!

¡No hablemos aquí de Voltaire! Voltaire no era un taumaturgo: era el intérprete ingenioso y elocuente de aquellos sobre quienes el milagro ya no obraba. Todo en su obra es negativo; todo era afirmativo, por el contrario, en la del "Galileo", como Lo llamaba un ilustre y demasiado desdichado Emperador. Y sin embargo Juliano, en su tiempo, intentó más de lo que Voltaire pudo cumplir; quiso oponer milagros a milagros, la austeridad del poder a la de la rebelión, virtudes a virtudes, prodigios a prodigios; los cristianos nunca tuvieron un enemigo más peligroso, y lo reconocieron, porque Juliano fue asesinado; y la Leyenda Dorada atestigua todavía que un santo mártir, despertado en su tumba por el clamor de la Iglesia, retomó sus armas e hirió al Apóstata en las tinieblas, en medio de su ejército y de sus victorias. ¡Tristes mártires, que resucitan de entre los

muertos para hacerse verdugos! ¡Emperador demasiado crédulo, que creía en sus dioses y en las virtudes del pasado!

Cuando los reyes de Francia estaban rodeados de la adoración de su pueblo, cuando se los miraba como los ungidos del Señor y los primogénitos de la Iglesia, curaban la escrófula. Un hombre que está de moda siempre puede hacer milagros cuando quiere.

Cagliostro tal vez no haya sido más que un charlatán, pero en cuanto la opinión hizo de él "el divino Cagliostro", se esperó de él que obrara milagros; y los milagros sucedieron.

Cuando Cefas Barjona no era más que un judío proscripto por Nerón, que vendía al por menor a las mujeres de los esclavos un específico para la vida eterna, Cefas Barjona, para toda la gente instruida de Roma, no era más que un charlatán; pero la opinión pública hizo un apóstol de aquel empírico espiritualista; y los sucesores de Pedro, aunque fueran Alejandro VI o incluso Juan XXII, son infalibles para todo hombre debidamente educado que no quiera ponerse inútilmente fuera de la sociedad.

Así va el mundo.

El charlatanismo, cuando tiene éxito, es pues, en magia como en todo lo demás, un gran instrumento de poder. Fascinar hábilmente a la multitud, ¿no es ya dominarla? Los pobres diablos de hechiceros que en la Edad Media se hacían quemar vivos estúpidamente no tenían, es fácil verlo, un gran imperio sobre los demás.

Juana de Arco era una maga a la cabeza de sus ejércitos, y en Ruan la pobre muchacha ni siquiera fue una bruja. No sabía más que rezar y combatir, y el prestigio que la rodeaba cesó en cuanto

estuvo encadenada. ¿Nos dice la historia que el Rey de Francia reclamó su liberación? ¿Que la nobleza francesa, el pueblo, el ejército protestaron contra su condena? El Papa, cuyo primogénito era el Rey de Francia, ¿excomulgó a los verdugos de la Doncella de Orleans? ¡No, nada de todo eso! Juana de Arco fue una hechicera para todo el mundo en cuanto dejó de ser una maga, y ciertamente no fueron solo los ingleses quienes la quemaron.

Cuando se ejerce un poder en apariencia sobrehumano, hay que ejercerlo siempre o resignarse a perecer. El mundo siempre se venga cobardemente de haber creído demasiado, admirado demasiado y, sobre todo, obedecido demasiado.

Solo comprendemos el poder mágico en su aplicación a las grandes cosas. Si un verdadero mago práctico no se hace dueño del mundo, es porque lo desdeña. ¿A qué, pues, degradaría su poder soberano? "Te daré todos los reinos del mundo si, postrándote a mis pies, me adoras", dijo a Jesús el Satán de la parábola. "Apártate de mí, Satán", respondió el Salvador, "porque escrito está: Solo a Dios adorarás"... "¡ELI, ELI, LAMA SABACHTHANI!", fue lo que más tarde gritó este sublime y divino adorador de Dios. Si hubiera respondido a Satán: "No te adoraré, y eres tú quien caerá a mis pies, porque te lo ordeno en nombre de la inteligencia y de la razón eterna", no habría entregado su vida santa y noble a la más espantosa de todas las torturas. ¡El Satán de la montaña se vengó por cierto cruelmente!

Los antiguos llamaban a la magia práctica el arte sacerdotal y real, y se recordará que los magos fueron los maestros de la

civilización primitiva porque eran los maestros de toda la ciencia de su tiempo.

Saber es poder cuando uno se atreve a querer.

La primera ciencia del cabalista práctico, o del mago, es el conocimiento de los hombres. La frenología, la psicología, la quiromancia, la observación de los gustos y del movimiento, del sonido de la voz y de las impresiones simpáticas o antipáticas, son ramas de este arte, y los antiguos no las ignoraban. Gall y Spurzheim redescubrieron en nuestros días la frenología. Lavater, siguiendo a Porta, a Cardano, a Taisnier, a Jean Belot y a algunos otros, más que redescubrir ha adivinado de nuevo la ciencia de la psicología; la quiromancia está todavía oculta, y apenas se encuentran rastros de ella en la obra muy reciente y muy interesante de d'Arpentigny. Para tener nociones suficientes de ella hay que remontarse a las fuentes cabalísticas mismas de donde sacaba agua el sabio Cornelio Agrippa. Conviene, pues, decir algunas palabras sobre el tema mientras esperamos la obra de nuestro amigo Desbarrolles.

La mano es el instrumento de la acción en el hombre: es, como el rostro, una especie de síntesis del sistema nervioso, y debe tener también rasgos y fisonomía. El carácter del individuo está trazado allí por signos innegables. Así, entre las manos, unas son laboriosas, otras ociosas, unas cuadradas y pesadas, otras insinuantes y ligeras. Las manos duras y secas están hechas para la lucha y el trabajo; las manos blandas y húmedas no piden más que placer. Los dedos puntiagudos son curiosos y místicos; los dedos cuadrados, matemáticos; los dedos en espátula, obstinados y ambiciosos.

El pulgar, *pollex*, el dedo de la fuerza y del poder, corresponde en el simbolismo cabalístico a la primera letra del nombre de Jehová. Este dedo es, pues, una síntesis de la mano: si es fuerte, el hombre es moralmente fuerte; si es débil, el hombre es débil. Tiene tres falanges, de las cuales la primera está oculta en la palma de la mano, como el eje imaginario del mundo atraviesa el espesor de la tierra. Esta primera falange corresponde a la vida física, la segunda a la inteligencia, la tercera a la voluntad.

Las palmas grasas y gruesas denotan gustos sensuales y gran fuerza de vida física; un pulgar largo, sobre todo en su última falange, revela una voluntad fuerte, que puede llegar hasta el despotismo; los pulgares cortos, por el contrario, muestran caracteres dulces y fáciles de gobernar.

Los pliegues habituales de la mano determinan sus líneas. Estas líneas son, pues, las huellas de los hábitos, y el observador paciente sabrá reconocerlas y juzgarlas. El hombre cuya mano se pliega mal es torpe o desdichado. La mano tiene tres funciones principales: asir, sostener y manejar. Las manos más sutiles asen y manejan mejor; las manos duras y fuertes sostienen más tiempo. Hasta las arrugas más leves dan testimonio de las sensaciones habituales del órgano. Cada dedo tiene, además, una función especial de la que toma su nombre. Ya hemos hablado del pulgar; el índice es el dedo que señala, es el de la palabra y de la profecía; el medio domina toda la mano, es el del destino; el anular es el de las alianzas y de los honores: los quirománticos lo han consagrado al sol; el meñique es insinuante y parlanchín, al menos así lo dicen la gente sencilla y las niñeras, a quienes su dedo meñique les cuenta tantas cosas. La mano tiene siete

protuberancias que los cabalistas, siguiendo las analogías naturales, han atribuido a los siete planetas: la del pulgar, a Venus; la del índice, a Júpiter; la del medio, a Saturno; la del anular, al Sol; la del meñique, a Mercurio; las otras dos, a Marte y a la Luna. Según su forma y su predominio, juzgaban las inclinaciones, las aptitudes y, en consecuencia, los destinos probables de los individuos que se sometían a su juicio.

No hay vicio que no deje su huella, ni virtud que no tenga su signo. Así, para los ojos ejercitados del observador, no hay hipocresía posible. Se comprenderá que una ciencia semejante es ya un poder verdaderamente sacerdotal y real.

La predicción de los principales acontecimientos de la vida es ya posible por medio de las numerosas probabilidades analógicas de esta observación; pero existe una facultad llamada de los presentimientos o sensitivismo. Los acontecimientos existen a menudo en sus causas antes de realizarse en acto; los sensitivos ven de antemano los efectos en las causas.

Antes de todos los grandes acontecimientos hubo predicciones asombrosísimas. Bajo el reinado de Luis Felipe oímos a sonámbulos y extáticos anunciar el regreso del Imperio y precisar la fecha de su llegada. La República de 1848 estaba claramente anunciada en la profecía de Orval, que databa por lo menos de 1830 y que sospechamos fuertemente que sea, como las obras atribuidas a los hermanos Olivarius, obra póstuma de la señorita Lenormand. Esto es asunto de poca importancia en esta tesis.

Esa luz magnética que hace aparecer el porvenir hace también adivinar las cosas presentemente existentes pero ocultas; como

es la vida universal, es también el agente de la sensibilidad humana, y transmite a unos la enfermedad o la salud de otros, según la influencia fatal de los contactos o las leyes de la voluntad.

Es lo que explica el poder de las bendiciones y de los hechizos, tan claramente reconocido por los grandes adeptos, y sobre todo por el maravilloso Paracelso. Un crítico agudo y juicioso, el señor Ch. Fauvety, en un artículo publicado en la *Revue philosophique et religieuse*, aprecia de manera notable los trabajos avanzados de Paracelso, de Pomponacio, de Goglienus, de Crollius y de Robert Fludd sobre el magnetismo. Pero lo que nuestro sabio amigo y colaborador estudia solo como curiosidad filosófica, Paracelso y sus seguidores lo practicaban sin preocuparse mucho de que el mundo lo comprendiera; porque era para ellos uno de esos secretos tradicionales respecto de los cuales el silencio es necesario, y que basta con indicar a quienes saben, dejando siempre un velo sobre la verdad para los ignorantes.

Ahora bien, he aquí lo que Paracelso reservaba solo a los iniciados, y lo que hemos comprendido descifrando los caracteres cabalísticos y las alegorías de que se sirve en su obra:

El alma humana es material; la *mens* divina se le ofrece para inmortalizarla y hacerla vivir espiritual e individualmente, pero su sustancia natural es fluídica y colectiva.

Hay, pues, en el hombre dos vidas: la vida individual o razonable, y la vida común o instintiva. Es por esta última que se puede vivir en los cuerpos de los demás, puesto que el alma universal, de la

cual cada organismo nervioso tiene una conciencia separada, es la misma para todos.

Vivimos una vida común y universal en el estado embrionario, en el éxtasis y en el sueño. En el sueño, en efecto, la razón no actúa, y la lógica, cuando se mezcla en nuestros sueños, solo lo hace por azar, según los accidentes de reminiscencias puramente físicas.

En los sueños tenemos la conciencia de la vida universal; nos mezclamos con el agua, el fuego, el aire y la tierra; volamos como los pájaros; trepamos como las ardillas; nos arrastramos como las serpientes; nos embriagamos de luz astral; nos sumergimos en el depósito común, como ocurre de una manera más completa en la muerte; pero entonces (y es así como Paracelso explica los misterios de la otra vida) los malvados, es decir, los que se dejaron dominar por los instintos del bruto en perjuicio de la razón humana, se ahogan en el océano de la vida común con toda la angustia de la muerte eterna; los otros nadan sobre él y gozan para siempre de las riquezas de ese oro fluido que lograron dominar.

Esta identidad de toda la vida física permite a las almas más fuertes apoderarse de la existencia de las otras y hacer de ellas sus auxiliares; explica las corrientes simpáticas, cercanas o lejanas, y da todo el secreto de la medicina oculta, porque el principio de esta medicina es la gran hipótesis de las analogías universales y, atribuyendo todos los fenómenos de la vida física al agente universal, enseña que hay que actuar sobre el cuerpo astral para reaccionar sobre el cuerpo material visible; enseña también que la esencia de la luz astral es un doble movimiento de atracción y de repulsión; así como los cuerpos humanos se atraen

y se rechazan unos a otros, también pueden absorberse, extenderse uno en otro y hacer intercambios; las ideas o imaginaciones de uno pueden influir en la forma del otro y reaccionar luego sobre el cuerpo exterior.

Así se producen los fenómenos tan extraños de las impresiones maternas; así la vecindad de los enfermos da malos sueños, y así el alma respira algo malsano cuando está en compañía de necios y de bribones.

Puede observarse que en los internados los niños tienden a asemejarse en la fisonomía; cada lugar de educación tiene, por así decir, un aire de familia que le es propio. En los orfanatos dirigidos por monjas todas las niñas se parecen entre sí, y todas toman esa fisonomía obediente y borrosa que caracteriza a la educación ascética. Los hombres se vuelven hermosos en la escuela del entusiasmo, de las artes y de la gloria; se vuelven feos en la cárcel, y de semblante triste en los seminarios y en los conventos.

Aquí, se entenderá, dejamos a Paracelso para investigar las consecuencias y aplicaciones de sus ideas, que son simplemente las de los antiguos magos, y para estudiar los elementos de esa Cábala física que llamamos magia.

Según los principios cabalísticos formulados por la escuela de Paracelso, la muerte no es más que un sueño cada vez más profundo y más definitivo, un sueño que no sería imposible detener en sus primeras etapas ejerciendo una poderosa acción de la voluntad sobre el cuerpo astral en el momento en que se desprende, y llamándolo de nuevo a la vida mediante algún

interés poderoso o algún afecto dominante. Jesús expresó el mismo pensamiento cuando dijo de la hija de Jairo: "La niña no está muerta, sino que duerme"; y de Lázaro: "Nuestro amigo se ha dormido, y voy a despertarlo". Para expresar este sistema resurreccionista de manera que no ofenda al sentido común, con lo cual queremos decir las opiniones generalmente admitidas, digamos que la muerte, cuando no hay destrucción ni alteración esencial de los órganos físicos, va siempre precedida de un letargo de duración variable. (La resurrección de Lázaro, si pudiéramos admitirla como un hecho científico, probaría que este estado puede durar cuatro días.)[36]

Vengamos ahora al secreto de la Gran Obra, que solo hemos dado en hebreo, sin puntos vocálicos, en el *Rituel de la haute magie*. He aquí el texto completo en latín, tal como se encuentra en la página 144 del *Sepher Yetzirah* comentado por el alquimista Abraham (Ámsterdam, 1642):

> SEMITA XXXI
>
> Vocatur intelligentia perpetua; et quare vocatur ita? Eo quod ducit motum solis et lunae juxta constitutionem eorum; utrumque in orbe sibi conveniente.
>
> Rabbi Abraham F∴ D∴ dicit: Semita trigesima prima vocatur intelligentia perpetua: et illa ducit solem et lunam et reliquas stellas et figuras, unum quodque in orbe suo, et impertit omnibus creatis juxta dispositionem ad signa et figuras.

He aquí la traducción francesa del texto hebreo que transcribimos en nuestro ritual:

"El trigésimo primer sendero se llama la inteligencia perpetua; y gobierna el sol y la luna, y las demás estrellas y figuras, cada una en su orbe respectivo. Y distribuye lo necesario a todas las cosas creadas, según su disposición a los signos y a las figuras".

Este texto, como se ve, es todavía perfectamente oscuro para quien no conoce el valor característico de cada uno de los treinta y dos senderos. Los treinta y dos senderos son los diez números y las veintidós letras jeroglíficas de la Cábala. El trigésimo primero se refiere a ש, que representa la lámpara mágica, o la luz entre los cuernos de Baphomet. Es el signo cabalístico del OD, o luz astral, con sus dos polos y su centro equilibrado. Se sabe que en el lenguaje de los alquimistas el sol significa el oro, la luna la plata, y que las demás estrellas o planetas se refieren a los demás metales. Ahora debería poder comprenderse el pensamiento del judío Abraham.

El fuego secreto de los maestros de la alquimia era, pues, la electricidad; y ahí está la mejor mitad de su gran arcano; pero sabían equilibrar su fuerza por una influencia magnética que concentraban en su atanor. Esto es lo que resulta de los oscuros dogmas de Basilio Valentín, de Bernardo Trevisano y de Heinrich Khunrath, quienes, todos ellos, pretenden haber obrado la transmutación, como Raimundo Lulio, como Arnaldo de Vilanova y como Nicolás Flamel.

La luz universal, cuando magnetiza los mundos, se llama luz astral; cuando forma los metales, se la llama azoth o mercurio

filosófico; cuando da la vida a los animales, debería llamarse magnetismo animal.

El bruto está sujeto a las fatalidades de esta luz; el hombre puede dirigirla.

Es la inteligencia la que, adaptando el signo al pensamiento, crea las formas y las imágenes.

La luz universal es como la imaginación divina, y este mundo, que cambia sin cesar permaneciendo siempre el mismo en cuanto a las leyes de su configuración, es el vasto sueño de Dios.

El hombre formula la luz por su imaginación; atrae hacia sí la luz en cantidad suficiente para dar formas convenientes a sus pensamientos y aun a sus sueños; si esta luz lo vence, si ahoga su entendimiento en las formas que evoca, está loco. Pero la atmósfera fluídica de los locos es a menudo un veneno para las razones vacilantes y para las imaginaciones exaltadas.

Las formas que produce la imaginación sobreexcitada para extraviar el entendimiento son tan reales como las imágenes fotográficas. No se podría ver lo que no existe.

Los fantasmas de los sueños, y aun los sueños de los que están despiertos, son, pues, imágenes reales que existen en la luz.

Existen, además de estas, alucinaciones contagiosas.

Pero aquí afirmamos algo más que las alucinaciones ordinarias.

Si las imágenes atraídas por los cerebros enfermos son en cierto sentido reales, ¿no pueden estos proyectarlas fuera de sí mismos tan reales como las reciben?

Estas imágenes proyectadas por el organismo nervioso completo del médium, ¿no pueden afectar el organismo completo de quienes, voluntariamente o no, están en simpatía nerviosa con el médium?

Las cosas realizadas por el señor Home prueban que todo esto es posible.

Respondamos ahora a quienes creen ver en estos fenómenos manifestaciones del otro mundo y hechos de nigromancia.

Tomaremos nuestra respuesta del libro sagrado de los cabalistas, y en esto nuestra doctrina es la de los rabinos que compilaron el Zohar.

AXIOMA

El espíritu se viste para descender y se desnuda para subir.

En efecto:

¿Por qué los espíritus creados están revestidos de cuerpos? Porque deben estar limitados para tener una existencia posible. Despojados de todo cuerpo, y vueltos en consecuencia ilimitados, los espíritus creados se perderían en el infinito y, por falta del poder de concentrarse en alguna parte, estarían muertos e impotentes en todas partes, perdidos como estarían en la inmensidad de Dios.

Todos los espíritus creados tienen, pues, cuerpos, unos más sutiles, otros más groseros, según los medios en que están llamados a vivir.

El alma de un muerto no podría, pues, vivir en la atmósfera de los vivos, como tampoco nosotros podemos vivir en la tierra o en el agua.

Un espíritu aéreo, o más bien etéreo, necesitaría un cuerpo artificial semejante al aparato de nuestros buzos para poder venir hasta nosotros.

Todo lo que podemos ver de los muertos son los reflejos que han dejado en la luz atmosférica, luz cuyas impresiones evocamos por la simpatía de nuestros recuerdos.

Las almas de los muertos están por encima de nuestra atmósfera. Nuestro aire respirable se vuelve tierra para ellas. Esto es lo que declara el Salvador en Su Evangelio cuando hace decir al alma de un santo: "Ahora el gran abismo está establecido entre nosotros, y los que están arriba ya no pueden descender a los que están abajo".

Las manos que hace aparecer el señor Home están, pues, compuestas de aire coloreado por el reflejo que su imaginación enferma atrae y proyecta.[37]

Se las toca como se las ve: mitad ilusión, mitad fuerza magnética y nerviosa.

Estas son, nos parece, explicaciones muy precisas y muy claras.

Razonemos un poco con los que sostienen la teoría de las apariciones del otro mundo:

O esas manos son cuerpos reales, o son ilusiones.

Si son cuerpos, entonces no son espíritus.

Si son ilusiones producidas por espejismos, ya sea en nosotros o fuera de nosotros, ustedes admiten mi argumento.

¡Ahora, una observación! Y es que todos los que padecen de congestión luminosa o de sonambulismo contagioso perecen de muerte violenta o, por lo menos, repentina.

Por esta razón se solía atribuir al diablo el poder de estrangular a los hechiceros.

El excelente y digno Lavater evocaba habitualmente al supuesto espíritu de Gablidone. Fue asesinado.

Un vendedor de limonada de Leipzig, Schroepfer, evocaba las imágenes animadas de los muertos. Se saltó la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Se sabe cuál fue el desdichado fin de Cagliostro.

Una desgracia mayor que la muerte misma es lo único que puede salvar la vida de estos imprudentes experimentadores. Pueden volverse idiotas o locos, y entonces no mueren, si se los vigila con cuidado para impedirles suicidarse.

Las enfermedades magnéticas son el camino de la locura; nacen siempre de la hipertrofia o de la atrofia del sistema nervioso. Se parecen a la histeria, que es una de sus variedades, y a menudo las producen, ya los excesos del celibato, ya los del tipo exactamente opuesto.

Se sabe cuán estrechamente ligados al cerebro están los órganos encargados por la Naturaleza del cumplimiento de su obra más noble: aquellos cuyo objeto es la reproducción del ser.

No se viola impunemente el santuario de la Naturaleza.

Sin arriesgar su propia vida, nadie levanta el velo de la gran Isis.

La Naturaleza es casta, y es a la castidad a quien da la llave de la vida.

Entregarse a los amores impuros es prometerse en matrimonio con la muerte.

La libertad, que es la vida del alma, solo se conserva en el orden de la Naturaleza. Todo desorden voluntario la hiere, el exceso prolongado la asesina.

Entonces, en lugar de ser guiado y preservado por la razón, uno queda abandonado a las fatalidades del flujo y reflujo de la luz magnética.

La luz magnética devora sin cesar, porque siempre está creando, y porque para producir continuamente es preciso absorber eternamente.

De ahí vienen las manías homicidas y las tentaciones de suicidio.

De ahí viene ese espíritu de perversidad que Edgar Poe ha descrito de manera tan impresionante y exacta, y que el señor de Mirville tendría razón en llamar el diablo.

El diablo es el vértigo de la inteligencia aturdida por la irresolución del corazón.

Es una monomanía de la nada, el señuelo del abismo; independientemente de lo que pueda ser según las decisiones de la fe católica, apostólica y romana, que no tenemos la temeridad de tocar.

En cuanto a la reproducción de signos y caracteres por ese fluido universal que llamamos luz astral, negar su posibilidad sería tener poco en cuenta los fenómenos más ordinarios de la Naturaleza.

El espejismo en las estepas de Rusia, el palacio del hada Morgana, las figuras impresas naturalmente en el corazón de las piedras que Gaffarel llama *gamahés*, las deformidades monstruosas de ciertos niños causadas por impresiones de las pesadillas de sus madres: todos estos fenómenos y muchos otros prueban que la luz está llena de reflejos y de imágenes que proyecta y reproduce según las evocaciones de la imaginación, de la memoria o del deseo.

La alucinación no es siempre un ensueño sin objeto: en cuanto todo el mundo ve una cosa, esa cosa es ciertamente visible; pero si esa cosa es absurda, hay que concluir rigurosamente que todo el mundo está engañado o alucinado por una apariencia real.

Decir (por ejemplo) que en las sesiones magnéticas del señor Home salen de las mesas manos reales y vivas, manos verdaderas que unos ven, otros tocan, y por las cuales otros más se sienten tocados sin verlas; decir que estas manos realmente corpóreas son manos de espíritus, es hablar como niños o como locos; implica una contradicción en los términos. Pero estimar que tales o cuales apariciones, tales o cuales sensaciones, se producen, es simplemente ser sincero y burlarse de la burla del hombre normal, aun cuando esos hombres normales sean tan ingeniosos como tal o cual redactor de tal o cual periódico cómico.

Estos fenómenos de la luz que producen apariciones aparecen siempre en las épocas en que la humanidad está de parto. Son fantasmas del delirio de la fiebre del mundo; es la histeria de una sociedad aburrida. Virgilio nos cuenta en bellos versos que en tiempos de César Roma estaba llena de espectros; en tiempos de Vespasiano las puertas del Templo de Jerusalén se abrieron solas, y se oyó una voz que gritaba: "Los dioses se van". Ahora bien, cuando los dioses se van, los diablos vuelven. El sentimiento religioso se transforma en superstición cuando se pierde la fe; porque las almas necesitan creer, porque tienen sed de esperanza.

¿Cómo puede perderse la fe? ¿Cómo puede la ciencia dudar de la armonía infinita? Porque el santuario de lo absoluto está siempre cerrado para la mayoría. Pero el reino de la verdad, que es el de Dios, sufre violencia, y los violentos deben tomarlo por la fuerza. Existe un dogma, existe una llave, existe una tradición sublime; y este dogma, esta llave, esta tradición es la magia trascendental. Solo allí se encuentran lo absoluto del conocimiento y las bases eternas de la ley, salvaguardia contra toda locura, toda superstición y todo error, el Edén de la inteligencia, el sosiego del corazón y la paz del alma. No decimos esto con la esperanza de convencer al burlón, sino solo para guiar al que busca. ¡Valor y buena esperanza para él! Encontrará con seguridad, puesto que nosotros mismos hemos encontrado.

El dogma mágico no es el de los médiums. Los médiums que dogmatizan no pueden enseñar más que la anarquía, puesto que su inspiración procede de una exaltación desordenada. Siempre están prediciendo desastres; niegan la autoridad jerárquica; se

presentan, como Vintras, como soberanos pontífices. El iniciado, por el contrario, respeta ante todo la jerarquía, ama y conserva el orden, se inclina ante las creencias sinceras, ama todos los signos de inmortalidad en la fe y de redención por la caridad, que es toda disciplina y obediencia.

Acabamos de leer un libro publicado bajo la influencia de la embriaguez astral y magnética, y nos han llamado la atención las tendencias anárquicas de que está lleno bajo una gran apariencia de benevolencia y de religión. A la cabeza de este libro se ve el símbolo o, como lo llaman los magos, la signatura de las doctrinas que enseña. En lugar de la cruz cristiana, símbolo de armonía, de alianza y de regularidad, se ven los zarcillos tortuosos de la vid que brotan de su tallo retorcido, imágenes de la alucinación y de la embriaguez.

Las primeras ideas que expone este libro son el colmo de lo absurdo. Las almas de los muertos, dice, están en todas partes, y ya nada las encierra. Es un infinito atestado de dioses que vuelven a entrar unos en otros. Las almas pueden comunicarse con nosotros, y lo hacen, por medio de mesas y sombreros. Y así, nada de enseñanza regulada, nada de sacerdocio, nada de Iglesia; el delirio sentado en el trono de la verdad, oráculos que escriben para la salvación del género humano la palabra atribuida a Cambronne, grandes hombres que abandonan la serenidad de sus destinos eternos para hacer bailar nuestros muebles y para sostener con nosotros conversaciones como las que les hace sostener Béroalde de Verville[38] en *Le Moyen de parvenir*. Todo esto es una gran lástima; y sin embargo, en América, todo esto se propaga como una peste intelectual. La joven América delira,

tiene fiebre; quizás le están saliendo los dientes. ¡Pero Francia! ¡Que Francia acepte semejantes cosas! No, no es posible, y no es así.

Pero mientras rechazan las doctrinas, los hombres serios deberían observar los fenómenos, permanecer tranquilos en medio de las agitaciones de todos los fanatismos (porque también la incredulidad tiene el suyo) y juzgar después de haber examinado.

Conservar la razón en medio de los locos, la fe en medio de las supersticiones, la dignidad en medio de los bufones y la independencia entre los carneros de Panurgo es, de todos los milagros, el más raro, el más hermoso y el más difícil de cumplir.

IV. Los fantasmas fluídicos y sus misterios

Los antiguos les daban diferentes nombres: larvas, lémures (empusas). Amaban el vapor de la sangre derramada y huían del filo de la espada.

La teurgia los evocaba, y la Cábala los reconocía bajo el nombre de espíritus elementales.

No eran espíritus, sin embargo, porque eran mortales.

Eran coagulaciones fluídicas que podían destruirse dividiéndolas.

Eran una especie de espejismos animados, emanaciones imperfectas de la vida humana. Las tradiciones de la Magia Negra dicen que nacieron a causa del celibato de Adán. Paracelso dice que los vapores de la sangre de las mujeres histéricas pueblan el aire de fantasmas; y estas ideas son tan antiguas que

encontramos sus huellas en Hesíodo, que prohíbe expresamente que la ropa de lino, manchada por una polución de cualquier clase, se ponga a secar ante el fuego. Las personas obsesionadas por fantasmas suelen estar exaltadas por un celibato demasiado riguroso, o debilitadas por los excesos. Los fantasmas fluídicos son los abortos de la luz vital; son mediadores plásticos sin cuerpo y sin espíritu, nacidos de los excesos del espíritu y de los desórdenes del cuerpo. Estos mediadores errantes pueden ser atraídos por ciertos degenerados que les son fatalmente simpáticos, y que les prestan a su propia costa una existencia ficticia más o menos duradera. Sirven entonces de instrumentos suplementarios a las voliciones instintivas de esos degenerados: nunca para curarlos, siempre para extraviarlos más y alucinarlos cada vez más.

Si los embriones corporales pueden tomar las formas que les da la imaginación de sus madres, los embriones fluídicos errantes deben de ser prodigiosamente variables y transformarse con una facilidad asombrosa. Su tendencia a darse un cuerpo para atraer un alma los hace condensar y asimilar naturalmente las moléculas corporales que flotan en la atmósfera. Así, coagulando el vapor de la sangre, rehacen sangre, esa sangre que los maníacos alucinados ven flotar sobre cuadros o estatuas. Pero no son los únicos que la ven. Vintras y Rose Tamisier no son ni impostores ni miopes; la sangre corre realmente; los médicos la examinan, la analizan; es sangre, verdadera sangre humana: ¿de dónde viene? ¿Puede formarse espontáneamente en la atmósfera? ¿Puede brotar naturalmente de un mármol, de una tela pintada o de una hostia? No, sin duda; esta sangre circuló una vez por unas venas, luego fue derramada, evaporada, secada;

el suero se convirtió en vapor, los glóbulos en polvo impalpable; el conjunto flotó y giró en torbellino en la atmósfera, y luego fue atraído a la corriente de un electromagnetismo determinado. El suero volvió a hacerse líquido; tomó y embebió de nuevo los glóbulos que la luz astral había coloreado, y la sangre corre.

La fotografía nos prueba suficientemente que las imágenes son modificaciones reales de la luz. Ahora bien, existe una fotografía accidental y fortuita que deja impresiones duraderas de imágenes errantes en la atmósfera sobre las hojas de los árboles, en la madera y hasta en el corazón de las piedras: así se forman esas figuras naturales a las que Gaffarel consagró varias páginas en su libro de las *Curiosités inouïes*, esas piedras a las que atribuye una virtud oculta y que llama gamahés; así se trazan esas escrituras y esos dibujos que tanto asombran a los observadores de los fenómenos fluídicos. Son fotografías astrales trazadas por la imaginación de los médiums, con o sin la ayuda de las larvas fluídicas.

La existencia de estas larvas nos ha sido demostrada de manera perentoria por una experiencia bastante curiosa. Varias personas, para poner a prueba el poder mágico del americano Home, le pidieron que evocara a unos parientes que fingían haber perdido, pero que en realidad nunca habían existido. Los espectros no dejaron de responder a ese llamado, y los fenómenos que solían seguir a las evocaciones del médium se manifestaron plenamente.

Esta experiencia basta por sí sola para convencer de enojosa credulidad y de error formal a quienes creen que los espíritus intervienen para producir estos extraños fenómenos. Para que

los muertos vuelvan, es necesario ante todo que hayan existido, y los demonios no serían tan fácilmente víctimas de nuestras mistificaciones.

Como todos los católicos, creemos en la existencia de los espíritus de las tinieblas, pero sabemos también que el poder divino les ha dado las tinieblas por prisión eterna, y que el Redentor vio a Satanás caer del cielo como un rayo. Si los demonios nos tientan, es por la complicidad voluntaria de nuestras pasiones, y no les está permitido hacer frente al imperio de Dios ni turbar el orden eterno de la Naturaleza con manifestaciones estúpidas e inútiles.

Las firmas y los caracteres diabólicos que se producen sin conocimiento del médium no son evidentemente pruebas de un pacto tácito o formal entre esos degenerados y las inteligencias del abismo. Estos signos han servido desde el principio para expresar el vértigo astral, y permanecen en estado de espejismo en los reflejos de la luz divulgada. También la Naturaleza tiene sus recuerdos, y nos envía los mismos signos para corresponder a las mismas ideas. En todo esto no hay nada ni sobrenatural ni infernal.

"¿Cómo? ¿Quiere usted que admita", nos decía el cura Charvoz, primer vicario de Vintras, "que Satanás se atreve a imprimir sus horribles estigmas sobre materias consagradas, que se han convertido en el cuerpo mismo de Jesucristo?". Declaramos inmediatamente que nos era igualmente imposible pronunciarnos en favor de semejante blasfemia; y sin embargo, como demostramos en nuestros artículos de *L'Estafette*, los signos impresos en caracteres sangrantes sobre las hostias de

Vintras, regularmente consagradas por Charvoz, eran los que en la Magia Negra se reconocen absolutamente como las firmas de los demonios.

Las escrituras astrales son a menudo ridículas u obscenas. Los pretendidos espíritus, interrogados sobre los grandes misterios de la Naturaleza, responden a menudo con esa palabra grosera que se volvió, según dicen, heroica en una ocasión en la boca militar de Cambronne. Los dibujos que trazan los lápices librados a sí mismos reproducen muy a menudo falos informes, como los que el pilluelo anémico (así podría llamárselo pintorescamente) bosqueja en las vallas mientras silba; nueva prueba de nuestra hipótesis de que el ingenio no preside en absoluto esas manifestaciones, y de que sería sobre todo soberanamente absurdo reconocer en ellas la intervención de espíritus liberados de la servidumbre de la materia.

El jesuita Paul Saufidius, que escribió sobre los usos y costumbres de los japoneses, nos cuenta una historia muy notable. Una tropa de peregrinos japoneses, mientras atravesaba un día un desierto, vio venir hacia ella una banda de espectros cuyo número era igual al de los peregrinos y que caminaba al mismo paso. Estos espectros, al principio sin forma y semejantes a larvas, tomaron al acercarse toda la apariencia del cuerpo humano. Pronto se encontraron con los peregrinos y se mezclaron con ellos, deslizándose silenciosamente entre sus filas. Entonces los japoneses se vieron dobles, pues cada fantasma se había vuelto la imagen perfecta y, por así decir, el espejismo de cada peregrino. Los japoneses tuvieron miedo y se prosternaron, y el bonzo que los conducía se puso a rezar por ellos con grandes

contorsiones y grandes gritos. Cuando los peregrinos se levantaron, los fantasmas habían desaparecido, y la tropa de devotos pudo continuar su camino en paz.

Este fenómeno, de cuya verdad no dudamos, presenta el doble carácter de un espejismo y de una proyección súbita de larvas astrales, ocasionada por el calor de la atmósfera y el agotamiento fanático de los peregrinos.

El doctor Brierre de Boismont, en su curioso tratado *Des hallucinations*, nos cuenta que un hombre perfectamente sano, que nunca había tenido visiones, fue atormentado una mañana por una pesadilla terrible: veía en su habitación un mono misterioso, horrible de ver, que le rechinaba los dientes y se entregaba a las contorsiones más espantosas. Se despertó sobresaltado; ya era de día; saltó de la cama y se quedó helado de terror al ver, realmente presente, el objeto espantoso de su sueño. El mono estaba allí, imagen exacta del mono de la pesadilla, igualmente absurdo, igualmente terrible, haciendo incluso las mismas muecas. No podía creer a sus ojos; permaneció casi media hora inmóvil, observando este fenómeno singular y preguntándose si deliraba o si estaba loco. Por fin se acercó al fantasma para tocarlo, y este se desvaneció.

Cornelius Gemma, en su *Histoire critique universelle*, dice que en el año 454, en la isla de Candía, el fantasma de Moisés se apareció a unos judíos a la orilla del mar; llevaba en la frente cuernos luminosos y en la mano su vara fulminante, y los invitaba a seguirlo, mostrándoles con el dedo el horizonte en dirección a la Tierra Santa. La noticia de este prodigio se difundió, y los israelitas se precipitaron en tropel hacia la orilla.

Todos vieron, o fingieron ver, la maravillosa aparición: eran, en número, veinte mil, según el cronista, de quien sospechamos que exagera ligeramente en este punto. En seguida las cabezas se acaloran y las imaginaciones se desbocan; creen en un milagro más asombroso que el antiguo paso del mar Rojo. Los judíos forman una columna cerrada y corren hacia el mar; las filas de atrás empujan frenéticamente a las de adelante: creen ver al pretendido Moisés caminar sobre las aguas. Resultó un desastre espantoso: casi toda aquella multitud se ahogó, y la alucinación solo se extinguió con la vida de la mayor parte de aquellos desdichados visionarios.

El pensamiento humano crea lo que imagina; los fantasmas de la superstición proyectan sus deformidades sobre la luz astral, y viven de los mismos terrores que les dan nacimiento. Ese gigante negro que extiende sus alas de oriente a occidente para ocultar la luz al mundo, ese monstruo que devora las almas, esa espantosa divinidad de la ignorancia y del miedo (en una palabra, el diablo) es todavía, para una gran multitud de niños de todas las edades, una realidad espantosa. En nuestro *Dogme et Rituel de la Haute Magie* lo representamos como la sombra de Dios, y al decir eso ocultábamos todavía la mitad de nuestro pensamiento: Dios es luz sin sombra. ¡El diablo no es más que la sombra del fantasma de Dios!

¡El fantasma de Dios! Ese último ídolo de la tierra; ese espectro antropomórfico que se hace maliciosamente invisible; esa personificación finita de lo infinito; ese invisible al que no se puede ver sin morir, sin morir al menos para la inteligencia y para la razón, puesto que para ver lo invisible hay que estar loco;

el fantasma de Aquel que no tiene cuerpo; la forma confusa de Aquel que no tiene forma ni límite: en eso es en lo que, sin saberlo, cree la mayor parte de los creyentes. ¡Aquel que *es* esencial, pura, espiritualmente, sin ser ni el ser absoluto, ni un ser abstracto, ni la colección de los seres, el infinito intelectual en una palabra, es tan difícil de imaginar! Por otra parte, toda imaginación hace de su creador un idólatra; está obligado a creer en ella y a adorarla. Nuestro espíritu debería callar ante Él, y solo nuestro corazón tiene derecho a darle un nombre: ¡Padre nuestro!

Libro segundo: Misterios mágicos

I. Teoría de la voluntad

La vida humana y sus innumerables dificultades tienen por objeto, en la ordenación de la sabiduría eterna, la educación de la voluntad del hombre.

La dignidad del hombre consiste en hacer lo que quiere, y en querer el bien, conforme al conocimiento de la verdad.

El bien conforme a lo verdadero es lo justo.

La justicia es la práctica de la razón.

La razón es el verbo de la realidad.

La realidad es la ciencia de la verdad.

La verdad es la idea idéntica al ser.

El hombre llega a la idea absoluta del ser por dos caminos: la experiencia y la hipótesis.

La hipótesis es probable cuando la necesitan las enseñanzas de la experiencia; es improbable o absurda cuando esa enseñanza la rechaza.

La experiencia es la ciencia, y la hipótesis es la fe.

La verdadera ciencia admite necesariamente la fe; la verdadera fe cuenta necesariamente con la ciencia.

Pascal blasfemó contra la ciencia cuando dijo que por la razón el hombre no podía llegar al conocimiento de ninguna verdad.

De hecho, Pascal murió loco.

Pero Voltaire no blasfemó menos contra la ciencia cuando declaró absurda toda hipótesis de la fe y no admitió por regla de la razón más que el testimonio de los sentidos.

Además, la última palabra de Voltaire fue esta fórmula contradictoria: "DIOS Y LIBERTAD".

¡Dios!, es decir, un Amo Supremo, excluye toda idea de libertad tal como la entendía la escuela de Voltaire.

Y Libertad, si por ella se entiende una independencia absoluta de todo amo, excluye toda idea de Dios.

La palabra DIOS expresa la personificación suprema de la ley y, por consiguiente, del deber; y si por la palabra LIBERTAD ustedes quieren aceptar nuestra interpretación, EL DERECHO DE CUMPLIR CON EL PROPIO DEBER, nosotros a nuestra vez la tomaremos por divisa, y repetiremos sin contradicción y sin error: "DIOS Y LIBERTAD".

Como no hay libertad para el hombre sino en el orden que resulta de lo verdadero y del bien, puede decirse que la conquista de la libertad es la gran obra del alma humana. El hombre, al liberarse de sus malas pasiones y de su esclavitud, se crea a sí mismo, por así decir, por segunda vez. La Naturaleza lo hizo viviente y sufriente; él se hace feliz e inmortal; se convierte así en el representante de la divinidad sobre la tierra y ejerce (relativamente) su omnipotencia.

Axioma I

Nada resiste a la voluntad del hombre cuando conoce la verdad y quiere el bien.

Axioma II

Querer el mal es querer la muerte. Una voluntad perversa es un comienzo de suicidio.

Axioma III

Querer el bien con violencia es querer el mal, porque la violencia produce el desorden, y el desorden produce el mal.

Axioma IV

Se puede y se debe aceptar el mal como medio del bien; pero nunca hay que quererlo ni hacerlo, pues de lo contrario se destruiría con una mano lo que se edifica con la otra. La buena fe

nunca justifica los malos medios; los corrige cuando se los padece, y los condena cuando se los adopta.

Axioma V

Para tener el derecho de poseer siempre, hay que querer con paciencia y por largo tiempo.

Axioma VI

Pasar la vida queriendo lo que es imposible poseer siempre es abdicar de la vida y aceptar la eternidad de la muerte.

Axioma VII

Cuantos más obstáculos supera la voluntad, más fuerte es. Por esta razón Cristo glorificó la pobreza y el dolor.

Axioma VIII

Cuando la voluntad se consagra a lo absurdo, la razón eterna la reprueba.

Axioma IX

La voluntad del hombre justo es la voluntad de Dios mismo y la ley de la Naturaleza.

Axioma X

Es por la voluntad como ve la inteligencia. Si la voluntad está sana, la vista es justa. Dios dijo: "¡Hágase la luz!", y la luz es; la voluntad dice: "¡Que el mundo sea como yo quiero verlo!", y la inteligencia lo ve como la voluntad lo ha querido. Este es el sentido de la palabra "Así sea", que confirma los actos de fe.

Axioma XI

Cuando uno se crea fantasmas, pone vampiros en el mundo, y debe alimentar a esos hijos de una pesadilla voluntaria con su sangre, su vida, su inteligencia y su razón, sin saciarlos jamás.

Axioma XII

Afirmar y querer lo que debe ser es crear; afirmar y querer lo que no debe ser es destruir.

Axioma XIII

La luz[39] es un fuego eléctrico puesto por la Naturaleza al servicio de la voluntad; ilumina a quienes saben servirse de ella, quema a quienes abusan de ella.

Axioma XIV

El imperio del mundo es el imperio de la luz.[39]

Axioma XV

Las grandes inteligencias cuyas voluntades están mal equilibradas son como cometas, que son soles abortados.

Axioma XVI

No hacer nada es tan funesto como hacer el mal, pero es más cobarde. El más imperdonable de los pecados mortales es la inercia.

Axioma XVII

Sufrir es trabajar. Un gran dolor sufrido es un progreso cumplido. Los que sufren mucho viven más que los que no sufren.

Axioma XVIII

La muerte voluntaria por abnegación no es un suicidio; es la apoteosis de la voluntad.

Axioma XIX

El miedo no es más que pereza de la voluntad, y por esa razón la opinión pública fustiga a los cobardes.

Axioma XX

Logren no temer al león, y el león les temerá a ustedes. Díganle al dolor: "Quiero que seas un placer, más aún que un placer, una felicidad".

Axioma XXI

Una cadena de hierro es más fácil de romper que una cadena de flores.

Axioma XXII

Antes de decir que un hombre es feliz o desdichado, averigüen qué ha hecho de él la dirección de su voluntad: Tiberio moría cada día en Capri, mientras que Jesús probaba su inmortalidad y aun su divinidad en el Calvario y sobre la cruz.

II. El poder de la palabra

Es la palabra la que crea las formas; y las formas a su vez reaccionan sobre la palabra para modificarla y completarla.

Toda palabra de verdad es el comienzo de un acto de justicia.

Se pregunta si el hombre puede a veces verse necesariamente arrastrado al mal. Sí, cuando su juicio es falso y, en consecuencia, su palabra injusta. Pero uno es responsable de un juicio falso como de una mala acción.

Lo que falsea el juicio es el egoísmo y sus injustas vanidades.

La palabra injusta, incapaz de realizarse por la creación, se realiza por la destrucción. Tiene que matar o morir.

Si pudiera permanecer sin acción, sería el mayor de todos los desórdenes, una blasfemia permanente contra la verdad.

Tal es esa palabra ociosa de la que Cristo dijo que se dará cuenta en el Día del Juicio. Una palabra en broma, una comicidad que recrea y hace reír, no es una palabra ociosa.

La belleza de la palabra es un esplendor de la verdad. Una palabra verdadera es siempre bella; una palabra bella es siempre verdadera.

Por esta razón las obras de arte son siempre santas cuando son bellas.

¿Qué me importa que Anacreonte cante a Batilo, si en sus versos oigo las notas de esa armonía divina que es el himno eterno de la belleza? La poesía es pura como el Sol: extiende su velo de luz sobre los errores de la humanidad. ¡Ay de quien quisiera levantar el velo para percibir cosas feas!

El Concilio de Trento decidió que era lícito a las personas sabias y prudentes leer los libros de los antiguos, aun los obscenos, a causa de la belleza de la forma.

Una estatua de Nerón o de Heliogábalo hecha como una obra maestra de Fidias, ¿no sería una obra absolutamente bella y absolutamente buena? ¿Y no merecería la execración del mundo entero quien propusiera romperla porque era la representación de un monstruo?

Las estatuas escandalosas son las que están mal esculpidas, y la Venus de Milo quedaría profanada si se la pusiera junto a algunas de las Vírgenes que se atreven a exponer en ciertas iglesias.

Se aprende el mal en libros de moral mal escritos mucho más que en la poesía de Catulo o en las ingeniosas alegorías de Apuleyo.

No hay libros malos, salvo los que están mal concebidos y mal ejecutados.

Toda palabra de belleza es una palabra de verdad. Es una luz cristalizada en el habla.

Pero para que la luz más brillante se produzca y se haga visible, es necesaria una sombra; y la palabra creadora, para volverse eficaz, necesita contradicciones. Tiene que someterse a la prueba de la negación, del sarcasmo, y luego a esa otra más cruel todavía, la de la indiferencia y el olvido.

El Maestro dijo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto".

La afirmación y la negación deben, pues, casarse entre sí, y de su unión nacerá la verdad práctica, la palabra real y progresiva. Es la necesidad la que debe obligar a los obreros a elegir por piedra angular la que al principio habían despreciado y desechado.

¡Que la contradicción, pues, no desaliente nunca a los hombres de iniciativa! La tierra es necesaria para la reja del arado, y la tierra resiste porque está trabajando. Se defiende como todas las vírgenes; concibe y da a luz lentamente como todas las madres.

Ustedes, pues, que quieren sembrar una planta nueva en el campo de la inteligencia, comprendan y respeten los pudores y las resistencias de la experiencia limitada y de la razón lenta.

Cuando una palabra nueva viene al mundo, necesita pañales y fajas; el genio la dio a luz, pero a la experiencia le toca

alimentarla. ¡No teman que muera de abandono! El olvido es para ella un tiempo favorable de reposo, y las contradicciones la ayudan a crecer. Cuando un sol estalla en el espacio, crea mundos o los atrae hacia sí. Una sola chispa de luz fija promete un universo al espacio.

Toda la magia está en una palabra, y esa palabra pronunciada cabalísticamente es más fuerte que todos los poderes del Cielo, de la Tierra y del Infierno. Con el nombre de Yod He Vau He se manda a la Naturaleza; se conquistan reinos en el nombre de Adonai, y las fuerzas ocultas que componen el imperio de Hermes obedecen todas a quien sabe pronunciar debidamente el nombre incomunicable de Agla.

Para pronunciar debidamente las grandes palabras de la Cábala hay que pronunciarlas con una inteligencia completa, con una voluntad que nada detiene, una actividad que nada amilana. En magia, haber dicho es haber hecho; la palabra comienza por letras y termina en actos. No se quiere realmente una cosa sino cuando se la quiere con todo el corazón, hasta romper por ella los afectos más queridos; y con todas las fuerzas, hasta arriesgar por ella la salud, la fortuna y la vida.

Es por la abnegación absoluta como la fe se prueba y se constituye. Pero el hombre armado de semejante fe podrá mover montañas.

El enemigo más funesto de nuestras almas es la ociosidad. La inercia nos embriaga y nos adormece; pero el sueño de la inercia es corrupción y muerte. Las facultades del alma humana son como las olas del océano. Para conservarlas sanas necesitan la sal

y la amargura de las lágrimas; necesitan los torbellinos del Cielo; necesitan ser sacudidas por la tormenta.

Cuando, en lugar de marchar por el camino del progreso, queremos hacernos llevar, dormimos en los brazos de la muerte. Es a nosotros a quienes se dice, como al paralítico del Evangelio: "¡Toma tu lecho y anda!". Nos toca a nosotros llevarnos a la muerte, sumergirla en la vida.

Consideren la magnífica y terrible metáfora de San Juan: el Infierno es un fuego que duerme. Es una vida sin actividad y sin progreso; es azufre estancado: *stagnum ignis et sulphuris*.

La vida dormida es como la palabra ociosa, y de ella tendrán que dar cuenta los hombres en el Día del Juicio.

La inteligencia habla y la materia se agita. No descansará hasta haber tomado la forma que le da la palabra. ¡Vean la palabra cristiana, cómo desde hace diecinueve siglos ha puesto a trabajar al mundo! ¡Qué batallas de gigantes! ¡Cuántos errores expuestos y refutados! ¡Cuánto cristianismo engañado e irritado hay en el fondo del protestantismo, desde el siglo dieciséis hasta el dieciocho! El egoísmo humano, desesperado por sus derrotas, ha azuzado una tras otra todas sus estupideces. Han vuelto a vestir al Salvador del mundo con todos los harapos y con todas las púrpuras de burla. ¡Después del Jesús inquisidor han inventado al Jesús *sans-culotte*! Midan, si pueden, todas las lágrimas y toda la sangre que han corrido; calculen con audacia todo lo que todavía se derramará antes de la llegada del reino mesiánico del Hombre-Dios, que someterá a la vez todas las pasiones a los poderes y todos los poderes a la justicia.

¡VENGA A NOSOTROS TU REINO! Desde hace cerca de mil novecientos años, sobre toda la superficie de la tierra, este ha sido el grito de setecientos millones de gargantas, ¡y los israelitas todavía esperan al Mesías! Él dijo que vendría, y vendrá. Vino a morir, y ha prometido volver para vivir.

EL CIELO ES LA ARMONÍA DE LOS SENTIMIENTOS GENEROSOS.

EL INFIERNO ES EL CONFLICTO DE LOS INSTINTOS COBARDES.

Cuando la humanidad, a fuerza de experiencias sangrientas y dolorosas, haya comprendido de verdad esta doble verdad, abjurará del Infierno del egoísmo para entrar en el Cielo de la abnegación y de la caridad cristiana.

La lira de Orfeo civilizó a la Grecia salvaje, y la lira de Anfión edificó Tebas la Misteriosa, porque la armonía es la verdad. La Naturaleza entera es armonía. Pero el Evangelio no es una lira: es el libro de los principios eternos que deben regular y regularán todas las liras y todas las armonías vivientes del universo.

Mientras el mundo no comprenda estas tres palabras: Verdad, Razón, Justicia, y estas otras: Deber, Jerarquía, Sociedad, la divisa revolucionaria "Libertad, Igualdad, Fraternidad" no será más que una triple mentira.

III. Influencias misteriosas

No hay término medio posible. Todo hombre es bueno o malo. Los indiferentes, los tibios, no son buenos; son, en consecuencia,

malos, y los peores de todos los malos, porque son imbéciles y cobardes. La batalla de la vida es como una guerra civil: los que permanecen neutrales traicionan por igual a ambos partidos y renuncian al derecho de contarse entre los hijos de la patria.

Todos aspiramos la vida de los demás, y exhalamos sobre ellos de algún modo una parte de nuestra propia existencia. Los hombres buenos e inteligentes son, sin saberlo, los médicos de la humanidad; los hombres necios y malvados son envenenadores públicos.

Hay personas en cuya compañía uno se siente reconfortado. ¡Miren a esa joven mujer de mundo! Charla, ríe, se viste como todo el mundo; ¿por qué, entonces, todo en ella es mejor y más perfecto? Nada más natural que sus maneras, nada más franco y más noblemente libre que su conversación. Junto a ella todo debería estar a sus anchas, salvo los malos sentimientos, pero junto a ella son imposibles. No busca los corazones, sino que los atrae hacia sí y los eleva. No embriaga, encanta. Toda su persona predica una perfección más amable que la virtud misma. Es más graciosa que la gracia; sus actos son fáciles e inimitables, como la buena música y la poesía. De ella dijo una mujer encantadora, demasiado amiga suya para ser su rival, después de un baile: "Me pareció ver retozar a la Santa Biblia".

¡Miren ahora el reverso de la hoja! Vean a esta otra mujer que afecta la devoción más rígida y que se escandalizaría si oyera cantar a los ángeles; pero su conversación es malévola, su mirada altiva y desdeñosa; cuando habla de la virtud, hace amable el vicio. Para ella Dios es un marido celoso, y se hace un gran mérito de no engañarlo. Sus máximas son desoladoras, sus

acciones se deben a la vanidad más que a la caridad, y podría decirse después de haberla encontrado en la iglesia: "He visto al diablo rezando".

Al dejar a la primera, uno se siente lleno de amor por todo lo bello, lo bueno y lo generoso. Uno se alegra de haberle dicho bien todas las cosas nobles que ella le ha inspirado, y de haber sido aprobado por ella. Uno se dice que la vida es buena, ya que Dios la ha concedido a almas como la suya; está lleno de valor y de esperanza. La otra lo deja a uno debilitado y desconcertado o, lo que es peor, lleno de malos designios; le hace dudar del honor, de la piedad y del deber; en su presencia solo se escapa del hastío por la puerta de los malos deseos. Uno ha calumniado para agradarle, se ha humillado para halagar su orgullo, y queda descontento de ella y de sí mismo.

El sentimiento vivo y certero de estas diversas influencias es propio de los espíritus bien equilibrados y de las conciencias delicadas, y es precisamente lo que los antiguos escritores ascéticos llamaban el don de discernimiento de espíritus.

Ustedes son consoladores crueles, decía Job a sus pretendidos amigos. Son, en efecto, los viciosos quienes afligen en lugar de consolar. Tienen un tacto prodigioso para encontrar y elegir las banalidades más desesperantes. ¿Llora usted por un afecto roto? ¡Qué ingenuo es! Jugaban con usted, no lo amaban. Admite usted con tristeza que su hijo cojea; amistosamente le hacen notar que es jorobado. Si tose y eso lo alarma, le ruegan con ternura que lo cuide mucho, quizá esté tísico. ¿Su esposa está enferma desde hace mucho tiempo? ¡Ánimo, se morirá de eso!

Espera y trabaja: tal es el mensaje que el Cielo nos dirige por la voz de todas las almas buenas.

Desespera y muere, nos grita el Infierno en cada palabra y en cada movimiento, aun en todos los actos amistosos y las caricias de los seres imperfectos o degradados.

Sea cual fuere la reputación de alguien, y sean cuales fueren los testimonios de amistad que esa persona pueda darle, si al dejarla usted se siente menos bien dispuesto y más débil, es perniciosa para usted: evítela.

Nuestro doble magnetismo produce en nosotros dos clases de simpatías. Necesitamos absorber e irradiar alternativamente. Nuestro corazón ama los contrastes, y hay pocas mujeres que hayan amado sucesivamente a dos hombres de genio. Uno encuentra la paz en la protección que le da su propio cansancio de admirar; es la ley del equilibrio; pero a veces hasta las naturalezas sublimes son sorprendidas en caprichos de vulgaridad. El hombre, decía el abate Gerbet, es la sombra de un Dios en el cuerpo de una bestia: hay en él los amigos del ángel y los aduladores del animal.

El ángel nos atrae; pero si no estamos en guardia, es la bestia la que nos arrastra: nos arrastrará incluso fatalmente consigo cuando se trate de bestialidad, es decir, de las satisfacciones de esa vida nodriza de la muerte que, en el lenguaje de las bestias, se llama "la vida real".

En religión, el Evangelio es una guía segura; no lo es en los negocios, y hay muchísima gente que, si tuviera que arreglar la

sucesión temporal de Jesucristo, se entendería más a gusto con Judas Iscariote que con San Pedro.

Se admira la probidad, decía Juvenal, y se la deja morir de frío. Si tal o cual hombre célebre, por ejemplo, no hubiera solicitado escandalosamente la riqueza, ¿se le habría ocurrido a alguien dotar a su vieja musa? ¿Quién le habría dejado legados? La virtud tiene nuestra admiración, nuestra bolsa no le debe nada; esa gran dama es bastante rica sin nosotros. Más bien se da al vicio, ¡es tan pobre!

"No me gustan los mendigos, y solo doy a los pobres vergonzantes", dijo un día un hombre de ingenio.

"¿Pero qué les da, si no los conoce?".

"Les doy mi admiración y mi estima, y para eso no necesito conocerlos".

"¿Cómo es que necesita usted tanto dinero?", le preguntaban a otro; "no tiene hijos ni cargas".

"Tengo a mis pobres, y no puedo dejar de darles mucho dinero".

"Hágamelos conocer; quizá yo también les dé algo".

"¡Oh! Ya conoce usted a algunos, no lo dudo. Tengo siete que me cuestan una enormidad, y un octavo que cuesta más que los otros siete. Los siete son los siete pecados capitales; el octavo es el juego".

Otro diálogo:

"Deme cinco francos, señor, me muero de hambre".

"¡Imbécil! ¿Se muere de hambre y quiere que lo aliente en tan mal camino? Se muere de hambre y tiene la impudicia de confesarlo. Quiere hacerme cómplice de su incapacidad, encubridor de su suicidio. Quiere que premie la miseria. ¿Por quién me toma? ¿Cree que soy un granuja como usted?...".

Y otro más:

"A propósito, viejo amigo, ¿podrías prestarme mil libras? Quiero seducir a una mujer honesta".

"¡Ah! Eso está mal, pero nunca puedo negarle nada a un amigo. Aquí las tienes. Cuando lo hayas logrado, podrías darme su dirección".

Eso es lo que se llama en Inglaterra, y en otras partes, los modales de un caballero.

"¡El hombre de honor que no tiene trabajo roba y no mendiga!", respondió un día Cartouche a un transeúnte que le pedía limosna. Es tan enfático como la palabra que la tradición asocia con Cambronne, y quizá el famoso ladrón y el gran general respondieron realmente de la misma manera.

Fue ese mismo Cartouche quien en otra ocasión ofreció, por propia iniciativa y sin que se lo pidieran, veinte mil libras a un quebrado. Hay que portarse como es debido con los hermanos.

La asistencia mutua es una ley de la naturaleza. Ayudar a nuestros semejantes es ayudarnos a nosotros mismos. Pero por encima de la asistencia mutua se eleva una ley más santa y más grande: es la asistencia universal, es la caridad. Todos admiramos y amamos a San Vicente de Paúl, pero tenemos

también una secreta debilidad por la habilidad, la presencia de ánimo y, sobre todo, la audacia de Cartouche.

Los cómplices declarados de nuestras pasiones pueden repugnarnos al humillarnos; a nuestro propio riesgo y peligro, nuestro orgullo nos enseñará a resistirles. Pero ¿qué hay más peligroso para nosotros que nuestros cómplices hipócritas y ocultos? Nos siguen como el dolor, nos esperan como el abismo, nos rodean como el encaprichamiento. Los excusamos para excusarnos, los defendemos para defendernos, los justificamos para justificarnos, y terminamos por someternos a ellos porque es preciso, porque no tenemos la fuerza de resistir a nuestras inclinaciones, porque nos falta la voluntad de hacerlo. Se han apoderado de nuestro ascendiente, como dice Paracelso, y adonde quieran llevarnos iremos. Son nuestros ángeles malos. Lo sabemos en el fondo de nuestra conciencia; pero los soportamos; nos hemos hecho sus servidores para que ellos también sean los nuestros. Nuestras pasiones, tratadas con ternura y halagadas, se han vuelto esclavas-amas; y los que sirven a nuestras pasiones, nuestros criados y nuestros amos.

Exhalamos nuestros pensamientos y aspiramos los de los demás, impresos en la luz astral que se ha vuelto su atmósfera electromagnética; y así la compañía de los malvados es menos funesta para los buenos que la de los seres vulgares, cobardes y tibios. Una fuerte antipatía nos advierte fácilmente y nos preserva del contacto de los vicios groseros; no ocurre lo mismo con los vicios disfrazados, vicios en cierto modo diluidos y vueltos casi amables. Una mujer honesta no experimentará más

que asco en la compañía de una prostituta, pero tiene todo que temer de las seducciones de una coqueta.

Se sabe que la locura es contagiosa, pero los locos son particularmente peligrosos cuando son amables y simpáticos. Uno entra poco a poco en su círculo de ideas, termina por comprender sus exageraciones; al compartir sus entusiasmos, se acostumbra a su lógica extraviada, termina por encontrar que no están tan locos como pensaba al principio. De ahí a creer que solo ellos tienen razón no hay más que un paso. Uno los quiere, los aprueba, está tan loco como ellos.

Los afectos son libres y pueden fundarse en la razón, pero las simpatías son cosa de fatalidad y muy a menudo irrazonables. Dependen de las atracciones más o menos equilibradas de la luz magnética, y actúan sobre los hombres de la misma manera que sobre los animales. Uno encontrará tontamente placer en la compañía de una persona en la que no hay nada amable, porque está misteriosamente atraído y dominado por ella. Y bastante a menudo estas extrañas simpatías comenzaron por vivas antipatías: los fluidos se repelieron al principio y se equilibraron después.

La especialidad equilibrante del mediador plástico de cada persona es lo que Paracelso llama su ascendiente, y da el nombre de *flagum* al reflejo particular de las ideas habituales de cada uno en la luz universal.

Se llega al conocimiento del ascendiente de una persona por la adivinación sensitiva del *flagum* y por una dirección persistente de la voluntad. Se vuelve el lado activo del propio ascendiente

hacia el lado pasivo del ascendiente de otro cuando se quiere tomar posesión de ese otro y dominarlo. El ascendiente astral ha sido adivinado por otros magos, que le dieron el nombre de *tourbillon* (vórtice). Es, dicen, una corriente de luz especializada que representa siempre el mismo círculo de imágenes y, en consecuencia, de impresiones determinadas y determinantes. Estos vórtices existen para los hombres como para los astros. "Los astros", decía Paracelso, "exhalan su alma luminosa y atraen recíprocamente su irradiación. El alma de la tierra, prisionera de las leyes fatales de la gravitación, se libera especializándose, y pasa por el instinto de los animales para llegar a la inteligencia del hombre. La porción activa de esta voluntad es muda, pero conserva por escrito los secretos de la Naturaleza. La parte libre ya no puede leer esa escritura fatal sin perder instantáneamente su libertad. No se pasa de la contemplación muda y vegetativa al pensamiento libre y vibrante sin cambiar de medio y de órganos. De ahí viene el olvido que acompaña al nacimiento, y las vagas reminiscencias de nuestras intuiciones enfermizas, siempre análogas a las visiones de nuestros éxtasis y de nuestros sueños".

Esta revelación de aquel gran maestro de la medicina oculta arroja una luz intensa sobre todos los fenómenos del sonambulismo y de la adivinación. Allí está también, para quien sepa encontrarla, la verdadera llave de la evocación y de la comunicación con el alma fluídica de la tierra.

Las personas cuya influencia peligrosa se hace sentir con un solo contacto son las que forman parte de una asociación fluídica, o que, voluntaria o involuntariamente, se sirven de una corriente de luz astral extraviada. Los que, por ejemplo, viven aislados,

privados de toda comunicación con la humanidad, y están a diario en simpatía fluídica con animales reunidos en gran número, como es ordinariamente el caso de los pastores, están poseídos por el demonio cuyo nombre es legión; a su vez reinan despóticamente sobre las almas fluídicas de los rebaños confiados a su cuidado: en consecuencia, su buena o mala voluntad hace prosperar o morir su ganado; y esta influencia de simpatía animal pueden ejercerla sobre los mediadores plásticos humanos mal defendidos, ya por una voluntad débil, ya por una inteligencia limitada. Así se explican los maleficios que habitualmente hacen los pastores, y los fenómenos todavía bastante recientes del presbiterio de Cideville.

Cideville es una aldea de Normandía donde hace algunos años se produjeron fenómenos semejantes a los que después ocurrieron bajo la influencia del señor Home. El señor de Mirville los estudió cuidadosamente, y el señor Gougenet Desmousseaux reprodujo todos los detalles en un libro publicado en 1854, titulado *Mœurs et pratiques des démons*. Lo más notable de este último autor es que parece adivinar la existencia del mediador plástico o cuerpo fluídico. "No tenemos ciertamente dos almas", dice, "pero quizá tenemos dos cuerpos". Todo lo que dice, en efecto, parecería probar esta hipótesis. Vio a un pastor cuya forma fluídica rondaba un presbiterio, y que era herido a distancia por los golpes infligidos a su larva astral. Preguntaremos aquí a los señores de Mirville y Gougenet Desmousseaux si toman a ese pastor por el diablo, y si, de cerca o de lejos, el diablo tal como ellos lo conciben puede ser arañado o herido. En aquella época, en Normandía, apenas se conocían las enfermedades magnéticas de los médiums, y aquel desdichado

sonámbulo, que debería haber sido atendido y curado, fue maltratado y hasta golpeado, no ya en su aparición fluídica, sino en su propia persona, ¡por el vicario mismo! ¡Hay que convenir en que es una singular clase de exorcismo! Si esas violencias tuvieron lugar realmente, y si pueden imputarse a un eclesiástico a quien se estima, y que puede ser, por lo que sabemos, muy bueno y muy respetable, ¡admitamos que escritores como los señores de Mirville y Gougenet Desmousseaux se hacen no poco sus cómplices!

Las leyes de la vida física son inexorables, y en su naturaleza animal el hombre nace esclavo de la fatalidad; es a fuerza de luchas contra sus instintos como puede conquistar la libertad moral. Son, pues, posibles para nosotros dos existencias diferentes sobre la tierra: una fatal, la otra libre. El ser fatal es el juguete o el instrumento de una fuerza que él no dirige. Ahora bien, cuando los instrumentos de la fatalidad se encuentran y chocan, el más fuerte rompe o arrastra al más débil; los seres verdaderamente emancipados no temen ni maleficios ni influencias misteriosas.

Podrán ustedes responder que un encuentro con Caín puede ser fatal para Abel. Sin duda; pero semejante fatalidad es una ventaja para la víctima pura y santa; solo es una desgracia para el asesino.

Así como entre los justos hay una gran comunidad de virtudes y de méritos, hay entre los malvados una solidaridad absoluta de culpabilidad fatal y de castigo necesario. El crimen reside en las tendencias del corazón. Las circunstancias, casi siempre independientes de la voluntad, son las únicas causas de la

gravedad de los actos. Si la fatalidad hubiera hecho de Nerón un esclavo, se habría hecho actor o gladiador y no habría incendiado Roma: ¿sería a él a quien habría que agradecérselo?

Nerón fue el cómplice de todo el pueblo romano, y los que deberían haberlo impedido incurrieron en toda la responsabilidad de los frenesíes de ese monstruo. Séneca, Burro, Trasea, Corbulón: suya es la verdadera culpa de aquel reinado espantoso; ¡grandes hombres que fueron egoístas o incapaces! Lo único que supieron fue morir.

Si uno de los osos del Jardín Zoológico se escapara y devorara a varias personas, ¿se culparía a él o a sus guardianes?

Quien se libera de los errores comunes de la humanidad está obligado a pagar un rescate proporcional a la suma de esos errores: Sócrates paga por Anito, y Jesús tuvo que sufrir un suplicio cuyo terror igualaba toda la traición de Judas.

Así, pagando las deudas de la fatalidad, la libertad duramente conquistada compra el imperio del mundo; a ella le corresponde atar y desatar. Dios ha puesto en sus manos las llaves del Cielo y del Infierno.

Ustedes, hombres que abandonan a los brutos a sí mismos, quieren que los devoren.

La plebe, esclava de la fatalidad, solo puede gozar de la libertad por la obediencia absoluta a la voluntad de los hombres libres; debe trabajar para los que son responsables de ella.

Pero cuando el bruto gobierna a los brutos, cuando el ciego guía a los ciegos, cuando el jefe está tan sujeto a la fatalidad como las

masas, ¿qué se puede esperar? ¿Qué, sino las catástrofes más espantosas? En eso no quedaremos nunca defraudados.

Al admitir los dogmas anárquicos de 1789, Luis XVI lanzó al Estado por una pendiente fatal. Desde ese momento, todos los crímenes de la Revolución pesaron sobre él solo; solo él había faltado a su deber. Robespierre y Marat no hicieron más que lo que tenían que hacer. Girondinos y montañeses se mataron entre sí en los engranajes de la fatalidad, y sus muertes violentas fueron otras tantas catástrofes necesarias; en aquella época no hubo más que una ejecución grande y legítima, realmente sagrada, realmente expiatoria: la del Rey. El principio de la realeza habría caído si aquel príncipe demasiado débil hubiera escapado. Pero una transacción entre el orden y el desorden era imposible. No se hereda de aquellos a quienes se asesina; se los despoja; y la Revolución rehabilitó a Luis XVI al asesinarlo. Después de tantas concesiones, tantas debilidades, tantos rebajamientos indignos, aquel hombre, consagrado por segunda vez por la desgracia, pudo al menos decir mientras caminaba hacia el cadalso: "¡La Revolución está condenada, y yo sigo siendo el Rey de Francia!".

Ser justo es sufrir por todos los que no son justos, pero es la vida; ser malvado es sufrir por uno mismo sin ganar la vida; es engañarse, hacer el mal y ganar la muerte eterna.

Para recapitular: las influencias fatales son las de la muerte.

Las influencias vivas son las de la vida.

Según seamos más débiles o más fuertes en la vida, atraemos o repelemos el maleficio. Este poder oculto no es sino demasiado

real, pero la inteligencia y la virtud encontrarán siempre el medio de evitar sus obsesiones y sus ataques.

IV. Misterios de la perversidad

El equilibrio humano se compone de dos atracciones: una hacia la muerte, la otra hacia la vida. La fatalidad es el vértigo que nos arrastra al abismo; la libertad es el esfuerzo razonable que nos eleva por encima de las atracciones fatales de la muerte.

¿Qué es el pecado mortal? Es la apostasía de nuestra propia libertad; es abandonarnos a la ley de la inercia. Un acto injusto es un pacto con la injusticia: ahora bien, toda injusticia es una abdicación de la inteligencia. Caemos desde ese momento bajo el imperio de la fuerza, cuyas reacciones aplastan siempre todo lo que está desequilibrado.

El amor del mal y la adhesión formal de la voluntad a la injusticia son los últimos esfuerzos de la voluntad que expira. El hombre, haga lo que haga, es más que un bruto, y no puede abandonarse como un bruto a la fatalidad. Tiene que elegir. Tiene que amar. El alma desesperada que se cree enamorada de la muerte está todavía más viva que un alma sin amor. La actividad para el mal puede y debe devolver al hombre al bien, por contragolpe y por reacción. El verdadero mal, aquel para el que no hay remedio, es la inercia.

Los abismos de la gracia corresponden a los abismos de la perversidad. Dios ha hecho a menudo santos de los canallas; pero nunca ha hecho nada con los tibios y los cobardes.

So pena de reprobación hay que trabajar, hay que obrar. La Naturaleza, por otra parte, se encarga de ello, y si no queremos marchar con todo nuestro valor hacia la vida, nos arroja con todas sus fuerzas hacia la muerte. Arrastra a los que no quieren caminar.

Un hombre a quien podría llamarse el gran profeta de los borrachos, Edgar Poe, ese loco sublime, ese genio de la extravagancia lúcida, ha pintado con una realidad aterradora las pesadillas de la perversidad... «Maté al viejo porque bizqueaba». «Hice aquello porque no debía haberlo hecho». He ahí la terrible antistrofa del *Credo quia absurdum* de Tertuliano.

Desafiar a Dios e insultarlo es un acto final de fe. «Los muertos no te alaban, oh Señor», dijo el Salmista; y podríamos añadir, si nos atreviéramos: «Los muertos no te blasfeman».

«¡Oh, hijo mío!», decía un padre inclinado sobre el lecho de su hijo, que había caído en letargo tras un violento acceso de delirio: «insúltame otra vez, pégame, muérdeme, sentiré que todavía estás vivo, ¡pero no descanses para siempre en el espantoso silencio de la tumba!».

Un gran crimen viene siempre a protestar contra una gran tibieza. Cien mil buenos sacerdotes, si su caridad hubiera sido más activa, habrían podido impedir el crimen del miserable Verger. La Iglesia tiene derecho a juzgar, condenar y castigar a un eclesiástico que causa escándalo; pero no tiene derecho a abandonarlo a los frenesíes de la desesperación y a las tentaciones de la miseria y del hambre.

Nada es tan aterrador como la nada, y si alguna vez pudiera formularse su concepción, si fuera posible admitirla, el Infierno sería algo deseable. Por eso la Naturaleza misma busca e impone la expiación como un remedio; por eso el castigo es una corrección, como tan bien lo entendió el gran conde católico Joseph de Maistre; por eso la pena de muerte es un derecho natural y nunca desaparecerá de las leyes humanas. La mancha del asesinato sería indeleble si Dios no justificara el cadalso; el poder divino, abdicado por la sociedad y usurpado por los criminales, les pertenecería sin disputa. El asesinato se volvería entonces una virtud cuando ejerciera las represalias de la naturaleza ultrajada. La venganza privada protestaría contra la ausencia de expiación pública, y con las astillas de la espada rota de la justicia la anarquía forjaría sus puñales.

«Si Dios suprimiera el Infierno, los hombres harían otro para desafiarlo», nos dijo un día un buen sacerdote. Tenía razón: y por eso mismo el Infierno está tan ansioso de que lo supriman.

¡Emancipación!, es el grito de todos los vicios. Emancipación del asesinato por la abolición de la pena de muerte; emancipación de la prostitución y del infanticidio por la abolición del matrimonio; emancipación de la ociosidad y de la rapiña por la abolición de la propiedad... Así gira el torbellino de la perversidad hasta llegar a esta fórmula suprema y secreta: ¡Emancipación de la muerte por la abolición de la vida!

Es por las victorias del trabajo como se escapa de las fatalidades del dolor. Lo que llamamos muerte no es más que el eterno parto de la Naturaleza. Ella reabsorbe sin cesar y vuelve a tomar en su seno todo lo que no ha nacido del espíritu. La materia, inerte en

sí misma, solo puede existir en virtud del movimiento perpetuo, y el espíritu, naturalmente volátil, solo puede durar fijándose. La emancipación de las leyes de la fatalidad por la libre adhesión del espíritu a lo verdadero y a lo bueno es lo que el Evangelio llama el nacimiento espiritual; la reabsorción en el seno eterno de la Naturaleza es la segunda muerte.

Los seres no emancipados son atraídos hacia esa segunda muerte por una gravitación fatal; el uno arrastra al otro, como el divino Miguel Ángel nos lo ha hecho ver tan claramente en su gran cuadro del Juicio Final; se aferran y son tenaces como los que se ahogan, y los espíritus libres deben luchar enérgicamente contra ellos para que no les estorben el vuelo, para que no los arrastren de vuelta al Infierno. Esta guerra es tan antigua como el mundo; los griegos la figuraron bajo los símbolos de Eros y Anteros, y los hebreos por el antagonismo de Caín y Abel. Es la guerra de los Titanes y de los Dioses. Los dos ejércitos están en todas partes, invisibles, disciplinados y siempre listos para el ataque o el contraataque. Las gentes sencillas de ambos lados, asombradas de la resistencia instantánea y unánime que encuentran, empiezan a creer en vastas conspiraciones hábilmente organizadas, en sociedades ocultas y todopoderosas. Eugène Sue inventa a Rodin;[40] los eclesiásticos hablan de los Iluminados y de los francmasones; Wronski sueña con sus bandas de místicos, y bajo todo eso no hay nada verdadero y serio sino la lucha necesaria del orden y del desorden, de los instintos y del pensamiento; el resultado de esa lucha es el equilibrio en el progreso, y el diablo contribuye siempre, a pesar suyo, a la gloria de San Miguel.

El amor físico es la más perversa de todas las pasiones fatales. Es el anarquista de los anarquistas; no conoce ley, deber, verdad ni justicia. Haría que la doncella caminara sobre los cadáveres de sus padres. Es una embriaguez irreprimible; una locura furiosa. Es el vértigo de la fatalidad que busca nuevas víctimas; la borrachera caníbal de Saturno, que quiere ser padre para tener más hijos que devorar. Vencer al amor es triunfar sobre la Naturaleza entera. Someterlo a la justicia es rehabilitar la vida consagrándola a la inmortalidad; por eso las mayores obras de la revelación cristiana son la creación de la virginidad voluntaria y la santificación del matrimonio.

Mientras el amor no es más que un deseo y un goce, es mortal. Para hacerse eterno debe convertirse en un sacrificio, porque entonces se vuelve una potencia y una virtud. Es la lucha de Eros y Anteros la que produce el equilibrio del mundo.

Todo lo que sobreexcita la sensibilidad conduce a la depravación y al crimen. Las lágrimas llaman a la sangre. Con las grandes emociones pasa como con las bebidas fuertes; usarlas habitualmente es abusar de ellas. Ahora bien, todo abuso de las emociones pervierte el sentido moral; se las busca por sí mismas; se sacrifica todo para procurárselas. Una mujer novelesca se convertirá fácilmente en una heroína del Old Bailey. Puede llegar incluso al absurdo deplorable e irreparable de matarse para admirarse y compadecerse viéndose morir.

Los hábitos novelescos llevan a las mujeres a la histeria y a los hombres a la melancolía. Manfred, René, Lélia son tipos de perversidad tanto más profundos cuanto que argumentan en favor de su orgullo enfermizo y hacen poemas de su demencia.

¡Uno se pregunta con terror qué monstruo podría nacer del acoplamiento de Manfred y Lélia!

La pérdida del sentido moral es una verdadera locura; el hombre que no obedece, ante todo, a la justicia ya no se pertenece; camina sin luz en la noche de su existencia; se agita como en un sueño, presa de la pesadilla de sus pasiones.

Las corrientes impetuosas de la vida instintiva y las débiles resistencias de la voluntad forman un antagonismo tan marcado que los cabalistas supusieron la superfetación de las almas: es decir, creyeron en la presencia, en un mismo cuerpo, de varias almas que se lo disputan entre sí y a menudo buscan destruirlo, muy parecido a como los náufragos de la *Medusa*, cuando se disputaban la posesión de la balsa demasiado pequeña, procuraban hundirla.

Es cierto que, al hacerse servidor de una corriente cualquiera, de instintos o incluso de ideas, uno renuncia a su personalidad y se vuelve esclavo de ese espíritu multitudinario al que el Evangelio llama legión.

Los artistas lo saben bastante bien. Sus frecuentes evocaciones de la luz universal los enervan. Se vuelven médiums, es decir, enfermos. Cuanto más los agranda el éxito en la opinión pública, más disminuye su personalidad. Se vuelven maniáticos, envidiosos, coléricos. No admiten que ningún mérito, ni siquiera en una esfera diferente, pueda ponerse al lado del suyo; y, vueltos injustos, prescinden incluso de la cortesía.

Para escapar de esta fatalidad, los hombres verdaderamente grandes se aíslan de toda camaradería, sabiendo que es la muerte

de la libertad. Se salvan por una orgullosa impopularidad del contagio de la vil multitud. Si Balzac hubiera sido en vida hombre de una camarilla o de un partido, no habría quedado después de su muerte como el genio grande y universal de nuestra época.

La luz no ilumina ni las cosas insensibles ni los ojos cerrados, o al menos solo las ilumina en provecho de los que ven. La palabra del Génesis, «¡Hágase la luz!», es el grito de victoria con que la inteligencia triunfa sobre las tinieblas. Esta palabra es sublime en efecto porque expresa sencillamente la cosa más grande y más maravillosa del mundo: la creación de la inteligencia por sí misma, cuando, reuniendo sus potencias y equilibrando sus facultades, dice: Quiero inmortalizarme con la visión de la verdad eterna. ¡Hágase la luz!, y la luz se hace. La luz, eterna como Dios, comienza cada día para todos los ojos que están abiertos para verla. La verdad será eternamente la invención y la creación del genio; este exclama: ¡Hágase la luz!, y el genio mismo es, porque la luz es. El genio es inmortal porque comprende que la luz es eterna. El genio contempla la verdad como su obra porque es el vencedor de la luz, y la inmortalidad es el triunfo de la luz porque será la recompensa y la corona del genio.

Pero no todos los espíritus ven con exactitud, porque no todos los corazones quieren con justicia. Hay almas para las que la luz verdadera parece no tener derecho a ser. Se contentan con visiones fosforescentes, abortos de luz, alucinaciones del pensamiento; y, amando esos fantasmas, temen el día que los pondrá en fuga, porque sienten que, no estando hecho el día para sus ojos, volverían a caer en una oscuridad más profunda. Así es

como los necios primero temen, después calumnian, insultan, persiguen y condenan a los sabios. Hay que compadecerlos y perdonarlos, porque no saben lo que hacen.

La verdadera luz descansa y satisface el alma; la alucinación, por el contrario, la cansa y la atormenta. Las satisfacciones de la locura son como esos sueños gastronómicos de los hambrientos que les aguzan el hambre sin satisfacerla jamás. De ahí nacen las irritaciones y las turbaciones, los desalientos y las desesperaciones. «La vida nos miente siempre», dicen los discípulos de Werther, «¡y por eso queremos morir!». Pobres niños, no es la muerte lo que necesitan, es la vida. Desde que están en el mundo han muerto cada día; ¿es del cruel placer del aniquilamiento de donde quieren pedir un remedio para el aniquilamiento de sus placeres? No, la vida nunca los ha engañado: todavía no han vivido. ¡Lo que han tomado por vida no son más que las alucinaciones y los sueños del primer sopor de la muerte!

Todos los grandes criminales se han alucinado a propósito; y los que se alucinan a propósito pueden ser llevados fatalmente a convertirse en grandes criminales. Nuestra luz personal, especializada, producida, determinada por nuestro propio afecto dominante, es el germen de nuestro paraíso o de nuestro Infierno. Cada uno de nosotros (en cierto sentido) concibe, gesta y alimenta a su ángel bueno o malo. La concepción de la verdad engendra en nosotros al buen genio; la falsedad intencional incuba y cría pesadillas y fantasmas. Cada uno debe alimentar a sus hijos, y nuestra vida se consume en provecho de nuestros pensamientos. ¡Dichosos los que vuelven a encontrar la

inmortalidad en las creaciones de su alma! ¡Ay de los que se desgastan alimentando la mentira y engordando la muerte!, porque cada uno cosechará lo que haya sembrado.

Hay criaturas inquietas y atormentadas cuya influencia es perturbadora y cuya conversación es funesta. En su presencia uno se siente irritado y se aleja de ellas enojado; y sin embargo, por una perversidad secreta, uno las busca para experimentar la perturbación y gozar de las emociones malévolas que nos producen. Esas personas padecen las enfermedades contagiosas del espíritu de perversidad.

El espíritu de perversidad tiene siempre por móvil secreto la sed de destrucción, y su fin último es el suicidio. El asesino Elicabide, según su propia confesión, no solo sentía la necesidad salvaje de matar a sus parientes y amigos, sino que hasta hubiera querido, de haber sido posible (lo dijo con esas mismas palabras en su juicio), *quemar el globo como una castaña asada*. Lacenaire, que pasaba los días tramando asesinatos para tener con qué pasar las noches en orgías innobles o en la excitación del juego, se jactaba en voz alta de haber vivido. A eso llamaba vivir, y cantaba un himno a la guillotina, a la que llamaba su bella prometida, ¡y el mundo estaba lleno de imbéciles que admiraban al miserable!

Alfred de Musset, antes de apagarse en la embriaguez, malgastó uno de los más bellos talentos de su siglo en canciones de fría ironía y de asco universal. El desdichado había sido hechizado por el aliento de una mujer profundamente perversa, que, después de haberlo matado, se acurrucó como un gul sobre su cuerpo y le desgarró el sudario.

Le preguntamos un día a un joven escritor de esa escuela qué probaba su literatura. «Prueba», nos respondió franca y sencillamente, «que hay que desesperar y morir». ¡Qué apostolado y qué doctrina!

Pero esas son las conclusiones necesarias y regulares del espíritu de perversidad: aspirar sin cesar al suicidio, calumniar la vida y la naturaleza, invocar la muerte cada día sin poder morir. Ese es el Infierno eterno, es el castigo de Satán, esa encarnación mitológica del espíritu de perversidad; la verdadera traducción al francés de la palabra griega διάβολος, o diablo, es *le pervers*, el perverso.

He aquí un misterio que los libertinos no sospechan. Es este: no se puede gozar ni siquiera de los placeres materiales de la vida sino en virtud del sentido moral. El placer es la música de las armonías interiores; los sentidos no son más que sus instrumentos, instrumentos que suenan desafinados al contacto con un alma degradada. Los malvados no pueden sentir nada, porque no pueden amar nada: para amar hay que ser bueno. Por consiguiente, para ellos todo está vacío, y les parece que la Naturaleza es impotente porque ellos mismos lo son; dudan de todo porque no saben nada; blasfeman de todo porque no saborean nada; acarician para degradar; beben para emborracharse; duermen para olvidar; despiertan para soportar un aburrimiento mortal: así vivirá, o más bien así morirá cada día, el que se libera de toda ley y de todo deber para hacerse esclavo de sus pasiones. El mundo, y la eternidad misma, se vuelven inútiles para quien se hace inútil al mundo y a la eternidad.

Nuestra voluntad actúa directamente sobre nuestro mediador plástico, es decir, sobre la porción de vida astral que está especializada en nosotros y que nos sirve para la asimilación y la configuración de los elementos necesarios para nuestra existencia; nuestra voluntad, justa o injusta, armoniosa o perversa, modela ese mediador a su propia imagen y le da la belleza en conformidad con lo que nos atrae. Así la monstruosidad moral produce la fealdad física; porque el mediador astral, ese arquitecto interior de nuestro edificio corporal, lo modifica sin cesar según nuestras necesidades reales o ficticias. Agranda el vientre y las mandíbulas de los glotones, adelgaza los labios del avaro, vuelve desvergonzadas las miradas de las mujeres impuras y venenosas las de los envidiosos y los malignos. Cuando el egoísmo ha prevalecido en el alma, la mirada se vuelve fría y los rasgos duros: la armonía de las formas desaparece y, según la especialidad absorbente o radiante de ese egoísmo, los miembros se secan o se cargan de grasa. La Naturaleza, al hacer de nuestro cuerpo el retrato de nuestra alma, garantiza para siempre su parecido y lo retoca incansablemente.

Ustedes, mujeres bonitas que no son buenas, tengan por seguro que no seguirán siendo hermosas por mucho tiempo. La belleza es el préstamo que la Naturaleza hace a la virtud. Si la virtud no está lista cuando vence el plazo, la prestamista recuperará sin piedad Su capital.

La perversidad, al modificar el organismo cuyo equilibrio destruye, crea al mismo tiempo una fatalidad de necesidades que la empuja a su propia destrucción, a su muerte. Cuanto menos goza el hombre perverso, más sediento está de goce. El vino es

como agua para el borracho, el oro se funde en las manos del jugador; Mesalina se agota sin saciarse. El placer que se les escapa se transforma para ellos en una larga irritación y un largo deseo. Cuanto más mortíferos son sus excesos, más les parece que la felicidad suprema está al alcance de la mano... Un vaso más de bebida fuerte, un espasmo más, una violencia más hecha a la Naturaleza... ¡Ah! Por fin, he aquí el placer; he aquí la vida... y su deseo, en el paroxismo de su hambre insaciable, se extingue para siempre en la muerte.

Cuarta parte: Los grandes secretos prácticos o la realización de la ciencia

Introducción

Las altas ciencias de la Qabalah y de la Magia prometen al hombre un poder excepcional, real, efectivo, eficaz, y habría que tenerlas por falsas y vanas si no lo dieran. Juzguen a los maestros por sus obras, dijo el Maestro supremo. Esta regla de juicio es infalible. Si quieren que crea en lo que saben, muéstrenme lo que hacen.

Dios, para elevar al hombre a la emancipación moral, se esconde de él y le abandona, en cierto modo, el gobierno del mundo. Se deja adivinar por las grandezas y las armonías de la Naturaleza, para que el hombre se perfeccione progresivamente exaltando siempre la idea que se forma de su autor.

El hombre no conoce a Dios sino por los nombres que da a ese Ser de los seres, y no lo distingue sino por las imágenes que de Él procura trazar. Es, pues, en cierto modo, el creador de Aquel que lo ha creado. Se cree el espejo de Dios y, agrandando indefinidamente su propio espejismo, piensa que podrá esbozar en el espacio infinito la sombra de Aquel que no tiene cuerpo, ni sombra, ni espacio.

CREAR A DIOS, CREARSE A SÍ MISMO, HACERSE INDEPENDIENTE, INMORTAL Y SIN SUFRIMIENTO: he ahí, ciertamente, un programa más atrevido que el sueño de Prometeo. Su expresión es audaz hasta la impiedad, su pensamiento ambicioso hasta la locura. Pues bien, este programa solo es paradójico en su forma, que se presta a una interpretación falsa y sacrílega. En un sentido es perfectamente razonable, y la ciencia de los adeptos promete realizarlo y cumplirlo a la perfección.

El hombre, en efecto, se crea un Dios correspondiente a su propia inteligencia y a su propia bondad; no puede elevar su ideal más alto de lo que su desarrollo moral le permite. El Dios que adora es siempre un agrandamiento de su propio reflejo. Concebir lo absoluto de la bondad y de la justicia es ser uno mismo sumamente justo y bueno.

Las cualidades morales del espíritu son riquezas, y la mayor de todas las riquezas. Hay que adquirirlas por la lucha y el trabajo. Puede oponerse esta objeción: la desigualdad de las aptitudes; algunos niños nacen con organismos más cercanos a la perfección. Pero debemos creer que tales organismos resultan de un trabajo más avanzado de la Naturaleza, y que los niños que están dotados de ellos los han adquirido, si no por sus propios esfuerzos, al menos por las obras solidarias de los seres humanos a los que está ligada su existencia. Es un secreto de la Naturaleza, y la Naturaleza no hace nada por azar; la posesión de facultades intelectuales más desarrolladas, como la del dinero y la tierra, constituye un derecho imprescriptible de transmisión y de herencia.

Sí, el hombre está llamado a completar la obra de su creador, y cada instante que emplea en mejorarse o en destruirse es decisivo para toda la eternidad.

Es por la conquista de una inteligencia eternamente lúcida y de una voluntad eternamente justa como se constituye vivo para la vida eterna, ya que nada sobrevive a la injusticia y al error sino la pena de su desorden.

Comprender el bien es quererlo, y en el plano de la justicia querer es hacer. Por eso el Evangelio nos dice que los hombres serán juzgados según sus obras.

Nuestras obras nos hacen hasta tal punto lo que somos que nuestro cuerpo mismo, como hemos dicho, recibe de nuestros hábitos la modificación, y a veces el cambio completo, de su forma.

Una forma conquistada, o sufrida, se convierte en una providencia, o en una fatalidad, para toda la existencia.

Esas extrañas figuras que los egipcios daban a los símbolos humanos de la divinidad representan las formas fatales. Tifón tiene cabeza de cocodrilo. Está condenado a comer sin cesar para llenar su vientre de hipopótamo. Así está consagrado, por su voracidad y su fealdad, a la destrucción eterna.

El hombre puede matar o vivificar sus facultades por la negligencia o por el abuso. Puede crearse facultades nuevas por el buen uso de las que ha recibido de la Naturaleza.

Se dice a menudo que los afectos no se gobiernan, que la fe no es posible para todos, que uno no rehace su propio carácter. Todas

estas afirmaciones solo son verdaderas para los ociosos o los perversos. Uno puede hacerse fiel, piadoso, amante, abnegado, cuando sinceramente quiere serlo. Uno puede dar a su espíritu la calma de la exactitud, como a su voluntad la omnipotencia de la justicia. Uno puede reinar en el Cielo en virtud de la fe, y en la tierra en virtud de la ciencia. El hombre que sabe gobernarse a sí mismo es rey de toda la Naturaleza.

Vamos a exponer ahora, en este último libro, por qué medios los verdaderos iniciados se han hecho dueños de la vida, cómo han vencido el dolor y la muerte; cómo operan sobre sí mismos y sobre los demás la transformación de Proteo; cómo ejercen el poder adivinatorio de Apolonio; cómo hacen el oro de Raimundo Lulio y de Flamel; cómo, para renovar su juventud, poseen los secretos de Postel el Resucitado y los que se dice que guardaba Cagliostro. En suma, vamos a decir la última palabra de la magia.

I. De la transformación. La vara de Circe. El baño de Medea. La magia vencida con sus propias armas. El gran arcano de los jesuitas y el secreto de su poder

La Biblia nos cuenta que el rey Nabucodonosor, en el punto más alto de su poder y de su orgullo, fue súbitamente transformado en bestia.

Huyó a lugares salvajes, se puso a comer hierba, se dejó crecer la barba y el cabello, así como las uñas, y permaneció en ese estado durante siete años.

En nuestro *Dogme et Rituel de la Haute Magie* hemos dicho lo que pensamos de los misterios de la licantropía, o metamorfosis

de los hombres en lobizones.

Todo el mundo conoce la fábula de Circe y comprende su alegoría.

El ascendiente fatal de una persona sobre otra es la verdadera vara de Circe.

Se sabe que casi todas las fisonomías humanas guardan semejanza con uno u otro animal, es decir, la impronta de un instinto especializado.

Ahora bien, los instintos se equilibran con instintos contrarios y son dominados por instintos más fuertes que ellos.

Para dominar a las ovejas, el perro juega con su miedo a los lobos.

Si ustedes son perros y quieren que una gatita bonita los ame, no tienen más que un medio: metamorfosearse en gatos.

Pero ¿cómo? Por la observación, la imitación y la imaginación. Creemos que nuestro lenguaje figurado será comprendido por esta vez, y recomendamos esta revelación a todos los que quieran magnetizar: es el más profundo de todos los secretos de su arte.

He aquí la fórmula en términos técnicos:

«Polarizar la propia luz animal, en antagonismo equilibrado con el polo contrario».

O bien: concentrar en uno mismo las cualidades especiales de absorción para dirigir sus rayos hacia un foco absorbente, y viceversa.

Este gobierno de nuestra polarización magnética puede hacerse con ayuda de las formas animales de que hemos hablado; servirán para fijar la imaginación.

Demos un ejemplo:

Quieren actuar magnéticamente sobre una persona polarizada como ustedes, cosa que, si son magnetizadores, adivinarán al primer contacto: solo que esa persona es un poco menos fuerte que ustedes: es un ratón, mientras que ustedes son una rata. Háganse gato y lo atraparán.

En uno de los admirables cuentos que, aunque no los inventó, contó mejor que nadie, Perrault pone en escena a un gato que con astucia induce a un ogro a transformarse en ratón, y apenas está hecho, el ratón es triturado por el gato.

Los cuentos de Mamá Oca, como el *Asno de oro* de Apuleyo, son quizá verdaderas leyendas mágicas, y ocultan bajo el manto de cuentos infantiles los formidables secretos de la ciencia.

Es cosa sabida que los magnetizadores dan al agua pura las propiedades y el sabor del vino, de los licores y de cualquier droga imaginable, con la sola imposición de las manos, es decir, por su voluntad expresada en un signo.

Se sabe también que los domadores de fieras vencen a los leones haciéndose mental y magnéticamente más fuertes y más fieros que los leones.

Jules Gérard, el intrépido cazador del león africano, sería devorado si tuviera miedo. Pero, para no tener miedo a un león, hay que hacerse más fuerte y más salvaje que el animal mismo

por un esfuerzo de imaginación y de voluntad. Hay que decirse: soy yo el león, y en mi presencia este animal no es más que un perro que debe temblar ante mí.

Fourier imaginó los antileones; Jules Gérard ha realizado esa quimera del soñador falansteriano.[41]

Pero, se dirá, para no temer a los leones basta con ser un hombre de coraje y estar bien armado.

No, eso no basta. Hay que saberse de memoria, por así decir, para poder calcular los saltos del animal, adivinando sus estratagemas, evitando sus garras, previendo sus movimientos; ser, en una palabra, maestro consumado en el arte del león, como podría haber dicho el excelente La Fontaine.

Los animales son los símbolos vivientes de los instintos y de las pasiones de los hombres. Si vuelven tímido a un hombre, lo cambian en liebre. Si, por el contrario, lo empujan a la ferocidad, hacen de él un tigre.

La vara de Circe es el poder de fascinación que posee la mujer; y la transformación de los compañeros de Ulises en cerdos no es una historia propia de aquel tiempo.

Pero ninguna metamorfosis puede operarse sin destrucción. Para cambiar un halcón en paloma hay que matarlo primero, después cortarlo en pedazos, de modo que se destruya hasta la menor huella de su primera forma, y luego hervirlo en el baño mágico de Medea.

Observen cómo proceden los hierofantes modernos para cumplir la regeneración humana; cómo, por ejemplo, en la religión

católica, se ponen a la obra para cambiar a un hombre más o menos débil y apasionado en un misionero estoico de la Compañía de Jesús.

He ahí el gran secreto de esa Orden venerable y terrible, siempre incomprendida, a menudo calumniada y siempre soberana.

Lean atentamente el libro titulado *Los Ejercicios de San Ignacio* y noten con qué poder mágico ese hombre de genio opera la realización de la fe.

Ordena a sus discípulos ver, tocar, oler, gustar las cosas invisibles. Quiere que los sentidos se exalten durante la oración hasta el punto de la alucinación voluntaria.

Ustedes meditan sobre un misterio de la fe; San Ignacio quiere, en primer lugar, que creen un lugar, que lo sueñen, que lo vean, que lo toquen. Si es el infierno, les da rocas ardientes para tocar, los hace nadar en tinieblas espesas como la pez, les pone azufre líquido en la lengua, les llena las narices de un hedor abominable, les muestra torturas espantosas y les hace oír gemidos sobrehumanos en su agonía; ordena a su voluntad crear todo eso mediante ejercicios obstinadamente sostenidos. Cada uno lo lleva a cabo a su manera, pero siempre del modo más adecuado para impresionarlo.

No es la embriaguez del hachís que servía a la bellaquería del Viejo de la Montaña; es un sueño sin dormir, una alucinación sin locura, una visión razonada y querida, una verdadera creación de la inteligencia y de la fe.

Desde entonces, cuando predica, el jesuita puede decir: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos oído con nuestros

oídos y lo que nuestras manos han palpado, eso os anunciamos».

El jesuita así formado está en comunión con un círculo de voluntades ejercitadas como la suya; por consiguiente, cada uno de los padres es tan fuerte como la Compañía, y la Compañía es más fuerte que el mundo.

II. Cómo conservar y renovar la juventud. Los secretos de Cagliostro. La posibilidad de la resurrección. Ejemplo de Guillaume Postel, llamado el Resucitado. Historia de un obrero taumaturgo, etc.

Se sabe que una vida sobria, moderadamente ocupada y perfectamente ordenada prolonga habitualmente la existencia; pero en nuestra opinión eso es poco más que la prolongación de la vejez, y hay derecho a pedir a la ciencia que profesamos otros privilegios y otros secretos.

Ser joven por largo tiempo, o incluso volver a ser joven, eso es lo que parecería deseable y precioso a la mayoría de los hombres. ¿Es posible? Examinaremos la cuestión.

El famoso conde de Saint-Germain ha muerto, no lo dudamos, pero nadie lo vio nunca envejecer. Aparentaba siempre la edad de cuarenta años, y en la época de su mayor celebridad pretendía tener más de ochenta.

Ninon de l'Enclos, en su más avanzada vejez, era todavía una mujer joven, hermosa y seductora. Murió sin haber envejecido.

Desbarrolles, el célebre quiromante, ha sido durante mucho tiempo para todo el mundo un hombre de treinta y cinco años.

Su partida de nacimiento diría algo muy distinto si se atreviera a mostrarla, pero nadie le creería.

Cagliostro aparentaba siempre la misma edad. Pretendía poseer no solo un elixir que daba a los viejos, por un instante, todo el vigor de la juventud, sino que se jactaba también de poder operar la regeneración física por medios que hemos detallado y analizado en nuestra *Historia de la Magia*.

Cagliostro y el conde de Saint-Germain atribuían la conservación de su juventud a la existencia y al uso de la medicina universal, ese medicamento buscado inútilmente por tantos hermetistas y alquimistas.

Un iniciado del siglo XVI, el bueno y sabio Guillaume Postel, nunca pretendió poseer el gran arcano de la filosofía hermética; y sin embargo, después de haber sido visto viejo y quebrantado, reapareció con la tez fresca, sin arrugas, la barba y el cabello negros, el cuerpo ágil y vigoroso.

Sus enemigos pretendían que se pintaba la cara y se teñía el cabello; porque los burlones y los falsos sabios tienen que encontrar alguna explicación para los fenómenos que no comprenden.

El gran medio mágico de conservar la juventud del cuerpo es impedir que el alma envejezca, conservando preciosamente esa frescura original de los sentimientos y de los pensamientos que el mundo corrompido llama ilusiones y que nosotros llamaremos los espejismos primitivos de la verdad eterna.

Creer en la felicidad sobre la tierra, en la amistad, en el amor, en una Providencia maternal que cuenta todos nuestros pasos y

recompensará todas nuestras lágrimas, es ser un perfecto incauto, dirá el mundo corrompido; no ve que el incauto es él mismo, que se cree fuerte privándose de todas las delicias del alma.

Creer en el bien moral es poseer ese bien: por eso el Salvador del mundo promete el reino de los cielos a quienes se hagan semejantes a los niños pequeños.

¿Qué es la infancia? Es la edad de la fe. El niño no sabe todavía nada de la vida; y así irradia una inmortalidad confiada. ¿Es posible que dude de la abnegación, de la ternura, de la amistad y del amor de la Providencia cuando está en brazos de su madre?

Háganse niños de corazón y permanecerán jóvenes de cuerpo.

Las realidades de Dios y de la Naturaleza superan infinitamente en belleza y en bondad toda la imaginación de los hombres. Por eso los hastiados del mundo son personas que nunca supieron ser felices; y los desengañados prueban con sus aversiones que solo han bebido de arroyos turbios.

Para gozar incluso de los placeres animales de la vida hay que tener el sentido moral; y los que calumnian la existencia ciertamente han abusado de ella.

La alta magia, como lo hemos probado, conduce al hombre de vuelta a las leyes de la moral más pura. *Vel sanctum invenit, vel sanctum facit*, dice un adepto: o encuentra una cosa santa o la hace santa; porque nos hace comprender que para ser felices, aun en este mundo, hay que ser santos.

¡Ser santo! Eso es fácil de decir; pero ¿cómo darse la fe cuando ya no se cree? ¿Cómo recobrar el gusto por la virtud en un corazón marchitado por el vicio?

Hay que recurrir a las cuatro palabras de la ciencia: saber, osar, querer y callar.

Hay que acallar las aversiones, estudiar el deber y empezar por practicarlo como si se lo amara.

¿Son ustedes incrédulos y quieren hacerse cristianos? Hagan los ejercicios de un cristiano, oren regularmente usando las fórmulas cristianas; acérquense a los sacramentos como si tuvieran fe, y la fe vendrá.

Ese es el secreto de los jesuitas, contenido en los Ejercicios espirituales de San Ignacio.

Con ejercicios semejantes, un necio, si lo quisiera con perseverancia, se volvería sabio.[42]

Cambiando los hábitos del alma se cambian ciertamente los del cuerpo; ya lo hemos dicho y hemos explicado el método.

¿Qué es lo que más contribuye a envejecernos afeándonos? El odio y la amargura, los juicios desfavorables que hacemos de los demás, nuestras rabias de vanidad herida y nuestras pasiones mal satisfechas. Una filosofía bondadosa y apacible evitaría todos estos males.

Si cerramos los ojos a los defectos de nuestro prójimo y solo consideramos sus buenas cualidades, encontraremos el bien y la benevolencia en todas partes. El hombre más perverso tiene un lado bueno y se ablanda cuando se sabe tomarlo.

Si no tuvieran nada en común con los vicios de los hombres, ni siquiera los percibirían. La amistad, y las abnegaciones que inspira, se encuentran hasta en las cárceles y en los presidios. El horrible Lacenaire devolvía fielmente el dinero que le habían prestado y con frecuencia obró con generosidad y bondad. No dudo de que en la vida de crímenes que llevaron Cartouche y Mandrin hubo actos de virtud capaces de arrancar lágrimas de los ojos. Nunca ha habido nadie absolutamente malo ni absolutamente bueno. «No hay nadie bueno sino Dios», dijo el mejor de los Maestros.

Esa cualidad que en nosotros llamamos celo por la virtud no es a menudo más que un amor propio secreto y dominante, unos celos disfrazados y un orgulloso instinto de contradicción. «Cuando vemos desórdenes manifiestos y pecadores escandalosos», dicen los teólogos místicos, «creamos que Dios los somete a pruebas mayores que aquellas con que nos prueba a nosotros, que ciertamente, o al menos muy probablemente, no somos tan buenos como ellos y lo haríamos mucho peor en su lugar».

¡Paz! ¡Paz! Este es el bien supremo del alma, y para darnos eso vino Cristo al mundo. «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!», exclamaron los Ángeles del Cielo en el nacimiento del Salvador.

Los antiguos padres del cristianismo contaban un octavo pecado capital: era la Tristeza. En efecto, para el verdadero cristiano ni siquiera el arrepentimiento es una tristeza; es un consuelo, una alegría y un triunfo. «Quería el mal y ya no lo quiero; estaba muerto y estoy vivo». El padre del Hijo Pródigo ha matado el

ternero cebado porque su hijo ha vuelto. ¿Qué puede hacer este? ¡Lágrimas y turbación, sin duda!, pero ¡sobre todo, alegría! No hay más que una cosa triste en el mundo, y es el pecado y la locura. Puesto que estamos liberados, riamos y gritemos de alegría, porque estamos salvados, ¡y todos los que nos amaron en vida se regocijan en el cielo!

Todos llevamos en nosotros un principio de muerte y un principio de inmortalidad. La muerte es la bestia, y la bestia produce siempre la estupidez bestial. Dios no ama a los necios, porque su espíritu divino se llama espíritu de inteligencia. La estupidez se expía con el sufrimiento y la esclavitud. El palo está hecho para las bestias.

El sufrimiento es siempre una advertencia. ¡Tanto peor para el que no la comprende! Cuando la Naturaleza tira de la rienda es que nos desviamos; cuando usa el látigo es que el peligro es inminente. ¡Ay, pues, del que no reflexiona!

Cuando estamos maduros para la muerte, dejamos la vida sin pesar y nada nos haría volver a tomarla; pero cuando la muerte es prematura, el alma echa de menos la vida, y un taumaturgo hábil sería capaz de llamarla de vuelta al cuerpo.

Los libros sagrados nos indican el procedimiento que debe emplearse en tal caso. El profeta Eliseo y el apóstol San Pablo lo emplearon con éxito. Hay que magnetizar al difunto poniendo los pies sobre sus pies, las manos sobre sus manos, la boca sobre su boca. Luego, concentrar toda la voluntad durante largo tiempo, llamar hacia sí al alma escapada, usando todos los pensamientos amorosos y las caricias mentales de que uno sea capaz. Si el

operador inspira a esa alma mucho afecto o gran respeto, si en el pensamiento que le comunica magnéticamente el taumaturgo logra persuadirla de que la vida todavía le es necesaria y de que aún le esperan días felices aquí abajo, ciertamente volverá, y para el hombre de la ciencia ordinaria la muerte aparente no habrá sido más que un letargo.

Fue después de un letargo de esta clase cuando Guillaume Postel, llamado de vuelta a la vida por la Madre Juana, reapareció con una juventud nueva y ya no se llamó sino Postel el Resucitado, *Postellus restitutus*.

En el año 1799 había en el Faubourg Saint-Antoine, en París, un herrero que se hacía pasar por adepto de la ciencia hermética. Se llamaba Leriche y tenía fama de haber realizado curas milagrosas y hasta resurrecciones mediante el uso de la medicina universal. Una bailarina de la Ópera que creía en él vino un día a verlo y le dijo, llorando, que su amante acababa de morir. El señor Leriche salió con ella hacia la casa del muerto. Al entrar, una persona que salía le dijo: «Es inútil que suba, murió hace seis horas». «No importa», dijo el herrero, «ya que estoy aquí, lo veré». Subió y encontró un cadáver helado en todas sus partes excepto en el hueco del estómago, donde creyó sentir todavía un poco de calor. Hizo encender un gran fuego, le masajeó todo el cuerpo con servilletas calientes y lo frotó con la medicina universal disuelta en espíritu de vino. [Su pretendida medicina universal debía de ser un polvo con mercurio, análogo al kermes[43] de los droguistas]. Mientras tanto, la amante del muerto lloraba y lo llamaba de vuelta a la vida con las palabras más tiernas. Después de una hora y media de estos cuidados, Leriche puso un espejo

ante el rostro del paciente y encontró el cristal ligeramente empañado. Redoblaron sus esfuerzos y pronto obtuvieron un signo de vida todavía más marcado. Entonces lo pusieron en una cama bien caldeada, y pocas horas después estaba enteramente devuelto a la vida. Esta persona se llamaba Candy. Vivió desde entonces sin enfermarse jamás. En 1845 todavía estaba vivo y vivía en la Place du Chevalier du Guet, número 6. Contaba la historia de su resurrección a quien quisiera escucharlo y daba mucho que reír a los médicos y a los sabihondos de su barrio. El buen hombre se consolaba al estilo de Galileo y les respondía: «Pueden reírse cuanto quieran. Todo lo que sé es que el certificado de defunción estaba firmado y la licencia de inhumación extendida; dieciocho horas después iban a enterrarme, y aquí estoy».

III. El gran arcano de la muerte

A menudo nos entristecemos pensando que la vida más hermosa tiene que terminar, y la proximidad de lo terrible Desconocido que se llama la muerte nos hastía de todas las alegrías de la existencia.

¿Para qué nacer, si hay que vivir tan poco? ¿Para qué criar con tanto cuidado a hijos que han de morir? Tal es la pregunta de la ignorancia humana en sus dudas más frecuentes y más tristes.

Eso mismo es lo que el embrión humano podría preguntarse vagamente ante la proximidad del nacimiento que va a arrojarlo a un mundo desconocido despojándolo de su envoltura protectora.

¡Estudiemos el misterio del nacimiento y tendremos la llave del gran arcano de la muerte!

Arrojado por las leyes de la Naturaleza al seno de una mujer, el espíritu encarnado despierta muy lentamente y se crea con esfuerzo órganos que más tarde serán indispensables, pero que, a medida que crecen, aumentan su incomodidad en su situación presente. El período más feliz de la vida del embrión es aquel en que, como una crisálida, extiende a su alrededor la membrana que le sirve de refugio y que nada con él en un fluido nutritivo y conservador. En ese tiempo es libre y no sufre. Participa de la vida universal y recibe la impronta de los recuerdos de la Naturaleza, que más tarde determinarán la configuración de su cuerpo y la forma de sus rasgos. Esa edad feliz puede llamarse la infancia del embrión.

Sigue la adolescencia; la forma humana se vuelve distinta y su sexo se determina; se produce en el huevo materno un movimiento que se parece a los vagos ensueños de esa edad que sigue a la infancia. La placenta, que es el cuerpo exterior y real del feto, siente germinar en sí algo desconocido que ya tiende a romperla y escapar.

El niño entra entonces más claramente en la vida de los sueños. Su cerebro, que actúa como espejo del de su madre, reproduce con tanta fuerza las imaginaciones de ella que comunica su forma a sus propios miembros. Su madre es para él en ese tiempo lo que Dios es para nosotros, una Providencia desconocida e invisible, a la que aspira hasta el punto de identificarse con todo lo que ella admira. Se aferra a ella, vive por ella, aunque no la ve y ni siquiera sabría comprenderla. Si pudiera filosofar, quizá

negaría la existencia personal y la inteligencia de esa madre, que para él no es todavía más que una prisión fatal y un aparato de conservación.

Poco a poco, sin embargo, esa servidumbre lo fastidia; se retuerce, sufre, siente que su vida va a terminar. Llega entonces una hora de angustia y de convulsión; sus ataduras se rompen; siente que va a caer en el abismo de lo desconocido. Se ha consumado; cae, queda aplastado por el dolor, un frío extraño lo invade, exhala un último suspiro que se convierte en un primer grito; ¡ha muerto a la vida embrionaria, ha nacido a la vida humana!

Durante la vida embrionaria le parecía que la placenta era su cuerpo, y lo era de hecho: su cuerpo embrionario especial, un cuerpo inútil para otra vida, un cuerpo que había que desechar como cosa impura en el momento del nacimiento.

El cuerpo de nuestra vida humana es como una segunda envoltura, inútil para la tercera vida, y por eso la desechamos en el momento de nuestro segundo nacimiento.

La vida humana, comparada con la vida celestial, es verdaderamente un embrión. Cuando nuestras malas pasiones nos matan, la Naturaleza aborta, y nacemos antes de tiempo para la eternidad, lo que nos expone a esa terrible disolución que San Juan llama la segunda muerte.

Según la tradición constante de los extáticos, los abortos de la vida humana quedan flotando en la atmósfera terrestre, que no logran superar y que poco a poco los absorbe y los ahoga. Tienen forma humana, pero siempre mutilada e imperfecta; a uno le

falta una mano, a otro un brazo, este no es más que un torso, y aquel es una cabeza pálida que rueda. Les ha impedido elevarse al cielo una herida recibida durante la vida humana, una herida moral que ha causado una deformidad física, y por esa herida, poco a poco, se les escapa toda la existencia.

Pronto su alma moral quedará desnuda y, para ocultar su vergüenza haciéndose a toda costa un velo nuevo, se verá obligada a arrastrarse hacia las tinieblas exteriores y a atravesar lentamente el mar muerto, las aguas dormidas del antiguo caos. Esas almas heridas son las larvas de la segunda formación del embrión; alimentan sus cuerpos aéreos con un vapor de sangre derramada y temen la punta de la espada. Con frecuencia se adhieren a hombres viciosos y viven de su vida, como el embrión vive en el seno de su madre. En esas circunstancias pueden tomar las formas más horribles para representar los deseos frenéticos de quienes las alimentan, y son ellas las que aparecen bajo figuras de demonios a los miserables operadores de las obras sin nombre de la magia negra.

Esas larvas temen la luz, sobre todo la luz del espíritu. Un destello de inteligencia basta para destruirlas como un rayo y precipitarlas en ese Mar Muerto que no hay que confundir con el mar de Palestina así llamado.

Todo lo que revelamos aquí pertenece a la tradición de los videntes y solo puede presentarse ante la ciencia en nombre de esa filosofía excepcional que Paracelso llamaba la filosofía de la sagacidad, *philosophia sagax*.

IV. Arcanum arcanorum

El gran arcano, es decir, el secreto indecible e inexplicable, es el conocimiento absoluto del bien y del mal.

«Cuando hayáis comido el fruto de este árbol, seréis como dioses», dijo la Serpiente.

«Si coméis de él, moriréis», respondió la Divina Sabiduría.

Así, el bien y el mal dan fruto en un mismo árbol y de una misma raíz.

El bien personificado es Dios.

El mal personificado es el Diablo.

Conocer el secreto o la fórmula de Dios es ser Dios.

Conocer el secreto o la fórmula del Diablo es ser el Diablo.

Querer ser al mismo tiempo Dios y Diablo es absorber en uno mismo la antinomia más absoluta, las dos fuerzas contrarias más tensas; es querer encerrar en uno mismo un antagonismo infinito.

Es beber un veneno que apagaría los soles y consumiría los mundos.[44]

Es ponerse la túnica devoradora de Deyanira.

Es consagrarse a la más pronta y más terrible de todas las muertes.

¡Ay del que quiere saber demasiado! Porque si el conocimiento excesivo y temerario no lo mata, lo volverá loco.

Comer el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal es asociar el mal al bien y asimilar el uno al otro.

Es cubrir el rostro radiante de Osiris con la máscara de Tifón.

Es levantar el velo sagrado de Isis; es profanar el santuario.

El temerario que se atreve a mirar el sol sin protección queda ciego, y desde ese momento el sol es negro para él.

Se nos prohíbe decir más sobre este asunto; concluiremos nuestra revelación con la figura de tres pentáculos.

Estas tres estrellas la explicarán suficientemente. Pueden compararse con la que hemos hecho dibujar al frente de nuestra *Historia de la Magia*. Reuniendo las cuatro, se puede llegar a la comprensión del Gran Arcano de los Arcanos.

[Figura: los tres pentáculos]

Solo nos queda completar nuestra obra dando la gran Llave de Guillaume Postel.

[Figura: la Llave de Guillaume Postel]

Esta llave es la del Tarot. En ella están los cuatro palos: varas, copas, espadas, oros o pentáculos, que corresponden a los cuatro puntos cardinales del Cielo, y los cuatro vivientes o signos simbólicos, y números y letras dispuestos en círculo; luego los siete signos planetarios, con la indicación de su repetición, significada por los tres colores, para simbolizar el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino, cuyos emblemas jeroglíficos componen los veintiún triunfos de nuestro Tarot.

En el centro del anillo se percibe el doble triángulo que forma la Estrella o Sello de Salomón. Es la tríada religiosa y metafísica,

análoga a la tríada natural de la generación universal en la sustancia equilibrada.

Alrededor del triángulo está la cruz que divide el círculo en cuatro partes iguales, y así los símbolos de la religión se unen a los signos de la geometría; la fe completa la ciencia, y la ciencia reconoce la fe.

Con ayuda de esta llave se puede comprender el simbolismo universal del mundo antiguo y notar sus sorprendentes analogías con nuestros dogmas. Se reconocerá así que la revelación divina es permanente en la naturaleza y en la humanidad. Se sentirá que el cristianismo no hizo más que traer la luz y el calor al templo universal, haciendo descender en él el espíritu de Caridad, que es la Vida Misma de Dios.

Epílogo

¡Gracias te sean dadas, oh Dios mío, porque me has llamado a esta luz admirable! Tú, la Inteligencia Suprema y la Vida Absoluta de esos números y de esas fuerzas que te obedecen para poblar lo infinito con una creación inagotable. ¡Las matemáticas te prueban, las armonías de la Naturaleza te proclaman, todas las formas, al pasar, te saludan y te adoran!

Abraham te conoció, Hermes te adivinó, Pitágoras te calculó, Platón, en cada sueño de su genio, aspiró a ti; pero solo un iniciado, solo un sabio te ha revelado a los hijos de la tierra, solo uno pudo decir de ti: «Yo y mi Padre somos uno». ¡Sea, pues, suya la gloria, ya que toda su gloria es tuya!

Tú sabes, oh Padre mío, que el que escribe estas líneas ha luchado mucho y sufrido mucho; ha soportado la pobreza, la calumnia, la proscripción, la cárcel, el abandono de los que amaba; ¡y sin embargo nunca se encontró desdichado, puesto que le quedaban como consuelo la verdad y la justicia!

Solo tú eres santo, oh Dios de los corazones verdaderos y de las almas rectas, ¡y tú sabes si alguna vez me creí puro ante tus ojos! Como todos los hombres, he sido juguete de las pasiones humanas. Al fin las vencí, o más bien tú las venciste en mí; y me has dado por descanso la paz profunda de los que no tienen otra meta ni otra ambición que Tú mismo.

Amo a la humanidad, porque los hombres, en la medida en que no son insensatos, nunca son malvados sino por error o por

debilidad. Su disposición natural es amar el bien, y es por ese amor que les has dado como apoyo en todas sus pruebas por lo que tarde o temprano han de ser conducidos de vuelta al culto de la justicia por el amor de la verdad.

¡Vayan ahora mis libros adonde tu Providencia quiera enviarlos! Si contienen las palabras de tu sabiduría, serán más fuertes que el olvido. Si, por el contrario, solo contienen errores, sé al menos que mi amor a la justicia y a la verdad les sobrevivirá, ¡y que así la inmortalidad no puede dejar de atesorar las aspiraciones y los deseos de mi alma, que tú creaste inmortal!

---

1. (N. del T.) Las versiones de Waite se dejan en inglés, porque la crítica de Crowley recae precisamente sobre ese inglés; los originales de Lévi se dejan en francés. ↩
2. Un perro tiene seis patas. Definición. No es respuesta a esto mostrar que todos los perros tienen cuatro. O. M. ↩
3. Quien, sin embargo, tenía la Palabra guardada para el momento en que Pablo le diera un sentido. O. M. ↩
4. ¡Sublime humor de la sofística! Lévi afirma: "Cualquier mentira servirá, con tal de que todos asientan a ella", y reprende al cristianismo por perturbar la paz del paganismo. O bien indica que el cristianismo no es sino paganismo sincrético y ecléctico, y lo defiende sobre esa base. O. M. ↩
5. La herejía priscilianista perturbaba a la Iglesia, especialmente en España. El emperador Máximo, español, se inclinaba a reprimirla con mano dura y a confiscar los bienes de los herejes. El clero galo lo azuzaba, y los concilios de Burdeos y de Zaragoza lo alentaban. Dos sacerdotes españoles, Itacio e Idacio, reclamaban a gritos el castigo de los herejes por el brazo secular. Pero San Martín de Tours, firme campeón de la ortodoxia como era, se resistió, y en el año 385 fue a

Tréveris a abogar por los priscilianistas perseguidos. Se impuso. Mientras Martín permaneció en la corte, el partido itaciano quedó frustrado. Cuando se marchó, volvieron a tener la ventaja, y Máximo entregó la represión de los herejes en manos del implacable Evodio. Prisciliano fue muerto. El destierro y la muerte fueron la suerte de sus seguidores. La herejía ardió con más fuerza, y se amenazaba con una persecución peor. Entonces San Martín dejó su celda de Marmoutier y partió por segunda vez hacia Tréveris. La noticia de que el anciano venía por el camino montado en su asno llegó a sus enemigos. Le salieron al encuentro en la puerta y le negaron la entrada. "Pero", dijo Martín, "vengo con la paz de Jesucristo". Y tal era el poder de su presencia que no pudieron cerrarle las puertas de la ciudad. Pero las puertas del palacio estaban cerradas. Martín se negó a ver a los itacianos o a recibir la Comunión con ellos, y la furia de estos ante ello es elocuente testimonio de cuánto sentían su poder. Apelaron a Máximo, que les entregó a Martín atado. Pero por la noche Máximo mandó llamar a Martín, discutió, lo halagó, lo persuadió de transigir. El cisma sería grande, insistía, si Martín seguía exasperando a los itacianos. Martín dijo que no tenía nada que ver con perseguidores. Encolerizado, el Emperador lo dejó ir y ordenó a los tribunos partir hacia España y llevar a cabo una rigurosa Inquisición. Entonces Martín volvió ante Máximo y negoció. Si se revocaba esa orden, él recibiría la Comunión con los itacianos al día siguiente, en la elección del nuevo arzobispo. La orden fue revocada, y Martín cumplió su palabra. Pero cuando supo a salvo la causa de la Humanidad, partió, y en el camino de regreso a Tours experimentó una gran agonía. ¿Por qué había tenido tratos con los itacianos? En un lugar solitario meditaba tristemente. Un ángel le habló: "Martín, haces bien en estar triste, pero era el único camino". Nunca más fue a ningún concilio. Solía decir con lágrimas que, si había salvado a los herejes, él mismo había perdido poder sobre los hombres y sobre los demonios. Han ultrajado el sentido del episodio quienes explican la protesta de Martín como dirigida meramente contra la entrega de la Iglesia al Poder Secular. Era de *inhumanidad* de lo que acusaba a los itacianos. San Martín de Tours era a menudo llamado Martín el Taumaturgo. Era notable por su poder sobre los animales. ↩

6. Este pasaje es típico de la sublime ironía de Lévi, y la llave de todas sus paradojas. Trad. ↩

7. El cristianismo ha caído, y así Cristo se ha convertido ya en el "diablo" para pensadores como Nietzsche y Crowley. O. M. ↩

8. Derecho, "droit", palabra muy en boga en la época, sin verdadero equivalente en inglés salvo en frases como "the right to work" (el derecho al trabajo). Por sí sola solo se usa en plural, lo que no sirve aquí ni a lo largo de este tratado. TRANS. ↩

9. Una mueca casi demasiado visible del ateo y despreciador de la mujer. O. M. ↩

10. 2 Tes. II, 7, 8. Este pasaje es presumiblemente el que el autor tiene en mente. Cf. 1 Juan IV, 3, y II, 18. TRANS. ↩

11. Los sacerdotes reales. El sacerdote ideal de Lévi, al que el epíteto de "malo" no puede aplicarse, no ha de buscarse en la Iglesia. Está en esa "Iglesia" que es también Arca, Rosa, Fuente, Altar, Copa y lo demás. Es esa Palabra de Verdad que se "establece" por dos testigos. O. M. ↩

12. Este es el verdadero Lévi clarividente. El Lévi que profetizó el Imperio Universal para Napoleón III era o bien el Mago que intentaba usarlo como herramienta, o bien un Micaías no conjurado. O. M. ↩

13. Una mala traducción de los monoteístas. El griego es πνεῦμα ὁ θεός: "El Espíritu es Dios". TRANS. ↩

14. Monasterios de París que fueron usados como prisiones durante el Reinado del Terror. TRANS. ↩

15. Proudhon. TRANS. ↩

16. Escrito hacia la época de la guerra de Crimea, esto indica el intento de Lévi de usar el imperialismo como su arma mágica, así como Allan Bennett intentó usar el budismo. Todas estas espadas de segunda mano se quiebran, como vio Wagner cuando escribió *Sigfrido* e inventó una nueva Música, una Nothung que ha partido en dos más cetros falsos que el de Wotan. O. M. ↩

17. "No digo que Voltaire muriera como buen católico, pero murió católico". E. L. Los autores cristianos sostienen unánimemente que, como todos los "herejes", se arrepintió en su lecho de muerte y murió blasfemando. ¿Qué diablos importa? La vida, no la muerte, revela el ALMA. TRAD. ↩

18. Es divertido observar que este mismo símbolo es característico de la Iglesia griega, a la que él ha estado atacando. Lévi debería haber visitado Moscú. TRAD. ↩

19. Quizás el autor no tuvo espacio para continuar con una demostración de que la leyenda evangélica misma es una *macédoine* de las de Baco, Adonis, Osiris y un centenar de otros, y de que la misa, y las ceremonias cristianas en general, tienen fuentes igualmente paganas. O. M. ↩

20. Esta y muchas frases semejantes empleadas en las controversias de la época son hoy prácticamente ininteligibles. Lévi fue en un tiempo una especie de socialista. TRAD. ↩

21. Quienes tomaron parte en las matanzas de la Revolución del 4 de septiembre. (TRAD.) ↩

22. Lévi ciertamente nunca fue el incauto de este teólogo de tocador. Lo aceptaba sin haberlo leído, como el inglés acepta a Shakespeare y a Milton. (O. M.) ↩

23. Y habitualmente ordenaba la violación de vírgenes y la matanza de niños. 1 Sam. xv. 3, etc. (O. M.) ↩

24. Algunas autoridades atribuyen esta novela a Eugène Sue. (N. del Trad. inglés) ↩

25. Citado con aprobación en la "Solución del primer problema", IX, p. 52. O. M. Es difícil determinar si las palabras "acto de amor" deben interpretarse en su sentido grosero o en su sentido místico. Quizá el propio Madrolle fue ambiguo a propósito. (N. del Trad. inglés) ↩

26. Pero el marqués de Sade fue, ante todo, un predicador. Tres cuartas partes de *Justine* son argumentos verbosos en favor del llamado vicio. Una vez más Lévi tropieza al referirse a un autor que no ha leído. (N. del Trad. inglés) ↩

27. Pero si esto estaba sobre una hostia circular, ¿cómo podía estar invertido? O. M. ↩

28. Extracto de las notas de Sir Walter Scott sobre el asesinato del Obispo de Lieja: «El asesinato del Obispo no tuvo lugar hasta 1482. En los meses de agosto y septiembre de ese año, Guillermo de la Marck, llamado "el Jabalí de las Ardenas", entró en una conspiración con los ciudadanos descontentos de Lieja contra su Obispo, Luis de Borbón, ayudado con considerables sumas de dinero por el Rey de Francia. Por este medio, y con la asistencia de muchos asesinos y bandoleros que acudían a él como a un jefe digno de ellos, De la Marck reunió un cuerpo de tropas. Con este pequeño ejército se acercó a la ciudad de Lieja. Ante esto, los ciudadanos que estaban comprometidos en la conspiración fueron a ver a su Obispo y, ofreciéndose a sostenerlo hasta la muerte, lo exhortaron a salir contra aquellos salteadores. El Obispo, por lo tanto, se puso al frente de unas pocas tropas propias, confiando en la ayuda del pueblo de Lieja. Pero en cuanto avistaron al enemigo, los ciudadanos, según lo convenido de antemano, huyeron del estandarte del Obispo, y este quedó solo con su puñado de partidarios. En ese momento De la Marck cargó al frente de sus hombres con el éxito esperado. El Obispo fue llevado ante De la Marck, quien primero le dio un tajo en la cara, luego lo asesinó con su propia mano e hizo exponer su cuerpo desnudo en la gran plaza de Lieja, ante la catedral de San Lamberto». Tres años después de la muerte del Obispo, Maximiliano, Emperador de Austria, hizo arrestar a De la Marck en Utrecht, donde fue decapitado en 1485. ↩

29. Este hombre era presumiblemente el propio Lévi. Así como "los abominables autores del Grimorio" ocultaron "niño" bajo "cabrito", así Lévi tiene cuidado de disfrazar su verdadera actitud hacia la Iglesia, que deseaba destruir. O. M. ↩

30. A menos que pudiera volverse invisible, como Lévi, por supuesto, podía hacerlo. Esta es la clave de su ironía. O. M. ↩

31. El gran pintor, mojando su pincel en terremoto y eclipse, emplea un exceso de amarillo. O. M. ↩

32. Ese era el título que en aquel momento pensábamos dar al libro que ahora publicamos. E. L. ↩

33. Todo esto es deliberadamente erróneo. Que Lévi conocía las atribuciones correctas se desprende de un manuscrito anotado por él mismo. Lévi se negó a revelar estas atribuciones, con toda razón, puesto que su grado no era lo bastante alto y el momento no estaba maduro. Nótese la sutileza de la forma de su afirmación. Las atribuciones correctas están en el Liber 777. O. M. ↩

34. Con esta broma, Lévi indica que realmente conocía el Gran Arcano; pero solo quienes también lo poseen pueden reconocerlo y disfrutar de la broma. O. M. ↩

35. Esto no es un argumento más de lo que lo sería decir que Dios "abandonó" a Cristo. El martirio suele citarse en sentido contrario. Además, la suerte de Cagliostro es desconocida, al menos para el mundo en general. O. M. ↩

36. Se objetará que Lázaro hedía, pero es cosa que ocurre con frecuencia a personas sanas, así como a enfermos que se recuperan a pesar de ello. Además, en el relato del Evangelio es uno de los presentes quien dice que Lázaro "ya hiede, porque lleva cuatro días muerto". Se puede, pues, atribuir esta observación a la imaginación. E. L. Más bien a la arrogancia del renombre a priori. TRAD. ↩

37. "Siendo el agente luminoso también el del calor, se comprenden las variaciones súbitas de temperatura ocasionadas por las proyecciones anormales o las absorciones súbitas de la luz. Se sigue una perturbación atmosférica súbita, que produce el ruido de las tormentas y el crujido de las maderas". E. L. ↩

38. Nacido en 1538, muerto en 1612. Autor de *Le Moyen de parvenir*. El Bibliófilo Jacob sugiere que Verville robó su *Moyen de parvenir* de un libro perdido de Rabelais. Verville fue canónigo de San Gaciano, en Tours, y se lo asocia con Tours y la Turena. Se considera que los *Contes drolatiques* de Balzac se inspiraron más en Verville que en Rabelais. TRAD. ↩

39. Otra vez en el sentido de la "luz" especial de la que se habló antes. TRANS. ↩↩

40. No el escultor. TRANS. ↩

41. Fourier fue un socialista que escribió una especie de «Utopía». Su unidad social era el «falansterio». TRANS. ↩

42. Si el necio persistiera en su necedad, se volvería sabio. WILLIAM BLAKE. ↩

43. Se obtiene hirviendo sulfuro negro de antimonio con una solución de carbonato de sodio. Se usa en la gota, el reumatismo y algunas enfermedades de la piel en el Continente, raramente en Inglaterra. TRANS. ↩

44. Alusión a Shiva, el patrono de los adeptos, que bebió el veneno generado por el batido del «Océano de Leche». (Véase *Bhagavata Purana*, Skandha VIII, caps. 5 a 12). Lévi, por lo tanto, quiere decir en este pasaje exactamente lo contrario de lo que pretende decir. De otro modo, este capítulo de «Sé bueno y serás feliz» difícilmente merecería el título de «Arcanum Arcanorum». O. M. ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar